

Fuera de mi zona de confort

Marena Hope

Fuera de mi zona de confort

Marena Hope

Ediciones Alas Negras

Derechos de autor © 2023 Marena Hope

Título original:
Fuera de mi zona de confort
Autora: Marena Hope
Sello: Independently Published
Primera edición: Diciembre, 2023

Corrección:
Esther Sierra F. (@esth.199)
Maquetación:
Cristina M. B. (@kphylaso)
Diseño de portada:
Veca Grace - Ilustradora Alas Negras (@vecagrace.escritora)

© Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.
No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso expreso del titular y autor de los derechos.
El contenido de esta obra es ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas, eventos o locales, es pura coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

Para Buddy y Gorda,
dos estrellas más que se suman en el cielo.
Marena

En la vida hay algo peor que el fracaso;
no haber intentado nada,
Franklin D. Roosevelt

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Epígrafe
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

Capítulo 1

Como cada mañana, me despertó el sonido estridente del despertador que estaba en la mesita de noche. Con los ojos aún cerrados, saqué el brazo de debajo de las mantas para pegarle un manotazo. Cuando conseguí atraparlo, pulsé el botón y seguí disfrutando de mi cama. Sólo serían unos minutos: quizá, con suerte, me sumergiría de nuevo en el sueño donde un moreno de ojos rasgados estaba apunto de besarme.

—¡Cariño! Si no te levantas, llegarás tarde al instituto. —Escuché la voz de mi madre desde las escaleras—. ¡No hagas que tenga que subir a despertarte, que ya eres muy grandecita!

Con tanto escándalo, ni aunque quisiera podría volver a dormir y seguir soñando.

—¡Ya voy! —contesté mientras salía de la cama y me dirigía al baño.

Me lavé los dientes y me cepillé rápido el cabello. Me lo recogí en una coleta alta y la enrollé en un moño algo despeinado lo más rápido que pude para no llegar tarde a clase. Me vestí con un vaquero de talle alto y una sudadera corta de color morado, lo primero que pillé en el armario.

Al bajar las escaleras me dirigí a la cocina, donde mi hermana ya estaba desayunando (leche desnatada y una barrita de esas integrales que la gente comía para no engordar). La verdad es que no lo entendía, estaba delgadísima.

—Como no te des prisa tendrás que coger el autobús; por la hora, Liam estará apunto de salir. —Me miró con mala cara—. Si no estás lista, te dejamos aquí.

¡Sí! Esa era Leslie, la diosa de la simpatía. Me senté a desayunar, solo me daría tiempo a tomarme el café y unos cuantos cereales que mi madre me había preparado. ¡Gracias a Dios! Como cada mañana, Leslie se me quedó mirando con cara de espanto.

—¿No tienes otra sudadera? ¡Es horrorosa! —Puso cara de asco.

Ella, a diferencia de mí, solía arreglarse mucho. Llevaba unos leggins que se pegaban a su figura esbelta, un jersey, y su melena rubia suelta, que le llegaba a la cintura, muy bien peinada;. Con sus ojos azul cielo y su piel pálida parecía una de esas Barbies con las que jugaba de niña. No sé por qué, pero todos los genes buenos se los llevó ella. Yo, por el contrario, era bajita, morena y con los ojos marrones; nada del otro mundo. No era fea, más bien me consideraba del montón.

—¿Qué más te da? La llevo yo, no tú —contesté pasando un poco de ella. A veces no entendía cómo podíamos ser hermanas, éramos la noche y el día. La gente se sorprendía al saberlo ya que nos parecíamos poco.

—No empecéis a discutir, que acabáis de empezar el día —nos riñó mi madre. Leslie era una copia de ella, que para su edad era una mujer despampanante.

El móvil de mi hermana sonó con un mensaje.

—Es Liam, nos espera en su puerta —dijo. Se levantó de la silla colgándose la mochila al hombro.

¡Genial! ¡Otro día sin acabarme el desayuno!

Pero si no quería ir en autobús y llegar tarde, ya podía darme prisa en seguirla.

—¿Por qué no te levantas antes todos los días? Si no te quedaras hasta tarde viendo esas series a las que estás enganchada, podrías madrugar sin problema —comentó mientras salía por

la puerta—. ¿Sabes que si no descansas bien te saldrán bolsas en los ojos? —Se volvió y me miró—. ¡Qué horror! Creo que ya las tienes.

Resoplé. No tenía ganas de escucharla tan temprano. Barbie y sus consejos de belleza, iba a vomitar. Al salir, observé a Liam apoyado en su coche. "Esas vistas" eran las que me alegraban cada mañana y por las cuales estaba dispuesta a soportar el trayecto al instituto con mi hermana dando el coñazo. Liam era nuestro vecino y el mejor amigo de Leslie; desde muy pequeños eran inseparables. Aparte de eso, pertenecían al mismo grupo de amigos: los populares del insti. Aunque mi hermana era mucho mejor que yo en todos los sentidos, su amistad con él era lo único que envidiaba de ella.

—¡¿Listas, chicas?! —nos preguntó dando la vuelta para meterse en el asiento del conductor. ¡Por dios! Qué guapo estaba. Liam era alto y atlético, tenía el pelo negro corto y lo llevaba siempre despeinado; sus ojos eran oscuros y rasgados ya que su madre tenía ascendencia coreana. Pero lo que más llamaba mi atención era su sonrisa, esa que creaba unos pequeños hoyuelos en los laterales de sus mejillas. Vestía vaqueros, un jersey negro y para rematar la cazadora blanca y roja de su equipo de baloncesto.

—¡Buenos días, Li! —lo saludó mi hermana. Conmigo no era tan simpática; para ser más claros, yo era la única persona que lograba desquiciarla.

—¡Buenos días, Less! —respondió él mientras mi hermana se ponía en el asiento del copiloto. Yo me senté en la parte de atrás, como siempre. Liam se volvió y me miró con una sonrisa—. ¡Buenos días, Robin!

Qué bien suena mi nombre en sus labios, aunque no me guste nada.

Hasta el nombre de mi hermana era más bonito que el mío. Creo que ya mis padres me condenaron a ser la oveja negra de la familia nada más nacer. Después de Less buscaban un niño y, como no les salió bien, se conformaron con ponerme uno unisex, el cual ya tenían pensado para mí. ¡Muy bonito todo, vamos! Me llamaron como a un chico y era lo que me había tocado. A día de hoy todavía discutía con ellos por su gran idea. Mi nombre apestaba.

—Buenas —solté de mala gana y sin mirarlo, cosa a lo que ya estaba acostumbrado. Solía ser un poco distante con él, por si acaso, ya que lo que menos quería era que se diese cuenta de que babeaba por su sonrisa a cada segundo.

Liam puso el coche en marcha y nada más arrancarlo una canción empezó a sonar en la radio: "Enemy" de Imagine Dragons. Me encantaba ese grupo, Liam y yo teníamos gustos parecidos respecto a la música. Cuando no llevábamos ni cinco minutos de camino, Less comenzó a trastear en la radio y decidió cambiar lo que estábamos escuchando por reggaeton.

¡No, por favor!

—¡Less, por dios! Quita eso ahora mismo, es una tortura. ¿Por qué me odias tanto? —me quejé con tono sarcástico. Liam comenzó a reír.

—Deberías hacer caso a tu hermana. Tiene mejor oído que tú —le soltó, bromeando.

—Sois unos aburridos. ¡Los dos! Esta música es la que está de moda ahora y no la voy a cambiar. Por si no te acuerdas, Li, quedamos en que yo te pasaba los apuntes y tú me dejabas poner esta semana la música que me diera la gana, así que… —Y ahí estaba Leslie en su modo «mandona», siempre saliéndose con la suya. Era única.

Liam suspiró y no dijo nada más; por lo visto le convenía que ella le echara una mano con los apuntes. La semana anterior se saltó un par de clases por alguna razón que yo aún no sabía. No entendía cómo podía aguantar a Less, la verdad. Yo no tenía más remedio, era mi hermana, pero los amigos se pueden escoger.

—Haberlo pensado antes de saltarte las clases para enrollarte con Sarah en los baños. Ahora no tendrías que escuchar mi música. —Less sonrió con suficiencia.

¡Bien! Ahora sé el porqué. ¡Gracias, Less! No quería saberlo.

—Less… —dijo molesto—. ¿Podrías dejar de contar mis intimidades delante de tu hermana?

—No creo que se vaya a asustar de lo que hagas en los baños. Todo el instituto lo sabe, la misma Sarah se ha encargado de contar que se ha liado con uno de los jugadores del equipo.

Pues yo no lo sabía, así de antisocial soy.

Antes de que siguiera hablando de los líos de Liam, cosa que me incomodaba, llegamos a los aparcamientos del instituto. Allí ya estaban los demás: los populares, jugadores del equipo y animadoras, porque se me ha olvidado mencionar que mi hermana era una de ellas. Al bajar del coche todos nos saludaron. Yo devolví el saludo con un simple "hola", hasta que escuché esa voz tan desagradable:

—¡Hola, Friki! —exclamó el capitán del equipo con esa sonrisa tan petulante que solía tener siempre en la cara. Estaba bueno, para qué engañarnos. Moreno de ojos verdes, con cierto parecido a mí *crush,* Damon de «Crónicas vampíricas». Pero, en realidad, todo lo que tenía de guapo lo tenía de idiota.

—¡Hola, Capitán Capullo! —le respondí con cara de asco, como siempre. ¿Para qué cambiar la costumbre? Todos sabían que lo odiaba.

—Mason, no empieces —dijo Liam. No le gustaba nada que su amigo disfrutara torturandome cada vez que se cruzaba conmigo. Él no dijo nada, solo siguió sonriéndome con esa cara de idiota.

Mason Brown era el capitán del equipo de baloncesto, amigo de mi hermana y mi tormento personal desde que tenía uso de razón. ¿Que por qué le odiaba tanto? Tenía demasiadas experiencias que lo justificaban. En uno de los cumpleaños de Leslie, no se le ocurrió otra cosa que estamparme un buen trozo de pastel en la cara. Otro año, en verano, mi hermana organizó una fiesta en la piscina del jardín. Yo solía quedarme en mi habitación, pero me entró sed y decidí bajar a la cocina, con tan mala suerte que al cruzarme con él decidió tirarme a la piscina, con ropa incluida.

Pero lo peor de todo y por lo que más odiaba a Mason, fue por robarme mi primer beso. El descerebrado me besó por el simple hecho de hacerme callar para no escuchar cómo lo llamaba "idiota". Antes, cuando éramos más niños, él era el idiota y yo la enana; ahora que habíamos crecido, también lo habían hecho nuestros insultos: yo era La Friki y él el Capitán Capullo, insulto que le iba como anillo al dedo.

—¡Nos vemos! —me despedí de todos. Sin duda entraría sola, como siempre. Jamás se me ocurriría aparecer por la puerta del instituto con el grupito popular. Me gustaba pasar desapercibida, y con ellos eso no sería posible. Me di la vuelta y entonces lo escuché:

—¡Que tengas un buen día! —se chuleó.

¡Dios! Qué ganas de arrancarle esa sonrisa de la cara.

Me volví y al mirarlo le saqué el dedo corazón acompañado de una sonrisa falsa. El muy idiota empezó a carcajearse. Antes de apartar la vista y seguir mi camino, disfruté un poco más de Liam echándole un último vistazo, con tan mala suerte que en ese momento estaba pendiente de Mason y de mí.

¡Pillada!

Enseguida aparté los ojos y seguí mi camino.

Capítulo 2

Entré por la puerta del instituto y recorrí los pasillos abarrotados de estudiantes. De lejos, pude diferenciar una melena corta pelirroja. Alice se encontraba en su taquilla sacando un par de libros.

—¡Buenos días, guapetona! —le dije acercándome por la espalda. Ella se volvió y enseguida contestó:

—¡Buenos días, bombón! Veo que hoy has llegado a tiempo —rio

—Sí, por suerte no me he quedado dormida y no he tenido que coger el bus —suspiré pensando en la de veces que mi hermana me había dejado en tierra, la muy maldita.

—Pues menos mal, si es que no se puede ser más dormilona que tú. Cuesta horrores sacarte de la cama. Como para quedar temprano contigo para salir a correr

—¿Desde cuándo sales a correr? —quise saber.

—No lo hago, pero me lo he propuesto —dijo muy convencida.

—Sí, eso será para el dos mil cien —le rebatí.

—En ese año estaremos ya criando malvas —dijo con desagrado.

—Pues por eso, no lo harás nunca. Ya nos conocemos, no te veo saliendo a correr por las mañanas tan temprano, la verdad. —Me reí al ver su cara de disgusto al meterme con ella. Me encantaba Alice mosqueada, su expresión era la misma que la de después de haber chupado un limón.

Enseguida notamos revuelo en los corredores, señal de que mi hermana y compañía acababan de hacer su aparición. No me extrañaba, con lo buenos que estaban los del equipo tenían a todas babeando por donde pasaban.

—¿Por qué no entras con ellos? —preguntó Alice—. Si fuera yo, aprovecharía unos minutos de popularidad.

—¡¿Estás loca?! ¿Yo?, ¿llamar la atención? Antes me raparía la cabeza al cero. —Arrugué el gesto.

—Creo que así la llamarías más —rio a carcajadas

—¡Anda, vamos! Que al final llegaremos tarde a clase —le metí prisa.

Estuve casi toda la mañana intentando no quedarme dormida en las clases; y es que ¿quién me mandaría a mí a quedarme hasta las tantas viendo una serie? Pero es que estaba tan interesante que no podía dejar el capítulo a medias, quizá mi hermana tenía razón y estaba enganchada a Netflix.

Por fin llegó la hora del almuerzo, y con ello un pequeño descanso. Necesitaba reponer las fuerzas que había gastado tras escuchar a los profesores durante toda la mañana. Alice y yo nos sentamos en la mesa que solíamos ocupar. Se encontraba un poco alejada, en una de las esquinas de la sala, el lugar más tranquilo. Desde allí podía ver perfectamente una de las del centro, donde estaban mi hermana y sus amigos, incluido Liam.

—Es raro que no se haya dado cuenta ya —dijo Alice.

—¡¿Qué?! —pregunté—. ¡Lo siento! No estaba escuchando.

—Ya. Es normal, no paras de comerte con los ojos a Liam —comentó— Si sigues así, se dará cuenta —me advirtió.

—Cámbiame el sitio —le ordené mientras me levantaba.

—¿Qué? —soltó Alice sin entender.

—Que me cambies el sitio. —Alice se alzó para ponerse de cara a ellos y yo quedé de espaldas—. Si lo tengo frente a mí se me hace muy difícil no mirarlo.

—Pues yo no sabría con cuál de ellos quedarme. Están todos como un tren; aunque creo que el que más me gusta es Jake, con ese aura de niño bueno… —suspiró.

—Sí, creo que el que mejor me cae es él. Jake siempre me ha tratado muy bien —le di la razón.

—Mason tampoco se queda atrás. Creo que es el que mejor físico tiene, con esa pose de tío chulo y sonrisilla de malote. Sin duda es el que más gusta a las chicas del insti, sin hablar de que es el capitán del equipo y ya las tiene ganadas a todas.

—¡Buah, que asco! Por favor, Alice, deja ya de hablar de ese cretino. Se me están quitando las ganas de comer. —Mis labios se encogieron en un gesto de repulsión.

—¿Cuándo vas a superar a tu primer beso? Cuando os veo pelear me da la sensación de que tenéis un asunto de tensión sexual no resuelta.

—¡¿Estás loca?! Mason sería el último hombre en la tierra con el que me acostaría; además, ya no es solo por el beso o por que ande molestándome con sus tonterías. Sabes que no le perdonaré que amenazara a Nick para que me dejara. —Solo de pensar en eso me cabreaba aún más.

Había estado meses saliendo con un chico de mi clase. No es que estuviese enamorada de él, pero me gustaba y así podía intentar olvidarme de Liam. Hasta que un día decidió dejarlo. ¿Por qué? Cuando le saqué la verdad me quedé alucinada: según Nick, le advirtieron de que se alejara de mí desde un principio y ya estaba cansado de tantas amenazas. Cuando le pregunté quién lo había hecho me respondió: «pregúntale al amigo de tu hermana». ¡Muy heavy todo!

—Robin, no sabes si fue él quien lo hizo. Nick no te dio un nombre, podría haber sido cualquiera de ellos ¿Y si se tratara de Liam? De todas formas, Nick es un capullo, menos mal que te dejó —soltó tan pancha.

—¿Liam? ¿Y por qué haría eso? Él no es así. La única persona que se me ocurre capaz de hacer algo parecido para cabrearme es Mason, no me hace falta preguntar nombres. —Estaba convencida de que había sido él.

De pronto, Alice comenzó a ojear detrás de mí muy curiosa.

—¿Qué miras? —dije a punto de volverme.

—¡No mires! ¡No te des la vuelta! Vienen hacia aquí —me avisó en un susurro.

—¿Qué? ¿Quién? —Ya era tarde cuando escuché su voz a mi espalda.

—¿Robin? —Me giré y me topé con la mirada de Liam—. ¿Por casualidad te falta algo? ¿No has perdido nada? —me preguntó con esa sonrisa de hoyuelos que me hacía suspirar.

¡Robin, cambia esa cara de boba que se va a dar cuenta!

Puse cara de póker, como solía hacer, y cuadré los hombros.

—Que yo sepa no —contesté sin saber a qué venía su pregunta y qué hacía en nuestra mesa. De repente sacó una cosa de su bolsillo.

¡Mi móvil! ¿Cómo es que lo tiene Liam?

—Lo dejaste esta mañana en mi coche. Pensé que te podría hacer falta. —Me lo devolvió. Qué vergüenza. Esperaba que no hubiera visto mi fondo de pantalla: una foto de Damon el vampiro, mi *crush*.

—Qué pena que tenga clave, habría podido cotillear un poco tus secretitos más oscuros…

—Escuché esa voz tan petulante detrás de Liam. Mason se encontraba allí, ni siquiera me había dado cuenta porque solo tenía ojos para Liam—. Pero si quieres te puedo dar una foto mía para el fondo de pantalla, soy más guapo que ese tío —terminó de soltar el muy creído. Aparté mi mirada de Liam y me centré en él con desagrado.

—¿En serio? A tí no te hace falta abuela, ¿verdad? —Resoplé. Volví a mirar a Liam, cuya sonrisa había desaparecido.

—¡Gracias, Liam! Se me debe haber caído en el trayecto —le agradecí. Volvió a sonreír.

—¡Nos vemos luego! —se despidió

—¡Adiós! —respondí. Por suerte, el Capitán Capullo no volvió a abrir la boca y se marchó junto a su amigo de vuelta a la mesa.

—¡Madre mía! Los tienes locos a los dos —dijo Alice.

—¿Qué dices? —pregunté pensando que se había vuelto loca—. Deja de beber los batidos esos raros para adelgazar, te están volviendo tarumba.

—¿Seguro? ¿Me puedes explicar por qué no le ha dado el móvil a tu hermana en vez de traerlo él mismo? —cuestionó con cara de sabionda.

—Quizá porque mi hermana se habrá negado. La conozco muy bien, no se levantaría de su mesa para devolvérmelo.

—¡Sí, claro! Será eso. —Pasó de mí con cara de aburrimiento.

El timbre sonó y con ello pasó el resto de la jornada hasta que las clases terminaron. Ese día tenía que coger el bus para volver a mi casa, ya que mi hermana y Liam tenían entrenamiento. Cuando iba caminando hacia la parada, un claxon llamó mi atención, y al volverme vi que se trataba del todoterreno rojo de Mason. Todo lo que le rodeaba llamaba la atención.

Con una mano en el volante y el brazo apoyado en la ventanilla, me sonreía con picardía. Llevaba la cazadora del equipo y unas gafas de sol. Era un capullo, pero había que reconocer que no tenía nada que envidiarle a mí *crush*; ni siquiera el dinero, ya que venía de una familia acomodada.

—¿Qué quieres? —dije de muy malas formas.

—¡Qué carácter! Relájate, Friki, creía que quizá te gustaría que te llevase a casa.

—Antes preferiría ir andando —le solté, a lo que él respondió con una carcajada.

¡Capullo!

—¿Tú no deberías estar entrenando ahora? —le pregunté. Me resultó raro.

—Hoy no. Tengo cosas que hacer —respondió quitándose las gafas y mirándome con esos ojos verdes que eran la perdición de muchas chicas excepto la mía. Yo soñaba con unos de color oscuro y rasgados.

—Pues ya estás tardando. Adiós. —Me giré y continúe hacía la parada.

—Tú misma. —Lo escuché decir mientras encendía el motor y seguía su camino.

Me monté en el bus y me quedé pensando en las palabras de Alice, ojalá tuviese razón y Liam me viese de otra manera. De ilusiones se vive la vida, ¿no?

Capítulo 3

Al llegar a casa, mi madre estaba sentada en el salón escribiendo en su portátil; quizá fuese su siguiente novela romántica. Era escritora, y yo su fan número uno. Inventaba historias de amor que te hacían suspirar desde las primeras páginas. Ojalá esas cosas me pasaran a mí, aunque debía vivir en la realidad: el chico por el que yo suspiraba no solía fijarse en chicas como yo, invisibles y que llamaban poco la atención.

La saludé con un beso en la mejilla.

—¿Una nueva novela? —pregunté mirando su portátil—. ¿Eso son fotos de Egipto? —me extrañé.

—Sí, es mi nueva novela romántica con un toque de historia, para hacerla más interesante. Quiero que el romance se desarrolle allí —contestó

—Seguro que será una pasada. —Sonreí guiñandole un ojo y me di la vuelta para dirigirme a las escaleras y subir a mi habitación. Sabía que a mi madre le gustaba escribir en silencio, así que me fui para no molestarla.

ɷ♡♡ɷ

Llevaba un buen rato en mi habitación. Había terminado los deberes antes de la cena y me encontraba leyendo un libro que me había empezado esa misma tarde: «Tú, yo y la loca idea de enamorarnos». Era una comedia romántica y me hizo reír tanto que pude olvidarme un poco de todo lo que rondaba por mi cabeza. Justo solté una carcajada cuando escuché la voz de mi padre en las escaleras:

—¡Robin! —me llamó. Decidí ir a ver qué quería, aunque acababa de subir no hacía mucho de cenar con ellos. Less no había llegado todavía, señal de que se había quedado a comer con sus amigos.

Descendí las escaleras y me dirigí a la sala. Al entrar me encontré con mis padres sentados en uno de los sillones y a mi hermana justo en el de enfrente; dado que llevaba su mochila todavía colgada al hombro, supuse que acababa de llegar. Cuando me fijé en el panorama de sus caras serias y ese silencio tan incómodo, pensé que quizá hubiese sido mejor no bajar.

—¿Qué pasa? —pregunté con miedo—. Sea lo que sea, yo no he sido —solté levantando mis manos como si me estuvieran apuntando con una pistola. Less resopló y me miró como si fuese tonta.

¡Por si acaso! Nunca se sabía

—No es nada. Solo queremos hablar con vosotras de una cosa —dijo mi padre restándole importancia. Me indicó que me sentara justo al lado de mi hermana, frente a ellos.

—¿Y bien? —preguntó Less—. Ya estamos todos. ¿Podéis soltarlo de una vez? Acabo de llegar y necesito hacer los deberes.

—Solo será un momento, Leslie. Luego podrás hacer lo que quieras —la interrumpió mi madre. En ese momento fue él quien comenzó a hablar.

—Vuestra madre ha empezado a escribir su nueva novela, y solo le darán unos meses

para terminarla.

—¿Y? Eso es una buena noticia, ¿no? —pregunté. No entendía de qué iba la cosa, la verdad.

—No me interrumpas, Robin. Todavía no hemos terminado —me riñó ella—. Lo que tu padre quiere decir es que, a causa de mi nueva novela, tenemos que hacer un viaje de unas cuantas semanas a Egipto.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Less—. Ya tenemos destino para estas vacaciones, ¿no? Me encantaría conocer Egipto, nunca hemos estado allí. —No sé cómo podía sacar tan buenas notas, porque visto lo visto le faltaban algunas neuronas. La pobre no se estaba enterando de nada. Decidí ayudar un poco a mis padres a explicárselo.

—El viaje lo harán ellos, no nosotras —le informé. Se quedó un segundo callada analizando mis palabras, pero, antes de que volviera a abrir la boca, mi padre se adelantó:

—Nos vamos la semana que viene, he pedido unas vacaciones en el trabajo para poder acompañar a tu madre. Necesita recopilar información de allí lo antes posible y no podemos hacer que perdáis casi un mes de instituto, así que…

—No pasa nada, lleváis razón. No puedo perder tantos días de clases. Necesito sacar buenas notas para la universidad —dijo Less.

¡A mí no me importaría perder clases, la verdad!

—Ya que vivimos al lado de su casa, he hablado con los padres de Liam para que estén pendientes de vosotras —nos informó mi madre—. Si tenéis algún problema urgente podéis acudir a ellos. De todas formas estaremos pegados al teléfono todo el día por si acaso.

—No hay problema, podremos estar solas unas cuantas semanas —contestó Less—. Podéis iros sin problema.

—De eso queríamos hablaros —dijo mi madre muy seria—. Tenéis dos opciones: iros estas semanas a casa de la abuela o …

—¡A casa de la abuela no, por favor! —interrumpió mi hermana con cara de espanto—. Nos pondrá hora como si fuésemos niñas de doce años y, aparte, en su casa no hay internet. Me niego a eso rotundamente.

A mi hermana le daría un chungo, antes de dejar sus redes sociales preferiría morir, estoy segura de ello.

—No me has dejado terminar, Leslie —dijo mi madre—. La otra opción es que no te separes de tu hermana. No quiero que te quedes con tus amigos, como siempre, y la dejes sola en casa… ¡Me da pánico solo de pensarlo! —Puso cara de horror.

—¡¿Qué?! —gritamos las dos a la vez.

¡No me lo puedo creer! Ni que tuviera diez años.

—¡Mamá! No necesito una niñera. Solo soy un año menor que ella. Puedo quedarme sola perfectamente —dije muy segura de mí misma. Mis padres se me quedaron mirando con cara de reproche, podía adivinar qué estaban pensando.

—¿Tenemos que recordarte qué pasó cuando tuvimos una cena de empresa y te quedaste sola en casa? ¿Es necesario? ¡Casi le prendes fuego a la casa, Robin! —gritó muy cabreada.

¡Ya estamos con eso…!

—¡Eso fue porque tenía hambre y puse demasiado fuerte el fuego! ¿Quién pensaría que un trozo de carne podría arder tan deprisa? —me excusé levantando los brazos al aire—. Además, fue culpa de la vecina que llamó a los bomberos al ver el humo. No era para tanto. —Suspiré.

—¿Y lo de la bañera? —soltó mi padre levantando una ceja—. ¿Sabes cuánto nos costó cambiar las puertas del baño y las de las habitaciones? Casi llega el agua a las escaleras.

¡Vale! No lo voy a negar, soy un completo desastre. Soy tan despistada que a veces me suceden cosas como estas. Se me olvidó totalmente que había dejado la bañera llenándose y, cuando me di cuenta, ya tenía que coger una barca para llegar hasta ella y cerrar el grifo. Suspiré y me quedé callada, que calladita estaría más guapa.

—¡¿Y qué pretendéis?! —Less se levantó del asiento muy cabreada—. ¿Que me quede en casa? ¿Que no tenga vida social como ella? —soltó apuntando en mi dirección.

—¡Oye! Para el carro, Paris Hilton, que yo no me meto en lo que haces o dejas de hacer. No lo pagues conmigo que yo no he pedido nada de esto —le dije, también muy alterada y me levanté del sillón. Sabía que tenía poca vida social, no tenía que restregarmelo por la cara.

—¡Ya vale! ¡Las dos! —Mi padre se levantó. Su voz seria y autoritaria nos hizo sentarnos de golpe. La verdad es que daba un poco de miedo mosqueado. Le solía entrar un tic en el ojo que avecinaba un largo castigo. Cuando no dijimos nada más, siguió hablando:

—Deberíais ser menos egoístas y hacer un esfuerzo por vuestra madre —suspiró—. Leslie, podrías llevarte a Robin contigo si quedas con tus amigos, y tú… —Me miró—. Podrías dejar tus series de lado durante unas semanas y tener más vida social.

¡Genial! Hasta mis padres pensaban que mi vida apestaba.

—¿No hay más opciones? —preguntó Less haciendo un puchero.

—Si quieres el coche para tu cumpleaños, tendrás que vigilar que Robin no se meta en problemas y que cuando lleguemos la casa esté tal y como la dejamos, si no, olvídate del descapotable. —Mi madre apuntó con el dedo en su dirección. Mi hermana resopló, pero no dijo nada más, ya que su regalo corría peligro. Luego me miró a mí — Y tú, Robin, pónselo fácil a tu hermana o te quedarás sin Netflix lo que queda de año.

¡Tierra, trágame!

No sabía que mi cómoda y aburrida vida comenzaría a cambiar tras ese día, con lo agustito que estaba yo con mis series y mis palomitas para acompañarme…

Capítulo 4

Intenté disfrutar mi último día de rutina lo mejor que pude. Una vez que mis padres se fueran, se acabaría mi vida cómoda y solitaria.

Era sábado y, como siempre, preparé mi habitación para la maratón de doramas: palomitas, gominolas y, sobre todo, chocolate, *mucho chocolate.* Solía invitar a Alice a ver doramas coreanos conmigo, pero su padre tenía una cena importante y ella debía acompañarlo. Así que, sin más, dejé todo preparado y salí de mi habitación para dirigirme hacia el baño. Para mí era como un ritual vaciar la vejiga antes de comenzar con las series. Me cortaba el rollo tener que ir en mitad de un capítulo. ¿Y si estaba interesante? ¿Y si era justo cuando la prota sería besada por el chico? Me estropearía el momento *love* y el ambiente romántico, así que no, mejor estar preparada. Pero nada me preparó para lo que vi nada más abrir la puerta del baño.

—¡La leche! —grité de la impresión al encontrarme a Liam de espaldas y muy desnudo. Lo primero en lo que me fijé fue en su espalda mojada y, por último, un culo tan apretado y perfecto que ya me gustaría haber tenido a mí.

—¡Joder! —exclamó Liam también, envolviendo sus caderas con la toalla a gran velocidad.

Me tapé los ojos con una mano como si no hubiera visto nada.

—¡Lo siento! —me disculpé nerviosa. Todavía estaba en *shock*.

Volví a cerrar y corrí hasta mi habitación. Entré y me tiré en la cama ya que la tierra no me podía tragar. ¿Por qué me pasaban estas cosas tan bochornosas? A mí, que siempre solía ayudar a las ancianitas a cruzar la acera, que llevaba a «Objetos perdidos» las cosas que encontraba, que hasta ayudaba a los animalitos indefensos. O el karma no existía o simplemente me odiaba.

Escuché que llamaban a la puerta mientras seguía compadeciéndome de mí misma.

—Robin, soy yo. ¿Puedo pasar? —La voz de Liam interrumpió mi momento melodramático.

—¡Si!... Digo, ¡no! —grité.

—¿Qué? —se le escuchó al otro lado—. ¿Eso qué significa?

—Un momento… —Acomodé con rapidez los cojines sobre mi cama y agarré el mando a distancia como si estuviera viendo la tele tan normal—. Puedes pasar.

Liam abrió la puerta sin llegar a entrar. Paseó la mirada por la habitación mientras se rascaba nervioso la parte trasera del cuello. Su pelo estaba húmedo, lo que lo hacía ver aún más atractivo de lo que era.

—Verás… Vengo a disculparme —me soltó un poco avergonzado.

—No, yo soy la que ha entrado sin llamar, lo siento. Aunque no he visto nada, de verdad, no debes preocuparte.

Solo tu culo perfecto y envidiable.

¿Podía haber un momento más incómodo?

—Ha sido culpa mía, debí cerrar el pestillo.

—Si te sirve de consuelo, no hay pestillo en el baño, Liam —le informé.

—En mi casa se ha roto el termo de agua caliente y como hemos quedado para una fiesta,

Less me ha ofrecido ducharme aquí, dado que tus padres han salido —me explicó.

—Me parece perfecto. —Me hice la indiferente. ¿Qué más podía decir en un momento así?—. No debes preocuparte, no me ha dado tiempo de ver nada, de verdad.

¡Mentirosa!

—A mí no me preocupa que me veas desnudo —soltó.

—¡¿Qué?! —Lo miré con los ojos muy abiertos. Liam se volvió a rascar el cuello, nervioso.

—Quiero decir…, que es por ti, que no quiero incomodarte… ¿Qué estás haciendo? ¿Ibas a ver una peli? —¡Chico listo! Lo mejor para salir de un momento incómodo era cambiar de tema. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—Algo así —contesté—. ¿Y vosotros? ¿A qué fiestas vais? —Liam sonrió y al fin aparecieron sus hoyuelos mágicos.

—Jason la ha organizado en su casa, ya sabes… Su cumpleaños —No, no lo sabía. No solía interesarme por esas cosas.

—Pues pasadlo bien.

—¡Gracias! —contestó todavía sonriendo—. Tú también —Se dio la vuelta para salir, pero antes de cerrar la puerta del todo, abrió de nuevo.

—¿Esperas a alguien?

—No. ¿Por qué lo preguntas? —No entendía a qué se refería. Levantó el dedo y apuntó a mi gran recolecta de comida basura y no apta para diabéticos. La verdad es que con esa cantidad podían comer hasta cuatro personas.

—¡Liii! ¡Baja de una vez o llegaremos tarde! —La voz de mi hermana se escuchó desde la planta de abajo. Ella tan oportuna como siempre.

—Bueno… nos vemos. Adiós, Robin. —Se despidió cerrando la puerta.

—Adios, Liam —susurré para mí mientras me tapaba la cabeza con un cojín.

(ɞ♡♡ɞ)

La noche anterior no pude concentrarme en la serie, dado que mi cabeza no dejaba de darle vueltas a lo de Liam. Aunque era domingo, me desperté temprano. Me tocó despedir a mis padres, no los vería durante unas semanas y eso significaba que, desde ese momento, empezaría mi infierno personal. Salir de mi zona de confort y enfrentarme al mundo. ¡Vale! Estaba haciendo un drama, pero es que yo misma ya lo era.

—¡Robin! Nos vamos ya. —Escuché la voz de mi madre desde la planta de abajo.

Descendí las escaleras mientras veía como ella arrastraba algunas maletas.

—¡Por dios, mamá! ¿Es que pensáis iros un año? —Arrugué la nariz al observar la gran cantidad de equipaje que llevaba.

—Y todavía hay más, tu padre las está metiendo ahora en el coche con la ayuda de Leslie —contestó—. Es que no sabemos lo que nos hará falta. Aparte llevo algunos libros, el portátil para escribir, la cámara de vídeo para dejar grabado todo lo que me pueda necesitar para la novela…

—Ya te he entendido. Casi te llevas la lavadora y el lavavajillas, también por si acaso —bromeé.

—Más te vale que cuando vuelva encuentre la lavadora y el lavavajillas como los dejé. ¡Y ayúdame! No te quedes ahí parada. Coge mi bolso —soltó mientras salíamos de la casa.

Tengo más mala fama que el demonio de Tasmania ¡Por dios! Qué exagerada.

Leslie ayudaba a mi padre a hacer un tetris en el maletero, así de apretados iban. Menos mal que sería solo hasta el aeropuerto. Pobre conductor el que los recogiera en Egipto…

—¡Bien! Ya está todo, cariño. —Mi padre llamó la atención de mi madre.

—Está bien, hora de irnos —contestó ella. Se acercaron a nosotras y nos abrazaron para despedirse, no sin antes soltar tres mil advertencias de futuros castigos si algo le pasaba a la casa.

—Portaos bien, no os peleéis y, sobre todo, os quiero juntas como el pegamento. ¿¡Entendido!? —nos preguntó por quinta vez mientras se subía al coche—. Llamaré todos los días.

—¡Sí, mamá! —contestamos Leslie y yo a la vez. Ya nos faltaba aire de tanto resoplar.

—Recordad: está en juego tu regalo de cumpleaños Leslie —amenazó apuntándola con el dedo—. Y tu cuenta de Netflix, Robin —y terminó conmigo.

—Vale, mamá. Lo hemos captado. Al final llegareis tarde al aeropuerto. —Ya me estaba rayando un poco.

—Está bien. Nos vemos, mis niñas. ¡Os quiero! —terminó de gritar mientras el coche se alejaba.

Mi hermana se cruzó de brazos, y a continuación se puso frente a mí y me encaró.

—A ver, Robin. Lo voy a decir una sola vez y espero no tener que repetirlo. —Se apartó el cabello de Barbie como si estuviera grabando. Me recordó a esas escenas en la que la rubia tonta de la peli salía a cámara lenta en pose de diva total. No me malinterpretéis, quería a mi hermana, pero a veces parecía llevar una pegada a su culo todo el tiempo.

—¡Robin! —Chasqueó los dedos frente a mi cara—. Te estoy hablando. Te decía que no lo voy a repetir más de una vez. Espero que te quede claro. No voy a renunciar a mi descapotable, así que harás todo lo que te diga sin rechistar o te juro que te raparé el pelo y las cejas mientras duermes —me advirtió. ¡Qué carácter! Esta era la otra cara de mi hermana, la que nadie veía.

—Vale te he entendido, no hace falta que me amenaces —arrugué la nariz.

—Estás avisada —recalcó.

Se metió en la casa antes que yo. Tardé un poco más de la cuenta en entrar. Mi mente se sumergía pensando en un futuro oscuro y no muy lejano. ¿Había algo peor que pasar todo el día pegada a Less? No lo creía.

Capítulo 5

—No puedo respirar —soltó Alice con un hilo de voz.

—Normal, no paras de reírte —dije molesta.

—Es que es tan gracioso que no puedo parar. —No dejaba de carcajearse como una posesa—. Te imagino entrando en el baño y encontrándote con semejante culo… y la cara del pobre Liam.

—¡Baja la voz! Que estamos en los pasillos. Nos puede oír alguien. —Estábamos en el instituto, en un cambio de clases recogiendo los libros de la taquilla, lo que significaba oídos por todos sitios.

—No te preocupes, nadie creería tu episodio de ayer. —Seguía desternillándose—. Eres única, Robin. ¿Por qué a mí no me pasan esas cosas? Mi vida es muy aburrida. Y ahora que tus padres se han ido va a ponerse mejor. No me lo perdería por nada del mundo —dijo sin parar de reír. Parecía que se había comido a un payaso; o el payaso se la había comido a ella.

—Muy graciosa. Me cambiaría por ti sin pensar —comenté tras soltar un suspiro.

—Ahí vienen tu culo perfecto y compañía —me avisó.

Me volví hacia la taquilla para no tener que verlo, mis ojos solían desviarse sin querer hacia él. Cuando el revuelo de las voces del equipo pasó, le pregunté a Alice.

—¿Se han ido?

—Sí, y Liam ha pasado sin dejar de mirar en tu dirección. Creo que su nudismo te ha afectado más a ti que a él.

—¡Alice! Para ya, por favor. No sé en qué estaba pensando cuando te lo conté.

—Estabas pensando en desahogarte con alguien y, ¿con quién mejor que conmigo? Soy tu mejor amiga. —Me sonrió mientras terminaba de sacar el último libro de su taquilla.

—Eres mi única amiga, Alice. —Levanté las cejas.

—Pues por eso. ¿Con quién mejor que conmigo? Soy la única que piensa que tu vida no es tan dramática como crees. Mataría porque me pasaran esas cosas.

La campana sonó avisándonos de que deberíamos estar en clase. Empezamos a andar a paso ligero para llegar a tiempo.

—Lo dices porque no es a ti a quién le suceden —solté mientras llegábamos a la puerta.

—¿Ir al baño y encontrarme con el culo de uno de los jugadores de baloncesto? ¿Dónde hay que firmar? —dijo entrando en la clase.

—¡Chsss! —La callé de inmediato.

Alice era muy buena amiga, pero tenía un gran defecto: a veces, cuando hablaba, parecía llevar un megáfono pegado a la mano.

(ɞ♡♡ɞ)

Las clases de la mañana transcurrieron como siempre, con la diferencia de que, como la noche anterior me acosté temprano, esta vez pude atender mejor a las explicaciones del profesor. Less tenía que estudiar y gracias a eso no tuvo que arrastrarme con ella y sus amigos. La verdad es que estaba desganada y ni siquiera me apetecía ver series. Decidí seguir con la bilogía que

estaba leyendo, iba por la mitad del segundo libro «Tú, yo y la loca idea de encontrarnos» y de todas las veces que reí a carcajadas se me levantó el ánimo.

Por fin llegó la hora del almuerzo, me moría de hambre. Alice y yo nos dirigimos hacia el comedor y nos sentamos donde siempre.

—¿Qué piensas hacer este finde? ¿Te apetece ver una peli? —preguntó Alice llevándose una patata a la boca.

—Querrás decir, qué le apetecerá a mi hermana —suspiré—. Según donde vaya ella, ahí tendré que ir yo. Como dijo mi madre, *juntas como pegamento.* Lo dejó bien clarito antes de irse.

—¡Hola, Friki! —Escuché la voz de Mason antes de que se sentara frente a mí y justo al lado derecho de Alice—. ¿Qué tal pelirroja? Eres Alice, ¿verdad? —Giró la cara hacia mi amiga.

¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba. Sabía su nombre. Creía que Mason ni siquiera se acordaba del nombre de las chicas con las que se había liado, y que mucho menos lo haría de las que no entraban en su campo de visión. Alice afirmó con la cabeza, la había dejado sin palabras. Lo miraba como si el mismísimo Harry Styles se hubiera sentado junto a ella.

—¿Se te ha perdido algo, Capitán Capullo? —pregunté con las cejas alzadas.

—¿Por qué lo dices? —Su cara parecía toda inocencia, cosa que yo sabía que era mentira. Me quitó una patata de la bandeja como si nada.

—¿Puede ser porque estás sentado con los frikis? —pregunté—. ¿Qué quieres, Mason? ¿Por qué no te largas de una vez a tu mesa y dejas de comerte mi almuerzo? —Formé una barrera con mis manos antes de que sus dedos me robaran otra patata.

—No te pongas así, Robin Hood. —Alice comenzó a reír con su chiste, hasta que se dio cuenta que a mí no me hacía ni pizca de gracia—. Vete acostumbrando, vamos a pasar mucho tiempo juntos. —Me sonrió de forma petulante.

—¿Y eso por qué? —pregunté haciéndome la tonta. Alice miraba de un lado a otro como si fuese un partido de tenis.

—Less me ha contado lo de tus padres. Tendremos que hacerte de niñera. Pero no te preocupes, cuidaremos muy bien de ti y te lo pasarás genial.

Me imaginé tirándole el contenido de la bandeja por la cabeza, la pasta resbalando por su preciosa cara de Ken y trozos de patata pegados a su bonito cabello negro de anuncio Loreal. Pero no llevé a cabo mis más jugosas fantasías, ya que la voz de Liam interrumpió el momento.

—¡Mason! —lo llamó desde su mesa.

—¡Ya voy! —gritó el Capitán Capullo mientras se levantaba de la nuestra—. Nos vemos en el entrenamiento, Friki. ¡Adiós, Alice! —se despidió sonriendo el muy idiota.

Lo vi sentarse junto a Liam y comenzar a pelear con él por las patatas como si fuesen niños. Mi hermana charlaba animadamente con sus dos amigas inseparables. Seguramente de uñas, maquillaje y esas cosas.

—¿A qué ha venido eso? ¿Nos vemos en el entrenamiento? —preguntó Alice con el ceño fruncido.

—Se refiere a que tengo que esperar a que mi hermana y Liam terminen de entrenar para poder volver a casa. ¡Esto es una tortura! —Dejé caer mi cabeza sobre la madera—. No solo tengo que salir de mi zona de confort sino también, aguantar a este. ¡Él es mi tortura! —Hice un puchero.

—No exageres, Robin. Mason Brown sería una tortura deliciosa, y además se muere por tus huesos.

Un hueso es lo que le clavaría yo en un ojo si tuviera la oportunidad.

—¿¡Otra vez con eso!? Te dije que no volvieras a beber esos batidos para adelgazar, estás perfecta y está demostrado que deja a la gente sin neuronas. ¡Mira! —Apunté con el dedo en dirección a la otra mesa popular, la de los del equipo de Rugby. Uno de ellos se entretenía intentando colar una patata en un vaso de plástico—. ¿Lo ves? Cero neuronas.

Ambas comenzamos a reír.

—Te dije que dejé los batidos. Me moría de hambre…, y no cambies de tema, no estoy loca. A Mason se le ve el plumero. Le gustas desde hace muchísimo tiempo.

—¿Desde cuándo eres el infierno personal de alguien que te interesa? Eso es ridículo. ¿Tú lo has visto alguna vez comportarse así con alguno de sus líos?

—Porque, como tú has dicho, son solo líos;. tú le gustas de verdad. Pienso que Mason no sabe cómo comportarse contigo y la única manera de llamar tu atención es esa. Aunque parezca un crío de diez años. Creo que no sabe cómo sobrellevar este tema.

—¿Pero tú me has visto, Alice? ¿Qué tío popular se fijaría en mí? Si soy más simple que una zapatilla de andar por casa. Ni siquiera me puedo hacer ilusiones con Liam, mucho menos con el playboy del instituto —solté exasperada.

—Eres preciosa, por dentro y por fuera. Y no solo tienes a uno pendiente de ti, sino a dos. Lo que pasa es que estás tan ciega que no ves más allá de tus propias narices. Liam se ha pasado todo el tiempo pendiente de nuestra mesa mientras Mason estaba aquí. Qué casualidad que sea él quién lo haya llamado…

—Deberías dejar de ver esas pelis románticas de instituto, es un consejo.

—Tú las ves conmigo. —Alice levantó una de sus cejas.

—La diferencia es que yo sé que todo es mentira. Esas cosas no pasan en la vida real. Ese príncipe azul que te rescata de tu casa para llevarte al baile no existe, Alice. Para Liam, soy la hermana pequeña de su mejor amiga y para Mason, algo con lo que entretenerse, nada más.

—Ya me darás la razón en un futuro…

Miré el reloj y vi que ya teníamos que volver a clase, así que el tema estaba acabado y enterrado. Esperaba que Alice no me volviera a salir con sus fantasías románticas o me explotaría la cabeza.

Capítulo 6

Cuando salí de la última clase con Alice, sabía que no me quedaría más remedio que tomar el camino hasta el gimnasio.

—Sabes que no puedo ir contigo, Robin —dijo Alice con expresión de disculpa—. Me encantaría disfrutar de esos cuerpos sudorosos intentando encestar el balón, pero…

—¡Por Dios, qué asco, Alice! ¿Te gustan los tíos sudados? —pregunté.

No sabía si la gente se había vuelto loca o solo yo tenía un problema con ese detalle. Me daba un asco tremendo el sudor. Intentaba por todos los medios alejarme de las personas que acababan de hacer ejercicio. Era como una clase de fobia o algo así.

—Me gustan los tíos atléticos en general, y más si están entrenando. Todos esos músculos en movimiento… —contestó imaginando el momento—. El sudor queda en un segundo plano.

—¡Vale vale! Deja de soñar despierta… —La traje de vuelta a la realidad.

—Pues eso, que no puedo. Mi padre viene a recogerme para ir a casa de mi abuela, así que, ¡sorry! Otro día será. Míralo por el lado bueno, tendrás una excusa para ver entrenar a Liam. —Sonrió picarona. Alice tenía razón, podía disfrutar mirando a Liam sin que se diera cuenta.

Me despedí y me encaminé hacia el gimnasio. Al entrar, pude ver a mi hermana en uno de los laterales de la sala. Repasaba las coreografías con las demás animadoras. Por su expresión, se notaba que disfrutaba de lo que hacía. A Leslie siempre le había gustado bailar, recordaba cómo me obligaba a ponerme faldas y a repetir los bailes una y otra vez. Cuando éramos pequeñas estábamos muy unidas, pero con el paso de los años, nuestros diferentes hobbies y amistades nos fueron distanciando.

Me senté en las gradas y saqué mis apuntes. Aprovecharía para hacer los deberes. Por lo menos podría sacarle provecho el tiempo que durara el entrenamiento.

Al mirar hacia mi derecha en la grada, me fijé en que no era la única que se quedaba a verlos entrenar: cinco chicas del insti, a las cuales solo conocía de vista, se encontraban también sentadas esperando a que los chicos aparecieran. ¡Dios Santo! ¿Qué persona en su sano juicio se quedaba por gusto? A estas les faltaba un tornillo. O bien tomaban esos batidos light mataneuronas.

Por fin los chicos comenzaron a salir a la pista con su uniforme de baloncesto rojo, blanco y negro «Las panteras», así se llamaban. No entendía a qué venía ese nombre, la verdad. ¿Desde cuándo hay panteras rojas y blancas? Les hubiera pegado más solo el color negro. Habría que preguntárselo al fundador del equipo, que seguramente ya ni siquiera tuviese malvas que criar.

Un revuelo se formó a mi lado cuando apareció el capitán del equipo. Sí, Mason Brown tenía la banda en su brazo de Capitán Capullo y su número cuatro en el dorsal. Ahora las cinco que tenía en el otro extremo de las gradas ya no eran chicas normales, sino más bien gallinas cacareando por el gallo del corral. Y entonces apareció Liam… Tenía que reconocer que si era guapo vestido normal, con la equipación de baloncesto estaba impresionante. Llevaba el número ocho, mi número favorito. ¿Casualidades de la vida? Podría ser.

Cuando todos los jugadores llegaron a la cancha, el entrenador les mandó calentar.

Comenzaron a trotar alrededor de la pista haciendo ejercicios a la vez. Cuando pasaron cerca, Liam miró hacia las gradas y, cuando me vio sentada, hizo un gesto de saludo a la vez que sonreía. ¡Qué mono! Lo saludé también con un movimiento de cabeza hasta que mis ojos se toparon con unos de color verde y una mueca petulante. Como si yo estuviera allí solo para verlo. Ya no le bastó su sonrisa arrogante, sino que el muy cretino también me guiñó un ojo y para rematar ¡me lanzó un beso! Y continuó corriendo como si nada.

Algunos compañeros de su equipo a los que no había pasado desapercibido ese gesto comenzaron a reír entre ellos. ¿Era una clase de clave secreta? ¿Reírle las gracias al capitán?

De pronto escuché susurros y resoplidos molestos a mi derecha. Cuando me di cuenta, era la diana de miradas de odio por parte de las chicas del corral. ¡Genial! Lo que me faltaba. Tener de enemigas a las integrantes del club de fans del Capitán Capullo…

Me entretuve un rato más mirando a Liam y luego comencé a hacer los deberes. No tenía muchos, así que los terminé enseguida. Me fijé en cómo mi hermana daba instrucciones y colocaba a las animadoras para la coreografía. Era muy buena en lo que hacía y tenía mucha paciencia con las chicas y los dos chicos que había en su grupo. Ella se encargaba de hacer los pasos más complicados y los saltos más peligrosos. ¡Less era impresionante!

Escuché al entrenador dando órdenes para comenzar a jugar, ya habían acabado de calentar y se encontraban haciendo un parón para beber y secarse el sudor. Estaban dividiéndose en dos equipos para jugar entre ellos, pero, en ese momento, Mason corrió hacia las gradas con su toalla en la mano acercándose al sitio donde estaba sentada. Todos, (y cuando decía todos me refería a los jugadores, entrenador y a las gallinas de corral incluidas) nos miraban con curiosidad.

Hice como que estaba concentrada en los apuntes hasta que llegó hasta mí. Levanté la mirada hasta sus ojos sin entender.

—¿Qué estás haciendo? —susurré.

—¿Vas a animarme? —La pregunta me dejó descolocada. Se agachó y se pegó un poco más a mí. Estaba todo sudado, algo que me daba repelús, pero para nada olía mal. ¿Eso era normal?

—¿En serio me estás preguntando eso, Mason? —Levanté las cejas—. Ya tienes a tu club de fans para animarte. ¿A qué mierda estás jugando?

¿Se habrá golpeado la cabeza y no me he dado cuenta?

—Prefiero que lo hagas tú. Esas locas no dejan de seguirme, me siento acosado. No me vendría mal que pensaran que estás aquí por mí —me dijo al oído.

—¿¡Qué!? —solté cabreada echando mi cuerpo hacia atrás y poniendo distancia entre nosotros—. ¿Me estás utilizando? ¡Ni lo sueñes! ¿Por qué debería ayudarte? Soy la última persona que te haría un favor, créeme.

—Yo ya te estoy haciendo uno —me insinuó muy convencido, aunque no sabía de qué hablaba.

—¿Tú a mí? Me estoy perdiendo, Capitán Capullo. —Se volvió a acercar hasta que pegó su boca a mi oído.

—Ahora lo verás.

—¡Mason! —gritó Liam desde la cancha—. Te estamos esperando para continuar con el entrenamiento. Si no vas a jugar, siempre podemos votar por un nuevo capitán. —Por su voz, estaba bastante cabreado.

Mason se retiró de mi lado sonriéndome.

—¿Lo ves? Te lo dije —comentó mientras me tiraba su toalla sudada para que se la guardara antes de marcharse a la pista.

¡Qué asco!

La cogí con dos dedos, como si fueran pinzas, y la coloqué dos asientos más allá del mío. Me había dejado un poco descolocada.

¿Qué favor se supone que me está haciendo?

—¡Vamos, Brown! Deja el tema chicas para después del entrenamiento —le llamó la atención el entrenador mientras él se acercaba a la cancha.

Los jugadores comenzaron con el partido después de terminar de formar los bandos. Liam lideraba uno y Mason el otro. Me parecía lógico ya que, según mi hermana, eran los que más destacaban en el equipo. Yo no entendía mucho de baloncesto, solo lo básico. Se pasaban la pelota entre ellos hasta que le hicieron un pase a Mason y este encestó tras un salto impresionante. En ese momento se giró hacia las gradas y me lo dedicó formando un corazón con sus manos.

Está de coña, ¿no?

Los resoplidos de las fans no se hicieron esperar. Me había parecido oír alguna que otra clase de insultos junto a, *¿y esta quién se cree?* Si eso era lo que me esperaba a partir de ese momento, ya podría ir preparando unos cascos para venir al entrenamiento.

La madre que lo parió.

Sabía que Mason sería mi mayor problema durante estas semanas…

Los chicos siguieron con el juego y esta vez Liam se hizo con el balón. Mason intentó quitárselo mientras su amigo le daba la espalda. De pronto, Liam se volvió para intentar encestar y se llevó por delante a Mason con brutalidad, el cual cayó de espaldas. ¡Y yo que creía que el único juego de brutos era el rugby!

—¿Pero qué coño te pasa? —Mason se levantó cabreado; sin embargo, Liam ni siquiera se disculpó.

Conocía a mi vecino desde pequeña y sabía que algo le pasaba. ¿Qué habría sucedido? El entrenador puso un poco de orden y terminaron el entrenamiento sin ningún altercado más.

Acompañé a Less hasta el coche de Liam. Las animadoras solían terminar antes que el equipo. Esa era la razón por la cual mi hermana tenía las llaves del coche de su amigo. Lo esperaríamos sentadas mientras terminaba de ducharse.

—¿Qué le pasa a Liam?

—¿Por qué lo dices? —Less me respondió con otra pregunta.

—Casi termina peleando con Mason. Parecía cabreado —contesté.

—No es nada raro entre ellos. Son muy amigos, pero se pasan el día picándose. Supongo que son cosas de tíos —me explicó concentrada en su móvil. Hablar con mi hermana era como mantener una conversación con la pared.

Cuando Liam llegó al aparcamiento seguía teniendo la misma expresión seria que minutos antes. Me hubiera encantado saber qué le pasaba, pero no podía preguntarle. Se daría cuenta enseguida de que no me era tan indiferente como quería hacerle creer. Nos pasamos el resto del camino hasta nuestras casas en silencio. Less con su móvil, Liam con su cara de *no me hables que te muerdo* y yo con la mirada perdida en el paisaje. Al llegar, nos despedimos hasta el día siguiente. Me hubiese gustado ponerme alguna serie para olvidarme del día completo y de las ocurrencias de Mason, pero estaba tan cansada que caí rendida después de una relajante ducha.

Capítulo 7

Los gritos de mi hermana al despertar eran peores que los de mi madre. Tenía una voz chillona y estridente capaz de reventar tímpanos.

—¡Robin! No voy a llegar tarde por tu culpa, así que levanta tu culo de la cama y prepárate. Me van a salir arrugas del estrés que me provocas a veces.

Me levanté de la cama, no quería volver a escuchar sus quejas. Me vestí a toda velocidad y me recogí el cabello en mi habitual moño despeinado. Al bajar a la cocina, tenía mis cereales preparados en un cuenco, como solía hacerlo mi madre, y Leslie se encontraba desayunando su barrita light de las mañanas.

—¿Me has hecho tú el desayuno? —pregunté con sorpresa. No sé qué me hubiese extrañado más, ver a un ovni, o a mi hermana preparándome la comida.

—¿Ves a alguien más en esta casa? No te puedo dejar sola para que cojas el bus ni pretendo llegar tarde por tu culpa, así que, ¡come! Que nos vamos.

Mi hermana era todo un caso. Nunca había llegado tarde a nada, ni siquiera al colegio. Sacaba muy buenas notas y nunca desobedecía a mis padres. Para ellos era la hija perfecta, todo lo contrario a mí, que era el desastre de la familia y la culpable de sus quebraderos de cabeza.

Aunque era muy temprano, Leslie ya estaba arreglada y maquillada (como todos los días) para ir al insti.

—¿A qué hora te levantas? —le pregunté sentándome a la mesa. Apostaba a que tres horas antes. Por las ondas que llevaba en el pelo, no me extrañaría que le hubiese llevado al menos una hora hacerlas.

—Lo bastante temprano para no parecer que llevo un nido de pájaros en la cabeza —soltó mirando mi habitual moño. Leslie tenía un don. Se metía contigo de una manera tan sutil que no parecía que fuese un insulto.

—¡No empecemos! A mí tampoco me hace nada de ilusión tener que seguirte a todos sitios, y mucho menos esperarte en el gimnasio.

—Pues no parecía eso cuando estabas coqueteando con Mason —dijo como si nada, mientras cotilleaba una revista de moda y masticaba su barrita sagrada.

—¡¿Se te ha ido la cabeza?! —me sobresalté—. Odio a Mason. ¿Cómo se te ocurre pensarlo siquiera?

—Pues mejor así. Ellos solo buscan pasar un rato con chicas como tú. —Seguía concentrada en pasar las páginas.

¿Perdona?

—¡¿Con chicas como yo?! ¡Oh, ya sé! Gracias por hacerme sentir menos que vosotros, Señorita Glamour. Yo soy solo la friki con la que entretenerse, ¿verdad? —Less levantó la cabeza.

—¡Yo no he dicho eso! No cambies mis palabras como haces siempre, Robin. Me refiero a que te conozco, eres mi hermana. Tú no eres como las demás, no te bastaría liarte con uno de los jugadores y fingir que todo está bien. Ellos no se fijan en chicas como tú. No son tontos, no quieren complicaciones…

—Te recuerdo que estás hablando también de tu mejor amigo —le reproché.

—Por eso mismo, sé de lo que hablo. Liam tiene cada semana a una tía diferente en su cama. Podría decir que se ha acostado con la mitad de las animadoras de mi grupo.

Mi pecho se apretó al oírla pronunciar esas palabras. No me imaginaba que Liam fuese un picaflor, pero claro, yo no salía con ellos para saber qué hacían en las fiestas. Me quedé sin palabras.

—¡Joder, Robin! No me digas que… —Por la expresión de sorpresa de Less, supe que me lo había notado en la cara—. Creí que ese enamoramiento tonto por Liam de cuando éramos pequeñas se te había pasado…

—¡¿Y si no fuese así?! —Me levanté cabreada.

—¡Quítate eso de la cabeza, Robin! Liam te partiría el corazón y me pondrías en una situación complicada. ¡Es mi mejor amigo! Sé que jamás te tomaría en serio, no eres su tipo, lo conozco demasiado.

—¡Vete a la mierda, Less! —Salí de la casa después de coger mi mochila y pegué un portazo.

Al mirar al frente, vi que mi vecino ya estaba esperándonos apoyado en el coche.

—¡Buenos días, Robin! Es raro verte salir antes que tu hermana… —Se quedó a mitad de la frase. Pasé por su lado y me introduje en la parte trasera del vehículo, sin decir nada.

Estaba muy cabreada. Mi hermana me había hecho sentir más insignificante que un chicle pegado a un zapato. Lo peor era que sabía que llevaba razón. Liam jamás se fijaría en una chica como yo. Pero que fuese verdad no significaba que doliese menos escucharlo.

—¿Os habéis peleado? —preguntó asomando su cabeza por la ventanilla.

—¿Eso te resultaría raro? —solté en tono sarcástico.

—La verdad es que no, aunque me parecería más raro aún que salieseis abrazadas de la casa. —Comenzó a reír y no pude contenerme. Las comisuras de mis labios se elevaron con una sonrisa.

Los dos nos quedamos observándonos por un instante. Me encantaban sus ojos rasgados tan poco habituales. Para mí eran preciosos. Yo miraba los suyos y él seguro que alguna lagaña que me habría dejado atrás al lavarme la cara con prisas. Si hubiera un concurso de quién tardaba menos en prepararse para el insti, sin duda ganaría el primer puesto. El sonido de una puerta al cerrarse nos sacó del momento.

Less y Liam se saludaron y se metieron en el coche. Mi hermana, como siempre, puso la música horrorosa que solía escuchar, pero estaba preparada para eso. Como dije el día anterior, mis cascos me acompañarían sin dudarlo. Me los puse y me entretuve con el paisaje mientras escuchaba a Selena Gómez; me encantaba su música desde hacía años.

Cuando llegamos al aparcamiento ya se encontraban allí todos los del grupito guay, incluido el Capitán Capullo. No me dio tiempo a abrir la puerta del automóvil porque Mason lo hizo por mí.

—¡Hola, Friki! Tengo que hablar contigo —soltó mientras lo empujaba para que me dejara salir.

—¿Y ahora qué es lo que quieres, Mason? —resoplé—. Hoy no tengo un buen día, ¿vale? Lo que menos quiero es aguantar tus tonterías…

—¡Eso es nuevo! —Levantó sus preciosas cejas de Ken—. Es la primera vez que no me llamas Capitán Capullo para darme los buenos días.

—Será porque ya estoy un poco cansada de nombrarte en mis pensamientos con ese apodo…

—Así que estoy en tus pensamientos. —Sonrió arrogante.

—No de la manera que crees. Te asustaría saber la mente tan retorcida que puedo llegar a tener. —Puse cara de sicópata pensando en todas las cosas que le haría.

—No me esperaría menos de ti. —Tras darse cuenta que todos estaban pendiente de nosotros, me agarró del brazo y me llevó un poco alejada del grupo, donde no pudieran oírnos.

—¡¿Qué haces?! —Me solté de un tirón.

—Necesito que me ayudes en algo, Robin…

—¡No! Y llámame Friki, suena menos raro viniendo de ti —dije con desagrado.

—¡Mira! —Me enseñó la aplicación de mensajería en la pantalla del móvil, donde una tal Rachel le había dejado un montón de mensajes.

—No deja de acosarme. Me estoy volviendo loco —soltó con expresión de desesperación.

—Pues cambia de número y listo. —Intenté esquivarlo para irme.

—Solo quiero que te hagas pasar por mi novia delante de ella, eso es todo… —Me paré en seco.

—¡¿Te has vuelto loco?! Tú y yo… ¡¿Novios?! Hay muchas chicas en el insti, Mason, ¿por qué no se lo pides a otra que te odie un poco menos?

—Esa es la razón. Eres la única chica que no se haría ilusiones conmigo después de proponerle esto. Todas querrían algo más, excepto tú.

¿Se puede ser más egocéntrico?

Bufé y lo rodeé para irme hacia la entrada del instituto.

—Ni se te ocurra seguirme. No pienso entrar contigo por las puertas —le solté caminando hacia delante sin mirar atrás. Escuché su voz desde atrás mientras me alejaba.

—No me has contestado… —Me giré y le saqué el dedo corazón, después seguí mi camino.

(ɞ♡♡ɞ)

Cuando por fin terminaron las primeras clases, Alice y yo nos dirigimos hacia el comedor.

—¡Lo sabía! —exclamó mientras se desternillaba.

—¿Por qué te hace gracia siempre todo lo que te cuento? Y, ¿qué es lo que sabías? —pregunté.

—Que Mason está coladito por ti. ¿Que te hagas pasar por su novia? Eso me suena a cliché de libro juvenil. Y me río porque tu vida se está volviendo muy pero que muy divertida. —Sus carcajadas no dejaban de sonar, para variar.

—Tú y tu loca idea de confundir la ficción con la realidad. —resoplé aburrida—. Pues no habrá clichés porque me he negado… ¡Un no rotundo! Así que se tendrá que buscar a otra para su estúpido plan antiacoso. ¿Pero quién se cree? ¿Justin Bieber? —dije poniéndome a la cola para recoger la comida.

De pronto, una voz a mi espalda hizo que casi se me saliera el corazón del susto.

—¿Me pasas una bandeja, Friki?

¡Genial! Últimamente tendría a mi infierno personal pegado a mi culo todo el día…

Capítulo 8

No me lo podía creer. Nada más hacía dos días que mis padres se fueron y ya solo me faltaba tirarme de los pelos. Quería volver a mi tranquilidad, pasar desapercibida en el insti con mi amiga Alice y ver mis series de Netflix. ¿Era pedir demasiado? Yo era feliz así.

Le pasé una de las bandejas a Mason sin ni siquiera mirarlo, como si me la hubiese pedido cualquiera. Cuando la cogió, tomé otra para mí y comencé a añadir el almuerzo: patatas y un filete más seco que el desierto de Mojave. La otra opción era pescado y ensalada. ¡Absolutamente descartado! Odiaba el pescado y con la ensalada me pasaría el día famélica.

—¿Vas a empezar a ignorarme? —Escuché su voz muy cerca. Se había aproximado lo bastante a mí para que la gente de la cola no lo oyese.

—Eso no es nuevo, no sé de qué te extrañas —susurré. Aún seguía concentrada en añadir el filete desecado. Alice estaba muy atenta a nuestra conversación.

—Solo te he pedido un único favor, nada más —me repitió. ¡Qué pesado!

—Y yo te he dado una única respuesta. ¡No!

—Te espero en la mesa —dijo Alice con una mirada que entendí a la perfección. Ella y sus ideas absurdas de que le gustaba a Mason. Lo único que quería era utilizarme, como siempre hacía para no aburrirse.

Terminé de servirme rápido con la intención de huir de allí, pero Mason se dio prisa en hacerlo también y me adelantó. Me cortó el paso con su cuerpo.

—Solo será en el entrenamiento. Que ella crea que estás allí para verme y no vuelva con sus amigas. Si piensa que solo tengo ojos para ti, pensará que no tiene posibilidades conmigo. Eso es todo. Luego te dejaré en paz si quieres. Lo prometo.

—Llevas atormentando mi vida desde que tengo uso de razón, ¿y ahora quieres que te ayude? —Lo miré incrédula.

—¡Qué exagerada! —Mi cara de reproche se lo dijo todo—. Bueno, quizá a veces me he pasado un poco con las bromas, pero eran cosas de niños.

—¡Lo de la piscina fue el año pasado, Mason! —Ya me estaba cabreando. Me imaginé por un momento el filete seco estampado en su preciosa cara.

—Deberías agradecerme, te estoy haciendo un favor al estar aquí contigo —soltó un poco exasperado.

¡No me lo puedo creer!

—¿Tengo que darte las gracias por hablar con una friki como yo? ¡Mira! Ya he tenido bastante con mi hermana por hoy para que tú también… —Sus dedos en mis labios no me dejaron terminar la frase.

—No me refería a eso…

Se acercó tanto a mí que creí que me iba a besar como ya había hecho en una ocasión, robando mi primer beso. Recordar ese momento me puso muy nerviosa. Odiaba a Mason, pero no podía negar que su cercanía no le era tan indiferente a mi cuerpo.

—Quizá deberías fijarte más en tu alrededor. Hay alguien que no nos quita ojo desde que hemos empezado a hablar —me susurró.

—¿Te refieres a todo el comedor? —contesté y me aparté un poco de él. No quería ser el

centro de atención y con el capitán tan pegado a mí, me habría convertido en una diana para todas las miradas.

—Me refiero a Liam —me soltó. Seguía susurrándome como si estuviésemos compartiendo un secreto.

—¿Qué tiene que ver Liam en esto? —No me gustaba nada el rumbo que estaba tomando la conversación

—No le gusta que me meta contigo, no soporta que me acerque a ti y apenas me habla desde ayer en el entrenamiento. Se muere de celos. Podría ayudarte para que se atreviera a dar el paso.

Lo que me faltaba por escuchar.

—¿Estás loco? Eso no tiene sentido y aparte, ¿qué te hace pensar que a mí me gusta Liam? —pregunté.

—¿En serio me lo estás preguntando? —Levantó sus cejas.

¡Genial! Por lo visto, soy más obvia que la entrada de un club de strippers.

Miré hacia la mesa de los jugadores y Mason tenía razón: Liam observaba con disimulo en nuestra dirección. No paraba de dar vueltas a un trozo de pan entre sus dedos y hacer como que escuchaba a uno de sus compañeros, pero en realidad, le interesaba lo que hablábamos Mason y yo. Aunque eso no quería decir que el Capitán Capullo llevara razón. Podría ser simple curiosidad. Aun así, sus palabras hicieron que mi corazón albergara alguna esperanza y saltara de emoción.

—Piénsalo. Será solo durante el entrenamiento. Hagamos una tregua. —Su sonrisa de dientes blancos era la culpable de los suspiros de muchas chicas, pero a mí no me engañaba. Lo conocía demasiado bien para saber que solo la utilizaba cuando quería conseguir algo a cambio.

—Deja de sonreírme así, Capitán Capullo. Conmigo no te va a funcionar. —Arrugué el entrecejo.

—Podrás pedirme lo que quieras —dijo muy seguro. No sabía lo peligrosas que podían ser esas palabras.

—¿Lo que quiera? —Ya estaba imaginándome hacerlo correr por todo el instituto vestido de animadora, o hacer que se rapara al cero. Quizá no sería tan atractivo como hasta ahora.

—Lo que quieras —soltó. No podía desaprovechar la oportunidad de hacerle pagar todas sus bromas pesadas.

—¡Mason! —Escuche la voz de Liam desde su mesa.

—Me lo pensaré —fue mi respuesta.

—Bien —contestó y antes de irse me plantó un beso en la mejilla. Rápido y veloz, como el roce de una suave pluma. Ni siquiera había aceptado y ya me estaba arrepintiendo.

Liam se encontraba bastante serio cuando Mason llegó hasta su sitio. ¿Y si estaba celoso? Por su expresión lo parecía, pero… ¿En qué estaba pensando? Era imposible. Cómo dijo Less, yo no era el tipo de chica que a Liam le gustaba. No podía dejarme embaucar por las mentiras del Capitán Capullo. Él quería un favor y haría todo lo necesario para convencerme.

Llegué hasta mi mesa y Alice ya me estaba esperando con las cejas alzadas.

—¿Qué ha sido ese beso? Creo que serás la comidilla de hoy en el instituto.

Le conté toda mi conversación con Mason y su absurda idea de poner celoso a Liam, aparte de intentar terminar el almuerzo a tiempo, que por cierto, el filete estaba más seco que antes, frío e incomible.

—¡Te lo dije! Que al culito apretado le gustabas y el moreno cañón intenta acercarse a ti

de otra manera. Se ha dado cuenta de que su estrategia de captar tu atención no le funciona y está utilizando nuevas tácticas. Por algo es capitán del equipo de baloncesto. —Alice creó su propia trama en su cabeza.

—Deja de inventar historias donde no las hay. —Suspiré, ya cansada.

—Esto se está poniendo más interesante que una serie juvenil de instituto —rio a carcajadas mientras nos levantábamos para seguir con la jornada.

(ɞ♡♡ɞ)

Cuando la campana sonó para dar por terminada la última hora, Alice y yo comenzamos a recoger los libros de nuestros respectivos pupitres. De repente, escuché murmullos de sorpresa a mi alrededor. Algunas de mis compañeras de clase que aún no habían salido miraban ensimismadas en dirección a la puerta.

—Tengo que reconocer que el chico es insistente —dijo Alice sonriendo.

Cogí mi mochila y, al mirar hacia la puerta, me topé con los ojos verdes de Mason, que esperaba en la entrada de clase apoyado en la pared. ¡No me lo podía creer! ¿También iba a seguirme hasta aquí?

Me acerqué a él en dos zancadas.

—¿Qué mierda haces aquí? —murmuré cabreada, disimulando frente a los alumnos que quedaban recogiendo sus mochilas.

—Vengo a buscarte para ir al gimnasio. ¡Date prisa, Friki, o llegaré tarde al entrenamiento! —comentó, como si fuese lo más normal del mundo recogerme en mi aula.

—¿Quién te ha pedido que lo hagas? No deberías estar aquí —solté un poco cabreada. Eso de no querer ser el centro de atención, últimamente era todo lo contrario por culpa de Mason.

—Debemos llegar juntos al gimnasio igual que haría una pareja normal —me explicó como si fuera tonta.

—¿Qué parte de “me lo pensaré” no has entendido? —seguí susurrando. ¡Dios, estaba acabando con mi paciencia! Todas esas miradas me ponían nerviosa.

—Aprovecho el tiempo mientras lo piensas —me soltó con su cara dura—. ¡Hola, Alice! Si no te importa, me la llevo. Llego tarde al entrenamiento —le dijo mientras sonreía.

—Toda tuya —contestó la otra guiñandole un ojo—. Nos vemos mañana, bombón. —Me tiró un beso como despedida y salió.

Holaaa. ¿El mundo se ha vuelto loco?

Mason me agarró de la mano y tiró de mí en dirección al gimnasio. La gente nos miraba y murmuraban entre ellos por los pasillos. Si había sido invisible hasta ese momento aún siendo la hermana de Less, ir cogida de la mano del capitán del equipo de baloncesto dejaba claro que ya no era una chica del montón. Nunca había visto a Mason en una situación así con otra, ni siquiera con sus líos. No había ido de la mano con ninguna de ellas. Intenté que me dejase ir, pero me tenía bien agarradita.

—¿Puedes soltarme de una vez? —dije irritada y avergonzada tras las numerosas miradas que estábamos recibiendo.

—¿Prefieres eso o que te cargue como un saco de patatas? No me desagrada la idea de entrar contigo en el gimnasio colgada de mi hombro. Imagina la cara de Liam, sería todo un poema.

No me dio tiempo a contestar. Traspasamos las puertas y todos los jugadores, ya con sus equipaciones puestas, se encontraban calentando. Se nos quedaron viendo sin entender. Mis ojos se desviaron hacia los oscuros y rasgados de Liam. Miraba justo el punto donde nuestras manos se entrelazaban. Solté a Mason por acto reflejo.

—¡Brown, llegas tarde! —lo amonestó el entrenador—. Te quiero aquí en un minuto si no quieres hacer cincuenta flexiones como castigo.

—¡Lo siento! Tardó menos de un minuto. —Mason me guiñó un ojo y corrió hacia los vestuarios para cambiarse.

Me senté en las gradas y la mirada de mi hermana me traspasó. Leí sus labios mientras gesticulaba un “hablaremos luego”.

Tenía muchas cosas que explicar. Tampoco me pasaron desapercibidas las miradas de odio de las gallinas de corral a mí derecha. Supongo que serían la tal Rachel y sus amigas. Me puse los cascos y saqué mis apuntes para comenzar a hacer los deberes. Estas semanas iban a ser las más largas de mi vida.

Capítulo 9

El entrenamiento terminó rápido y tuve que reconocer que no lo pasé del todo mal. A veces, Mason podía ser gracioso; cuando sus bromas pesadas no iban destinadas a mi persona, claro. ¿Me había vuelto loca? No lo sabía, pero era la primera vez que pensaba algo bueno de él. Me divertí muchísimo mirando las caras de las gallinas de corral cada vez que me dedicaba una canasta. Sus compañeros de equipo lo miraban sin entender a qué venía todo aquello, ya que sabían que no nos llevábamos para nada bien. Sus expresiones desconcertadas tras las dedicatorias de su capitán me hacían reír a carcajadas.

Simplemente quise tomármelo de otra manera. Mason no se iba a dar por vencido; al menos, si le seguía el juego, podría quitármelo de encima cuanto antes. Por otro lado, la cara de disgusto de Liam a cada minuto que pasaba me daba a pensar que quizá el Capitan Capullo llevase razón y a mi vecino no le hacía nada de gracia nuestro tonteo imprevisto.

Nunca había prestado atención al baloncesto, sin embargo, el dominio que Mason tenía con el balón era impresionante. Liam era bueno, pero el capitán del equipo era sorprendente. La manera de moverse tan ágil, sus lanzamientos a larga distancia… ¡Era una pasada! ¿De verdad se me pasó eso por la cabeza? Pues sí, no me sorprendía que tuviera loca a las chicas. Cuando jugaba, su expresión seria y concentrada lo hacía parecer más atractivo de lo que ya era. Parecía otra persona en la cancha; aún así, todavía no había cambiado de opinión en hacerlo correr vestido de animadora por todo el instituto…

Mientras bajaba las gradas para reunirme con Less, Mason se acercó a mí. Los jugadores aún no se habían metido en los vestuarios.

—Voy a ducharme. ¿Puedes esperarme en el aparcamiento? —me dijo en un susurro tan dulce que jamás hubiese creído que pudiera hablar así. Su tono de voz solía ser arrogante y chulesco.

—¿Para qué quieres que te espere en los…? —Comenzó a hacer algo con los ojos. Una especie de tic muy raro—. ¿Qué te pasa en el ojo? ¿Se te ha metido algo? —pregunté desconcertada con la nariz arrugada.

Mason resopló, parecía estresado tras mi pregunta. Se acercó más a mí para susurrarme.

—Estoy intentando decirte que tenemos compañía. Sígueme el juego…

Al mirar a nuestro lado, las chicas del corral estaban pendientes de nosotros. Comenzaban a levantarse de sus asientos.

—Vale, te he entendido. Te veo fuera —contesté también bajito. Fui a bajar las escaleras, pero Mason hizo que me detuviera.

—¿No me das un beso de despedida, Friki? —me soltó moviendo sus cejas de arriba abajo, picarón.

—No te pases, Capitán Capullo. A ver si te voy a soltar un tortazo y se te va a caer el numerito que te estás montando —le dije sin pelos en la lengua. Se alejó de mí tras reír a carcajadas y desapareció por el pasillo donde se encontraban los vestuarios. Parecía que en vez de amenazarlo le había dedicado un piropo. ¿Qué le pasaba a este tío? ¿Era masoca o qué? Era como si disfrutase de mis insultos y de mi mala leche, de ahí a estar siempre cabreandome.

Llegué al aparcamiento donde se encontraba mi hermana; gracias a Dios, estaba tan

entretenida chateando que ni siquiera le dio por preguntar por el entrenamiento. Abrió el coche de Liam y se metió dentro a esperarlo sin levantar la vista de su móvil. Yo aproveché para mensajearme con Alice y contarle todo lo que había pasado.

Al cabo de diez minutos, Mason apareció dirigiéndose a su todoterreno. La verdad era que se había dado bastante prisa en ducharse y aun así, estaba para mojar pan. Que fuese un capullo no quitaba lo bueno que estaba.

—¡Ahora vuelvo! —informé a Lees, que no levantaba la cabeza de su móvil. ¿Con quién hablaba?

Mason me esperaba apoyado en su coche sin dejar de mirar cómo me acercaba a él.

—¿Y bien? —No sabía con qué me saldría ahora.

—Que no se lo ha tragado del todo—dijo tras pasarme su móvil. La tía seguía insistiendo, con frases como *yo soy mejor que esa pardilla; dame una oportunidad, no te arrepentirás; nos lo pasaremos mejor que la última vez.*

—¿La última vez? ¿Te has liado con ella? —pregunté con las cejas alzadas.

—Puede.

—¿Cómo que puede? ¿No lo sabes? —Estaba flipando.

—Puede que estuviese un poco borracho. Las fiestas se descontrolan un poco y… —se excusó.

Ahora lo entendía todo y me daba un poco de pena la chica. Yo creyendo que lo estaba ayudando a quitarse de encima a una loca acosadora y resultaba que se lo había buscado él solito. Si es que más tonta no se podía ser.

—Necesito que me ayudes… —comenzó a decir, pero le corté.

—¡No! ¡Ni hablar! —No pensaba entrar más en su juego.

—¡Mason! —La voz de Liam nos interrumpió. Se acercó a nosotros y me miró de reojo —. Hemos quedado para ver el partido de mañana, pero como tenías prisa no te has enterado de nada —dijo mirando a Mason.

—Gracias por avisarme, aunque lo hubiese visto en el grupo del equipo —le contestó él. La típica charla de colegas, aunque Liam estaba un poco tirante.

—¡Vamos, Robin! Less nos está esperando en el coche.

—No te preocupes, yo la llevaré a su casa. —contestó Mason por mí.

¡Qué! A este se le ha ido la pinza. Lo que me faltaba.

—No hace falta, yo me encargo de llevarla —soltó Liam—. Less nos está esperando.

¿Pero qué soy, una niña de seis años?

—Dame solo un minuto —respondió Mason mientras me arrebataba el móvil de las manos. ¡Mi móvil!

Comenzó a trastear en él mientras yo flipaba con su cara dura.

—Te espero en el coche, Robin —dijo Liam dándose la vuelta para irse—. No tardes.

Mason me devolvió el teléfono.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunté sin entender.

—Ahora tengo tu número, y tú el mío. ¡Nos vemos, Friki! —soltó montándose en su coche.

¡Lo que me faltaba!

—¿Para qué quieres mi número? No voy a hablar contigo, así que ni lo intentes. —Mason sonrió.

Arrancó su coche y salió del aparcamiento sin responderme. ¿Se podía ser más raro? No

sabía si es que no entendía una negativa, o si se había dado un golpe en la cabeza al nacer, que sería lo más probable. Me acerqué al coche de Liam y me metí en el asiento de atrás. Dos pares de ojos me observaban desde la parte delantera.

—¿Me puedes explicar qué es lo que pasa con Mason? —soltó Less—. Porque no me puedo creer que hayáis pasado del odio al amor en tres segundos.

Él también me miraba esperando una explicación.

—No hemos pasado a nada. Solo estábamos fingiendo delante de su acosadora. Mason me pidió ayuda para quitársela de encima. Eso es todo —contesté exasperada.

Liam comenzó a reír a carcajadas.

—¿Desde cuándo a Mason le importa que lo acose una chica? —preguntó, sarcástico—. Siento decirte esto, Robin, pero Mason se está quedando contigo. Estará aburrido y querrá entretenerse con algo.

Sin decir nada más, arrancó el coche. Parecía cabreado. ¿Por qué todo el mundo pensaba que era un entretenimiento para pasar el rato? Ya me estaba cansando escuchar eso de ellos. Ni siquiera mi vecino se había creído nuestro tonteo. Debí imaginarme que me había hecho falsas ilusiones con él. ¿Quién me mandaría a mí a meterme en las problemáticas ideas de Mason? De todas formas, esta situación se había acabado. No volvería a entrar más en el juego del Capitán Capullo y, sobre mi amor no correspondido, seguiría como hasta entonces. Intentaría olvidarme de él y pasar de mi absurdo enamoramiento.

Tenía que ser realista, no es que yo fuera menos que él, pero no era su clase de chica, como bien había dicho mi hermana. ¿Para qué hacerme falsas ilusiones? Intentaría fingir durante esas semanas en las que lo vería más y después, volvería a mi vida tranquila y antisocial, como decía Less. Una que a mí me gustaba, con cero problemas a no ser que los creará yo misma, que era lo que pasaba la mayoría del tiempo. Por esa razón ahora mismo tenía que estar pegada al culo de mi hermana Barbie *todo el día*.

Al llegar a nuestras casas, Liam y Less se despidieron. El móvil de ella comenzó a sonar y, sin esperarme, recorrió rápido nuestro jardín para contestar a la llamada. ¡Qué misterio! Cuando iba a seguirla, mi vecino me agarró del brazo para detenerme. Con tan solo un roce de su mano, conseguía que todos los vellos de mi cuerpo se erizaran.

—Espera, Robin. —Observé sus ojos rasgados. Su mirada me decía que dudaba en si decirme o no lo que estaba pensando—. Deberías alejarte de Mason. Es mi amigo y sé cómo es. Solo está buscando algo con lo que entretenerse. Y reírse de ti parece que le divierte bastante. —Me soltó.

—Gracias por advertirme, Liam. Pero no soy idiota, sé muy bien cómo es Mason. Disfruta haciéndome rabiar, no es nada nuevo para mí.

—Solo quería prevenirte. Mason suele ser caprichoso y siempre consigue lo que quiere —dijo mientras se rascaba la parte trasera del cuello. Solía hacerlo cuando estaba nervioso—. No quiero que te hagan daño…

Tú me haces daño al decirme esas palabras y hacerme creer que te importo de otra manera.

—Nadie puede hacerme daño, soy Robin Hood, ¿recuerdas? —Levanté mi brazo enseñando músculo. Bueno, lo que sería músculo si tuviera—. Solías llamarme así cuando éramos pequeños. Soy difícil de derribar —sonreí. Él me devolvió la sonrisa.

Me di la vuelta para entrar en casa, quería terminar ya con la conversación. Tenerlo tan cerca solo hacía que tuviera más ganas de besarlo.

—Buenas noches, Robin —se despidió todavía sin moverse del sitio

—Buenas noches, Liam —le respondí sin volverme.

Como pensaba, se preocupaba por mí, eso era todo. Habíamos crecido juntos y, aunque no teníamos esa confianza ni esa relación como la que tenía con mi hermana, me tenía cariño. Llevaba solo dos días pegada a Less y ya estaba deseando que estas semanas terminaran de una vez.

Capítulo 10

Ya era miércoles y, aunque fuera raro en mí, me desperté con el sonido de la alarma. Me negaba a levantarme con la voz estridente de Less. Sus chillidos me recordaban a los ladridos de un chihuahua cabreado.

Me preparé rápido para ir al insti y me hice mi típico *moño nido,* como le llamaba ella. Bajé a desayunar y, como siempre, me encontré a mí hermana pegada a su barrita y a su revista de moda. ¿Es que no se cansaba nunca de comer esa porquería? Y esas revistas… Una vez me dio por mirar una y… ¡Qué horror! Eran modelos muy guapas, sí, pero vestidas de payaso. No sabía qué conjunto me parecía más hortera.

Liam nos recogió y nos llevó al instituto. Mi día fue más normal que los anteriores, quitando los numerosos mensajes que llevaba recibiendo desde la noche anterior. Mason podía llegar a ser un poco demasiado insistente y cansino, pero al fin pareció entender que no le respondería y me funcionó, por lo cual, no me molestó desde entonces. Intentar evitarlo durante los cambios de clase también me ayudó, para qué engañarnos, cosa que a Alice le dio para reír durante toda la jornada a causa de mi gran drama. Decía que parecía una fugitiva huyendo de la policía.

Llegamos a la hora del almuerzo y nos sentamos donde siempre.

—¿En serio, Robin? —preguntó Alice—. Deja de esconderte. Me tienes asfixiada corriendo de clase en clase todo el día para no encontrarte con Mason. Creo que es la primera vez que somos las primeras en llegar al comedor —dijo tomando aliento después de situarse en su silla.

—¿No querías algo divertido en tu aburrida vida? —le contesté levantando las cejas—. ¡No te quejes! Ahora, esta es mi vida. Te dije que no era tan divertida —resoplé.

—Es que todavía no entiendo por qué evitas a Mason. De todas formas, lo tendrás que ver en los entrenamientos —me recordó.

—Lo evito porque paso de su ridícula idea de hacerme pasar por su novia. Después de varias negativas parece que no lo ha captado todavía. Quiera o no, siempre me mete en sus estúpidos juegos. Y no, no hay entrenamiento hoy, menos mal —suspiré aliviada.

—Pues te informo que tu falso novio está entrando ahora mismo acompañado de Culito Apretado —Alice sonrió como diciendo: *a ver cómo haces ahora para esconderte.*

—¡Por Dios, Alice! Deja de llamarlo así. —Cada vez que lo hacía, volvía al momento en que mis ojos se toparon con semejante cuerpo.

Me había sentado de espaldas a ver si pasaba desapercibida, pero obvio que el Capitán Capullo sabría dónde encontrarme si quería.

Comenzamos a comer y, para mi tranquilidad, Mason no se acercó a mi mesa para nada. Alice me dijo que no paraba de mirar en nuestra dirección, al igual que Liam, pero, por suerte para mí, no le dio por molestarme de nuevo…

Las clases terminaron y, como le dije a Alice, no habría entrenamiento, así que nos subimos al coche con Liam para volver a casa. Los dos comenzaron a hablar sobre los cotilleos del insti y los líos de sus compañeros de equipo, cosa que la verdad no me importaba. Me puse los cascos, pasaba de escuchar la horrible música de Less y, de paso, evitaba enterarme de los

rollos de mi vecino. Aunque me había convencido de olvidarme de mi absurdo enamoramiento, eso no impedía que doliera menos escucharlo. Decidí cambiar el chip: ese día tocaba por fin encerrarme en mi habitación y seguir viendo mi serie favorita. Mi hermana se quedaría en casa, podría seguir con mi rutina habitual y volver a mi zona de confort.

Tras llegar, me di una buena ducha y me encerré en mi habitación. Me puse algo cómodo: un pijama corto de Snoopy que hacía juego con una camiseta negra de manga larga de corazoncitos. Me encantaba Snoopy, me parecía adorable. Y, aunque el conjunto fuera un poco infantil, era súper cómodo. Además, ¿quién podría verme?

Hacía rato que me había pasado de la hora de cenar. Me había enganchado tanto a mi serie y a mi *crush*, que ni siquiera me di cuenta hasta que mis tripas comenzaron a hacer sonidos desagradables. Paré la serie, que tenía a todo volumen como si estuviera en el cine. Eso era lo mejor de que mis padres no estuvieran, tenía un poco de más libertad y mi hermana tampoco se quejaba. Quizás estuviese conectada al ordenador o chateando con su móvil. De encontrarse estudiando, no me extrañaría que ya hubiese subido a llamarme la atención.

Al salir de mi habitación, me pareció oír un poco de jaleo en el salón. Como un partido en la televisión. ¿Desde cuándo mi hermana los veía en casa? Fue cuando escuché unas voces que lo acompañaban. Caminé de puntillas intentando no hacer ruido para asomarme y ver qué estaba pasando y…

¡Mierda!

El salón estaba repleto de gente viendo un partido de baloncesto de la NBA. Less, con sus dos amigas inseparables, Tiffany y Loren, se sentaban en uno de los sillones junto a Jake, el chico dulce del equipo que le gustaba a Alice. En los otros dos sofás se repartían: Jason, un tipo callado y reservado que apenas hablaba o quizá fuera tímido; Leo, el mastodonte del equipo, alto y robusto. Me recordaba un poco a Toreto de la peli «The fast and furious». Junto a ellos, también se encontraba Liam y, para rematar, el Capitán Capullo. Me había pasado todo el día evitándolo y resultaba que ahora lo tenía en mi propia casa. Iba a matar a Less, ya podría haberme avisado la muy maldita. Menos mal que no había bajado en bragas, aunque lo que llevaba puesto tampoco es que fuera una buena opción.

¡Vamos Robin! Están viendo el partido, ni siquiera se fijarán en ti.

Me quise convencer a mí misma. Se me pasó por la cabeza subir y abortar la misión de rescatar provisiones, pero el hambre y los ruidos que hacía mi estómago ganaron la batalla. Tenía que pasar por el salón para coger comida. *La cocina estaba en el salón* o el salón en la cocina. ¿Qué más daba? ¿Por qué se les había ocurrido a mis padres la terrible idea de comprar una casa con concepto abierto?

Me armé de valor, cuadré los hombros y traspasé la puerta sin apenas mirar en dirección a quienes estaban allí. A la derecha estaban los sillones con el gran televisor en el cual mi padre disfrutaba viendo los deportes, y a la izquierda se encontraba la cocina con una barra americana que separaba la amplia sala. Los dejé a mi derecha para meterme detrás de esta a buscar algo de comida en los armarios. De repente, sus voces se extinguieron, levanté la vista y todos los ojos apuntaban en mi dirección. ¿Qué mierda miraban? ¿No estaban viendo el partido? Quizá se habían olvidado de que Less tenía una hermana y estaba en su habitación en ese mismo momento.

¡Ala! A ver el partido, que no soy un mono de feria. ¿O es que nunca habéis visto un pijama de Snoopy?

Las amigas de mi hermana me miraban fijamente, sobre todo Tiffany, que levantaba el

labio superior en una mueca de desagrado. Ya podía escuchar sus pensamientos al ver mi pijama tan particular. ¡Dios! Me caía fatal esa pija.

Levanté la mano en plan presidente de los EEUU y saludé:

—¡Hola, chicos! —La carcajada contenida de Mason fue lo único que se escuchó además del partido.

—¡Hola, Robin! —contestaron todos al unísono y siguieron viendo la tele como si nada.

Qué alivio.

Comencé a abrir las puertas de los armarios para buscar mi tuppers de frutos secos cuando escuché la voz de Mason:

—¿Buscas esto? —Me enseñó un puñado de ellos mientras se los metía en la boca riendo. Antes de que le respondiera, Liam habló:

—Todavía quedan unos pocos, Robin. Puedes quedarte los míos. —Me sonrió muy dulce. Tanto que mi corazón revoloteaba como loco.

—No, gracias. Estaba buscando esto. —Le enseñé un paquete de chips, lo primero que encontré. Ni loca me acercaba a ellos con mi pijama. Seguía escondida detrás de la barra. ¿Por qué Liam tenía que verme con eso puesto precisamente? Si es que estas cosas tan bochornosas, *repito,* solo me pasaban a mí.

Me apresuré en salir de allí y encerrarme en mi habitación. Quizá continuando mi serie me olvidara de todo un poco, pero recordaría comprar otro pijama para momentos así.

No llevaba ni cinco minutos en la habitación cuando mi móvil comenzó a sonar con un mensaje: era Mason.

Bonito pijama

Pasa de mí, Capitán Capullo

No, en serio. Me encanta Snoopy

No me hables, no te voy a responder

Ya lo estás haciendo, friki

¡Será idiota!

Decidí pasar de él y concentrarme en mi serie, pero al cabo de dos minutos el teléfono volvió a sonar. ¿Y ahora qué?

Me siento mal por comerme tus frutos secos
Si quieres, puedo subirte unos cuantos que
le he robado a Liam.

Ni se te ocurra subir

¿Qué estás haciendo?

Cosas de friki. Déjame en paz
y vete a incordiar a otro

El móvil se quedó en silencio. Por fin Mason había captado el mensaje. Pero al cabo de un rato llamaron a mi puerta. ¡No me lo podía creer! Esperaba que no fuese él. Solo me faltaba tenerlo en mi habitación invadiendo mi espacio personal.

—¿Puedo pasar, Friki? —Su voz petulante me delató que se estaba cachondeando de mí.

—No, no puedes. No permito la entrada de enemigos a mi base —respondí.

—Vengo en son de paz. Quiero proponer una tregua. Traigo frutos secos para firmar la paz —dijo siguiéndome el juego desde detrás de la puerta, algo que me hizo reír. Parecíamos críos.

Decidí dejarlo pasar. Conociendo a Mason y lo cabezota que era, no se iría hasta conseguir lo que quería…

Capítulo 11

—Pasa antes de que me arrepienta —exclamé para que me oyese.

Mason abrió la puerta y se quedó observando mi habitación antes de clavar sus bonitos ojos verdes en mí. Llevaba en la mano un cuenco que contenía el tratado de paz. Creo que lo dejé pasar porque tenía antojo de frutos secos, que si no… Entró y se acercó a mi cama, donde me encontraba recostada con el mando a distancia en la mano.

—¿Qué quieres, Mason? Porque dudo que solo hayas subido para traerme frutos secos. —Levanté las cejas. Mason contestó con otra pregunta.

—¿Estás viendo *Crónicas vampíricas*? —me preguntó con una mueca divertida en sus labios tras mirar la pantalla del televisor.

—Sí, ¿qué pasa? Según tú, soy una friki de las series, ¿no? Pues esta es mi favorita. —contesté de mala gana. Mason me pasó el bol mientras se hacía hueco a mi lado.

—¿Qué estás haciendo? —dije sobresaltada. Su cuerpo junto al mío era enorme. ¿Qué pretendía al recostarse junto a mí? Sin duda, no cabríamos a no ser que estuviéramos demasiado cerca.

—Voy a ver la serie contigo… —Se acomodó, lo que hizo que nuestros hombros entrasen en contacto.

¡A este se le ha ido la olla!

—¡No! Tú te vas abajo y terminas de ver el partido. ¿No has venido a mi casa para eso? —Me incorporé un poco, ya me estaba empezando a tocar las narices.

—El partido se ha vuelto aburrido. Vamos perdiendo, así que he decidido entretenerme con algo más divertido. —A algo más divertido se refería a cabrearme, por supuesto. Sin mirarme siquiera, el tío me quitó el mando de la mano y le dió al *play*. Comenzó a ver la serie muy concentrado, como si no acabara de autoinvitarse.

—¿Desde cuándo te gustan las series? —pregunté, incrédula.

—¡Chsss! No me dejas escuchar, Robin —me soltó el muy capullo—. Para ser una friki, vas muy lenta. Esta es la segunda temporada, ¿no? —Y de todas las cosas que me esperaría que salieran por su boca, jamás serían esas.

—Espera espera… ¿Cómo sabes tú eso? —Lo miré sorprendida.

—Te llevo ventaja, ya me la he terminado. Así que… si no quieres que te haga spoilers, tendrás que dejarme verla contigo —me amenazó.

—¿Tú? ¿Viendo otra cosa que no sea deporte? —lo apunté con el dedo—. No te creo. Siempre estás entrenando y si no, saliendo de fiesta. ¿Crees que soy idiota?

—Tengo más vida, Robin. —Resopló molesto—. Cuando llego a mi casa, ¿qué crees que hago?, ¿solo dormir? —Eso me había dejado sin palabras. Seguía sin creer que Mason Brown fuera un adicto a las series como yo y se hubiese pasado dos años llamándome friki. ¡A mí! Cuando se suponía que él era otro.

¡Será hipócrita!

—¿Quieres que te diga con cuál de los hermanos acaba Elena? —Su sonrisa se volvió macabra. Odiaba que me destriparan las historias.

—No, gracias. Prefiero comprobarlo por mí misma —respondí más suave que un guante.

Me convenía no cabrear a Mason, ya que tenía información que podía estropear el emocionante final de mi triángulo favorito.

—¿Con cuál te quedarías tú, Robin? ¿Con el bueno de Stefan, o con el malote de Damon? —me preguntó el muy idiota. Sabía de sobra quién era mi *crush*. ¿Para qué preguntaba?

—Obvio, ya sabes que me gusta Damon.

—Eso es una cosa que no entiendo, Robin. —Ahora le había dado por llamarme por mi nombre. Me resultaba raro viniendo de él, pero sonaba bien en sus labios.

—¿Qué no entiendes, Mason?

—A tí te gustan los chicos buenos y dulces. De esos que parecen que no han roto un plato en su vida. —Apostaba a que se refería a Liam.

—¿Quién dice que Damon no lo es? Pienso que se hace el duro, pero por dentro es más bueno y dulce que Stefan. Creo que si Elena se fijara en los pequeños detalles, se daría cuenta de cómo es él en realidad —debatí.

Mason se quedó pensando en mi respuesta y luego giró la cabeza para prestar atención a la pantalla. Ya no me dio más conversación. No me podía creer que acababa de estar hablando con él de mi serie favorita. De lo que sí estaba segura era de que no lo conocía tanto como yo creía. Me quedé mirando su perfil, era guapísimo. Ahora que podía compararlo con Damon en la televisión, era verdad que tenían un cierto parecido. Su cabello negro despeinado parecía tan suave que tuve el impulso de tocarlo. Y su olor… Estábamos tan cerca el uno del otro que no me pasó desapercibido. ¡Qué bien olía! ¿Sería el champú?

Céntrate, Robin ¿Qué mierda estás pensando? Es tu peor enemigo. El tío que lleva años torturándote con sus bromas pesadas.

De pronto, me miró de reojo al notar mis ojos puestos en él y yo aparté la vista. Lo que menos quería era que pensara que estaba admirando su belleza. ¡Mierda! Sí, estaba pensando que era muy guapo, pero eso él no tenía porqué saberlo. Suficientemente creído se lo tenía ya como para darle más motivos.

No llevábamos ni quince minutos viendo la serie en silencio cuando llamaron a la puerta.

—Robin, ¿está Mason contigo? ¿Puedo entrar? —Era la voz de Liam. Me puse nerviosa como si hiciera algo malo. Solo estábamos viendo una serie, ¿había algún problema con en eso? Bueno, estar en mi cama viendo la televisión con el chico que supuestamente odiaba, no es que fuera muy normal que digamos.

—Puedes pasar, capullo. —Mason le dio permiso antes de que yo abriera la boca. ¿Ya se había adueñado de mi habitación?

Liam abrió la puerta y su cara de sorpresa lo dijo todo. Se preguntaría lo mismo que yo. Qué hacíamos precisamente nosotros en aquella situación. El pobre abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar. Se había quedado sin palabras, literalmente. Fue Mason el que rompió ese silencio tan incómodo. Ya sabíamos que lo que le sobraba era cara dura:

—Si no vas a decir nada, Liam, ya puedes cerrar y volver abajo. O entras y ves con nosotros la serie. Me estoy perdiendo un punto interesante ahora mismo. —No sé por qué, pero tras ver la expresión molesta de Mason, muy parecida a la mía cuando me interrumpían en un momento interesante de un capítulo, me dio por reír a carcajadas. Los dos se quedaron mirándome sin entender.

—¿No ibas al baño? —preguntó Liam, molesto—. Pensé que el váter te habría absorbido —ironizó.

—Cambio de planes, he decidido venir a hacerle compañía a Robin —informó de forma

aburrida, como si fuese lo más normal del mundo.

—El partido se ha acabado, así que tienes que llevar a Leo a su casa. Te recuerdo que vino en tu coche —dijo Liam desde la puerta. Yo miraba de uno a otro sin poder creer la situación más rara en la que estábamos.

—¿No puedes llevarlo tú, tío? —preguntó Mason, molesto.

—No. Tú lo has traído, tú lo llevas. —Conocía a Liam y, por su expresión, ya se le estaba agotando la paciencia. Mason resopló tras incorporarse para salir de mi habitación, pero antes de hacerlo me miró con una sonrisa burlona.

—Nos vemos mañana, Friki.

—Hasta mañana, Capitán Capullo —me despedí antes de que saliera.

Cuando la puerta se cerró, oí cómo mi vecino hablaba de algo con Mason en el pasillo. Corrí hacia ella para poner la oreja y los escuché.

—¿A qué coño juegas, Mason? —Liam estaba muy cabreado.

—¿A qué te refieres? —se hizo el tonto.

—Robin no es como las demás chicas con las que nos enrollamos. Quiero que lo que sea que estés pensando se te olvide. Less te cortará las pelotas si juegas con su hermana.

—¿Quién dice que estoy jugando con ella? —preguntó—. Te veo demasiado molesto cuando se trata de Robin, ¿estás celoso? —dejó caer Mason.

¡Madre mía! Esto es un culebrón.

Se quedaron en silencio por un momento en el que me iba a dar algo si no escuchaba la respuesta. Por fin, Liam habló.

—¿Estás loco, Mason? Es una cría y además es la hermana de Less. Es intocable y tú lo sabes.

Un nudo se instaló en mi pecho al escuchar sus palabras. Aunque sabía lo que él sentía por mí, no era lo mismo que escucharlo directamente de sus labios.

—Solo tiene un año menos que nosotros, idiota. No me vengas con eso. Solo te escudas en excusas baratas y en Less. Eres un cobarde y siempre lo has sido.

—¡Vete a tomar por culo, Mason! —soltó Liam, enfadadisimo.

Escuché sus pisadas bajando las escaleras y fue cuando las lágrimas se desbordaron de mis ojos. Creo que era la primera vez que me rompían el corazón. Llamé a Alice, la necesitaba en ese momento. Pudo convencer a su padre para pasar la noche en mi casa. Aunque tenía sólo una amiga, era de las de verdad. De las que están contigo en los peores momentos de tu vida y te sacan una sonrisa tras secarte las lágrimas…

Capítulo 12

—Vamos, dormilona. Normal que tu hermana se desespere, eres un lirón —me despertó una suave y dulce voz. La forma que tenía Alice de hacerlo no tenía nada que ver con la de Less.

Me metí en el baño mientras ella se vestía en mi habitación. No sabía a qué hora me quedé dormida. Lo último que recordaba era estar abrazada a ella llorando y sus palabras de consuelo tras contarle todo lo que había escuchado.

—Pues que le den, Robin. Él se lo pierde. Tú eres una chica que vale mucho, quien no pueda ver eso, es que es idiota. —Fue lo que dijo. Siempre venía bien que una amiga te levantara la autoestima.

Me miré al espejo. ¡Estaba horrible! Tenía los ojos hinchados y mi pelo parecía un nido de pájaros, como decía Less. Si fuese ella, lo hubiese arreglado con un poco de maquillaje, pero como era yo, le echaría la culpa a la alergia.

Cuando estuvimos listas, bajamos a desayunar. Como era temprano, Less ni siquiera había salido de su habitación. Alice y yo preparamos un café bien cargado. Nos hacía falta después de una noche tan dramática. Después de desahogarme, ya veía las cosas de otra manera. El mundo no se acababa porque un chico no te correspondiera.

¡Que le den! Como dice Alice. Él se lo pierde, no yo.

Cuando nos sentamos en la barra para desayunar, apareció mi hermana.

—¡Vaya! Si no lo veo, no lo creo. —Se colocó la mano en el pecho de forma sobreactuada. Parecía que se estaba preparando para dar un discurso por ser elegida Miss california—. A mi hermanita no se le han pegado las sábanas hoy. ¡Gracias, Alice! Deberías quedarte más veces a dormir —ironizó. Ella comenzó a reír.

Less rebuscó en los armarios de la cocina hasta que encontró su desayuno sagrado.

—¿Quieres? —Le ofreció.

Mi hermana siempre era muy agradable con todo el mundo menos conmigo. Mi amiga aceptó la barrita integral y comenzó a comérsela. ¿En serio? Si estaba asquerosa. Less se sentó frente a nosotras y cogió una de sus revistas de moda. Se preparó para dar el primer bocado a su desayuno, pero, al mirarme, se quedó con la barrita a medio morder.

—¿¡Qué te ha pasado en los ojos?! —Me miró con cara de horror, arrugando el entrecejo.

—La alergia —contesté sin darle importancia.

—Estamos en febrero, Robin. —Le faltó llamarme idiota. Desvió su mirada hacia Alice, por si ella le decía algo, a lo que esta respondió solo levantando los hombros como si no supiera nada.

—Ponte maquillaje y listo. No puedes ir así al instituto —me aconsejó.

—¿Desde cuándo tengo maquillaje? Sabes que yo no uso esas cosas. Ni siquiera sé utilizarlas —contesté, estresada. La verdad es que no quería que me vieran así. Cualquier persona podía pensar o que me había pasado la noche llorando, que era el caso, o que había estado fumando drogas.

Less rebuscó en su mochila y sacó un pequeño bote. Se lo cedió a Alice.

—Es corrector, ¿sabes cómo se aplica? —le preguntó.

—¡Sí, claro! Tengo mi propio maquillaje en casa, aunque no lo utilizo tanto como me

gustaría —respondió con cara de pesar. Alice siempre había querido ir a una de esas fiestas a las que siempre acudía Less, pero uno, no estábamos invitadas, dos, no éramos populares y tres, yo tampoco ponía de mi parte.

—Pues pónselo. Os espero en el coche de Liam. No tardéis mucho. —Mi hermana se levantó terminando de comer su desayuno mientras colgaba la mochila en su hombro. Escuchamos la puerta cerrarse.

—¿Qué bicho le ha picado a esta? Es raro que no haya dicho: te quiero en el coche ya, Robin, o tendréis que coger el bus —dije imitando su voz de chihuahua cabreado. Alice comenzó a reír a la vez que cogía el corrector y le daba el último mordisco a la barrita.

—Creo que tu hermana está preocupada por ti. —Giró mi cabeza para que la mirara y luego me apartó algunos mechones de la cara—. No te muevas —me ordenó mientras me aplicaba el producto alrededor de los ojos.

—¿Preocupada por mí? No creo —contesté.

—Leslie no es tonta, aunque sea popular. —Me hizo reír—. ¡No te muevas! —me regañó.

—Sabe que has estado llorando, pero como también sabe que no le contarás nada, es la única forma en la que puede ayudarte. ¡Lista! —Cerró el envase y cogió su mochila para marcharnos. No dije nada, puede que Alice tuviera razón. Mi hermana y yo no nos llevábamos muy bien, pero supongo que nos queríamos muchísimo aunque ninguna lo dijera con palabras.

Salimos de la casa y nos metimos en el coche. Liam y Less nos esperaban con el motor encendido. Saludé a mi vecino como siempre, con un escueto *Hola.* Solía hacerlo para disimular que me importaba, pero en esta ocasión no tenía ganas ni de mirarlo a la cara, la verdad. Estaba dolida, no podía quitarme de la cabeza la forma en que se había referido a mí: *una cría.* Así me había llamado. ¿Estaba cabreada? Mucho.

Menos mal que durante el camino fue Alice la que respondió a todas las preguntas de Liam, como: *¿Qué tal van las clases? ¿Visteis una peli ayer? ¿De qué iba?* Debían darle a mi amiga un premio a la mejor actuación, sabía mentir muy bien. Aunque me entraron ganas de reír cuando se inventó una trama en la que un chico le rompía el corazón a una chica. Fue toda una indirecta por su parte. Alice era única. A veces, no tenía pelos en la lengua y le sobraba cara dura. Me acordé en ese momento de Mason, sus palabras… No había reaccionado de la forma en la que yo hubiese esperado cuando Liam me había llamado cría.

Al llegar al insti y bajarnos del coche, Alice y yo saludamos a todos los del equipo. Su mirada se entretuvo un poco más en Jake, que nos dedicó su típica sonrisa de chico dulce. Era castaño con el pelo muy rizado, no tan guapo como Liam y Mason, pero su aura de buenazo atraía a muchas chicas; sobre todo a Alice. Busqué al Capitán Capullo y lo encontré hablando con Leo. Como si hubiera sentido que lo miraban, conectó sus ojos verdes con los míos y la sonrisa juguetona de siempre se instaló en sus labios.

—Hola, Friki —me saludó dejando a Leo en mitad de la conversación—. Hola, Alice —terminó diciéndole a mi amiga y volvió su mirada hacia mí.

—¡Hola! —Aparté los ojos mientras cogía mi mochila del coche y cuando volví a observarlo, Mason levantó las cejas extrañado, pero no dijo nada. Alice y yo nos pusimos en marcha hacia la entrada del insti.

—¿Has visto eso? —preguntó ella.

—¿Qué se supone que debería haber visto? —dije desganada. Estaba triste, cansada y cabreada. ¡Dios! Me sentía como… No lo sé. No tenía ganas de hacer nada, solo tirarme en mi

cama y que estas semanas pasaran de una maldita vez. Hoy tocaba entrenamiento y no tenía ganas de verle el careto a nadie.

—Nada, mejor me ahorro mis comentarios. No está el horno para bollos precisamente —contestó Alice.

Las primeras clases se me hicieron eternas. ¿Por qué el día que menos ganas tenía de nada pasaba el tiempo más lento? Asco de vida…

Los minutos se sucedían lentos y aburridos, hasta que llegó el momento de dirigirse al gimnasio. Por suerte, Alice pudo hacerme compañía; había quedado con su padre para que la recogiera después del entrenamiento. Nos sentamos en las gradas mientras los chicos calentaban y Alice babeaba cada vez que Jake pasaba cerca de nosotras.

De vez en cuando, Mason miraba en nuestra dirección al igual que en la hora del almuerzo, pero en ningún momento se acercó a nosotras ni se le ocurrió la idea de hacer alguna de sus bromas pesadas. Supongo que mi aura de mala leche se sentía a kilómetros de distancia. Estaba más serio de lo habitual, muy raro en él. Tendría un día parecido al mío.

A Liam, en cambio, no le dediqué ni una simple mirada, estaba como despechada. No recordaba haberme sentido así ni cuando Nick me dejó. Las chicas del corral se encontraban sentadas también en las gradas, pero mi estado de ánimo no me permitía tenerlas en cuenta. Para mí, se habían vuelto invisibles, al igual que Liam.

Al terminar el calentamiento, todos los chicos comenzaron a hacer los grupos menos Mason, que se acercó corriendo con algo en la mano. Subió en dos zancadas los escalones que nos separaban.

—¡Hola, chicas! —dijo acelerado—. ¿Podrías hacerme un favor, Alice? —preguntó mirando a mi amiga. Ella se quedó un momento sin responder. ¡Normal! No todos los días venía Mason Brown a pedirte un favor.

—¡Sí, claro! —contestó por fin.

—¿Podrías traerme una bolsa que tengo en el maletero del coche antes de que termine el entrenamiento? Es muy importante —dijo tras darle las llaves.

—¡Enseguida voy! —exclamó Alice.

—¡Oye, Friki! ¿Llevas maquillaje en los ojos? —Arrugó las cejas, extrañado.

—Para odiaros tanto, te fijas muy bien en esas cosas, Mason… —soltó mi amiga con una sonrisa picarona. Le di un codazo para que se callara.

—¡Brown! ¿Estás buscando que te eche del equipo? —lo regañó el entrenador.

—¡Gracias, pelirroja! —le agradeció a mi amiga y salió corriendo escaleras abajo para reunirse con los demás. Alice suspiró.

—Me encanta este chico.

—¿No te gustaba Jake? —pregunté sin entender.

—Me gusta para ti, Robin. —Y otra vez con eso… A cansina no la ganaba nadie.

—¡No empecemos! —solté.

—¡Venga, vamos! —Se levantó y me agarró del brazo para que la acompañara. Estuve apunto de decirle que no iba, había sido ella la que se había ofrecido, pero Alice estaba aquí por mí, así que no podía dejarla ir sola.

Mi amiga abrió el todoterreno de Mason y cogió la bolsa de su maletero.

—¿Lo registramos? —preguntó con la cara de una niña de diez años antes de hacer una travesura.

—No me interesa lo que pueda tener en su coche —contesté aburrida. Alice abrió la

puerta del copiloto y enseguida me vino el aroma del perfume de Mason. Olía realmente bien. Ella comenzó a registrar la guantera.

—¡Vaya! Aparte de ser muy limpio, es un tío muy precavido. —Me enseñó dos cajas de condones—. Y son de talla grande.

La madre que la parió.

—¡Alice! Deja eso ahí, que se va a dar cuenta de que le hemos tocado algo. —Me puse muy nerviosa.

—Eso es lo que les gustaría a algunas, tocarle algo más. —Levantó las cejas, picarona.

—¡Alice! —le llamé la atención antes de romper a carcajadas. Y es que ella siempre sabía cómo hacerme reír con sus locuras y disparates.

Volvimos al gimnasio, pero no antes de que ella mirara lo que Mason tenía en la bolsa. Nos sentamos en las gradas.

—¿Y eso era lo que tenías que coger tan importante? —pregunté a Alice, extrañada. Un par de plátanos y varias chocolatinas. Lo pidió con tanta urgencia que creía que se le habían olvidado los gayumbos.

Por fin terminaron el entrenamiento y, antes de meterse en el vestuario, Mason se acercó para recoger su bolsa y las llaves. Sacó los plátanos para él y nos devolvió la bolsa con las chocolatinas.

—Esto es para vosotras. —Nos guiñó un ojo. Don capitán capullo y su increíble encanto —. Por el viaje hasta mi coche —terminó de decir mientras se alejaba a los vestuarios.

—¡Me encanta este…!

—¡Ni se te ocurra terminar de decirlo! —Arrugué las cejas con desagrado. Aunque tenía que admitir que un poco de chocolate me vendría fenomenal para mi estado de ánimo…

Capítulo 13

¡Viernes! Último día de clases hasta el lunes y una semana casi terminada. Ya quedaba menos para que volvieran mis padres y volvería de nuevo a mi vida normal. Hablábamos con ellos casi todos los días. Solían llamarnos antes de irse a la cama debido a la diferencia horaria. Siempre nos cogían saliendo del instituto o antes de que empezaran los entrenamientos. A veces, hablaban con Less y otras conmigo, según quién estuviera libre en ese momento y pudiera responder para saber cómo iba todo.

Las clases se pasaron volando, muy diferente al día anterior. Mi estado de ánimo había mejorado mucho y pasaba un poco más de las cosas. Aunque no me había olvidado de un pequeño detalle: *Liam. Y* es que seguía ignorándolo. Apenas le hablaba, intentaba no mirarlo y, si me preguntaba cualquier cosa, respondía con monosílabos.

Aunque era viernes por la noche, mi hermana decidió quedarse en casa a estudiar. ¡Aleluya! Tenía un examen el martes y aprovecharía para adelantar algo. Los próximos días habría partido y tendría que animar como porrista, sin mencionar que había una fiesta el sábado. ¡Cómo no! ¿Es que se turnaban para hacerlas o qué? En fin, no podía quejarme, disfrutaría de una noche tranquila en mi habitación.

—¡Robin! Baja a cenar —llamó mi hermana desde la planta de abajo. ¿Qué tocaría? ¿Pizza? ¿Hamburguesa? ¿O quizá ¿italiano? Less era muy buena en todo lo que hacía, pero había algo que se le resistía: *la cocina.* Cocinaba fatal, así que pedía comida a domicilio desde que se fueron mis padres. Pronto tendríamos que ir a comprar, aunque fuesen preparados para recalentar. Y no me quejaba, me encantaba la comida basura, ¿para qué engañarnos?

Al bajar las escaleras, un aroma delicioso invadió mis fosas nasales. Olía tan bien, que me dejé arrastrar por mi olfato hasta la cocina. Al entrar, no esperaba encontrarme allí a mí hermana acompañada de Liam. Este me miró y sonrió con esos hoyuelos perfectos que me hacían suspirar.

—¡Hola, Robin! —saludó mientras mi hermana colocaba una fuente de cristal en la encimera. Aparté la mirada enseguida.

—¡Hola! —contesté sin ganas.

—Li cenará con nosotras. La señora Anderson nos manda cordero asado para que comamos algo en condiciones —dijo Less, riendo. Liam se unió.

—Mi madre sabe que sois un desastre en la cocina, está pensando prepararos unos cuantos *tuppers* cada vez que cocine —bromeó. O quizá no. Conociendo a la madre de Liam, no nos dejaría mucho tiempo comiendo comida basura. Aunque me gustaba comer guarrerías, también me apetecía algo casero de vez en cuando.

—¡No te pases, Li! O te dejaré sin tu parte —amenazó mi hermana.

Me acerqué a ver el interior de la fuente de cristal. Aparte de oler bien, tenía una pinta deliciosa. El móvil de Less comenzó a sonar con una llamada. Se quedó mirando la pantalla.

—¡Id poniendo la mesa! Vengo en unos minutos. —Salió corriendo de la cocina con el teléfono en la mano.

Qué misterio.

—¿Sabes con quién habla tu hermana? Le he preguntado y no suelta prenda. Es raro que

no me cuente las cosas. —Arrugó las cejas, extrañado.

Lo mismo me pregunto yo.

—No lo sé —fue lo único que contesté. Como dije, le hablaba bien poco.

Liam me miró pensativo, pero de pronto dio una palmada en el aire.

—¡Bien! Nos toca preparar la mesa, ¿por dónde empiezo? —preguntó.

—Por donde quieras. Ya sabes dónde están las cosas, conoces la cocina como si fuese tuya, Liam —dije seria comenzando a poner los cubiertos. Mi vecino casi se había criado en mi casa, no hacía falta decirle dónde se encontraba todo. Lo dejé colocando las servilletas mientras yo cogía los vasos del armario.

¡Mierda! La costumbre de Less: colocarlos en la balda de arriba. Que ella llegue no significa que yo también lo haga.

Estaba harta de decirle que los pusiera en la parte de abajo. Como ella era alta, llegaba sin problemas, pero yo… Ahora tendría que subirme a una silla delante de Liam. ¿Había algo más vergonzoso que pudiera pasarme?

Me puse de puntillas a ver si así era capaz de coger los que se encontraban más al borde, pero, de pronto, sentí el cuerpo de mi vecino pegado a mi espalda. Su brazo izquierdo me rodeaba y apoyaba la mano en la encimera; con el derecho, comenzó a extraer los tres vasos que nos hacían falta y a colocarlos despacio a nuestro lado. Sus movimientos eran lentos y mi respiración se atascó al tenerlo tan cerca. Me tensé al momento.

—Otra vez la costumbre de Less de colocarlos arriba, ¿no? —susurró muy cerca de mi oído. Ni siquiera pude contestar, temía que mi voz temblara por tenerlo tan cerca. Cuando bajó por fin los vasos, me di la vuelta pensando que se apartaría de mí, pero no fue así.

—¡Gracias! —dije mirando hacia abajo. Liam me tenía atrapada entre el mueble de la cocina y él.

¿Es que no piensa apartarse? ¡Me va a dar un chungo!

—Robin —susurró.

¡No lo mires!

—Robin, mírame —dijo un poco más alto. Levanté mi cabeza y le hice caso.

¡Mierda!

¿Por qué lo había hecho? Me perdí en sus ojos negros, los cuales me observaban con intensidad.

—¿Me puedes explicar qué te pasa conmigo? ¿Qué ha pasado, Robin? Por más que pienso en ello, no encuentro una explicación. ¿Qué es lo que he podido hacer…?

Llamarme cría, ¿te parece poco?

—Nada. No me pasa nada —contesté apartando la vista e intentando salir de la jaula que formaban sus brazos. Pero, antes de conseguirlo, me volvió a encerrar.

—No te creo. —Pude notar en su voz un matiz de amargura—. Apenas me hablas, por no decir que ya ni siquiera me miras a la cara… ¿Tiene que ver con Mason? ¿Te ha dicho algo? —preguntó muy molesto. ¿A qué venía eso? No hizo falta que el Capitán Capullo dijera nada para escuchar lo que Liam pensaba de mí. Su pregunta me cabreó. Ya me daba igual tenerlo tan cerca o que mi corazón fuese a más de mil. Mi Robin Hood guerrero salió a flote.

—¿Qué tiene que ver Mason aquí? No me pasa nada, ya te lo he dicho. Estoy estresada con una de las asignaturas, eso es todo. —Ni de coña le diría la verdad, no había nada peor que un tío que pensase que te morías por sus huesos. Se pondría tan ancho que ni siquiera cabría en el sofá de mi casa.

—¿Qué pasa? —La voz de mi hermana sobresaltó a Liam, que puso una distancia prudencial entre nosotros. Comenzó a rascarse la nuca como solía hacer cuando estaba nervioso.

—Nada. Solo ayudaba a Robin a coger los vasos del armario. Deberías ponerlos más abajo, Less —aconsejó.

¡Sí, ya! Y por eso mi corazón casi sale corriendo.

—¿Y tú con quién hablabas? ¿Hacía falta salir a toda prisa para contestar? —pregunté con curiosidad. Quería escapar de este momento tan incómodo. Less se colocó un mechón rubio detrás de la oreja y bajó la mirada.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones? —respondió a la defensiva.

—¡Tranquila, Paris Hilton! No te estoy pidiendo una entrevista —solté con ironía. Liam comenzó a reír a carcajadas.

—¡Deja de llamarme así! Y tú… —Apuntó con el dedo a Liam—. Deja de reírte. No tiene gracia, bastante tengo ya con ella.

—¡Vale vale! —Siguió riendo—. No empecéis a pelear o tendré que llevarme la comida. Me parece un buen castigo. Ya que tu padre no está, tendré que poner orden.

—Vamos a comer antes de que se enfríe la comida, listillo. —sugirió Less.

Empezamos a comer. Ellos hablaban del partido, de la fiesta y poco más. Mientras, yo disfrutaba de la comida de la señora Anderson que, por cierto, estaba buenísima. No sé en qué momento salió el tema del examen, y después pasaron a hablar de las asignaturas.

—¡Por cierto, Robin! Me has dicho antes que estás teniendo problemas con una materia, ¿cuál es? —preguntó Liam con la intención de meterme en la conversación. Me miró esperando una respuesta. Se lo había dicho como excusa para justificar mi mal humor, pero no era del todo mentira.

—Matemáticas —confesé. Era la única clase que me traía de cabeza.

—Le pediré a Mason que te ayude, se le dan fenomenal —dijo Less, pensativa. Me impresionó su preocupación por intentar ayudarme a que aprobase—. No me extrañaría nada que nuestros padres me echaran la culpa de tus malas notas. Dirán que ha sido por obligarte a salir de casa con mis amigos. Me despediré igualmente del descapotable. —Resopló. Ya decía yo que había gato encerrado…

—Yo puedo ayudarla —saltó Liam de repente—. Puedo darle clases los días que no tengamos entrenamiento.

Espera espera… ¡¿Qué?! Hacía una semana me habría muerto de la ilusión, pero en ese momento, después de escuchar lo que Liam pensaba de mí, me parecía una idea muy pero que muy mala. Me negaba a estar pegada a él más de lo necesario. Siendo realista, me haría más daño tenerle tan cerca y solo conformarme con su amistad. No quería ser la típica chica que lloraba por las esquinas por culpa de un amor no correspondido.

—No hace falta. Mason me ayudará —dije lo primero que se me vino a la cabeza sin pensar. Less y Liam se quedaron mirándome como si me hubiese salido una segunda cabeza. Y a este último parecía que no le había sentado muy bien que rechazara su ofrecimiento. Donde la dan, las toman.

¡Chúpate esa! No eres el centro de mi universo.

O eso quería hacerme creer a mí misma.

No me malinterpretéis, soy Géminis. Esos cambios de humor son normales en mí.

—¿Se lo has pedido? ¿Y ha dicho que sí? —preguntó mi hermana con el ceño fruncido. Normal, seguro pensaría que sería a la última persona a la que le pediría ayuda. Yo también lo

creía. Solo me hacía falta tener a mi infierno personal dándome clases. Pero ya, de perdidos al río, ¿no?

—Sí, se lo he pedido. Me debía un favor por lo de esa tal Rachel —Me estaba volviendo una mentirosa muy buena. Ya podía presentarme a los torneos de póker.

—Mas te vale sacar buenas notas, Robin. Ya escuchaste a mamá, tus series y mi coche están en juego… —me recordó Less.

—Ya lo sé. No hace falta que me lo digas —contesté recogiendo mi plato. Ya había terminado de cenar. Liam se había quedado muy callado desde mi rechazo. Antes, dejándome llevar por las ideas de Mason, hubiese pensado que estaba celoso, pero ahora sabía que en realidad todo giraba en torno a su ego masculino. Me despedí de los dos y subí a mi habitación mientras pensaba en cómo diablos iba a conseguir que Mason me diera clases de matemáticas.

¡Mierda, Robin! ¿Qué has hecho?

Capítulo 14

Tenía que hablar con Mason. Llevaba una hora devanando mis sesos en cómo convencerle para que me diera las clases y así no quedar como una mentirosa delante de Liam y Less. Tenía que decírselo antes de que se encontrase con mi vecino en el partido. Decidí mandarle un mensaje:

Mason. Tenemos que hablar.

No tardó ni medio segundo en contestar:

Hola, friki. ¿Por qué me da la sensación
de que me vas a pedir algo?
¿Será porque se te ha olvidado el apodo cariñoso?

¡Idiota! Ya me estaba arrepintiendo…

Necesito hablar contigo.
¿Qué haces ahora?
¿Puedo llamarte?

¿Te has vuelto mi nueva acosadora?

Ya te gustaría a ti.
Olvida lo que te he dicho.
No sé en qué estaría pensando.

Dejé el móvil a un lado. Buscaría la manera de que alguien me ayudara con la asignatura y salir de esta situación en la que me había metido yo solita. Si no aguantaba las tonterías de Mason por mensaje, mucho menos lo haría durante las clases. Terminaría tirándome de los pelos o asesinándolo en el proceso.

Mi teléfono comenzó a sonar, ya sabía quién era antes de cogerlo.

—¿Qué quieres, Friki? Porque debe ser importante para que quieras hablar conmigo. —Lo había bordado.

—Necesito pedirte un favor. —Me estaba costando horrores decir aquello.

—¿Tú? ¿Pedirme un favor a mí? Sí que tiene que ser importante —dijo con sorna. ¿Por qué todo para él era cachondeo? ¿Es que no se tomaba nada en serio?

—Te recuerdo que me debes un favor, Mason. Lo que te voy a pedir te conviene más que lo que tenía pensado para ti, créeme.

—¿Qué tenías pensado? No me dejes con la intriga. Me gustaría saber de qué me he librado. —Su tono seguía siendo burlón.

—Pensaba hacerte recorrer los pasillos del instituto vestido de animadora o que te pintaras en el pecho la frase «soy un friki» y luego lo enseñaras durante un partido. Todavía no sabía por cuál decidirme —imité su tono burlón.

—¿Eso es todo, Robin? Esperaba más de ti, la verdad. Deberías de saber, Friki, que no me importa en absoluto lo que piensen de mí. No me da miedo hacer el ridículo. Quizá hasta me divertiría.

Ya vereíamos, gallito de corral.

—Por suerte para ti, tengo que pedirte otra cosa.

—Te escucho.

—Quiero que me des clases particulares de Matemáticas. Voy fatal, y necesito aprobar esa asignatura. Liam se ha ofrecido, pero me he negado. Le he dicho que me las darías tú.

—¡Espera, espera! Que yo lo entienda. ¿Tu amor platónico se ha ofrecido y le has dicho que no? No te entiendo, Friki.

—No es mi amor platónico, idiota —aclaré.

—¿Te has negado a pasar tiempo con él para pasarlo con el Capitán Capullo al que odias tanto? —me preguntó extrañado—. ¿O es que por fin vas a hacerme caso y piensas utilizarme para darle celos?

—No pretendo darle celos. Mis razones no te incumben. ¿Vas a hacerme ese favor, sí o no? —pregunté estresada. Aquella semana se me había caído más pelo que en un mes completo. Cuando volvieran mis padres, ya estaría calva seguro.

—Un favor por otro favor —respondió.

—¡¿Qué?! Yo ya te he hecho uno con el asunto de Rachel —me alteré.

—No. Tú solo me has hecho un favor a medias. Rachel sigue pensando que no es cierto que estemos juntos y, según tus palabras, no seguirías ayudándome. Es como si te doy clases a medias para que saques un mísero aprobado. —Iba a matar a Mason. ¿Ahora estaba intentando negociar conmigo?—. O lo tomas o lo dejas —me dio un ultimátum. No podía quedar como una mentirosa…

—Está bien. ¿Qué es lo que tengo que hacer? —pregunté temiendo la respuesta.

—Fingir delante de ella, nada más. Solo cuando esté presente. Entrenamientos, fiestas… Ya me entiendes. Y no me vale lo de la última vez. Deberías actuar mejor y dejar de poner cara de estreñida cuando el tío con el que supuestamente te estás enrollando se acerque a ti.

—¿Algo más, señor Brown? —pregunté molesta.

—Nada más, señorita Miller. Vete preparando porque, gracias a mí, serás la mejor en Matemáticas. ¡Ah! Y quiero escuchar bien alto cómo me animas en el partido, Rachel estará allí. ¡Buenas noches, Friki! —Y tras su despedida, colgó.

¿Quién me mandaría a mí meterme en estos líos?

(ง♡♡ง)

Sábado, día del partido. Odiaba madrugar, pero mi hermana tenía que estar en el insti para ensayar con las animadoras un rato antes de que entrara todo el mundo. Yo había quedado con Alice. Veríamos el partido juntas. Después de hablar con Mason la noche anterior, la llamé y le conté todo. Como siempre, mi amiga terminaba riendo sin parar y repitiendo que mi vida era muy divertida.

Me vestí con un vaquero y una camiseta fina y simple de color negro con mis deportivas a juego. Bajé a desayunar, Less ya estaba preparando su bolsa con cosas que quizá le harían falta, incluidos sus pompones. Iba guapísima. Aunque siempre se maquillaba para el instituto, los días de partido se esmeraba mucho más. Hoy llevaba puesto su uniforme, rojo y blanco, con algunos

detalles en negro. En la parte delantera, la primera inicial de Whittier, nuestra ciudad, junto a la C de California, nuestro estado. La falda era súper corta y con vuelo, y el corpiño iba más apretado que los tornillos de un submarino. Aunque yo odiase la ropa de las animadoras, tenía que reconocer que a Less le sentaba genial. Lo único que no me gustaba era esa purpurina brillante que se ponían las porristas en el pelo. Pero eso en mí era normal, rechazaba todo lo que llevase brillibrilli.

Al salir de casa, Liam nos esperaba apoyado en su coche. Llevaba puesta la cazadora del equipo de baloncesto y, colgado en su hombro, el macuto preparado para el partido.

—¡Buenos días, chicas! —saludó mientras abría el automóvil y metía sus pertenencias en el maletero.

—¡Buenos días! —contestamos las dos. Nos sentamos y Liam lo puso en marcha.

—Hoy lo tenemos complicado. Jugamos contra el instituto La Serna. Son muy buenos, tendremos que esforzarnos al máximo —nos informó, preocupado. El equipo de La Serna era famoso por perder muy pocos partidos.

—¿Sabes dónde será la fiesta? —preguntó Less. ¿Todavía no lo sabían?

—Será en la casa de Mason. Ya sabes… Sus padres siempre están de viaje por trabajo. La tiene para él solito.

Por lo que había escuchado, casi nunca estaban. Su madre era arqueóloga, siempre estaba de viaje, y su padre era un conocido entrenador de rugby profesional en Boston. Por eso no entendía por qué Mason había escogido el baloncesto como deporte. Se había criado solo, con la única supervisión de sus tutores y de su tío, hermano de su padre. Según escuché decir a Less una vez, estaba muy apegado a él.

Al llegar al aparcamiento, divisé a los del equipo entrando en el insti para dirigirse al gimnasio. No se veía a Alice por ningún lado, todavía no había señales de que hubiese llegado.

Estacionamos justo al lado del todoterreno rojo de Mason. El Capitán Capullo se encontraba en ese momento dentro de él, seguramente esperando a Liam para entrar. Nos bajamos del vehículo mientras Mason también lo hacía. Los dos se saludaron con el típico abrazo de tíos, de esos que si me lo diesen a mí, me romperían en dos.

—¡Vamos, tío! Tenemos que darle una paliza a los de La Serna y luego fiesta para celebrarlo —soltó Liam, muy animado.

Cogió su macuto mientras Mason tomaba el suyo de la parte trasera del todoterreno. Mi hermana, como siempre, perdida en la pantalla de su móvil y hablando con vete tú a saber quién. Era un misterio que ya picaba mi curiosidad. No era lo único raro en ella, últimamente desaparecía un rato del comedor a la hora del almuerzo. No sabía dónde iba ni con quién, de lo que sí estaba segura era de que no pertenecía al equipo de baloncesto. Ninguno de ellos faltaba en su mesa.

Liam se quedó esperando a Mason, pero este llamó su atención.

—Id entrando vosotros, tengo que hablar con Robin un momento. —Me sonrió, burlón.

—¿No podéis hablarlo mientras entramos? —preguntó Liam, molesto.

—No —contestó Mason. Yo seguía callada. Esperaba que quisiera hablar conmigo de lo de anoche.

—No tardes, Mason. Ya tienes al entrenador bastante cabreado por tus tonterías de esta semana en los entrenos —le avisó y se giró hacia mi hermana, no sin antes dedicarme una mirada seria—. ¡Vamos, Less! —Los dos se dirigieron a la entrada del insti. Mason comenzó a reír.

—¡Vaya! Liam está a punto de reventar. Lo tienes loco de celos, Friki. —Se acercó a mí

y soltó a nuestros pies el macuto que llevaba colgado en su hombro. Sus ojos verdes me observaban mientras se quitaba la cazadora del equipo.

—Olvida lo de Liam, no voy con esa intención. Ya puedes ahorrarte frases como esa —le informé. No quería que volviera a crear en mí ilusiones absurdas.

—Vamos a darle un poco más de emoción. —Sonrió.

Cuando se quitó la chaqueta, me rodeó con los brazos y la colocó sobre mis hombros.

—¡¿Qué haces?! —me sobresalté al intuir sus intenciones.

—Le presto mi cazadora a mi chica para que me anime en el partido. —El muy idiota seguía sonriendo. Me guiñó un ojo—. Y no te quejes. Tenemos un trato, dijiste que me ayudarías al igual que yo a ti.

¡Mierda!

Tenía razón. Sería lógico que lo animara, y con la cazadora puesta sería más creíble.

—¡Venga, vamos! —Me cogió de la mano para entrar en el edificio. Seguía sin querer llamar la atención, pero con Mason a mi lado era imposible. Jake, que iba a poca distancia justo detrás de nosotros, nos miraba con extrañeza. Y aunque no me gustara el Capitán Capullo ni las miradas de la gente, tenía que admitir que sí lo hacía la forma tan dulce en la que me agarraba de la mano. No me soltó hasta que llegamos cerca de los vestuarios.

—¡Voy a cambiarme! Te veo desde la cancha. —Me miró esperando algo.

—Vale —fue lo único que contesté.

—¿Cómo que vale? ¿No vas a darme un beso o a desearle suerte al capitán del equipo? —Su expresión era burlona, como de costumbre.

—¡No te pases, Mason! Aquí no puede vernos Rachel, no es necesario —contesté con mala cara. Pero él se quedó esperando mientras apuntaba con el dedo a su mejilla y se agachaba un poco para que llegara bien. ¡El Capitán Capullo y su cabezonería! No se iría hasta que lo hiciera. Le di un beso rápido.

—¡Suerte! —le deseé. Resoplando, por supuesto.

—Con eso me vale. —Se agachó y me devolvió un sutil beso en la mejilla, algo que no esperaba. Después, entró veloz a los vestuarios. Seguía sintiendo su tacto suave en la parte de la cara donde habían estado sus labios, unos por los que casi todas mis compañeras del instituto matarían…

Capítulo 15

Me senté en las gradas; poco a poco, los asientos se iban llenando de gente y Alice no aparecía. Le guardaba un sitio a mi lado. ¿Por qué tardaba tanto? Pronto empezaría el partido. Después de cinco minutos en los que el lugar se llenó de gente y no cabía ni un alfiler, la divisé intentando llegar a su sitio.

—¡Hola, bombón! —Sonrió tras sentarse a mi lado—. ¿Esa no es la cazadora de Mason? Al parecer no ha perdido el tiempo, ¿no? —Comenzó a reír como de costumbre.

—Mejor no preguntes. Ya solo me falta pintarme la cara con los colores del equipo. —Suspiré.

—Pues te pega ese color. Y la cazadora también, ahora pareces una de las populares. —Se carcajeaba sin parar. Alice sabía lo poco que me gustaba llamar la atención y que era un trauma que venía arrastrando desde niña. Pero ella no lo hacía con mala intención, solo quería animarme.

—¡Ya salen los jugadores! —me informó.

—Lo estoy viendo, Alice. Pareces el locutor. —Me reí tras verla tan emocionada.

Mason salió el primero detrás del entrenador, y le siguieron Liam y los demás.

—¡Ohhh, vaya! Ya sé por qué razón el capitán del equipo quería que llevaras su cazadora. Ha sido muy fácil encontrarte entre la multitud. —A Alice todo le hacía gracia. Y sí, nada más salir, dos pares de ojos de diferente color me localizaron en las gradas. El otro equipo se unió en el extremo contrario y ambos comenzaron a calentar.

—¡Mira! Ya empiezan las animadoras —me avisó Alice.

Mi hermana y su grupo salieron para iniciar el baile. Y es que Less era impresionante: era la capitana de su grupo y una de las *flyer*. Hacía piruetas y la lanzaban al aire como si fuese una pluma. La verdad era que me daba un poco de miedo que pudiera caer, pero se notaba que confiaba en su equipo para atraparla. Loren era otra de las *flyer*, pero sin duda no caía con el estilo con el que lo hacía mi hermana. Era su mejor amiga, me caía bien. Siempre había sido muy simpática conmigo. Era mitad mexicana, tenía la piel oscura y una larga melena negra que recogía en una coleta alta.

Tiffany era central. Se encargaba de las piruetas y del baile en primera fila; normal, ya que le gustaba llamar la atención. Era rubia de bote, y digo de bote porque su color natural era castaño. Lo que pasaba era que tenía obsesión por parecerse a mi hermana. Su cabello era rizado, pero solía llevarlo liso. No me imaginaba a qué hora tenía que levantarse para arreglarse para el insti. Me caía fatal y creo que era mutuo. El resto del equipo eran los demás populares, que no conocía muy bien dado que no pertenecían al círculo más cercano de Less. Algunos de ellos preferían sentarse con el equipo de rugby.

—Tu hermana es impresionante, Robin —dijo Alice con la boca abierta—. Deberíamos haber venido antes a ver un partido. ¡Estoy emocionada!

Pobre Alice. ¿Cuántas cosas se había perdido por culpa de nuestra amistad y negarme a hacer lo típico que hacía la gente normal? Me sentía una amiga terrible, pero quizá todo esto me estaba haciendo ver que no pasaba nada por salir de mi zona de confort. Que había más cosas que quedarme encerrada en casa y ver series. En un futuro, recordaría hacer un esfuerzo por

Alice, se lo merecía.

Llevábamos diez minutos de partido y los de La Serna ya nos ganaban por varios puntos. Nunca había visto a Mason tan cabreado. Daba instrucciones a sus compañeros, al igual que el entrenador. Pues sí, sí había algo que se tomaba en serio. Poco a poco, nuestro equipo empezó a ponerse nervioso. La cara de los chicos me daba un poco de pena. Sabía lo duro que entrenaban, yo misma los había visto. Se merecían ganar. No sé si fue el ambiente a nuestro alrededor, las animadoras, o los aficionados a nuestro equipo. Me levanté del asiento y comencé a gritar:

—¡Vamos, panteras! ¡Podemos ganar! —Alice me miró sin poderse creer lo que estaba viendo—. ¡Vamos, Mason! ¡Demuéstrales lo bueno que eres encestando el balón! —¿Yo había dicho eso? Pues sí. El furor del momento.

Mason levantó la cabeza y miró hacia las gradas conectando sus ojos verdes con los míos. Mi corazón se aceleró con un ritmo diferente y le eché la culpa a la emoción del ambiente. Me sonrió, pero con una sonrisa de verdad, no la típica burlona que solía poner. De repente, empezó a dar instrucciones a los demás y me dio la sensación de que estaba algo más animado. La gente seguía gritando y yo no dejé de hacerlo. Incluso Alice se puso de pie y se unió. La pelota iba pasando de mano en mano hasta que llegó a Liam, que le hizo un pase perfecto al capitán, quien esquivó a uno de sus rivales y dio un gran salto para encestar… ¡Toma! Ese era Mason. ¡Impresionante! Los aficionados y familia del equipo gritaron emocionados celebrando la canasta del capitán, el cual me guiñó un ojo desde la cancha. Otra vez mi corazón se aceleró demasiado. Pensé que quizá no estaba preparada para ver estos juegos. Si seguía así, me iba a dar un infarto.

El tiempo del partido casi acababa y nuestro equipo iba muy igualado al de La Serna. Necesitábamos encestar si queríamos ganar. La emoción se palpaba en el ambiente, estaba siendo un encuentro increíble y emocionante.

—¡Vamos, Robin! Haz tu magia y dale a nuestro capitán un poco de polvos mágicos —gritó Alice en mi oído. No se escuchaba casi nada a causa del revuelo en las gradas.

—¿Qué dices? —pregunté gritando.

—Que le grites a Mason que tiene que encestar sí o sí. —¿Y eso a qué venía? Ya había demasiada gente gritando como para que me escuchara a mí—. Tú solo hazlo. Como has hecho antes.

—Ya estoy animando —dije sin saber a qué se refería.

—Tú sígueme el rollo —soltó mi amiga colocando las manos alrededor de su boca—. ¡Vamos, Mason! Dice Robin que, si encestas el balón, te dará un beso como recompensa. —Liam miró hacia las gradas y uno de los rivales le arrebató el balón.

—¡¿Estás loca?! —Le quité las manos de la boca y se las agarré. Me había dado cuenta de que funcionaban muy bien como megáfono—. ¡Vas a hacer que perdamos, Alice!

—¡Lo siento! No es lo que yo buscaba. ¿Quién me iba a decir que me escucharía antes Culito Apretado? —¡Madre mía! Iba a matarla.

Nuestro equipo recuperó el balón y consiguieron pasarlo hacia delante. De nuevo, Liam se lo pasó a Mason, entonces me puse a chillar como una loca. ¡Ya casi lo tenían!

—¡Vamos, Capitán Capullo! ¡Demuéstrales lo que vales! —Algunos de los que estaban a mi alrededor dejaron de gritar. No me extrañaría que me hubiesen escuchado insultar a uno de los jugadores y estuvieran flipando. La verdad, no lo sabía. Ni siquiera los miré en ese momento. Mis ojos estaban pendientes al capitán del equipo, que tras escucharme, levantó sus labios con una sonrisa mientras su concentración se dirigía a la canasta. Levantó el brazo preparado para lanzar y, aunque estaba lejos, no me cabía duda de que entraría dentro del aro. Todo pasó a

cámara lenta, se notaba la tensión mientras la pelota se acercaba a su objetivo y… ¡Dentro! Canasta para nosotros. Al segundo de caer la pelota en la pista, el silbato del árbitro avisó del fin del partido.

—¡Juego para las panteras!

¡Habíamos ganado! Alice y yo comenzamos a aplaudir y a abrazarnos. El jaleo se escuchaba por toda la grada y los jugadores celebraban la victoria.

—¿Son cosas mías o Mason lleva pintado en el pecho «me gustan las frikis»? —comentó mi amiga con los ojos muy abiertos observando la cancha.

—¡¿Qué?! —Miré en su dirección y casi me da algo. Mason corría por toda la pista, celebrando la victoria con la camiseta levantada y la frase que había dicho Alice en el pecho, casi las mismas palabras que le solté yo por teléfono.

La madre que lo parió.

Y es que el gallito de corral era más gallito de lo que yo creía. La gente susurraba sin entender a qué venía aquello y yo comencé a desternillarme por las estupideces que se le ocurrían al Capitán Capullo.

—No puedo con Mason. —Alice no paraba de reír a carcajadas—. No creo que haya nadie que pueda aburrirse con él, es todo un personaje.

—Y que lo digas… —respondí.

Los jugadores se dieron la mano y nuestros rivales se marcharon antes a los vestuarios. La gente se iba dispersando. Algunos salían cabizbajos por la derrota de su equipo.

—¡Ey! —llamó mi atención Alice, dándome toquecitos con el codo—. Hay alguien que quiere que bajes a la cancha.

Al mirar, divisé a Mason haciéndome señas para que me acercara. Simulé que no lo había visto y cogí mi móvil con nerviosismo. ¡Tácticas para pasar desapercibida!

—Creo que no te ha funcionado, Robin —me avisó mi amiga—. Viene a por ti. —Se notaba que disfrutaba con la situación.

¡Mierda!

Cuando me dio por mirar, ya tenía a Mason delante de mí. Yo seguía en mi sitio sentada, así que se agachó flexionando sus rodillas para quedar a mi altura. Llevaba el pelo mojado de sudor, al igual que los brazos. Sus ojos verdes me observaban con intensidad. Mi pulso se aceleró. Quise decir algo, pero no me salían las palabras. ¿Desde cuando no tenía nada qué decirle al Capitán Capullo? Creo que el sudor tan cerca de mí me estaba afectando.

—¡Vengo a por mi recompensa! —dijo sin apartar su mirada de la mía.

Espero que no se refiera a lo que estoy pensando.

—¿Qué recompensa? No sé de qué hablas, Mason… ¡Ah, sí! ¡Felicidades! Habéis hecho un gran partido. —Quizá me funcionaría, o no.

—Creo que se refiere al beso, Robin —Soltó mi amiga disfrutando de la situación. Me cargaría a Alice cuando saliera de aquí—. Voy saliendo. Te espero fuera.

¡Traidora!

—No me digas que lo has escuchado todo… —pregunté nerviosa.

—¡Oh, sí! Lo he escuchado todo, Robin. Creo que serías la mejor animadora del equipo —bromeó. Estaba a punto de contestar que había sido Alice, cuando la voz de Liam nos interrumpió.

—¡Vamos, Mason! Tenemos una fiesta que preparar. Si quieres que te ayude, ponte las pilas, todavía tenemos que ducharnos. —Se quedó esperándolo.

—Por esta vez te vas a librar, Friki. Me debes una recompensa, ya me la cobraré en la fiesta de esta noche. —Se acercó y me plantó un suave beso en la mejilla. ¿Ya se estaba convirtiendo en costumbre? Se levantó y me sonrió.

—¡Gracias por los ánimos! —dijo antes de bajar para reunirse con Liam.

—¡De nada! —contesté lo mejor que pude intentando que no notara mis nervios. Ni yo misma sabía qué me pasaba.

Al mirar hacia la pista, mis ojos se toparon con unos negros y rasgados, esos que tanto me gustaban. Sin embargo, lo que vi en ellos me hizo pensar. No sabía la razón, pero sí que a Liam no le gustaba nada verme cerca de Mason.

Capítulo 16

Salí del gimnasio junto a las personas que quedaban por marcharse y me dirigí al aparcamiento. Mi hermana todavía no había salido de los vestuarios. Desde lejos, divisé la melena corta y pelirroja de Alice, que me esperaba apoyada en el coche de Mason. ¿No había otro coche en el cual esperarme?

—¡Madre mía! ¿Le has dado su recompensa? —preguntó muy emocionada al ver que me acercaba a ella.

—¿En serio, Alice? No me lo recuerdes, me han entrado unas ganas locas de matarte. —Puse una expresión siniestra.

—¡Mira, Robin! Tú podrás decir lo que quieras, pero solo hay que veros a los dos juntos para saber la gran tensión sexual que se palpa en el ambiente. ¿No es hora ya de probar un segundo beso? Con esos labios carnosos que tiene Mason Brown, apuesto a que besa de maravilla —soltó casi sin parar a respirar.

—¿Y por qué no lo besas tú, antes de hablar por mí? —pregunté molesta haciendo aspavientos con la mano.

—Porque no soy yo a quien él quiere besar. Se notaba lo ilusionado que estaba por recibir su recompensa. —Alice sonrió, picarona.

—Pues que sepas que tú me has metido en este lío y tú me vas a sacar. Esta noche, en la fiesta, le dirás que te lo has inventado, que yo no he dicho nada de eso. —No sabía cómo salir de este aprieto. Aunque, la verdad, no era para tanto. Estaba haciendo un drama de nada. ¿Serían las hormonas? Pronto la señora de rojo me haría una visita.

—No puedo ir a la fiesta, Robin —dijo Alice, apenada y poniendo cara de perrito abandonado.

—¡¿Qué?! No te creo. No puedo ir a la fiesta sin ti, Alice. —De pronto, me entró un pánico terrible—. ¿Qué voy a hacer yo sola en medio de una fiesta? Rodeada de música, alcohol, gente borracha enrollándose por todos sitios. ¡No me hagas esto, Alice! ¡Por favor! —le rogué.

—Lo siento, Robin. Mi padre viene ahora a recogerme con Zack. Me encantaría ir a esa fiesta. Sabes mejor que nadie cuánto lo deseo, pero mi hermano solo se quedará hasta mañana por la noche y tengo muchas ganas de estar con él.

Zack era su hermanito pequeño. Tenía cinco años y era su debilidad. Sus padres se divorciaron cuando Alice era pequeña. Después de la separación, ella se quedó a vivir con su padre y su madre se volvió a casar. A los dos años tuvo al hermano de Alice, el cual venía a veces a pasar unos días con ella. ¿Qué podía decirle? Para Alice, su hermanito lo era todo. Cambié mi expresión por una más relajada y comprensiva.

—¡No te preocupes! Lo entiendo. No estaré sola, Less estará allí conmigo —dije para no hacerla sentir mal, aunque hubiese preferido ir con ella.

—¡Robin! —Llamó Less desde unos metros de distancia. Estaba apoyada en el coche de Loren, un descapotable de esos que quería mi hermana, con nombre raro y difícil de pronunciar. Aunque quisiera, no podría decirlo bien. Junto a ellas, también estaba Tiffany «rubia de bote». La mirada que me dirigía era la de un león a punto de comerme. No sé si eran celos por ser la hermana de Less o porque le caía mal y ya está. Esto venía de mucho más atrás en el tiempo.

—¡Ahí viene mi padre! —Alice me sacó de mis pensamientos—. Hablamos mañana. ¡Me tienes que contar todo en cuanto te levantes! Todo todo.

—¡Sí, no te preocupes! Aunque quisiera, no podría escapar de tu acoso. —Suspiré. Alice sonrió y me abrazó.

—¡Hablamos, bombón! —se despidió dirigiéndose al coche de su padre. Una pequeña melena pelirroja se encontraba en la parte trasera, en su sillita. Pese a ser medio hermanos, Zack era una copia de Alice.

Me dirigí al coche de Loren, donde mi hermana me estaba esperando. Mientras me iba acercando, se subió en la parte del copiloto y me hizo señas apuntando a la parte de atrás.

—¡Entra!

—¿No vamos con Liam? —pregunté, extrañada.

—Li se va a casa de Mason a ayudar con la preparación de la fiesta y nosotras tenemos algo que hacer —contestó mientras se ponía el cinturón.

Entré. No era un coche muy grande y, al ser descapotable, íbamos un poco apretadas. Tiffany se sentaba a mi lado, por desgracia. Tendría que aguantar su cara de *oliendo a mierda* todo el camino.

—¡Bueno, chicas!, ¿habéis preparado el código rojo? —preguntó Less a sus dos amigas. Las dos hicieron un gesto afirmativo, Tiffany, muy seria, y Loren bastante emocionada. Miraba a las tres sin entender mientras nos dirigíamos hacia mi casa.

—¿Qué mierda es eso de código rojo? —pregunté con mucha curiosidad. No me extrañaría que tuvieran algunos códigos de colores entre ellas. Todo muy *cool*.

—Tú eres el código rojo, Robin —soltó mi hermana muy seria. ¡Mierda! Esa cara no me gustaba nada. Tramaba algo. Pero seguía sin entender.

—¿Qué se supone que significa eso? —arrugué las cejas.

—¡Traigo los vestidos en la bolsa! —exclamó Loren, muy emocionada. Parecía que le había tocado algo en un sorteo.

—Yo traigo la cera y los zapatos de mi hermana. No creo que se dé cuenta de que se los he cogido. Tiene muchos, así que, ni lo notará —explicó Tiffany, todavía con su cara de amargada. Se veía que no le hacía mucha ilusión ese código rojo del que tanto hablaban.

—¡Vale! Tenéis zapatos, vestidos y cera para depilar. Supongo que es para la fiesta, ¿no? Y ahora… ¿Qué tiene que ver eso conmigo? —pregunté, extrañada. Entonces, Loren me sacó de dudas:

—¿Has visto ese programa donde cambian a la gente, Robin? —Me miró sonriendo por el espejo retrovisor mientras conducía—. Pues eso es lo que vamos a hacer contigo. ¡Vamos a transformarte en un pibón!

Tierra trágame, por favor.

—¡Ni hablar! ¡No pienso ponerme un vestido ni maquillarme como un payaso! —solté un poco cabreada. ¿Se les había ido la cabeza? Creo que ya estaban bastante grandecitas para jugar a las muñecas, y más si la muñeca era yo.

—Solo te pondremos un vestido, un peinado bonito y un poco de maquillaje. Nada del otro mundo, Robin. —Loren seguía intentando convencerme—. Estoy segura de que no te hace falta tanto cambio. Eres guapa, solo le sacaremos partido a lo que ya tienes… ¿Quién te gusta, Robin? —preguntó.

—¿Qué tiene que ver eso ahora? —Estaba flipando.

—Es Mason, ¿no? —dijo muy convencida—. Piensa en su cara al ver tu cambio. No

podrá apartarse de ti en toda la noche. —Por su cara, parecía que se estaba imaginando la situación. Yo no quería pensar ni siquiera en ponerme un vestido.

—En primer lugar, odio a Mason y en segundo, no quiero gustarle a un tío por disfrazarme de alguien que no soy. O le gustan mis sudaderas y mis vaqueros simples, o ya puede buscarse a otra de su estilo. No pienso cambiar por nadie, esta soy yo. —Eso era un tema que me ponía de mala leche. A ver… si no le gustas a un tío por tu forma de vestir cuando eres tú misma, esa relación nunca irá a ningún lado.

Mi hermana se volvió y su mirada intimidante me dijo que ya estaba al límite.

—¡Escúchame bien, Robin! No puedo dejarte en casa y tengo que llevarte *conmigo.* Eso significa que vas a ir *conmigo.* Y también que entrarás en la fiesta *conmigo.* —Muchos *conmigo* veía yo ahí—. Así que no pienso llevarte en vaqueros y sudadera. ¡Olvídalo! Ya tenga que amarrarte para vestirte yo misma.

¿Qué se había fumado mi madre en el embarazo? Porque ninguna de las dos había salido muy normal. Yo: un desastre que inundaba baños y quemaba cocinas. Mi hermana: una psicópata con doble personalidad.

—¿No vale si solo me peino un poco? —intenté negociar.

—¡No! —gritó Less. Se acabó la negociación. Entonces Loren habló, poniendo su voz más dulce.

—Escúchame, Robin. Te prometo que te gustará. Estoy convencida de ello. Si no es así, yo misma desharé todo. La ropa y el maquillaje siempre pueden quitarse. —Usó un tono tan comprensivo que no pude negarme. ¿Dónde me había metido? Otra vez…

(ɞ♡♡ɞ)

Después de llegar a casa y comernos el almuerzo, Less y sus amigas fueron a prepararse. Me habían dejado para la última. Para estar tan delgada y tener ese tipazo, me impresionó la cantidad de comida que ingería Loren. Mi hermana y Tiffany juntas no comían ni la mitad de lo que ella lo hacía.

Habían traído cera para quitarme el vello de las piernas, pero se llevaron la sorpresa de que ya las tenía depiladas. Con cuchilla, pero depiladas. ¿Qué se creían? ¿Que por pasar tiempo viendo series y leyendo no tenía tiempo para quitarme los pelos?

Después de dos horas, y digo dos horas porque las conté, Less y Loren ya estaban listas. Mi hermana llevaba un vestido azul oscuro de tirantes con un poco de escote, se pegaba a su cuerpo hasta abajo del pecho, dónde comenzaba una falda de tablillas que le llegaba a la rodilla. Y, por último, llevaba su largo cabello suelto formando ondas.

Loren se había puesto uno negro con la espalda descubierta. Tenía una abertura desde la mitad del pecho hasta el ombligo y su melena negra estaba recogida en una coleta alta y repeinada. ¡Estaban guapísimas! Yo estaba en pijama y con el pelo recién lavado esperando a que empezaran conmigo. Por lo visto, Tiffany se encontraba vistiéndose en ese momento en el baño.

—¡A ver, traigo dos vestidos que te podrían gustar, Robin —dijo Loren, sonriendo—. Pero primero empezaremos por el maquillaje y el cabello. ¡Yo me encargo de ella, Less! Prepara tu a Tiffany.

Se notaba que Loren estaba muy emocionada con mi cambio, incluso más que Less. Por un momento pensé que hubiese sido más guay tenerla a ella como hermana.

Me hizo sentarme en una silla y comenzó a peinarme, pero antes de eso me prohibió mirarme al espejo hasta que hubiese terminado. Tiffany apareció por mi puerta con su pelo rubio y liso hasta la cintura y un vestido rojo con un gran escote. Se sentó en mi cama y Less se puso manos a la obra con ella.

Después de un buen rato y suponía que una hora más, Loren terminó de arreglarme. No dejé de quejarme en todo momento, ya que eso de pintarse los ojos era muy molesto.

—¡Oh, dios mío! Qué guapa estás, Robin. Y eso que todavía no hemos terminado. —La verdad era que me daba un poco de miedo mirarme al espejo—. Ya solo nos falta el vestido.

Sacó de la bolsa uno rojo y otro blanco. Sin duda, no quería ir del mismo color que Tiffany, quien, por cierto, se encontraba echada en mi cama con su móvil y expresión de aburrimiento. El vestido de tono rojo tenía mucho escote, así que lo descarté; otra razón más para elegir el blanco.

—Me probaré este. —Me desnudé delante de ellas ¿Para qué tener vergüenza? Todas teníamos lo mismo, no se iban a asustar.

Me puse el vestido blanco. Era de tirantes anchos y escote cuadrado que se pegaba a mi cuerpo hasta la rodilla. La espalda estaba al descubierto excepto por algunas tiras finas que se cruzaban entre ellas. Todavía no me había visto, pero me sentía más cómoda con él puesto de lo que había creído en un principio. Después de ajustarlo, miré hacia Loren y Less para ver sus reacciones y saber qué pensaban al respecto. La opinión de Tiffany no me importaba en absoluto, la verdad.

—¡Madre mía! Eres un pibón, Robin —gritó Loren, emocionada—. Lo siento, Less, pero tengo que decirte que tu hermana pequeña está más buena que tú —bromeó mirando a mi hermana, que se había quedado con la boca abierta. Sin embargo, Tiffany me miraba con mala cara. ¡Cómo no!

—Estás guapísima, Robin —dijo Less, tras dedicarme una sonrisa que no esperaba —. Deberías mirarte en el espejo —me aconsejó

—¡Gracias! —contesté bajando la mirada, avergonzada. No estaba acostumbrada a escuchar palabras de aprobación que vinieran de mi hermana.

Ya solo faltaba ponerme los zapatos. Gracias a Dios, eran de tacón ancho. Aun así, no estaba acostumbrada a caminar con ellos. Por lo visto, tenía el mismo número de pie que la hermana de Tiffany. Me dirigí a la habitación de Less, el único sitio donde había un espejo de cuerpo entero. Me daba miedo mirarme en él y parecer un payaso…

Capítulo 17

Tenía miedo de qué podría encontrarme. Después de todo lo que se había esmerado Loren, sería una pena deshacerlo.

Me acerqué al espejo con la cabeza gacha y fui subiendo despacio la mirada.

—¡Vaya…! —susurré, hablando conmigo misma.

No me podía creer lo que estaba viendo. Era yo, pero a la misma vez no lo era. Loren tenía razón, no me disgustaba para nada lo que veía. Tal vez fue su manera tan sutil de arreglarme. Al contrario de lo que había pensado, el maquillaje era suave, poco recargado. Mis ojos marrones, que solían verse normales y aburridos, tenían profundidad gracias a una sombra ahumada un poco más oscura que mi color. La raya negra del párpado, junto al rímel, hacían resaltar las pestañas largas que ya tenía. Y para terminar, un poco de colorete y los labios pintados de un rojo apagado que no llamaba mucho la atención, solo los hacía parecer más apetitosos.

Mi pelo, que solía recoger en un moño alto y despeinado, estaba suelto con ondas poco marcadas. Esto hacía que se viese más natural, nada repeinado. Y el vestido me quedaba perfecto. Se pegaba a mi cuerpo como un guante y resaltaba las curvas que solían ocultarse bajo las sudaderas y chalecos que me ponía para ir al instituto. En ese momento, me sentía como una famosa que posaba para unas fotos en una revista. Sin duda, si alguna vez me hubiese preparado para ir a una fiesta por decisión propia, hubiese escogido esto.

—¿Qué tal? ¿Te gusta? —preguntó Loren nerviosa, esperando mi reacción.

—¡Me encanta, Loren! No me veo nada mal.

—Te lo dije. Solo tenía que resaltar un poco lo que ya tienes. —Se colocó a mi lado en el espejo—. Eres una chica bellísima, Robin. Lo que pasa es que no sabes sacarte partido.

—¿Podemos irnos ya? Cuando lleguemos ya habrán acabado hasta con las bebidas. —Tiffany resopló, molesta.

—¡En marcha! Estoy deseando ver la reacción de los chicos cuando la vean. —La morena, cogió su bolso y las llaves del coche.

—¡No te pases, Loren! No quiero a los chicos del equipo cerca de ella, así que no empieces con tus jueguecitos. Ya sabes cómo son y estamos hablando de mi hermana —le advirtió Less.

Cuando se lo proponía podía ser demasiado protectora. Quizá me viera como Liam: una simple cría en comparación con ellos. ¡Dios mío! ¡Solo tenía un año menos! Que nunca hubiese ido a una fiesta no significaba que fuera tonta y que no supiese defenderme sola.

Nos montamos en el coche y Loren condujo hasta la casa de Mason. Nunca había estado allí, así que no sabía a qué parte de la ciudad nos dirigíamos. El móvil de Less comenzó a sonar y, desde atrás del asiento, vi cómo intentaba ocultarme quién era. Rechazó la llamada con rapidez.

—¿Era Bruce? —preguntó Loren—. Seguro que quiere saber por qué no estás en la fiesta aún —supuso, concentrada en la carretera.

Mi hermana le echó una mirada que más bien parecían rayos láser. Mi cabeza comenzó a entrelazar las cosas: las llamadas secretas, los numerosos mensajes que recibía y las escapadas

durante el comedor. No le había dado importancia porque solo me había fijado en su mesa, no en las de alrededor. Siendo más precisos, en la del equipo de Rugby… No me lo podía creer.

—¡¿Estás saliendo con el capitán del equipo de Rugby, Bruce Spencer?! —pregunté sobresaltada y con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué tienes la boca tan grande? —le reprochó a Loren—. Ella no tenía porqué saberlo.

—No me puedo creer que estés saliendo con ese idiota. Es un machista, Less. Aparte de mujeriego. ¿En qué estás pensando? —solté muy cabreada. Ese tío no me gustaba nada, y menos para mi hermana—. Además, no entiendo tanto secreto. Estás soltera y él también…, o eso creo. ¿Por qué te escondes?

—Es por Liam y los chicos —contestó Loren por ella—. Hace tiempo que Bruce y él tuvieron una pelea en una fiesta. Desde entonces, se odian e intentan pasar el uno del otro.

Cuando estaba apunto de hablar, el coche se detuvo. No me había fijado dónde estábamos hasta que miré a mi alrededor. Se trataba de la zona residencial donde vivían los que estaban forrados de dinero. Para resumir mejor, la zona pija de los ricos. No me extrañaba, sabía que Mason venía de una familia acomodada, pero nunca pensé que pudiera vivir aquí.

Loren se bajó del coche al igual que Tiffany. Las últimas fuimos Less y yo.

—Adelantaos vosotras, tengo que hablar con Robin —les dijo mi hermana. Las dos asintieron y nos dejaron atrás—. No puedes decir nada de esto delante del equipo, ¿entendido? Lo que menos quiero es escuchar sus discursos, como acabas de hacer tú ahora mismo. —Me miró muy seria.

—No diré nada, pero ese tío es un capullo, Less. Deberías tener cuidado con él. Tengo entendido que es violento con las chicas con las que sale. —Estaba muy preocupada. Temía que le hiciese daño.

—No te metas en mis cosas, Robin. Sé cuidar de mí misma y la gente se equivoca. Bruce no es lo que parece —contestó muy convencida.

—¡Eres mi hermana! ¡¿Cómo quieres que no me preocupe?! —grité alterada.

—¡No te metas, Robin! Es mi vida y no tengo porqué darte explicaciones de lo que hago ni con quién. —Se dio la vuelta y se dirigió a la entrada.

¡Pues bien! Tú misma…

La casa de Mason era muy grande, más bien podría decirse que era la mitad de una mansión. La fachada era blanca y la entrada tenía césped alrededor. Algunos invitados se encontraban allí con vasos en sus manos charlando, ya que la música se escuchaba incluso afuera. No me extrañaba que la policía ni siquiera diera una vuelta por esta urbanización. Seguro que la gente rica que vivía aquí les habría pagado para que hicieran la vista gorda. Fiesta a lo grande con menores bebiendo alcohol, eso precisamente no era nada legal.

Me acerqué a las chicas para entrar con ellas. Las puertas estaban abiertas, así que nadie estaría para recibirnos. Al entrar, un olor a alcohol y sudor me golpeó de lleno. Había muchísima gente por todos sitios, a pesar de que la casa era grandísima. La iluminación estaba apagada, daba la impresión de haber entrado a una discoteca. Yo iba detrás de las chicas, que se abrían paso entre la multitud. Todavía me tambaleaba un poco, no estaba acostumbrada a utilizar tacones. Estaba deseando llegar a un sitio y quedarme quieta para evitar una caída vergonzosa. Conociendo mi torpeza y que el Karma no jugaba a mi favor, no me extrañaría dar un espectáculo. No me pasó desapercibido que éramos el centro de atención. Todo el mundo saludaba a las chicas al pasar, como solían hacer en el insti. Pero a mí me miraban de forma

extraña, como si fuese la nueva que llega el primer día a clase. ¡Hasta Nati, la empollona, estaba en la fiesta! ¿Quién me lo iba a decir? Me estaba dando cuenta de que era la única antisocial del instituto.

Eran las once, llegábamos una hora tarde y la gente ya estaba medio borracha. ¿Cómo terminarían la noche después de unas cuantas horas más?

Llegamos a una sala que sin duda era el salón de la casa. Un grandísimo sofá en el centro estaba ocupado por estudiantes que no hacían otra cosa que compartir babas. Pegado a la pared, al fondo, había un televisor que bien podría ocupar una pared entera de mi habitación. Y en uno de los laterales se encontraba una escalera por donde la gente subía y bajaba como si fuese el metro. ¿Dónde mierda me había metido? Parecía que aquí dentro estaba el instituto entero. Pasamos por el salón para meternos en la cocina. Una isla separaba la estancia de un comedor con una mesa cuadrada y sillas alrededor. Algunos invitados se servían las bebidas de las botellas y los vasos de plástico que se encontraban desperdigados por la encimera. Una chica intentaba echar el contenido de una botella de ron en su vaso sin conseguirlo. ¡Menudo desmadre! Si Alice estuviera aquí ahora mismo, estaría flipando.

Al fondo de la cocina había una puerta de cristal corredera que daba al exterior. Estaba abierta de par en par.

—¡Allí están! —gritó Tiffany a mi hermana, para que su voz se escuchara entre la música y el ruido de la gente.

Al mirar hacia delante, pude ver a algunos de los miembros del equipo de baloncesto. Se encontraban fuera de la casa, en lo que parecía el comienzo de un amplio porche que servía como paso para llegar al jardín. Había una mesa llena de vasos. Sin duda, estaban jugando al *beer pong*, una manera rápida de emborracharse y más si estábamos hablando del equipo de baloncesto, que no fallaba ni una. Por lo menos en las primeras rondas; las últimas, no estaba tan segura.

Al acercarnos, pude ver que entre ellos estaban Leo, Jake y el Capitán Capullo. Los demás también eran del equipo, pero no tenía tanto roce con ellos; no solían estar en el círculo íntimo de Less. No me pasó desapercibido Mason, era el que más llamaba la atención. Vestía unos vaqueros y una camisa blanca que se pegaba a su cuerpo atlético y definido. Con su pelo negro y revuelto, como solía llevarlo siempre, no me extrañaba que volviera locas a las chicas. Tenía que admitir que estaba como un tren, qué pena que fuese un tremendo capullo.

Todavía no se había dado cuenta de nuestra presencia, dado que estaba concentrado en meter la pelota en uno de los vasos. Antes de que esta entrara ya sabía que lo haría, él era el mejor en eso de *tirar y encestar.*

Comenzó a reír con los demás, mientras uno de ellos bebía y los demás lo coreaban. En ese momento, Mason levantó la vista y nos vio; o quizá vio primero a las demás, porque cuando sus ojos verdes aterrizaron en mí, su mirada intensa no abandonó la mía. Fue tan intensa que me hizo ruborizar, cosa que no solía pasarme con nadie excepto con Liam. Fuimos acercándonos poco a poco mientras él me recorría de pies a cabeza. Por suerte, conocía a Mason y sabía que ya estaba planeando qué nuevo mote ponerme para esa ocasión. Si fuera cualquier otro, hubiese pensado que estaba acariciando mi cuerpo con tan solo una mirada…

Capítulo 18

Cuando llegamos hasta donde estaban los chicos del equipo, Mason abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar.

—¡Hola, chicos! —saludamos cuando estábamos cerca de la mesa. Ellos contestaron al unísono también con un *Hola*, pero como estaban tan concentrados en el juego, apenas nos prestaron atención. Loren se acercó a mi oído para susurrarme, riendo.

—¿Sabes? Es la primera vez que veo a Mason quedarse sin palabras. —Y era verdad. El Capitán Capullo siempre tenía algo ingenioso que decir en cualquier circunstancia.

De pronto, una voz hizo que todas las miradas apuntaran en mi dirección. ¡Sí! Alguien se había dado cuenta de nuestra presencia.

—¿Robin? —Leo, el mastodonte, se quedó mirándome de arriba abajo con los ojos muy abiertos—. ¡Joder!

De repente, el juego se paró y me convertí en el centro de atención de gran parte del equipo de baloncesto.

—¿Hola? —Saludé con la mano al estilo presidente de los EEUU, como solía hacer siempre que estaba nerviosa.

—¿A que es un pibón? —soltó Loren, muy orgullosa de la reacción que había logrado en los chicos.

Leo abrió la boca para contestar, pero tras una mirada de reojo a mi hermana, volvió a cerrarla. Fue Mason quien rompió la tensión del momento.

—¡Ahora vuelvo, chicas! Voy a por vuestras bebidas.

El Capitán Capullo no me había dedicado ni una sola palabra, ni siquiera su habitual saludo, algo que me resultó demasiado raro. Cuando se marchó, los chicos siguieron con el juego donde lo habían dejado; aunque a veces algunos de ellos me seguían mirando de reojo. Eso me hizo sentir muy incómoda, no estaba acostumbrada a tanta atención por parte del equipo. Para que no se me notase que estaba como un flan, contemplé el entorno que me rodeaba mientras buscaba a un chico de ojos rasgados. ¿Dónde se había metido Liam?

El jardín era precioso. Me encontraba en un gran porche, donde aparte de la mesa, se repartían varios asientos y sofás. Al mirar hacia abajo, se podían ver unas escaleras que daban a la piscina y al jardín repleto de césped, acompañados por árboles muy bien cuidados. Estos tenían pequeñas bombillas que añadían un toque de luz al entorno. Había mucha gente repartida por todas partes: alrededor de la piscina, en el porche, en el césped. Todos bailaban o conversaban sosteniendo vasos en sus manos. Cuando imaginaba una fiesta, pensé que sería mucho menos que esto. Era impresionante cómo la música se escuchaba también en el exterior, gracias a los grandes altavoces colocados alrededor del jardín. La voz de Mason me sacó del entorno:

—¡Aquí tienes! —Me entregó un vaso de plástico. Acerqué la nariz para oler su contenido.

—¿Qué es? —pregunté, desconfiada.

—¿Tú qué crees? —Levantó una de sus cejas con chulería—. Veneno, por supuesto. Era el protagonista de mi fiesta hasta que has aparecido. Me has robado todo el protagonismo, tengo

que vengarme —ironizó.

—¿Eso es un piropo? —le seguí el juego.

—¿Te ha parecido un piropo?

—Tal vez… —contesté levantando las cejas como él había hecho. Sus ojos eran más verdes y brillantes, o eso me parecía a mí.

—Es Coca-cola.

—¿Qué? —pregunté.

—Que te he traído Coca-Cola. Todavía no has bebido ni un sorbo. Apuesto a que eres tan desconfiada que crees que le he podido echar algo.

—No me extrañaría viniendo de ti. —Sonreí con chulería—. ¿Y por qué Coca-Cola?

—Porque sé que no bebes alcohol y, para serte sincero, ya eres bastante peligrosa sin él. No quiero imaginarme qué podría pasar si estuvieses borracha. Temo por mi casa y mis invitados —ironizó acercando su cara a la mía y sonriendo. No sé en qué momento nos habíamos acercado tanto, no me había dado cuenta.

—¡Ja ja, qué gracioso! Vuelvo a repetir: no le prendí fuego a la cocina, era solo humo y fue un accidente —me defendí.

Sería vieja y me recordarían lo sucedido. Por esa razón estaba hoy aquí, pegada al culo de mi hermana todo el tiempo. Mason se acercó a mi oído y me susurró.

—Mejor no arriesgarnos. —Su risa, en tono bajo y seductor, hizo que mis vellos se erizaran. ¡Vale! Era un capullo, pero su voz era muy atractiva. Lo empujé, alejándolo de mí.

—¡No seas idiota! —exclamé mientras le atizaba en el hombro. Comenzó a reír. Le encantaba fastidiarme.

—¡Mason! —Less nos interrumpió—. Échale un ojo a Robin, ahora mismo vuelvo.

—¿Ahora que soy? ¿Vuestra mascota? —solté sin poderlo creer. ¿Estaba dejándolo precisamente a él de niñera?

Mi hermana pasó de mi comentario y se dirigió hacia el interior de la casa. No me extrañaría nada que Bruce «Mister esteroides» estuviera esperándola.

—¡Bien, ya la has oído! Soy tu nueva niñera. Te quiero cerca de mí en todo momento, Friki —se burló.

—No tan cerca, temo que me salga urticaria. —Hice un gesto de escalofrío. Mason estalló en carcajadas.

—Te recuerdo que todavía me debes algo…

—No sé de qué me hablas —me hice la loca.

—¡Mason! —Un chico de la fiesta interrumpió el momento—. Tenemos un problema. Necesito que vengas. —Lo apartó a un lado para informarle de no sé qué de alguien que se había encerrado en los baños y sobre las bebidas que faltaban… En fin, menos mal. No era la única que creaba problemas.

Mason se acercó a mí.

—Quédate cerca de las chicas, vuelvo enseguida —me informó.

—Te has tomado muy en serio eso de ser mi niñera, ¿verdad? —Levanté las cejas con arrogancia.

—Pórtate bien, Robin, o tendré que encerrarte en mi habitación y darte unos cuantos azotes —susurró muy cerca de mi oído. Lo aparté despacio.

—No sabía que te iba eso del sado, aunque sí me he dado cuenta de que eres un poco masoquista. —Sonreí para molestarlo, pero, como siempre, a Mason le divertían mis insultos.

Se carcajeó a la vez que se perdía dentro de la casa. Miré a mi alrededor buscando a las chicas y a los demás. Mientras hablaba con el Capitán Capullo no me había percatado de que el juego había acabado y todo el grupo se había perdido por la fiesta. Decidí dar una vuelta por el jardín para ver si las veía. Me acerqué a la piscina; había mucha gente por todos sitios, no sería fácil encontrarlas.

En ese momento, me llamó la atención una pareja que estaba dándose el lote medio escondida detrás de un árbol. Estaban echados encima de un balancín. Él la tenía debajo mientras recorría su escote con la lengua. Me llamó tanto la atención porque yo conocía muy bien el perfil del chico. Su pelo oscuro y corto, su cuerpo atlético, pero menos definido que el de Mason. Era Liam, que se lo estaba pasando en grande intercambiando babas con Sarah, una de las animadoras del equipo de mi hermana. Sentí un nudo en la garganta y ganas de llorar. No tenía ningún derecho a sentirme así. No era nada para Liam y sabía que él tenía sus rollos; aun así, dolía, y más si estaba delante de mis propias narices.

Me fui de allí a paso ligero antes de que me vieran, y casi me caí al tropezar con los estúpidos tacones. Tenía ganas de llorar, pero me contuve. Entré en la cocina nerviosa, buscando algo que me hiciera borrar la imagen de los dos en mi cabeza. Dejé la Coca-Cola en la encimera y cogí otro vaso de plástico. Me quedé mirando las botellas sin saber qué elegir.

—¿Te ayudo? —Escuché una voz de chico a mi lado—. Si quieres, puedo prepararlo.

¿Tanto se nota que no suelo beber?

El chico era rubio con el cabello largo y recogido en una coleta. Tenía pinta de ser un poco friki, como yo. Llevaba una camiseta de *heavy metal* y unas pulseras negras con pinchos, pero su sonrisa era amable.

—Tranquila, todos hemos tenido una primera vez… ¡Perdona! No me he sabido explicar. Me refería al alcohol.—Sonrió un poco nervioso. Yo le devolví la sonrisa.

—No te preocupes, lo he entendido… ¿Cómo sabes que no bebo? —pregunté.

—Eres hermana de Less, ¿no? Estoy en su clase. Te conozco del instituto, no sueles mezclarte con los del equipo y nunca te he visto en una fiesta. He deducido que es tu primera vez. —Era muy agradable. Me hizo sonreír y olvidarme un poco de lo de Liam.

—Llevas razón, es mi primera vez y no sé qué mierda quiero beber… Patético, ¿verdad? —Reí a carcajadas.

—¡Tranquila! Peter está aquí para rescatarte —puso voz de héroe. Yo seguí riendo. El chico era divertido.

—Así que Peter, ¿no? Como spiderman. Tengo al héroe de la ciudad para rescatarme. Yo soy Robin —me presenté.

—Encantado, Robin. ¿Qué te apetece que te sirva? —preguntó en tono cortés, como si fuese un camarero. Me quitó el vaso para rellenarlo por mí.

—Necesito algo fuerte —le pedí.

—Te daría *whisky*, pero intuyo que te gustan las cosas dulces y, si es tu primera vez, mejor que empieces por algo más suave.

—Buena observación —le di la razón.

—Te pondré ron con Coca-Cola, intenta no cambiar, puede sentarte mal —me aconsejó.

Me preparó la bebida y me la entregó.

—¡Gracias, Peter! Te debo una. —Sonreí y me despedí de él, ya que tenía que encontrar a las chicas.

Entré al salón tras darle un sorbo a mi vaso. Sabía fuerte y algo diferente a la Coca-Cola.

La gente bailaba sin parar, así que me moví al ritmo de la música a la vez que las buscaba. Mientras iba caminando y abriéndome paso, una mano me agarró de la muñeca.

—¡Aquí estás! —Era Loren—. Te he estado buscando, es hora de divertirse.

Loren me llevó junto a ella hacia un rincón de la casa. Había varios estudiantes, chicos y chicas, haciendo un círculo alrededor de una mesa. Entre ellos se encontraba Tiffany.

¿Es verdad lo que estoy viendo?

Estaban jugando al juego de la botella. ¡Muy maduro todo, vaya! Pensaba que esa clase de juegos solo se veían en series y películas de instituto. Jamás me imaginé que en realidad se jugara a estas cosas en las fiestas. Loren me hizo sentarme a su lado en uno de los sillones que se encontraban repartidos por la estancia. Uno de los chicos giró la botella y así me uní al juego…

Llevaba un rato jugando, me había tocado solo una vez en la que me habían pedido que me quitara el vestido y, como no llevaba nada debajo, solo la ropa interior, me tocó beberme un chupito de los que habían preparado como castigo. La mezcla de bebidas ya estaba haciendo efecto en mi cuerpo. Me reía un poco de todo aunque no tuviera gracia. Después de otros diez minutos en los que algunos de los jugadores perdieron prendas, intercambiaron babas y confesaron secretos, volvió a tocarme. Una de las animadoras más cercanas al equipo de rugby formuló su pregunta:

—¿Con quién te gustaría enrollarte del equipo de rugby o baloncesto? —Todos esperaban mi respuesta.

—Con la mascota del equipo —contesté muy segura. Todos comenzaron a reír a carcajadas mientras ella se quejaba de que esa respuesta no era válida.

—¡Muy buena, Robin! —me felicitó Loren. De fondo, escuché una voz de chica que se mezclaba con las risas.

—Deberías haber preguntado si todavía era virgen —se burló. Otra le contestó que era evidente que no lo era y que todos lo sabían.

¿Me había perdido algo? ¿Por qué se suponía que no era virgen? Hablaban como si supieran más de mi vida privada que yo misma. No era virgen, claro que no. Había dado ese paso con Nick una semana antes de que me dejara, aunque no era un episodio que me gustase recordar.

Ver a Liam aparecer de la mano con Sarah hizo que me olvidara de lo que acababa de escuchar. Iba sonriendo mientras conversaban sobre algo, hasta que miró en mi dirección y sus ojos rasgados se clavaron en los míos. Puso cara de sorpresa al verme y soltó la mano de Sarah como si le quemara. Aparté la vista de él cuando vi que se acercaba hacia mí a toda prisa…

Capítulo 19

Liam se acercó a mí en dos zancadas después de abrirse paso entre la gente. Dejó a Sarah atrás, quien hizo una mueca sin saber a qué venía aquello. Cuando llegó a mi lado, me susurró al oído para que los demás no lo escucharan:

—¿Puedes venir un momento? —me preguntó. Me levanté y me llevó hasta una esquina.

—¿Y bien? —Me quedé esperando.

—¿Qué haces aquí? —¿En serio estaba preguntándome aquello?

—Te recuerdo que estoy obligada a acompañar a Less a todas partes ¿Dónde creías que estaría? ¿Encerrada en el armario de mi casa? —No sabía qué me pasaba, pero las palabras salían de mi boca sin pensarlas, como a Alice, sin filtro.

—Lo que menos esperaba era encontrarte jugando al juego de la botella. ¿Dónde está Less? ¿Por qué te ha dejado sola? —preguntó, algo molesto.

—Less está en el baño —mentí. No podía decirle que estaba con Bruce—. ¿Por qué? ¿Quieres ser mi nueva niñera? —Me puse borde como solía hacer con Mason.

Liam abrió los ojos sin poderse creer mi tono chulesco. Como no obtuve contestación, me di la vuelta para volver al juego. Él me agarró del brazo e hizo que lo mirara.

—¿Has bebido? —me preguntó con sorpresa.

—Un poco. —Levanté los dos dedos para indicar la cantidad mientras reía. Liam suspiró.

—Vale, vamos al jardín. Quizá se te pase al aire libre. Podemos sentarnos en el porche. —Hizo el intento de agarrarme de la mano para que lo acompañara, pero la rechacé.

—¡Ni de coña! Me voy a jugar, me estoy divirtiendo. Además, Sarah te está esperando. —Le hice una señal con las cejas en su dirección—. Si quieres llegar a la canasta, no la puedes hacer esperar. No la querrás dejar con el calentón, ¿verdad? Creo que está poniendo cara de mala leche ahora mismo.

No sé quién estaba flipando más de los dos, si Liam o yo misma por todo lo que salía por mi boca. Mañana me escondería debajo de las sábanas y no saldría ni para comer.

—Robin, ese juego no es para ti. No sabes cómo se juega y querrán que hagas o que cuentes cosas que no quieres. ¿O pretendes seguir bebiendo? Creo que deberías parar —intentó razonar conmigo.

—Gracias por tus consejos, Liam —contesté. Su cara era la de *¿Me estás vacilando?* Punto para mí.

¡Eres grande, Robin!.

Yo misma me aplaudía mentalmente. No tenía excusa, iba un poco borracha.

Me di la vuelta para volver al juego y lo dejé más tirado que una colilla. ¿Quién decía que los frikis no teníamos carácter? ¡Hala! Ya podía seguir comiéndose las babas de Sarah si quería.

Al dirigirme a la mesa, vi que Mason se encontraba allí. Por su sonrisa, supe que había estado pendiente de nosotros. ¿Cuánto tiempo llevaba observando mi escena con Liam? Me senté en el mismo sitio, que Loren me había guardado. Ella estaba a mi derecha y Mason a mi izquierda. De repente, Liam se sentó enfrente de nosotros, algunos de los demás le hicieron un hueco. No sabía dónde se había metido Sarah.

—¿Y tu Coca-Cola? —me preguntó al oído el Capitán Capullo para que nadie se

enterara.

—¡Tú también no, por favor! —Creo que me vio la cara de *pasa de mí, capullo*, porque dejó de darme la lata.

—¡Qué carácter! Tranquila, Friki. Mañana desearás haberme hecho caso.

Le tocaba el turno a Loren, que hizo girar la botella. Creo que fue a propósito, porque no le dio con mucha fuerza. La punta terminó apuntando en mi dirección.

—¡Bien! Te toca acción, Robin —dijo muy emocionada—. Quiero que beses a… Mason. Pero no un beso casto, sino uno de verdad, con lengua y sin límite de tiempo.

¡No me jodas!

La gente comenzó a silbar y a aplaudir para que lo hiciera, cosa que no me importaba. Estaba dispuesta a beber antes que besar a mi peor enemigo, pero antes de tomar la decisión, Liam habló por mí.

—Yo beberé por ella —gritó para hacerse escuchar entre la música y la gente que silbaba.

Todo el mundo dejó de aplaudir preguntándose a qué venía aquello. ¡Madre mía! Ya sí que tocó mi orgullo. Me sentí como una cría que no puede tomar decisiones propias. Giré hacia mi izquierda y me acerqué a Mason agarrándolo del cuello suavemente. En ese momento, el Capitán Capullo se quedó sin respiración. ¿Estaba flipando? Sí, yo también. Sin embargo, el alcohol me había vuelto valiente. Si estuviera fresca, seguro que no se me habría pasado por la cabeza. Acerqué mi cara despacio; él se había quedado congelado, ni siquiera parpadeaba. La gente de nuestro alrededor se mantuvo en silencio esperando el beso y Mason seguía mirándome a los ojos sin creer lo que estaba a punto de hacer. Acerqué mi boca a la suya con un suave roce, pero cuando nuestros labios hicieron contacto ya no hubo vuelta atrás.

Él pareció reaccionar y me agarró de la cintura mientras profundizaba el beso. Su lengua se introdujo en mi boca jugando con la mía y su otra mano acabó en mi cuello con suaves caricias. ¡Joder! Mason era la puta leche. La verdad era que este había superado con creces al primero. Mi cuerpo estaba ardiendo, nunca me habían besado con tanta pasión. Solo quería quedarme así hasta morir en sus brazos.

Los silbidos de la gente me hicieron reaccionar y separarme despacio, tuve que luchar con mi propio cuerpo para que respondiera a la orden de apartarse. Mason parecía estar igual que yo, ya que tardó más de lo necesario en soltar mi cintura. Al mirar al frente, Liam ya no estaba. Había desaparecido, ¿en qué momento? No lo sabía.

—Cualquiera diría que llevabais tiempo deseándolo —soltó Loren con voz picarona. La ignoré. Ni siquiera me volví hacia Mason para ver su reacción. No había dicho ni una palabra después de mi momento de locura.

Me entraron unas ganas tremendas de hacer pis, así que me levanté de un salto.

—¿A dónde vas? —preguntó Loren.

—Al baño —contesté con cara de circunstancias.

—¿Sabes dónde está? ¿Te acompaño? —preguntó.

—Prefiero ir sola. —Tenía que aclarar mis ideas. ¿Me había gustado el beso de Mason? ¡Mucho! Era algo que no entendía. Empecé a comerme el coco con eso.

Después de preguntar por el baño a varios estudiantes, hacer pis y seguir comiéndome la cabeza, decidí salir al porche a despejarme. No sabía dónde se encontraba Liam, quizá se hubiese marchado con Sarah a algún rincón de la casa. ¿Por qué solía ser así de impulsiva? El alcohol había empeorado mi carácter.

—¡Ey! —llamó mi atención Leo, que se apoyó en la baranda a mi lado—. ¿Tomando el

aire fresco? No deberías estar por aquí sola. Hay muchos moscones en la fiesta. —Me sonrió.

—De momento no he tenido ningún problema. Sigo siendo invisible, gracias a Dios —suspiré.

—No lo creo. Estás muy guapa, Robin. Perdona si no lo dije antes, pero tu hermana es muy protectora cuando se trata de ti.

—¿En serio? No sabía que fuera para tanto. —Me reí.

—Aunque no quieras llamar la atención, lo haces sin querer. No te quepa duda de que los demás sabemos cuánto vales, Robin. Aunque no lo digamos, eres una tía muy especial que merece algo mejor.

—¡Gracias, Leo! —Me conmovieron sus palabras.

Se notaba que estaba un poco borracho y decía más de lo que en realidad quería, pero me gustó saber que todos me tenían un cariño especial.

—¿Sabes? Me alegro de que Liam le parase los pies a ese idiota. —Me señaló una parte de la piscina donde, al fijarme mejor, pude ver a Nick (mi ex) enrollándose con una tía—. No se merecía a una chica como tú, Robin.

De repente caí en la cuenta…

—¿Qué has dicho? —pregunté, girando con rapidez la cabeza para mirarlo.

—Que no te merecía —contestó.

—No, me refiero a lo de Liam —recalqué.

—¡Ah, eso! Ya lo sabías, ¿no? —En vez de una pregunta parecía una afirmación. Aproveché el momento para sacarle lo que quería saber.

—Sí, claro, algo he escuchado —mentí.

Comencé a salir con Nick cuando era un simple estudiante, pero cuando entró en el equipo de rugby, pareció subírsele a la cabeza y comenzó a cambiar.

—¿Sabes las ganas que teníamos de arrancarle la cabeza a ese imbécil por las cosas que estaba diciendo en los vestuarios de los tíos? —Su mueca amable se transformó en una que daba miedo.

¿Qué me he perdido?

—Ya sabes cómo es Mason, si lo hubiera encontrado antes que Liam, lo hubiese hecho pedazos. No sé cómo tiene la cara dura de venir aquí a su casa —soltó molesto.

No me lo podía creer, no había sido Mason, sino Liam, quien lo había amenazado. Los chicos solo me estaban protegiendo, pero ¿de qué?

—¿Qué iba diciendo Nick? —pregunté un poco alterada. No podía creer lo que estaba escuchando.

Leo se quedó mirándome con los ojos muy abiertos

—¡Joder, Robin! ¿No lo sabes? ¡Soy un bocazas! —Se pasó la mano por la cabeza rapada al cero.

—¡Dime qué mierda estaba diciendo! —Levanté la voz, alterada—. ¡O me lo dices tú o yo misma le preguntaré a Liam por qué nadie me ha dicho nada. —Leo suspiró.

—No te gustaría escucharlo —aconsejó. Hice el amago de entrar para hablar con Liam y Leo me agarró del brazo—. Está bien. Voy a contártelo, pero no le digas a nadie que yo te lo dije. Liam se cabreará conmigo. Por algo no te habrá dicho nada.

—¡Habla! —ordené un poco harta de tantas evasivas.

—Una semana antes de que lo dejarais, algunos tíos del equipo de rugby y compañeros de Nick nos contaron que iba fardando en los vestuarios de cómo te había preparado para llevarte

a la cama. Contaba todo con pelos y señales, Robin. Nos pareció de ser muy cabrón estar hablando así de la persona con la que sales.

¡Será hijo de…!

Un veinte por ciento de asco y repulsión se instaló en mi pecho. El otro ochenta por ciento era rabia. *Resultado*: la mala leche que tenía ganó por goleada, y fue la que me hizo mover los pies hacia la escalera mientras Leo me llamaba. En mi cabeza se repetían las palabras de las chicas en el juego: *es evidente que no es virgen, todos lo sabemos.* Mi mala hostia crecía a medida que me acercaba a la piscina. Todos sabían lo que hablaba de mí menos yo. Me sentí patética. También me di cuenta de que el alcohol agravaba mis estados de ánimo.

Cuando llegué hasta ellos, se encontraban enredados entre besos y caricias. Le di unos cuantos toquecitos en el hombro para llamar su atención.

—¡Ey, tú! —lo llamé a la vez que arrugaba el entrecejo muy cabreada.

Nick se apartó de la chica y me miró.

—¿Robin? —Abrió los ojos de par en par, algo que había visto hacer a los chicos varias veces esa misma noche.

—¡No! Soy la reina de Inglaterra, ¡no te jode! —ironicé.

—¿Qué coño pasa? —preguntó su nuevo ligue sin entender a qué venía mi interrupción.

—¿Un consejo? No pierdas el tiempo con él, la tiene demasiado pequeña. ¡En serio! Una pena, es minúscula. —No sé si fue debido a lo del tamaño, por mi cara de mala leche o la cara de Nick, que se había quedado pálida, pero la chica comenzó a reír y se fue de allí sin despedirse. Nos dejó solos, sin contar con la gente que había a nuestro alrededor.

—¿Le acabas de decir que la tengo pequeña? —preguntó sin podérselo creer.

—¡No! He dicho que la tienes minúscula y me he quedado corta. Podría haberle dicho que eres un cerdo, te hubiese resumido mejor como persona. —No recordaba haber estado tan enfadada jamás.

—¡¿Se puede saber qué coño te pasa?! —preguntó sin entender—. Por un momento pensé que venías a pedirme que volviéramos.

¿Pero este tío es tonto, o le pega pellizcos a los cristales?

—¡¿Que qué me pasa?! Me dijiste que me habías dejado porque te habían amenazado. ¿¡Quizá se te olvidó contarme la razón?!

—¡Oh, es eso! Lo siento, Robin. Sabes cómo somos los tíos, acababa de entrar en el equipo y quería que me aceptaran como a uno más. —Me imaginé tirándome a su cuello y estrangulándolo, quizá la vena psicótica de Less iba en los genes de la familia.

—¿Aceptado? ¿Cómo, hablando de mí a mis espaldas? Confiaba en ti, Nick. Solo he venido a decirte lo que pienso. Me pareces un cerdo y me arrepiento de haber estado contigo. —Iba a marcharme, pero él me agarró del antebrazo.

—¡Espera, Robin! No es para que te pongas así. Me equivoqué, lo sé y lo siento. —Lo miré con rabia.

—No, yo sí que lo siento. Porque nunca me esperé eso de ti. Podría haberte dejado fatal si contara nuestra primera vez, algo que me gustaría olvidar. Sin embargo, no lo he hecho. Ni siquiera a mi mejor amiga. —Nick tenía cara de arrepentimiento, aunque no me valía. Me había demostrado que era un cerdo y no quería saber nada más de él.

—Eso podemos arreglarlo, Robin. —Se acercó demasiado a mí. El olor a alcohol que desprendía su boca era demasiado. Me entraron ganas de vomitar—. Estás muy guapa. Deberías haberte arreglado así para mí.

Estaba flipando con la situación. ¿Después de todo lo que le había dicho pensaba que me acostaría con él? Decidí marcharme antes de cometer asesinato, pero cuando intenté irme, me tenía bien sujeta del brazo.

—¡Suéltame, Nick! —le ordené. La gente comenzaba a mirarnos y lo que menos quería era llamar la atención.

—Vamos a arreglarlo, Robin. —Seguía sin entender. Tiré fuerte para que me soltara.

—¡He dicho que me sueltes! —En uno de esos tirones, Nick me dejó ir, pero yo había empleado demasiada fuerza. Caí hacia atrás y resbalé con mis tacones. ¿Caí al suelo? Pues no. Si solo hubiese sido eso, mi vida sería perfecta. Como no lo era y el karma me odiaba, caí a la piscina.

Capítulo 20

Sentí el frío recorrer mi cuerpo. No es que hiciera tanto, pero la noche no estaba para darse un baño en la piscina. Salí a la superficie y me agarré al borde sin salir del agua; estaba en la parte menos honda, dónde tocaba pie. Cuando me percaté de lo que pasaba a mi alrededor, me quedé congelada: la gente se reía de mí a la vez que grababan con sus móviles. Cada vez se acercaban más estudiantes para saber lo que sucedía. Un nudo se instaló en mi pecho y sentí la falta de aire en mis pulmones. Comencé a hiperventilar. Temía que me diera un ataque de ansiedad delante de todos; aún sin quererlo, los recuerdos del pasado se reflejaron en mi mente…

Yo tirada en el suelo de un escenario sin poder levantarme. Gente observando desde sus butacas el desastre que había creado. La mirada de vergüenza en mis padres y de rabia en mis compañeras. Tanto esfuerzo para nada…

Sentí unas manos que me agarraban de los hombros.

—¡Robin, mírame! —La voz de Mason a mi espalda me hizo volver al presente.

Giró mi cuerpo para ponerme frente a él. Se encontraba dentro de la piscina conmigo. Al igual que mi ropa, su camisa blanca estaba empapada y se pegaba a su pecho. Las gotas de agua resbalaban por su rostro y cuello, mientras sus ojos verdes me observaban con preocupación. Miré a mi alrededor, seguíamos siendo el centro de atención. Mi cuerpo se encogió de miedo y Mason pareció darse cuenta. Levantó la voz para que todo el mundo lo escuchara:

—¿A qué estáis esperando? ¡El agua está buenísima!

Tras decir aquello, la gente comenzó a quitarse la ropa y a tirarse a la piscina. Algunos de ellos solo se descalzaron. De un momento a otro, todo el mundo se olvidó de nosotros y de lo sucedido.

—¡Robin! ¿Estás bien? —me preguntó agarrándome de los hombros.

Afirmé con un movimiento de cabeza, sin querer levantar la mirada del agua. Seguía encontrándome mal después de aquello. Tenía un pequeño trauma con eso de llamar la atención más de la cuenta y, aparte, mi cuerpo estaba congelado por culpa del frío.

—¡Vamos! —Mason me llevó hasta la escalera. Salió primero y luego me ofreció su mano para ayudarme a subir.

Escuché cómo le pedía algo a Leo, pero estaba tan embotada que no me enteré bien de lo que era. Se colocó delante de mí. Yo me abrazaba a mí misma para entrar en calor.

—¿Tantas ganas tenías de probar mi piscina, Friki? —Me sonrió, sin embargo, no dije nada. No me encontraba bien.

Leo llegó corriendo con la cazadora de baloncesto de Mason y se la entregó. Antes de darme cuenta, me la puso sobre los hombros, arropando mi cuerpo.

—¡Vamos a cambiarnos! Estás temblando de frío. —Colocó su mano en mi hombro para que lo acompañara, pero cuando llegamos al porche, Nick nos cortó el paso.

—¡Lo siento, Robin! —Parecía muy nervioso—. No fue mi intención que cayeras a la piscina, de verdad. Solo quería…

En ese momento, Mason lo agarró de la pechera y lo estampó contra la pared sin soltarlo. Su cara daba miedo. Algunos jugadores de rugby se acercaron para saber qué pasaba con su compañero mientras Leo intentaba tranquilizar a Mason. Entonces, Bruce apareció de la nada.

—¡Tranquilo, tío! Estamos de buen rollo. Son mis jugadores, Brown. Si ha hecho algo para ofenderte, yo mismo me haré cargo de él, no te preocupes.

Mason pareció pensarlo mejor. Soltó a Nick, tirándolo al suelo como si fuese una chaqueta.

—¡Llévate a esta basura de mi vista y de mi casa! —le ordenó a Bruce—. Y que no se te ocurra traerlo de nuevo a una de mis fiestas o no seré tan amable.

Nunca había visto a Mason así. Estaba muy cabreado. Mi hermana estaba junto a Leo. Dado que Bruce había aparecido, sabía que ella no andaría muy lejos. Se acercó a nosotros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con los ojos muy abiertos al verme empapada y con la cazadora encima.

—No es momento para hablarlo —aconsejó Mason—Necesitamos cambiarnos de ropa, mejor déjalo para luego. —Less asintió, creo que se dio cuenta cuán mosqueado estaba su amigo.

Liam se acercó. No sé en qué momento apareció ni de dónde había salido.

—Si quieres puedo llevarte a casa, Robin. —Me miró, preocupado. No quería ir con él, solo salir de allí, de la vista de todos lo antes posible. Negué con la cabeza. Tampoco tenía ganas de estar con Liam en ese momento, mucho menos en el estado en el que me encontraba, uno bastante deprimente.

—Sigue disfrutando de la fiesta, Liam. Déjanos pasar, estoy mojado y me apetece ponerme algo seco de una maldita vez. —Y sin más explicaciones, Mason tiró de mí para sobrepasar a Liam y dejarlo atrás.

Me agarré a su mano mientras lo seguía y con la que tenía libre, me tapé con la cazadora mientras nos abríamos paso entre la gente.

Subimos las escaleras, todos estaban tan borrachos que ni siquiera se percataron de lo empapados que estábamos. Llegamos a un pasillo muy largo donde había infinidad de puertas, pero no paró hasta que llegó casi a la última. Había un cartel que decía «¡Prohibido el paso! Habitación exclusiva solo para el anfitrión: Mason Brown». Aún en el estado en el que estaba, me entraron ganas de reír. Ya sabía que Mason era muy meticuloso con sus cosas, aunque nunca me imaginé que en las fiestas se pusieran carteles de ese tipo.

Al entrar, me sorprendió lo ordenado y limpio que estaba el cuarto. Tenía un gran ropero, un escritorio y una cama muy grande frente a un televisor que ocupaba casi por completo una de las paredes. Estas eran blancas y estaban decoradas con pósters de jugadores de baloncesto; en una de las esquinas, una pequeña canasta se encontraba incrustada en la pared. Las cortinas y las fundas del colchón eran de un color azul marino. La habitación era preciosa.

—Voy a buscarte algo de ropa —me informó tras abrir el ropero y ponerse a removerlo todo—. Tengo algunos pantalones cortos de mi equipo favorito de cuando tenía once años. Puede que alguno te quede bien.

Sacó un par de prendas y me las entregó.

—Si quieres, puedes darte una ducha o cambiarte en el baño. En los muebles del lavabo encontrarás toallas. Yo lo haré en la habitación. —Cogió de su macuto de entrenamiento una toalla y la ropa para cambiarse.

Comenzó a quitarse la camisa mojada y a desabrocharse los pantalones.

—¿Vas a ir al baño o quieres que te haga un *striptease*? —sonrió con mirada pícara. Por su expresión, parecía que se le había pasado el cabreo.

—¡Ahora vuelvo! —exclamé mientras me volvía para entrar en el baño de su habitación —. ¡Gracias, Mason! —solté antes de cerrar la puerta. No esperé a que contestara, tampoco

escuché una respuesta.

Me miré al espejo y me asusté de lo que vi. Parecía un mapache empapado. Tenía el pelo mojado y aplastado contra la cara y, para rematar, alrededor de mis ojos una mancha negra de rímel lo cubría todo. Estaba hecha un asco, pero lo que más me sorprendió fue saber el porqué de que Mason me hubiese ocultado debajo de su cazadora con rapidez. El vestido que llevaba puesto era blanco, por lo que al mojarse se volvió transparente, cosa que hacía que se viese mi ropa interior. Llevar el vestido y llevar nada eran lo mismo.

Me quité la ropa mojada y me sequé un poco el cuerpo y el cabello con una toalla. Mi ropa interior estaba empapada, así que solo me puse lo que me había dado Mason: una de sus camisetas y unos pantalones cortos de los Lakers. Era su equipo favorito desde pequeño, aunque fueran de la ciudad de Los Ángeles. La camiseta me quedaba muy grande, pero la prefería así, ya que no llevaba sujetador. Me lavé la cara mientras me entraban unas ganas tremendas de llorar. Me sequé, apoyé la espalda en la pared y me dejé caer en el suelo. ¿Por qué me pasaban estas cosas? Esa noche se había convertido en una pesadilla. Recordaría mi primera fiesta como un auténtico desastre.

—¡Robin! ¿Puedo pasar? —Mason llamó a la puerta.

—¡No! —No quería que me viera llorando como una cría. Era lamentable.

—¡Vamos, Friki! Tengo algo para ti que sé que te va a gustar. —Me quedé pensando qué podría ser. Otro de mis defectos era que me mataba la curiosidad, y ya sabéis lo que se dice…

—Está abierto —contesté.

Mason abrió la puerta, la volvió a cerrar y se sentó a mi lado en el suelo. Sin decir nada, me pasó una de esas barritas de chocolate como las que llevaba junto a dos plátanos el día del entrenamiento. Las cuales, por cierto, estaban buenísimas.

—¿De dónde sacas tanto chocolate? —pregunté con ironía mientras abría la chocolatina y le daba el primer bocado. La verdad es que me vendría muy bien para el estado de ánimo.

—Mi madre suele mandarlo cuando está de viaje. Cuando era pequeño me encantaba, cree que todavía sigo atiborrandome de él. —Sonrió, pero su sonrisa era forzada.

—¿Viaja mucho? —pregunté con las cejas alzadas.

—Siempre está de viaje. ¡Imagínate! Tengo un gran arsenal de chocolate escondido —rio. Pero la mirada de Mason no encajaba con su sonrisa. Sus ojos verdes transmitían tristeza y algo más. Debía de ser duro criarte sin tus padres.

Él también se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta. Estaba guapo de todas formas pero…, ¿no pensaba volver a la fiesta? Yo sí me quedaría aquí escondida hasta que terminara.

Me tapé la cara con las manos y suspiré.

—¡No es para tanto, Friki! Piensa que has sido la primera en inaugurar mi piscina este año —bromeó.

—¡Muy gracioso, Capitán Capullo! No es solo por eso, es por todo. ¿Sabes lo que se siente cuando el chico que te gusta ni siquiera te ve? ¿Que eres invisible para él?

—Lo sé —contestó. Me giré hacia él sorprendida. Miraba al suelo con una mueca abatida.

—¡Vamos! Eres Mason Brown, capitán del equipo de baloncesto. No eres invisible para nadie. ¿Quién no se fijaría en ti?

—Eso mismo me pregunto yo. —Me miró a los ojos y sonrió.

—¿Quién te gusta? porque estoy segura de que para ninguna tia del insti pasas

desapercibido. Quizá… ¿Es un chico y a él le gustan las tías? —pregunté muy curiosa.

Nunca me había dado la impresión de que a Mason le gustaran los tíos, lo había visto con bastantes chicas. Aunque nunca se sabía, quizá le gustaran las dos cosas. Mason rompió a reír a carcajadas. ¿Qué tenía tanta gracia?

—No me gustan los tíos, Robin —seguía riendo—. Y no te diré nada, así que ni lo intentes. Sobre Liam, no pienso que le seas tan indiferente, pero como no estoy metido en su cabeza, no sé cómo piensa a veces.

—Yo tampoco. —Suspiré.

—Ahora que te has comido la chocolatina, ¿podemos volver a la habitación? Ya comienza a dolerme el culo de estar aquí sentado. Mi cama es mucho más cómoda. —Mason tenía razón. No podíamos quedarnos en el baño toda la noche. Él tendría que volver a su fiesta y yo me quedaría hasta que Less me avisara para irnos.

Se levantó de un salto y me ayudó a ponerme en pie. Salimos del baño y se acercó al escritorio a coger algo. Me entregó una bolsa para que echara mi ropa sucia y los zapatos para así poder llevármela a casa. Mientras lo hacía, escuché la televisión y, al salir del baño, me lo encontré echado en la cama y concentrado en la pantalla.

—¿Por qué capítulo vas, Friki? —preguntó sin mirarme, mientras buscaba las temporadas de crónicas vampíricas.

—Sigo por la segunda —contesté—. Capítulo ocho. ¿Tú no deberías ponerte algo más arreglado para la fiesta? Te estarán buscando. ¿Piensas ir en pantalón corto? —Conociéndole, no me extrañaría que bajara así vestido. Era un tío al que no le importaba nada lo que pensaran de él y que pasaba de todo.

Me acerqué a la cama y me senté.

—¿Quién va a ir a la fiesta? Yo me quedo aquí contigo, Friki, ¿o es que pretendes hacer cosas sucias en mi cama pensando en Damon? No me esperaba eso de ti —se burló. Le tiré un cojín a la cara.

—No seas capullo. ¿Cómo te vas a quedar aquí? Es tu fiesta, tu casa. Todo el mundo espera que estés ahí abajo, no viendo series en tu habitación.

—Pues por eso, es mi casa y hago lo que quiero. Si quieren algo, ya saben dónde encontrarme.

Se giró hacia una mesita de noche que tenía a su izquierda y sacó más chocolatinas y algunos paquetes de papas fritas.

¡Madre mía! Mason es peor que yo.

Por lo visto, no era la única que preparaba porquerías para ver las series.

—Come y calla, o te perderás el principio del capítulo. No pienso darle para atrás.

Acomodó los cojines, uno detrás de su cabeza y otro a su lado. Me hizo una señal, dando golpecitos al colchón para que me echara. Bueno, no era la primera vez que veíamos juntos la serie en una cama. La verdad es que no quería estar sola hasta que la fiesta acabara…

Capítulo 21

Algo molesto vibraba debajo de mi hombro. Con los ojos aún cerrados y sin ser consciente de dónde estaba, agarré el dichoso móvil que no dejaba de avisar de la llegada de varios mensajes de *Whatsapp*. Abrí los párpados con mucho esfuerzo y miré la pantalla: las siete de la mañana y, en la parte superior, el apodo de Alice, *Mi pelirroja loca.* Maldije a mi amiga por mensajearme tan temprano y guardé el teléfono debajo de la almohada; más tarde contestaría a su interrogatorio. Volví a cerrar los ojos, medio dormida, y al fin me di cuenta de varias cosas: uno, no estaba en mi cama y dos, tenía un brazo enorme rodeando mi cintura; tres, mi almohada olía a Mason.

¡Mierda!

De repente, los abrí de par en par intentando no hacer ningún ruido. Creo que ni siquiera respiré durante unos segundos que me parecieron eternos. Sentí su cuerpo detrás de mí y eso me puso aún más nerviosa. Me giré muy despacio para no despertarlo, levantando su brazo poco a poco de mi cadera. Cuando terminé de girarme, quedé justo enfrente de él, tan cerca, que podría rozar mi nariz con la suya. Separé un poco mi cara para poder mirarlo mejor. Estaba profundamente dormido, y eso me dio confianza para observar sus rasgos tan perfectos. Aunque Mason estaba muy cerca de cumplir los dieciocho, sus facciones y su mandíbula cuadrada le daban un aspecto más maduro y varonil del que debería tener. De un momento a otro, me vi envidiando su piel. ¡En serio! ¿Cómo podía tener un tío el cutis tan perfecto? Me apostaba lo que fuera que escondía en los muebles del baño una crema de esas que solía ponerse Less para que no le salieran granos. Creo que sería la única que podría competir con Mason en eso.

Una sonrisa se dibujó en mis labios tras acordarme del debate que tuvimos esa misma noche hablando de la serie. Al mirar alrededor de nuestras cabezas, todo estaba lleno de paquetes vacíos de chocolatinas y restos de patatas. Por lo que pude ver, nos quedamos fritos después de tres capítulos, aunque la televisión estaba apagada. Quizá tuviese una especie de temporizador o algo así. Pero entonces algo llamó mi atención: un rotulador negro se encontraba en el espacio vacío que separaba el cuerpo de Mason del mío.

¿Cuándo había llegado eso ahí? No recordaba que el Capitán Capullo hubiese escrito nada en ningún cuaderno. Quizá ya se encontraba tirado en la cama cuando llegamos a la habitación y yo no lo había visto.

Una idea pasó por mi mente, una de esas en la que mi parte más infantil salía a flote. Cogí el rotulador y, con mucho cuidado, comencé a pintarle la cara. Estaba tan dormido que a veces se quejaba un poco, como si una mosca lo estuviera molestando. No recordaba un día en que me hubiese reído tanto, arrugaba la nariz incómodo con el roce de la punta. Ya me imaginaba a Alice tronchándose de la risa cuando le contara la manera en que había decidido vengarme por sus bromas pesadas del pasado. Era verdad que la noche anterior me había sorprendido su comportamiento, nunca imaginé que Mason daría la cara por mí frente a Nick, ni que se tiraría a la piscina para sacarme, mucho menos que se quedaría conmigo y no me dejaría sola durante la fiesta.

Me sorprendieron todas esas cosas de él, pero no sabía si tendría otra oportunidad como esta en el futuro, así que decidí aprovecharla. Ya me imaginaba su rostro al despertar y mirarse

en el espejo. Le había pintado un bigote y, en su frente, Capitán Capullo en grande para que lo viera bien. Después de terminar mi obra de arte, decidí volver a dormir otra vez; era muy temprano y ya sabéis lo que me gustaba una cama. ¿Y para qué mentir? No me molestaba para nada la compañía de Mason.

Aunque tengo que confesar que hubo varias veces en las que tuve ganas de acariciarle los labios con los dedos.

(ɞ♡♡ɞ)

Unos golpes en la puerta me hicieron abrir los ojos.

—¡Mason! Despierta, tío. Ya están casi todos levantados. —La voz de Leo se escuchaba tras la puerta.

El cuerpo de Mason comenzó a moverse debajo de mí. Y digo debajo porque acababa de darme cuenta que estaba encima de él acostada sobre su pecho. Esta vez la que lo abrazaba era yo. Me incorporé despacio, parecía que tenía una orquesta tocando dentro de mi cabeza. Horas antes solo tenía una pequeña molestia.

—¡Mason! Despierta ya, tío. Son las diez de la mañana. —Leo seguía insistiendo. Por lo visto, el Capitán Capullo era de los míos, hacía falta una bomba o los chillidos de Chihuahua de Less para espabilarlo.

Mason comenzó a incorporarse, frotándose los ojos a mi lado.

—¡Pasa! La puerta está abierta —respondió medio dormido.

Leo entró y se quedó mirándonos de forma extraña.

—¡¿En serio?! ¿En eso os habéis entretenido toda la noche? —preguntó antes de echarse a reír.

Mason y yo giramos la cabeza para mirarnos el uno al otro y entonces comprendí a qué se refería. Mi obra de arte había dado el resultado esperado. Comencé a reír tras verle la cara al Capitán Capullo.

—¡Buenos días, Friki! —dijo tras echarse a reír al mismo tiempo que yo—. Estás muy guapa recién levantada —Y seguía carcajeándose sin parar.

¿Qué coño le hace tanta gracia?

Leo sacó su móvil y nos hizo una foto. Creo que ya sabía la respuesta del porqué el rotulador estaba en mitad del colchón. Me levanté de un salto y me dirigí al baño mientras escuchaba las risas de los dos desde la habitación. Al mirarme al espejo, entendí todo. En mi frente se encontraba escrita la palabra friki y, para rematar, tenía pintadas unas gafas demasiado gruesas, las típicas antiguas llamadas *culo de botella*. Mason apareció detrás de mí para mirarse al espejo. No me extrañaba que Leo hubiese inmortalizado el momento. Con la pinta que teníamos, parecíamos dos críos que se habían entretenido jugando a pintarse la cara en vez de usar papel.

—Os espero abajo. No tardéis —nos avisó.

—¿Me has pintado la cara mientras dormía? —Lo miré sin poder creer que lo hubiera hecho. ¿Cuándo? Si no lo había notado. ¿Qué le echaban a la bebida? ¿Somníferos?

—Por lo visto, no he sido el único en tener esa gran idea —me respondió con una media sonrisa.

—Tú lo has hecho primero —me defendí.

—Tú lo has hecho sin saberlo. Yo solo me he adelantado —se burló.

Los dos nos observamos a través del reflejo. Parecíamos un par de niños discutiendo, como hacíamos en el pasado. Yo creo que llegamos a la misma conclusión. Cualquiera que nos viese no se creería el numerito que estábamos montando con la edad que teníamos ya, y la de cosas tan infantiles y retorcidas que se nos pasaban por la cabeza. Nos quedamos mirándonos sin decir nada, hasta que después de un minuto en silencio rompimos a carcajadas. Cada vez que veía su bigote de capitán Garfio me entraba la risa y no podía parar. A él debió pasarle lo mismo con mis gafas de empollona.

—¡Pásame una toalla, anda! Voy a quitarme esto —le ordené tras calmarme—. Menos mal que solo nos ha visto Leo, espero que no le enseñe esa foto a nadie.

—¡Tranquila, Friki! Por lo que lo conozco, solo la usará para chantajearnos en un futuro. Estoy seguro de eso —contestó tras coger las toallas y colocarse a mi lado para lavarse la cara también—. Y además, te pegan esas gafas. Te hacen parecer más sexi.

¡Qué tranquilizador es saber eso!

Ambos comenzamos a frotar la pintura, pero no se iba. Mason hizo lo mismo y su sonrisa se esfumó por completo. Me incorporé y me quedé mirándolo.

—¿Qué rotulador has usado? Porque esto es imposible de quitar. —Mi voz se estaba transformando en una que avecinaba problemas.

—No lo sé, fue el primero que cogí del escritorio —me contestó, pensativo. El muy idiota había cogido el permanente, estaba segura de ello. Aunque, por su expresión, no había sido intencionado.

—Dime que aparte de las cremas también tienes acetona escondida en los muebles. —Puse cara de asustada.

—¿Acaso ves que me pinte las uñas? ¿De qué cremas estás hablando? —Arrugó la frente, sin entender.

Voy a matarlo.

Media hora después…

Nos encontrábamos desayunando en la mesa de la cocina de Mason. El personal de la casa ya casi había recogido y limpiado todo a nuestro alrededor. Parecía que allí nunca se había organizado una fiesta. Al bajar ya nos encontramos el desayuno en la mesa. Era una pasada el nivel de vida que tenía; aun así, él no solía hablar de ello. No era el típico chico que presumía de esas cosas.

Mi hermana y Liam se sentaban frente a mí, a mi lado estaban Leo y Loren, y en los laterales Jake y Mason. Como si no hubieran bastado las risas de todos tras bajar las escaleras, en el desayuno era aún peor. Loren, Leo y Jake reían cada vez que nos miraban. Al contrario de ellos, Liam se encontraba muy serio.

—Si es que pareceis dos cuadros —dijo Less arrugando la nariz mientras miraba de uno a otro.

Yo miraba mi desayuno sin levantar la cabeza. Estábamos dando un espectáculo. Como Mason pasaba de todo y no sabía lo que era hacer el ridículo, su sonrisa petulante seguía adornando su cara. Para él todo era muy divertido.

—Creía que habíais dormido en habitaciones separadas —comentó Liam después de darle un sorbo a su café—. No deberíais haber compartido una cama si no tenéis nada. La gente puede hacerse una idea equivocada.

—¿Desde cuándo te importa con quién duermo? —contestó Mason. Se podía palpar la

tensión en el ambiente—. Pareces mi abuelito, Liam. Si estás celoso no te preocupes, reservaré mi habitación para nosotros dos la próxima vez —le soltó moviendo las cejas, picarón.

—Estamos hablando de Robin, no de una tía cualquiera con la que te apetece pasar un buen rato en la cama —replicó Liam, desafiante.

Los demás paseaban la mirada de uno a otro con la misma expresión de desconcierto en la cara que debía de tener yo. No sabía a qué rayos venía todo eso.

—Ya sé que es Robin, no hace falta que me recuerdes que es la hermana pequeña de Less. Últimamente te oigo repetirlo mucho, señor Perfecto. ¿Dónde estabas cuando ella cayó a la piscina? ¿Quizá con Sarah escondido en algún rincón? Ohh, pobre, se te pasó la oportunidad de quedar como un héroe, como haces siempre —se burló Mason. Todos estábamos alucinando.

Liam se levantó de la silla cabreado, pero a su misma vez, Leo también lo hizo.

—¡Tranquilo, tío! Por lo que veo, la fiesta os ha sentado fatal a los dos. ¡No pasa nada! Tú también duermes con Less y es tu mejor amiga, no por eso significa que le estás faltando el respeto ni que vaya a pasar nada entre vosotros, ¿verdad? —Liam seguía mirando a Mason con cara de mala leche.

—Solo tienes que mirar sus caras para saber en lo que aprovechan el tiempo —se rio Loren.

—¡Relájate, Li! No pasa nada. —Mi hermana intentó calmar a mi vecino.

—¿En serio, Less? ¿No pasa nada? Si hubiera sido yo en vez de él, seguramente ahora estaríamos discutiendo. Estoy cansado de escuchar que nos quieres lejos de ella. ¿Eso no va también para Mason? —Liam estaba bastante cabreado.

Sí que le había sentado fatal la fiesta. Yo prefería mantenerme callada; ya de por sí daba problemas sin hablar, mejor hacer como que no existía. Pero estaba flipando con la protección exagerada de mi hermana a mis espaldas. No sabía que amenazara a sus amigos de una forma tan excesiva. Por lo visto me había equivocado.

—Te estás pasando, Li —le advirtió Less.

—Os espero en el coche —informó Liam cogiendo sus llaves, sus pertenencias y saliendo de la cocina a paso ligero. Me lo imaginaba echando humo por las orejas, como un dibujito animado.

—¿Qué bicho le ha picado a este? —comentó Loren—. ¿Anoche lo dejaron con el calentón?

Todos seguimos desayunando con rapidez sin decir nada. El silencio se instaló en la mesa hasta que terminamos. Por lo visto, éramos los únicos que se habían quedado a dormir tras la fiesta. Tiffany se había marchado de madrugada con uno de sus líos. Todos se despidieron y yo quedé la última.

—Mañana te devuelvo la ropa —le informé a Mason.

—No hace falta. A mí me queda pequeña y a ti te sienta muy bien. Ahora pareces una friki muy sexi. —Su mirada lasciva me recorrió de pies a cabeza. ¡Y para qué mentir! Eso me puso muy nerviosa, aunque se me pasó rápido al mirar su gran bigote dibujado. Sonreí.

—Eres un capullo.

—Ya lo sabía —respondió—. Mañana hablaremos de cuándo te daré las clases.

Se me había olvidado por completo ese detalle.

—Sobre Rachel… —quise preguntar qué había pasado después del partido. No sabía si lo estaba molestando de nuevo.

—No te preocupes, creo que le quedó claro después del beso de ayer en la fiesta. —Su

sonrisa se hizo más grande.

Recordé el beso, ese beso que tenía que reconocer que me había gustado demasiado.

—¡Robin, Liam está esperando en el coche! —La voz de mi hermana nos interrumpió.

—Te veo mañana, Capitán Capullo —Me di la vuelta para salir, pero antes de pisar la entrada, Mason me paró y me dio un beso suave en la mejilla.

—Adiós, Friki —me susurró al oído. Algo en mi estómago se encogió y los vellos de mi piel se erizaron con el roce de sus labios. Salí a toda prisa y me subí a la parte de atrás del coche de Liam.

¿Qué me está pasando? Es solo el Capitán Capullo, Robin. Tu infierno personal. Que no se te olvide…

Capítulo 22

La tensión en el coche se podía cortar con un cuchillo. Liam estaba cabreado y mi hermana molesta, así que no hablaron nada durante el camino a casa. Al llegar, se despidieron con un simple *hasta mañana*. Liam ni siquiera me dirigió la palabra. Si no fuera porque escuché de sus labios que para él era una cría, juraría que estaba celoso de Mason.

Al llegar a casa, Less me prestó su acetona y gracias a Dios pude quitar toda la pintura de mi cara. No sé cómo se las arreglaría el Capitán Capullo para hacerlo, supuse que habría mandado a alguien a comprarlo. Reí al recordar su bigote y la cara que puso cuando se dio cuenta de que el rotulador era permanente. Menudos idiotas estábamos hechos. Me tiré en la cama y los recuerdos de la noche pasada volaron por mi mente. La fiesta, Liam liándose con Sarah, el beso con Mason, la traición de Nick y mi caída a la piscina. En ese momento, un escalofrío trepó por mi espalda. Lo había pasado fatal, todas esas miradas puestas en mí… ¿Por qué no podía superar ese trauma? Ya habían pasado casi cuatro años desde aquel incidente.

Me incorporé y me acerqué al armario. Me puse de puntillas hasta coger una caja que se encontraba medio escondida en la parte superior. Me senté cruzando las piernas y la abrí con mucho cuidado. Acaricié con mis dedos las zapatillas de ballet y el tutú rosa que se encontraban en su interior. Después de tanto tiempo, no sabía si me acordaría de lo que se sentía al bailar. Cerré los ojos e imaginé que estaba danzando en el salón, como solía hacer para practicar. El sonido del piano acompañado del violín y mis pasos al compás de la música. Un sentimiento de libertad, de volar con cada giro de mi cuerpo… El sonido del móvil me sacó de mis recuerdos. Era Alice. Descolgué la llamada.

—¡Por fin contestas! ¿Se puede saber por qué no respondes a mis mensajes? —preguntó, ansiosa.

—He estado ocupada, Alice —contesté tras suspirar.

—Pues soy toda oídos. ¿Qué es lo que te tiene tan ocupada? Cuenta cuenta… Quiero detalles de todo lo que pasó en la fiesta.

Mientras le contaba a Alice todo lo sucedido, no dejaba de escuchar expresiones como: *¡Madre mía! ¿En serio? ¡Lo sabía!* Esas eran sus respuestas todo el tiempo. Al fin terminé de relatar todo lo que me había pasado, algo que dio para mucho.

—¡Nick es un cerdo! Cómo lo vea mañana, le pateo las pelotas y esa picha enana que tiene —soltó, cabreada—. Ya sabía yo que algo había pasado. No querías contarme con detalles tu primera vez. Si hubiese sido yo, lo habría dejado después de eso.

Le había contado a Alice la vergonzosa experiencia de mi primera vez. Nick no fue delicado conmigo, terminó apenas empezó, me trató de forma poco cariñosa y me llevó a mi casa nada más estuvo satisfecho, algo que me hizo sentir sucia e insignificante. Aunque yo tenía mucho carácter, no era para nada rencorosa y creo que no supe gestionarlo cuando, al día siguiente, me pidió perdón excusándose con que estaba nervioso. Si llego a saber lo poco que significaba para él, yo misma le hubiese dado esa patada en las pelotas.

—Y no quiero volver a escuchar que el karma te odia. ¡Bendito sea! Gracias a que caíste en la piscina, Mason durmió contigo en su cama —dijo toda emocionada.

—¿Qué parte de lo que te he contado has escuchado? —pregunté, molesta.

—¡Todo! Y ese todo es Mason Brown. Olvídate de Liam. Tu Capitán Capullo te ha demostrado que no es solo un tipo que se interesa por meterla cada día en un sitio diferente.

—Alice… ¿Por qué eres tan borde a veces? —Arrugué la nariz.

—No. En serio, Robin, ¿cómo puedes estar tan ciega? Te rescató de la piscina, casi le pega a Nick por ti y se quedó contigo toda la noche viendo series de frikis. ¡Me parece muy adorable! Voto por Mason.

—¿A qué votación te estás refiriendo? Mason no entra en ninguna liga, ni siquiera es candidato a nada. No te montes tus películas en la cabeza como siempre.

—¿Qué hace falta?, ¿que te lo escriba en un cartel? *Estoy loco por tus huesos, Robin.* —Las ideas locas de Alice me hicieron reír.

—¡Sí, ya! Loca me va a volver a mí con sus bromas pesadas.

—Te recuerdo que la broma se la hiciste tú a él. —Comenzó a reír—. Me imagino el momento en el que los dos os mirasteis al espejo. Estoy dispuesta a pedirle a Leo esa foto. No me perdería por nada del mundo esas caras hechas un cuadro.

—Si fueras tú la que llevara esas gafas horrorosas me entenderías.

—No. No te entendería ni te entiendo. ¡Por Dios, Robin! Has dormido con el tío más cañón del instituto y tú sigues igual de pesada con eso del karma. A veces pareces un disco rayado, ¿lo sabías?

—Yo también te quiero —le solté—. Te tengo que dejar, petarda. Todavía no he cenado y mañana hay insti. Mañana hablamos.

—¡Adiós, Bombón! —Y, tras un beso, colgó.

Me puse las zapatillas y bajé al salón comedor. Mi hermana estaba sentada en el sofá viendo uno de esos programas de *influencers* y gente que se aburría de tener tanto dinero. ¿Las Kardashian podían ser? Creo que así se llamaban. No era tan ignorante. Había escuchado hablar sobre ellas.

—Tienes la comida en el microondas —dijo Less tras verme aparecer por la cocina.

—¿Qué toca hoy? —pregunté.

—Restaurante japonés —contestó sin mirarme. Estaba muy concentrada en su programa.

Tras calentar la comida, me senté en la barra americana. Comencé a comer y a darle vueltas en mi cabeza a algo.

—¡Oye, Less! —llamé su atención.

—¿¡Qué!? —respondió, todavía sin mirarme.

—¿Por qué Liam dijo que no lo querías cerca de mí? —le solté de sopetón. Ella giró su cara hacia mí con rapidez.

—¿Tú igual? Ya he tenido bastante con escuchar a mi mejor amigo por hoy. No tengo ganas de pelear contigo también.

¿Perdón?

—No soy yo la que le va diciendo a sus amigos que no se acerquen a ti como si fueses una apestada —contesté cabreada.

—Yo no he dicho eso… Ellos saben a qué me refiero. Te estoy haciendo un favor. No te quiero llorando por las esquinas porque uno de ellos te haya roto el corazón, ¡mucho menos mi mejor amigo! —levantó la voz.

—¿Y Mason? —pregunté sin entender—. No pareció preocuparte que me quedara con él en su habitación.

—Mason no es lo que parece. Sé que puedo confiar en él. No te quiero ver cerca de Liam

y se acabó, Robin —habló un poco más tranquila y volvió la vista hacia la televisión.

—¡¿Por qué?! No lo entiendo.

—Porque lo conozco. ¡Entérate de una vez, Robin! Li jamás ha tenido una relación con nadie ni la va a tener mientras tenga a las tías haciendo cola por él. Lo único que busca en las chicas es pasar un buen rato, nada más. Si sigues con ese enamoramiento absurdo, saldrás herida.

—Ayer me dijiste que no me metiera en tus cosas, ¡¿tú sí tienes derecho a meterte en las mías?! ¿Crees que ese capullo de Bruce es mejor que Liam? ¿Que no te hará daño? —Me parecía injusto que ella tuviera más derecho que yo a equivocarse.

—Tú no eres como yo, Robin. Yo no voy buscando un romance de serie juvenil. —Me miró muy seria.

—¡Ya! Lo sé desde que nací en esta familia. Nunca llegaré a ser como tú. Eres demasiado perfecta. —Me levanté sin terminar de cenar y me metí en mi habitación.

Sabía que Less no tenía la culpa de las comparaciones que solían hacer mis padres, pero estaba harta de escuchar siempre lo mismo: *¡Podrías aprender de Leslie!* Yo no era Leslie. Ni siquiera quería parecerme a ella. La conocía bien y no era la chica fría con corazón de hierro, como quería hacer creer a los demás. Prefería ser yo misma, aunque fuese un desastre andante. Yo no podría fingir una cosa que no soy.

(ɞ♡♡ɞ)

Lunes por la mañana…

Liam seguía tirante conmigo. Solo me dijo *buenos días* a secas y sin pronunciar mi nombre. ¿Y a este qué le había picado? No había quién lo entendiera. Al llegar al aparcamiento, como siempre, el grupito popular se entretenía un rato antes de entrar en el instituto. Mi hermana le entregó a Tiffany la bolsa con los zapatos que me puse en la fiesta y ella arrugó la nariz al verlos. Yo no tenía la culpa de haber caído con ellos puestos en la piscina. Tampoco les había pasado nada. Solo se había quedado un poco arrugado el material al dejarlos al sol para que se secaran.

—¡Mi hermana va a matarme! —exclamó con cara de horror—. Recuérdame en un futuro no dejarle nada más a Robin. Es un puto desastre —dijo como si nada.

—No exageres, Tiffany. Si quieres, te compraré otros. Todavía me debes el vestido del año pasado y no me he puesto como tú. Y te recuerdo que estás hablando de mi hermana —soltó Less.

Ellas creían que no las estaba escuchando mientras agarraba mi mochila del auto, pero no me había pasado desapercibida la manera en que mi hermana me había defendido. ¿Quién lo hubiera dicho? Nuestra relación era complicada…

En ese momento apareció el todoterreno rojo de Mason. Se bajó del coche y saludó a sus colegas.

—¡Ey, tío! —lo llamó Leo—. ¿Has visto las fotos? La gente no hace nada más que hablar de la fiesta.

—Pues que hablen. No me importa en absoluto. Ya dejarán de hacerlo cuando salga otra cosa más jugosa —contestó.

¿Cuál era el chisme que rondaba el instituto ahora? La verdad es que no me interesaban esas cosas. Apenas me metía en las redes sociales.

Cuando me despedí de los demás con un simple *Hasta luego,* los ojos verdes de Mason se

clavaron en los míos, pero no esperé a que dijera nada, pues me encaminé hacia el insti.

—¡Buenos días, Friki! —me saludó alcanzando mis pasos. Caminaba a mi lado como si nada.

—¡Buenos días, Capitán Capullo! ¿Qué quieres? —pregunté tras un suspiro. Ya quedaba poco para llegar a la entrada. ¿Es que pensaba entrar conmigo?

—¡Qué peleona te has levantado hoy! Pensaba que serías un poco más amable después de pasar la noche conmigo. —El muy descerebrado casi lo grita a los cuatro vientos.

—¡Chsss! —Le tapé la boca con las dos manos—. ¡¿Estás loco?! Baja la voz. Cualquiera que te escuche pensaría otra cosa.

Mason sonreía pese a que no podía hablar. ¿Por qué le divertía tanto cabrearme? Cuando me di cuenta del gesto tan íntimo de tocarle los labios, bajé mis manos.

—Solo quería decirte que empezaremos las clases mañana. Hoy tengo entrenamiento.

—¡Muy bien! ¿No podrías habérmelo dicho luego? Te recuerdo que estoy obligada a veros entrenar y esperaros.

—Hablas como si fuese una tortura. No me pareció eso en el partido contra La Serna. Te faltaban la faldita y los pompones. —Levantó sus cejas y torció los labios con su típica sonrisa petulante.

—¡Qué gracioso! Luego hablamos. Alice me estará esperando en las taquillas.

Me volví para seguir mi camino, pero Mason siguió avanzando a mi lado. Me paré y él hizo lo mismo.

—¿Es que piensas entrar conmigo? —pregunté con las cejas alzadas.

—¿Qué problema hay? —preguntó sin entender.

—¡No pienso entrar contigo, Mason! No me gusta…

—¡Ya, no te gusta ser el centro de atención, lo sé! Ya es tarde para eso. Creo que, aparte de las matemáticas, trabajaremos eso también.

—¿Ahora qué eres? ¿Mi psicólogo?

—Podría ayudarte, Robin. —Me miró serio esta vez. Sus ojos verdes me escrutaban con tanta intensidad que mi corazón comenzó a latir más deprisa. ¿Qué me pasaba?

—Hablamos luego, ¿vale? —solté antes de salir corriendo hacia la entrada sin esperarlo. Últimamente mi cuerpo hacía cosas raras. El cambio de rutina me estaba afectando.

Tras pasar la puerta, caminé para llegar a las taquillas, donde siempre se encontraba Alice. Los pasillos estaban abarrotados de estudiantes. Enseguida me percaté de las numerosas miradas curiosas que estaba recibiendo. La gente susurraba a mis espaldas. Ya no era tan invisible para nadie. Me sentí incómoda, ¿qué mierda había pasado?

Capítulo 23

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunté a Alice nada más llegar a las taquillas.

—Por lo que veo, no te has metido en Instagram —contestó, tecleando en su móvil—. No te preocupes, no es para tanto. A la gente le gusta hacer un drama de todo.

Me dio su móvil para que viera las fotos: Mason y yo en la piscina, abajo ponía *La nueva chica del capitán del equipo de baloncesto.* No me podía creer lo aburrida que estaba la gente.

—Y hay más. Las subieron anoche.

Mi amiga pasó a otra publicación en la que se veía a Mason agarrando de la pechera a Nick como si fuese a golpearlo. En el título ponía: *Equipo de baloncesto y rugby enfrentados por el amor de una chica.* Abajo: *Robin Miller, hermana de la capitana de las animadoras, ¿puede una friki tener tanta suerte?* Estaba flipando, aunque en las fotos salía justo detrás de Mason con su cazadora cubriendo mi cuerpo y él se interponía entre Nick y yo. La verdad es que parecía que se estaban peleando por mí. Se había acabado mi intención de pasar desapercibida. Algunas chicas de mi clase que ni siquiera me hablaban pasaron por nuestro lado sonriendo.

—¡Buenos días, Robin! Nos vemos en clase.

¿Cómo podía ser la gente tan falsa?

—¡Enhorabuena! Eres popular. —Alice comenzó a reír como siempre. Todo le resultaba gracioso.

—Se acabó mi vida tranquila en el instituto. —Me tapé la cara con las manos.

—No seas dramática, no es para tanto. Solo creen que estás saliendo con Mason. ¿No queríais que la tal Rachel creyera eso? —preguntó Alice.

—¡Solo Rachel! No el instituto entero —me exasperé. Este tema me estaba creando un poco de ansiedad.

—Esto te vendrá bien, Robin. Necesitas superar ese miedo a llamar la atención. Unas cuantas miradas no van a hacerte daño. —Terminó de guardar algunos libros en la taquilla.

—Estaba bien como estaba. Maldita sea la hora en que mis padres se fueron y se les ocurrió la brillante idea de tener que estar pegada a mi hermana todo el tiempo —suspiré.

—Vamos o llegaremos tarde.

—Tengo que ir al baño. Dile a la profesora que enseguida voy. Es una urgencia.

Y sin dejar que mi amiga me contestara siquiera, salí corriendo hacia los servicios. Entré en uno de los baños individuales y cerré la puerta. Me senté en el váter para relajarme un poco.

Tranquila, Robin. Solo son miradas. No pueden hacerte daño.

Quería superar ese trauma absurdo, pero por mucho que lo intentara, mi cuerpo no respondía como quería. Al notar demasiados ojos puestos en mí, solía entrar en un estado de ansiedad.

Escuché la puerta abrirse. Era raro, todo el mundo estaba ya en clase y creía que era la única que llegaba tarde. Dos voces comenzaron a hablar, una de ellas la conocía muy bien.

—¿Tenías que retocarte ahora los labios? No tardes mucho o llegaremos tarde a clase.

—No empieces, Sarah. Solo es un poco de brillo. Te pareces a Less, todo el día dando órdenes, me enferma. —La voz de Tiffany venía de la zona de los lavabos. Contuve la respiración, no quería que supieran que estaba allí.

—No me compares con ella. Estoy harta de las hermanas Miller. Ya tuve bastante con esa friki del demonio. Por su culpa, Liam me dejó tirada en mitad de la fiesta —soltó la otra—. Y encima Mason está detrás de ella todo el tiempo. ¿Qué le ven? Más simple no puede ser. Ni siquiera es guapa.

¡Gracias por el cumplido! Ni que fuese un *gremlin*. La verdad, yo no me veía tan fea.

—No te preocupes, Sarah. De la friki me haré cargo más tarde. A Less le tengo algo preparado. Estoy harta de que se crea mejor y todo le salga bien. Pues la dejaré en ridículo delante de todos en el gimnasio. Cuando se resbale entrenando y caiga, verán que no es tan perfecta como parece. Se lo tendrá merecido por hablarme así esta mañana.

¡Será mala pécora!

No me podía creer que Tiffany hablara de mi hermana con tanto odio. Se conocían desde pequeñas. Less no trataba mal a sus amigas. Tenía mucha paciencia con las animadoras. Su trabajo como capitana era ese, intentar que todo saliese lo mejor posible.

—¿Qué has hecho? —Sarah comenzó a reír. Me daba náuseas lo falsas que eran esas dos.

—Le he agregado un poco de vaselina a las suelas de mis zapatillas y le he dado el cambiazo. Ya sabes que todas son iguales y que las dos tenemos el mismo pie. No se dará cuenta de nada. Con el suelo que hay en el gimnasio, no me cabe duda de que resbalará cuando haga un movimiento brusco. Estoy deseando ver su cara de vergüenza frente a los demás.

¡Será hija de…!

Pensaba hacer que mi hermana se cayese entrenando. Iba a salir del cubículo con la intención de arrastrar a esa rubia de bote por todo el instituto, pero no lo hice. Yo era más lista que ellas.

—¡Cuidado, Tiff!! Alguien podría escucharte —se asustó Sarah.

—¿Ves a alguien más aquí? No seas paranoica, todos están en clase. Vamos, que ya llegamos bastante tarde —metió prisa la rubia.

Escuché la puerta, señal de que ya se habían ido. Todavía estaba en shock por lo de Tiffany. Yo tenía solo una amiga, pero Alice jamás me haría algo así. No podía contarle nada a mi hermana. Aunque ella quisiera parecer fuerte frente a los demás, sabía que le dolería mucho esa traición. Esas dos no sabían con quién se habían metido. Nadie se burlaba de mi hermana. Era hora de preparar mi venganza. De algo me servía ver tantas series, ¿no?

Entré muy tarde al aula, lo que hizo que la profesora casi me comiera con la mirada. Pero como Alice la había avisado, me había librado de una buena bronca. Le expliqué a mi amiga que en el siguiente cambio de clases tenía que ir a un sitio y que más tarde se lo explicaría. Cuando la clase por fin terminó, me dirigí al pasillo de los de último año y divisé la melena negra de Mason. Se encontraba hablando con Leo y Liam mientras esperaban a entrar en la próxima asignatura. Debía darme prisa si no quería llegar tarde a la mía.

—¡Mason! —lo llamé. Se dio la vuelta con los ojos muy abiertos. Sin duda se había sorprendido al verme allí—. Necesito hablar contigo —le dije observando a mi alrededor.

Lo que menos quería es que me vieran allí con él, pero era una emergencia. Liam y Leo me miraban de igual manera. Como estaba tardando demasiado en contestar y tenía prisa, lo cogí del brazo y lo aparté de los demás.

—¿Me estás secuestrando, Friki? Creí que no querías que te vieran conmigo en el instituto.

—Eso era antes de que creyeran que estamos saliendo. Ya da igual. Me van a mirar de todas formas. No es de eso de lo que quiero hablar. Necesito que me hagas un favor —susurré

para que nadie me oyera.

—¿Otro? —Alzó las cejas.

—Sí, otro. Te lo devolveré, te lo prometo. Es importante.

—¿Podré pedirte lo que quiera? —Sonrió con malicia.

—No te pases, Mason. Ni siquiera sabes lo que te voy a pedir. —Arrugué la frente.

—Da igual. Creo que merecerá la pena —dijo en tono socarrón.

Mi hermana y sus amigas aparecieron en mi campo de visión. No podían verme allí.

—Te espero en la puerta del gimnasio a la hora del almuerzo —le susurré con prisas.

—¿Vas a pedirme algo pervertido, Robin? Eso me suena a una cita o algo indecente.

—¡No seas idiota! Luego te veo. —Salí corriendo para llegar a tiempo a mi clase.

Me excusé con Alice para desaparecer durante el almuerzo. Le dije que ya le contaría todo más tarde. No podía perder ni un minuto. Debía encontrarme con Mason.

(ʚ♡♡ɞ)

¿Dónde se había metido el Capitan Capullo? Llevaba cinco minutos esperando cuando apareció.

—Llegas tarde —resoplé molesta.

—Lo bueno se hace esperar —se burló. Por un momento me agarré el puente de la nariz, exasperada. ¿Se podía ser más creído?—. ¿Y bien? ¿Qué vas a pedirme está vez?

—Necesito que me ayudes a colarme en los vestuarios sin que parezca sospechoso. Tú eres del equipo, el conserje no se extrañará si entro contigo a coger algo que se te haya olvidado —le expliqué.

—¡Qué aburrido! Creía que ibas a pedirme que te enseñara algo más aparte de matemáticas —comentó con cara de fastidio.

—Tienes la mente muy sucia, ¿lo sabías? —Arrugué la nariz.

—Tú te lo pierdes. Podría enseñarte muchas cosas… ¿Y para qué quieres entrar en los vestuarios? Si se puede saber. No me fío de esa cabecita loca que tienes. ¿Piensas boicotear el entrenamiento? ¿Estoy en peligro?

—Si fuera a hacer algo en tu contra no te lo estaría pidiendo precisamente a ti, ¿no crees?

—Después de que me pintaras la cara en mi propia cama y con mi propio rotulador, no sé qué pensar de ti. Puedo esperar cualquier cosa. —Fingió estar asustado. Encima de capullo, dramático.

—Lo verás cuando entremos. Es importante Mason, ¡por favor! —Hice un puchero. Quizá me funcionaría.

—Está bien, ¡vamos! A ver en qué lío me voy a meter por tu culpa…

Mason y yo estábamos a punto de entrar juntos al vestuario cuando el conserje nos llamó la atención.

—¡Brown! ¿A dónde crees que vas?

—Se me ha olvidado algo en la taquilla del vestuario. Entro y lo cojo, no tardaré mucho, Señor Smith —habló muy educado. Mason era muy convincente cuando se lo proponía.

—¡Sí, ya! Eso escuché la última vez que viniste con una chica. —Giré mi cabeza con rapidez para mirar al Capitán Capullo con cara de reproche. Quizá no había sido buena idea pedírselo a él.

—Señor Smith, me está dejando un poco mal delante de la chica —sonrió, burlón. Le

pegué un codazo con disimulo.

—Anda, daos prisa en coger eso que dices —dijo el conserje antes de irse.

¡Será posible!

—¿Te escondes en los vestuarios con las chicas? ¡Qué asco! —Arrugué la nariz.

—No soy un santo, Friki. Tengo mis necesidades —se excusó, encogiéndose de hombros.

—Mejor, cállate. No quiero escuchar lo que haces aquí. —Entré en los vestuarios y me acerqué a las taquillas buscando la de mi hermana.

—¿Estás celosa, Friki? —dijo a mi espalda.

—¡Qué más quisieras! Vigila que no entre nadie. Así no me ayudas.

—¿Qué haces en la taquilla de Less? ¿Piensas boicotear a tu hermana?

—Vigila, Mason. Luego te lo cuento. —Él me estaba poniendo aún más nerviosa.

Por suerte, las taquillas estaban abiertas. Saqué las zapatillas de mi hermana. Como dijo la supuesta amiga de Less, tenían las suelas un poco resbaladizas. Abrí la de Tiffany y las cambié de sitio. En la taquilla de la rubia de bote estaba la prueba del delito: un bote de vaselina se encontraba medio escondido. Tenía dos opciones: cambiarlas e irme o ser un poco mala. Mi parte bondadosa me dijo que me fuera, pero la parte traviesa y vengativa que habitaba en mí repetía en mi cabeza lo que había estado dispuesta a hacerle a mi hermana la mala pécora esa. Le hice caso a mi parte rebelde. ¿Qué iba a pasar por poner un poco más de vaselina? Lo esparcí con cuidado por la suela y cerré la taquilla. A ver ahora quién se reiría de quién…

Le expliqué rápido a Mason todo lo que había oído en los baños, sin mencionar lo que había dicho Sarah de él, claro. Teníamos que volver lo antes posible al comedor.

—La venganza no es una buena idea. Me parece bien que quieras proteger a tu hermana, pero deberías decírselo a ella —me soltó tras contarle todo.

—No puedo. Conozco a Less y esto sería un jarro de agua fría para ella. No es tan fuerte como quiere parecer —me excusé.

—Espero que no te arrepientas después. A veces esas cosas se vuelven contra ti. —Estaba flipando. El mismísimo Capitán Capullo me estaba echando la bronca ¿Cuándo se había dado la vuelta la tortilla? Sus bromas a veces eran peores. Esperaba que no tuviese razón. Ya me pasaban bastantes cosas como para que también me las buscara yo solita…

Capítulo 24

Tras las últimas clases y aguantar la bronca de Alice cuando le conté lo que había hecho, me dirigí al gimnasio. Mi amiga me soltó las mismas palabras que el Capitán Capullo. Quizá no había sido tan buena idea ponerme al nivel de esas víboras, pero yo no era perfecta. Todo el mundo se equivocaba, ¿o no?

Como siempre, me senté en las gradas y saqué mis apuntes para hacer los deberes. Los chicos comenzaron a calentar y mis ojos iban desde Liam a Mason y al contrario. ¿Qué me pasaba? Últimamente le prestaba menos atención a mi vecino. ¿Quizá me estaba dando cuenta de que no era lo que esperaba? No lo sabía.

Mi hermana hablaba con sus compañeros y daba instrucciones a aquellos que todavía no habían cogido algunos pasos. No lo entendía; tras una semana yo ya me los sabía de memoria. Era buena memorizando coreografías de baile, Less era la culpable. Algo se me tenía que dar bien, ¿no? Hizo una pirueta para explicar a una de ellas cómo tenía que caer, con los pies rectos y juntos. Me percaté de las caras de sorpresa de Tiffany y Sarah cuando mi hermana no resbaló, algo que no esperaban. Por fin desaparecieron sus muecas divertidas, esas que llevaban desde que empezaron a entrenar. Después de eso, se pusieron en sus puestos para comenzar con el baile. Todo iba bien hasta que Tiffany hizo el paso de la rueda y, al posar el primer pie, resbaló de lado y cayó de una manera muy fea. Los demás, junto a Less, pararon en ese momento para acercarse a ella. Tiffany lloraba en el suelo agarrándose el tobillo.

¡Madre mía! Quizá me he pasado un poco con la vaselina…

Debí haber hecho caso a Mason. Yo no quería que se hiciera daño.

Ayudaron a Tiffany a sentarse en primera fila en la grada. Incluso los chicos pararon en mitad del calentamiento para saber qué estaba pasando. Lo que más me dolió fue la mirada de reproche que Mason me lanzó desde la cancha. Después de que el entrenador mirara el estado del tobillo, decidió llevarla al hospital con ayuda de algunos jugadores. Por lo visto, no tenía muy buena pinta. ¡Dios! Me sentía fatal, ¿qué había hecho?

Mason se quedó a cargo de los demás jugadores hasta que el entrenamiento llegara a su fin, y mi hermana no paraba de dar vueltas, preocupada.

—¿Ahora qué vamos a hacer? —preguntó Loren—. No podemos hacer la coreografía con una persona menos.

—Esperaremos a ver cómo está Tiffany —contestó ella.

—Olvídate de Tiffany, Less. Ambas sabemos que se ha doblado el tobillo y que como mínimo tardará unas cuantas semanas en recuperarse. No tenemos tiempo para enseñarle a otra persona los pasos para el próximo partido. Y tampoco nos daría tiempo a montar una nueva. Estamos bien jodidos…

Aunque miraba mis apuntes, estaba escuchando todo lo que decían a mi alrededor. Había liado una buena. Maldita fuera la hora en que decidí hacerle caso a mi parte más vengativa. Así había fastidiado a todos sin querer. Tiffany de camino al hospital y el equipo de mi hermana en problemas, pero ya no se podía volver atrás.

—Podemos hacer una prueba para escoger a otra animadora hasta que se recupere —dijo una de ellas.

—Estamos en las mismas, Lara. Por muy buena que fuera, tardaría mucho tiempo en aprenderse los pasos —le explicó Loren un poco estresada.

Less se encontraba dando vueltas sin parar pensando en una solución y de pronto, se volvió a mirar en mi dirección.

¡Tierra, trágame!

La conocía tan bien que por su expresión ya sabía lo que se le había pasado por la cabeza.

—¡Robin! Ven aquí un momento —me llamó.

Solía decir que el karma me odiaba, pero la verdad es que ahora había hecho bien su trabajo. Yo me lo había buscado.

Bajé con desgana las escaleras hasta colocarme a su lado, temiendo lo que iba a salir por su boca.

—Necesito que nos ayudes —me pidió. Algunos chicos del equipo de baloncesto, incluidos Mason y Liam, nos miraban de reojo mientras entrenaban. ¿Podían ser aún más cotillas?

—¿Se te ha ido la cabeza? —saltó Sarah arrugando la nariz—. Ella ni siquiera es animadora. Tardaría mucho tiempo en aprenderse los pasos, tiempo que te recuerdo que no tenemos —resopló. Las demás animadoras, incluidos los dos chicos que hacían de base a las flyer, comenzaron a quejarse de lo mismo.

—¡Ya vale! —Less hizo que todos se callaran. Luego miró en mi dirección—. ¿Robin?

—Ella tiene razón, tardaría demasiado en aprender los pasos —mentí—. Tampoco soy animadora.

—No me mientas, Robin. Llevas una semana viéndonos entrenar y apostaría lo que fuera a que ya te sabías los pasos el tercer día de estar aquí. —Mi hermana me traspasó con la mirada. Los demás comenzaron a susurrar que era imposible—. Y sobre los pasos y las piruetas de Tiffany, las harías hasta con los ojos cerrados. No eres animadora, pero sí bailarina. Tu cuerpo tiene la suficiente elasticidad para hacer cualquier cosa.

—Hace mucho tiempo que no bailo. ¿Sabes lo que me estás pidiendo, Less? —le pregunté en una súplica—. No puedo hacerlo delante de tanta gente y tú lo sabes. ¡No me pidas eso, por favor!

—Nunca te he pedido nada, Robin. Pero esto para mí es importante. ¡Ayúdame! ¡Ayúdanos, por favor! Solo será mientras Tiffany se recupera. Ya veremos cómo arreglamos tu problema de aquí al partido, pero hay que intentarlo.

Mi corazón se encogió al ver a mi hermana pidiéndome con tanta desesperación que los ayudase. Para ella el equipo lo era todo y, pensándolo en frío, yo había sido la culpable de que estuviesen en problemas. No pude negarme.

—¡Está bien! No te prometo nada. No sé si podré hacerlo bien en el partido, pero al menos lo intentaré.

—¡Gracias!

—¿Y ya está? —preguntó Sarah, cabreada—. Deberíamos hacerle una prueba, no creo que sea capaz de hacer los pasos de Tiff.

—¡¿Podrías callarte de una vez?! —exclamó Loren mirando a Sarah, quien cerró la boca de golpe—. Robin, muéstrales lo que puedes hacer, confío tanto en ti como Less —me animó.

—¡Bien! —Mi hermana palmeó el aire y me entregó sus pompones—. Ponte en el centro e intenta hacer los pasos de Tiffany. Si no te sale a la primera, no te preocupes, lo cogerás rápido. ¿Podrás hacerlo en vaqueros?

—No voy a ir a cambiarme ahora. —Lloraba por dentro solo de pensar en tener que ponerme el uniforme.

Me coloqué en la posición en que solía hacerlo Tiffany antes de empezar. Era fácil, ella tenía unos pasos muy sencillos y varias piruetas no demasiado complicadas. Aunque me iba a resultar más difícil con vaqueros, no era imposible. Less cogió su móvil y volvió a conectarlo al pequeño altavoz portátil con el que solían practicar. Cuando la música comenzó a sonar, no pude mover mi cuerpo. Todos los jugadores del equipo de baloncesto se encontraban expectantes esperando mi demostración.

¿Pero qué mierda miran?

—¡Dios! —exclamó Less, cabreada—. ¡Vosotros! ¿No tendríais que estar entrenando? —Todos se volvieron para seguir con el partido como si nada.

—¡Vamos! Empieza de nuevo. No mires a nadie, Robin. Concéntrate y piensa que estás sola.

¡Cómo si fuese tan fácil!

La música comenzó a sonar de nuevo. Me concentré en la coreografía que solía hacer Tiffany y en el ritmo al que debía mover mi cuerpo. En mi cabeza recordaba perfectamente cada giro, cada paso, cada movimiento de los pompones hacia un lado y hacia el otro. Siguiente paso, pirueta. Hice la rueda mirando hacia la derecha, otra animadora se colocaría de igual manera frente a mí y haría una desde el lado contrario. Luego agacharse y bajar los pompones para hacer una cuerda de colores que se mezclara con los demás. Después hice varias piruetas hacia atrás y terminé de rodillas en el suelo.

La música dejó de sonar y el silencio invadió el gimnasio. Ni siquiera se escuchaba el rebote de la pelota en la cancha de los chicos. Me puse de pie a la vez que subía la cabeza y miraba al grupo de porristas. Todos me miraban expectantes sin mover ni un párpado. De pronto, a mi lado, escuché unos aplausos que rompieron la quietud; venían de la pista de baloncesto. Los jugadores me aplaudían, sonriendo y hablando entre ellos. A sus aplausos se le unieron los del equipo de mi hermana, que celebraban haber encontrado una solución.

—¡Increíble! ¡Eres una puta pasada, tía! —dijo una de ellas.

—¡Ya podemos decirle a Tiffany que no hace falta que vuelva! Tenemos algo mejor —soltó uno de los chicos animadores.

—No digas esas cosas, Kevin. Robin solo se quedará hasta que ella vuelva —le aclaró Less.

—Tu hermana baila mucho mejor. No me parece mala idea —le respondió otra. Creo que su nombre era Lara. Algunas eran de primer año, por eso no las conocía.

Comenzaron a hablar entre ellos sobre mi actuación y de lo mucho que se habían sorprendido. Incluso los chicos del equipo de baloncesto charlaban de lo mismo.

Tampoco es para tanto.

Al ver que todo el mundo estaba pendiente de mí, decidí volver a las gradas y a mis apuntes. Me costaba incluso andar, los nervios habían invadido mi cuerpo desde antes de empezar el baile.

—Por hoy hemos terminado —anunció Less a mi espalda. Creo que notó mi incomodidad —. El próximo día seguiremos ensayando con Robin sustituyendo a Tiffany.

Todos se marcharon muy excitados. Por ello, no me di cuenta de que Mason había parado también el entrenamiento. Una mano me agarró del brazo mientras subía las escaleras para recoger mis cosas. Al volverme, Liam estaba frente a mí. Sus ojos rasgados me miraban con

emoción.

—¡Ha sido impresionante, Robin! Has dejado a todos con la boca abierta. —Su mano seguía agarrándome.

Y no voy a negar que mi cuerpo y mi corazón saltaban de alegría en ese instante, pero mis ojos se desviaron a una silueta que nos miraba desde abajo. Los ojos verdes de Mason conectaron con los míos y, tras una mirada que no supe descifrar, se marchó en dirección a los vestuarios. Volví a prestar atención a Liam, quien decía estar muy feliz por el hecho de que hubiese entrado al grupo de porristas. Eso significaba animar a su equipo. A mí no me hacía tanta gracia.

—¡Gracias, Liam! Pero solo será hasta que Tiffany se recupere del tobillo —contesté.

—Lo harás muy bien, ya lo verás. —Me sonrió con esos hoyuelos que me mataban y que hacía varios días que no veía, ¿por qué? Pues vete tú a saber. No me iba a quejar, la verdad.

—Me doy una ducha y os llevo a casa. —Se dio la vuelta y comenzó a bajar las escaleras.

Liam me había felicitado, pero… ¿Por qué me sentía tan mal? Necesitaba hablar con Mason de lo sucedido. Era el único que sabía qué había pasado en realidad. Puede que el entrenador les hubiese avisado de cómo se encontraba Tiffany. Me carcomía la conciencia.

Recogí mis cosas y esperé con Less en el coche de Liam, como solíamos hacer. Pero, antes de que él terminara, divisé a Mason saliendo por la puerta del gimnasio. Había terminado de los primeros en ducharse. Me bajé del coche a toda prisa, el Capitán Capullo ya estaba arrancando el motor. Llegué hasta su todoterreno con rapidez y me metí en el interior, justo en el asiento de al lado del conductor.

—¡Joder! ¡Me has asustado, Friki! Pensé que eras un ladrón. ¿Esto qué es? ¿Tu venganza por mis bromas pesadas en el pasado? —soltó sarcástico.

—No, idiota. Quería hablar contigo, no pretendía asustarte —le expliqué.

—No sé si creerte. Me da miedo esa vena vengativa que tienes. ¡No miento! —me acusó.

—No seas cruel. Mi intención no era que Tiffany se hiciera daño. Si lo hubiese sabido, jamás habría actuado así. —La cara seria de Mason me impresionó. Estaba acostumbrada a verlo siempre con una sonrisa burlona en los labios.

—Pues aunque no quisieras eso, una chica está en el hospital por tu culpa, Robin. Esa es la verdad —su voz sonó decepcionada.

—¡Podría haber sido mi hermana! —me defendí.

—¡Eso podría haberse evitado si hubieses hablado con ella en vez de hacer justicia por tu cuenta! —me echó en cara.

Las palabras de Mason formaron un nudo en mi garganta. ¿Qué podía decirle? No sabía qué contestar a eso, llevaba toda la razón. Agaché la cabeza, no quería llorar delante de él, pero las lágrimas estaban a punto de desbordarse.

—¡Lo siento! —se disculpó—. Lo único que quiero que entiendas es que no eres como ellas. Tu conciencia no te deja, ¿verdad? ¿Crees que estarían como tú en este momento? Esa es la diferencia. —Varias lágrimas se deslizaron por mis mejillas.

—Soy un desastre —susurré con un hilo de voz, frotándome los ojos y sorbiendo por la nariz.

—Eres un desastre, sí, pero con buen corazón. —Miré a Mason. Su sonrisa burlona hizo que me sintiera un poco mejor.

—¿Eso es un cumplido? —sonreí.

—Podría ser —contestó a la vez que trasteaba en su móvil.

La voz de mi hermana se escuchó a través del dispositivo *bluetooth* del coche del Capitán Capullo. ¿Por qué la había llamado?

—¿Qué quieres, Mason? —preguntó, molesta—. ¿No podías bajar y decirme lo que sea? Acabas de interrumpir una llamada importante. —Por su tono, esa llamada importante sería *Mister esteroides*.

—Robin está conmigo —le contestó.

—Ya lo sé. La he visto entrar en tu coche hace cinco minutos. ¿Me vas a contar algo que no sepa?

—Solo os aviso para que no la esperéis cuando Liam salga de los vestuarios. Yo la acercaré a casa hoy —soltó de sopetón. ¿Quería llevarme él? ¿Y eso?

—No corras con el coche, Mason, que ya nos conocemos —le advirtió Less.

—¡Vale, mamá! No te preocupes. Volverá a casa de una sola pieza. Adiós. —Colgó riendo.

—¿No deberías haberme preguntado antes? —Levanté las cejas.

—No creo que quieras que te vean en el estado en el que estás. Se harán muchas preguntas, ¿no te parece? —Tenía razón.

La verdad es que cada vez me sentía más a gusto en compañía del Capitán Capullo. A medida que iba conociendo más partes de él, me daba cuenta de que no era la clase de chico que yo creía en un principio…

Capítulo 25

Quién me diría hacía tan solo unas semanas que estaría montada en el todoterreno del Capitán Capullo por decisión propia. Cuando nos pusimos en marcha, comenzó a sonar una melodía. No me disgustaba para nada, pero no era la clase de música que hubiese esperado que Mason escuchara.

—¿Quién es?

—¿Cómo? —No entendió mi pregunta.

—¿Cómo se llama el cantante? Me gusta su voz, pero nunca lo había oído..

—Normal que no lo hayas hecho, Friki. Son canciones de hace doce o trece años —me explicó.

—¿Te gusta la música antigua? —Levanté las cejas, extrañada.

—¿Te parece raro?

—No, solo que creía que escuchabas otra muy diferente —le aclaré.

—¿Qué clase de música? —Quitó la vista de la carretera un momento para mirarme.

—No sé. —Me agarré la barbilla, pensando—. Quizá algo más moderno como Calvin Harris o algo así. El volvió a mirarme arrugando la frente.

—También me gusta la música moderna y todo eso, pero esto me relaja. Sobre todo después de un día duro de entrenamiento. —La canción seguía sonando. Tenía que admitir que me gustaba.

—No está mal —confesé.

—*Ne-yo* —dijo Mason.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

—El cantante se llama *Ne-yo* y la canción *Closer*. He crecido escuchando su música por mi tío, que es muy fan de sus canciones. Me gustan sus letras, creo que te transmiten muchas cosas.

—Pues tu tío tiene buen gusto, ¿qué edad tiene? —pregunté, curiosa.

—Treinta y cinco. Es el hermano pequeño de mi padre —respondió.

—¡Oye! ¿No me ibas a llevar a mi casa? —me sobresalté al ver que tomábamos otro camino.

—¡Tranquila, Friki! No te voy a secuestrar ni nada de eso. Solo vamos a hacer una parada antes en otro sitio —me explicó. No es que desconfiara, pero me pareció raro que se hubiese desviado en la carretera.

—Y dime, ¿cuál es tu canción favorita? —Me interesaba saberlo. ¿Por qué? No lo sabía —. ¡Sorpréndeme!

—Quizá no te guste y prefieras escuchar otra cosa —respondió con mucha seriedad.

—¿Crees que voy a reírme de ti, Capitán Capullo? —pregunté, burlona.

—Sabes que me da igual lo que los demás piensen de mí. Lo digo porque es lenta y puede que no te guste. Lo que la hace especial es la letra y su significado.

—¡Vamos! Quiero escucharla, ¿cómo se llama? —pregunté, ansiosa.

—*One in a Million* —contestó.

—*Una entre un millón*. Suena bien. Quiero escucharla.

Mason me puso la canción. Es verdad que era más bien lenta, pero la letra era muy bonita. Hablaba de cómo aún habiendo más chicas con las que poder estar, él solo la veía a ella. *Una entre un millón.*

Nos quedamos en silencio el tiempo que duró la canción. Incluso con el coche ya estacionado, no quitó la canción hasta que terminó. Quería que yo escuchase su letra para poder juzgarla después. Quizá de eso se trataba siempre. De juzgar todo lo que nos rodeaba sin pararnos a profundizar un poco más en lo que había debajo del envoltorio. Y me daba miedo, porque lo que había debajo del envoltorio de Mason cada vez me gustaba más…

—¡Me encanta! La letra es preciosa. Tienes razón, te transmite mucho, pero también me gusta su voz, tiene algo que hace que te relajes —dije con total sinceridad.

—A mi tío le encantaría escuchar eso. Dice que la música de ahora es una basura —comentó riendo. Me quedé mirándolo embobada. Mason tenía un gran repertorio de sonrisas y esta era una de las verdaderas. Podría decir que la que más me gustaba. ¿Había pensado yo eso?

Miré hacia la calle. Al haber estado tan concentrada en la canción, no me percaté de que estacionamos en la puerta de una famosa heladería de la ciudad. Mi hermana y sus amigos solían traerlos a casa y yo siempre me comía el mío en mi habitación viendo las series.

—¡Vamos! Se nos va a hacer tarde y no quiero escuchar a tu hermana. —Abrió su puerta para salir del coche y yo hice lo mismo.

—¿Vamos a comer helado? —pregunté extrañada terminando de bajar del auto. Nunca imaginé que esa fuese la parada que quería hacer antes de llevarme a mi casa.

—¿Por qué no? ¿Algún problema con eso? —dijo tras cerrar con el mando de las llaves.

—Creo que te voy a cambiar el mote por Capitán Azúcar. ¿Me quieres engordar? Cada vez que estamos solos me ofreces cosas golosas. —Levanté las cejas.

—¡Y tú las aceptas! Solo tienes que decir que no. —Su sonrisa burlona volvió a aparecer —. Creía que te vendría bien para animarte. Pero si no quieres, ya me lo como yo por los dos. — Se acercó a la puerta de la heladería sin esperarme.

Ahora que lo pensaba, daba la casualidad de que Mason me había dado chocolatinas cada vez que me encontraba mal. ¿Se habría dado cuenta de mi malestar el día que nos mandó a Alice y a mí a por su bolsa al coche? Me pareció raro que fuesen tan importantes un par de plátanos, la verdad.

Corrí tras él. Lo que mejor me haría sentir en ese momento sería algo de azúcar; no podía rechazarlo y además esos helados estaban buenísimos.

Nos sentamos en una mesa a esperar a que nos atendiera la chica del local. Me encantaba el ambiente. La decoración era muy colorida y transmitía alegría. Aparte de cómodos, los sillones eran cada uno de un tono diferente. Mason se sentó en el de enfrente.

—¡Me encanta este sitio! —dije sonriendo y observando a mi alrededor. Me di cuenta de que Mason no despegaba sus ojos verdes de mí. Al mirarlo los desvió hacia la mesa de al lado.

—También me gusta este sitio. Es el mejor para comer helado, aunque pocas veces lo hacemos aquí. Siempre pedimos para llevar.

En ese momento la camarera se acercó a nosotros.

—¡Hola, Mason! ¿Hoy lo vais a tomar aquí? —preguntó. Se notaba que lo conocía y que había confianza.

—¡Hola, Jessica! Sí, hoy solo somos nosotros. Ella es la hermana pequeña de Less —dijo apuntando con la cabeza en mi dirección.

—¡Oh, vaya! ¿Es ella la famosa Robin? —soltó la chica con una sonrisa de oreja a oreja

¿Famosa?

—Jessica es amiga de mi tío desde hace años. —Mason la cortó antes de que siguiera hablando.

—¡Encantada, Robin! Llevo conociendo a este granuja desde que era pequeño. —Lo despeinó con la mano y él se quejó como si fuese un niño al que están molestando.

Me hizo gracia la cara divertida de ella. Se notaba que se tenían cariño. Por su aspecto, tendría la edad del hermano de Mason. Era bajita, castaña y con los ojos azul claro, además de muy mona. Me gustaba, era simpática.

—¡Bueno, chicos! ¿Qué vais a tomar? Supongo que helado, ¿no?

—Solo para mí. Robin no quiere —dijo el Capitán Capullo mirándome con su típica mueca burlona.

—¡Yo sí quiero! No le hagas caso. —Hice un ademán con la mano para quitarle importancia a sus palabras.

—¿Lo de siempre? —preguntó ella.

—¡Sí! El de ella es el de vainilla… —Mason intentó explicarle, pero ella lo cortó.

—Con muchos trocitos de chocolate por encima. Lo sé, Mason. Me lo repites cada vez que vienes. *A Robin le encanta el chocolate, así que ponle muchos trocitos cubriendo la parte de arriba* —lo imitó. Eso sí que no me lo esperaba.

—Creía que el de vainilla lo preparaban así… —dije extrañada. Desde que Less y los demás me trajeron el primer helado, ya venía de esa manera. Yo solo había pedido vainilla.

—¡Ahh, no! Tu helado lleva siempre el triple de chocolate. Petición del chico que está aquí sentado. —Señaló a Mason, que resopló molesto.

—¿No tienes que poner dos helados, Jessica? —preguntó con ironía.

—Ya me voy, señor tiquismiquis. Eres peor que mi jefe. —Se fue de forma altiva, algo que me hizo reír un montón. Me encantaba Jessica, era divertidísima.

—No le hagas caso, Friki. Eso de trabajar en un sitio con tantos colores *happy* la ha vuelto tarumba.

—Pues a mí me parece muy graciosa —me sinceré.

—Normal. Dios las cría y ellas se juntan. —Rodó los ojos.

—¡Muy gracioso!

No me pasaron desapercibidas las miradas provenientes de una de las mesas de al lado. Había dos chicas que cuchicheaban sobre Mason a la vez que se lo comían con los ojos. Era normal, el Capitán Capullo era uno de esos tíos que llamaban la atención por dónde pasaban. Pero… ¿Y si hubiese sido su novia? Me parecía de mala educación que estuviesen hablando de él frente a mí.

—¿Qué miras? —me preguntó y giró la cabeza.

—Estaba pensando en que son demasiado obvias. —Arrugué la frente. Mason comenzó a reír.

—¿Eso te molesta, Friki? —Me miró con una sonrisa picarona.

Sin duda, el Capitán Capullo se divertía a mi costa. Iba a contestarle que para nada cuando el teléfono de Mason sonó desde su bolsillo del pantalón. Al mismo tiempo, Jessica apareció con los helados.

—¡Aquí tenéis, chicos! Hoy invito yo. —Los dejó sobre la mesa.

—¡Gracias! —sonreí.

—¡Gracias, Jessica! —dijo él levantando la mirada del móvil. Ella se marchó a atender a

los demás clientes.

—Es un mensaje del entrenador. Dice que Tiffany se ha hecho un esguince. Nada grave, con un poco de reposo se curará —me informó.

Suspiré aliviada. Me temía que se lo hubiera roto.

—Quita esa cara. Podría haber sido peor. Ya está. No se puede volver al pasado, solo aprender de los errores —Agarró su cucharilla. La hundió en el helado y comenzó a saborearlo.

—¿Fresa? —pregunté al ver el sabor.

—¡Sí, fresa! ¿Algún problema, Friki? Y no me cambies de tema. —Frunció el entrecejo.

—¡Te he oído, Capitán Capullo! Aprender de los errores. Ya lo sé, ¡tranquilo! No se me volverá a ocurrir echar más vaselina de la cuenta a las zapatillas de nadie. —Mason levantó las cejas.

—¡Es broma, idiota! —Me reí—. Si hay una próxima vez, hablaré con mi hermana.

—¡Buena chica! Por cierto, lo hiciste muy bien en el gimnasio. Nunca deberías haber dejado de bailar. Se nota que te gusta —me alabó.

—¡Gracias! Pero no creo que pueda volver. No consigo actuar delante de la gente desde… —me quedé callada.

—Desde el concurso. —Mason terminó por mí—. No fue culpa tuya, Robin. Cualquiera podría caer.

—¡No! Soy un desastre. ¿Sabes lo mucho que me esforcé? ¿Sabes lo que se siente ser la sombra de alguien? Por una vez había descubierto algo que se me daba bien. No solo era Less a la que miraban con orgullo. Mis padres me veían. Iba a actuar como bailarina principal, me lo había ganado con mucho sudor y esfuerzo. Fue la primera vez que me sentí especial para alguien. Y luego… —No quería recordar ese momento.

Días enteros de práctica para que me saliera perfecto, pero fallé. En uno de los pasos resbalé e hice caer conmigo a varias bailarinas. Desde el suelo pude ver las miradas avergonzadas de mis padres y las de rabia de mis compañeras. Salí corriendo sin mirar atrás. Como siempre, llegué a pensar que la vida no era justa y que el karma me odiaba.

—Te repito, Robin, que cualquiera podría resbalar. No eres un desastre como crees. Hoy lo has hecho perfecto y nunca has practicado ese baile. —Clavó sus ojos verdes en los míos—. ¡Joder! Si ni siquiera te has tenido que poner un uniforme. Lo has hecho con vaqueros. ¡Todos estábamos flipando! Tienes un don y eso no se aprende. Eso fluye solo. Eres especial. —Su mirada tan intensa hizo que desviara la mía.

—No ha sido para tanto —le resté importancia, aunque sus palabras habían llegado muy dentro de mí.

Comencé a comer mi helado (¡Qué bueno estaba!) y decidí cambiar de tema.

—¿Cómo sabías que me gustaba tanto el chocolate? Hace tiempo que los traéis a casa, ¿tal vez dos años? —pregunté con curiosidad.

—No hay que ser muy listo. Llevo años viendo cómo le robas a Less las decoraciones de chocolate de su tarta de cumpleaños. Cualquiera se daría cuenta —contestó concentrado en su helado de fresa.

—¿Cuánto hace que me espías, señor Brown? No sabía que me tenías tan vigilada. —Lo miré e imité su sonrisa burlona.

—Te sorprenderías, señorita Miller —Me observó y tuve que apartar la mirada de nuevo. Seguí hablando para disimular lo nerviosa que me había puesto.

—Entonces tengo que agradecerte que mi helado esté tan bueno, ¿no? —Sonreí.

—¡Ya ves! Después de todo no soy tan Capullo…

Después de comer y despedirnos de Jessica, Mason me llevó a mi casa. Lo que me sorprendió fue ver a Liam sentado en los escalones de su porche. Parecía que estaba esperando a alguien.

El Capitán Capullo paró el coche y me miró.

—Ahí está tu amor platónico esperándote —soltó, burlón.

—Deja de decir eso. Mi amor platónico es Damon Salvatore, y Liam no me está esperando. Habrá quedado con alguien —contesté, resoplando.

—Te recuerdo que es mi amigo. Si hubiera quedado con alguien, lo sabría. Lo conozco bien, sé que no se va a quedar tranquilo hasta que te vea llegar. Sobre todo si es conmigo con quién estás.

—Ya tengo bastante con Alice y sus ideas absurdas. No me vengas tú también con lo mismo. ¡Por favor! No quiero ver cosas dónde no las hay —solté exasperada.

—Alice me cae muy bien, es una chica lista —se burló.

—Dios los cría y ellos se juntan.

—¡Ey! No me robes las frases, Friki.

Liam nos miraba desde su porche, pero no se acercó ni saludó a su amigo.

—¡Hasta mañana, Capitán Capullo! —Hice el amago de abrir la puerta.

—¡Se te olvida algo! —Cuando lo miré, tenía un dedo apuntando a su mejilla.

Con un suspiro, me acerqué a él y le di un beso. Se había vuelto una costumbre.

—Y un *¡Gracias por el helado, Capitán Capullo!* —imitó mi voz. Comencé a reír.

—¡Gracias, Mason! Hasta mañana —me despedí.

Él se acercó a mí y depositó un beso suave en mi mejilla. ¿Qué problema tenía Mason con los besos? Mi cuerpo no era tan inmune a sus labios. Seguía sintiendo su roce incluso después de haberse separado de mí.

—¡Nos vemos mañana! —se despidió con algo en la mirada que no pude descifrar.

—¡Hasta mañana! —le dije antes de salir del coche y cerrar la puerta.

Mason arrancó. Al pasar cerca del porche de Liam, lo saludó con la mano. Yo hice lo mismo antes de pisar el mío, pero Liam se acercó a paso ligero hasta llegar a mí.

—¿Dónde has estado? —Por su tono, en vez de una pregunta parecía una exigencia.

¿Cómo?

Quizá Mason no estaba equivocado.

Capítulo 26

—¿Dónde has estado?

Lo primero que hice fue girarme con las llaves en la mano y levantar una ceja en plan «*¿Eres mi padre?*».

—Te has tomado a pecho eso de ser mi niñera, Liam. Me has visto aparecer con Mason. Ya avisó a mi hermana de que me traería él. —Me di la vuelta y subí al porche de la entrada. Liam me siguió.

—Less me dijo que te traería a casa, no que tardarías una hora en llegar. Y además… ¿Ahora es Mason? ¿Ya no es el Capitán Capullo? —me preguntó con inquina. Me volví, suspirando.

—Hemos parado en la heladería. Y sí, sigue siendo el Capitán Capullo. —Me reí.

—Yo no le veo la gracia, Robin. —Me miró, serio.

—No hay quien te entienda, Liam. ¿No queríais Less y tú que nos lleváramos bien? Siempre decís que estáis hartos de nuestros piques. Ahora que empezamos a llevarnos mejor, ¿qué problema hay? —Levanté los brazos exasperada.

—El problema es que pasáis demasiado tiempo juntos últimamente. Y eso no me gusta. —Mi respiración se atascó. Mi vecino me miraba como si me viese por primera vez.

—¡¿Que no te gusta?! Me estás montando un numerito de complejo de hermano mayor. Para empezar, tú no eres mi hermano, Liam, y para terminar, ¿con qué derecho me dices eso?

—Esta semana estás muy rara. Apenas me hablas. Siempre te encuentro cuchicheando con mi amigo o mirándolo embobada como si fuera lo mejor que te ha pasado en la vida. Sin mencionar el beso del sábado. ¡Le metiste la lengua hasta el fondo, Robin! —soltó, un poco alterado.

Estaba flipando. No sabía que Liam estaba tan pendiente de nosotros.

—¿Y qué problema hay? Tú andas metiéndole la lengua hasta el fondo a Sarah y nadie te dice nada, ¿por qué yo no puedo hacer lo que hacéis vosotros? ¡Me tratáis como a una cría! ¿O eso es lo que piensas? ¿Soy una cría, Liam? —Quería que me lo dijera a la cara.

—No es eso, Robin. No creo que seas una cría, solo que no eres como las demás. No quiero que te hagan daño. —Me acarició la mejilla y puso un mechón de pelo tras mi oreja. Mi pulso se aceleró cuando miré sus ojos oscuros y rasgados, pero intenté levantar un muro entre nosotros para que no se notara.

—Soy libre de hacer lo que quiera. No tengo por qué darle explicaciones a nadie. Ni a mi hermana ni a ti. Así que, si me apetece salir con Mason, lo haré, y si me apetece meterle la lengua hasta el fondo a diez tíos diferentes, también lo voy a hacer.

Me di la vuelta para abrir la puerta de mi casa, pero en ese momento, Liam me agarró del brazo, hizo girar mi cuerpo y pegó mi espalda a la pared de la entrada.

—Me estoy volviendo loco —me susurró con tono de agonía y su cara muy cerca de la mía.

Me observó con ira contenida y, sin decir nada más, me besó. Las llaves resbalaron de mis manos y cayeron al suelo. Todo era una locura, jamás habría pensado que llegaría el día en que Liam me besara. Le correspondí de igual manera. Lo agarré de los hombros y acaricié su

cabello, dejándome llevar por la pasión y el deseo de probar su boca después de tantos años. Nuestras respiraciones se volvieron aceleradas. Me faltaba el aire y mi cuerpo pedía mucho más. Pude sentir en sus labios rabia, deseo, posesividad; hasta que, de un momento a otro y de una forma brusca, se apartó de mí como si lo quemara.

Comenzó a dar vueltas por el porche con la respiración acelerada a la vez que se agarraba de la cabeza y susurraba para él mismo cosas sin sentido. Yo me quedé pegada a la pared en estado de shock. ¿Qué había pasado?

—¡Mierda! ¡Joder! —maldijo antes de bajar las escaleras del porche e irse.

Ni siquiera me miró después de besarme. Escuché cómo golpeaba algo antes de entrar a su casa y, justo después de eso, cómo la puerta de la calle se cerraba.

¿Pero qué demonios…?

Mi vida estaba patas arriba. Podría escribir un libro con todo lo que me había pasado en una mísera semana y me quedaría corta…

(ɑ♡♡ɑ)

Me desperté antes de que mi hermana subiera a meterme prisa. No había dormido bien en toda la noche. El beso de Liam y la tarde en la cafetería con Mason habían estado haciendo estragos en mi cabeza. De lo que sí estaba segura ahora es que tanto Alice, como el Capitan Capullo tenían razón en una cosa: Liam estaba muerto de celos. No hicieron falta palabras… ¿Con qué cara lo miraría ahora, después de nuestro beso? Estaba segura de que querría hablar del tema en cuanto tuviera oportunidad.

Pero su reacción después de besarme no fue la que yo había esperado ni se parecía en lo más mínimo a lo que imaginaba que sería un primer beso con Liam. ¡Y creedme! Llevaba bastantes años teniendo fantasías con eso, aunque todas ellas se habían ido por el retrete de mi casa.

Como siempre, le conté a Alice todo el dilema y, para variar, me dijo que le gustaba Mason y que Liam cada vez le parecía más capullo.

Me vestí con mi típica sudadera y vaqueros, me recogí un moño despeinado para tardar lo menos posible y me calcé las deportivas blancas.

Bajé a desayunar. Mi hermana todavía no había aparecido, así que preparé mis cereales y saqué del armario su barrita especial *cero calorías*.

—¡Vaya! ¿Esto qué es? ¿Tú levantada antes que yo? —ironizó tras aparecer por la puerta.

—¡Sí, un milagro! —Rodé los ojos.

—¿Puedo saber a qué se debe? —preguntó curiosa.

—Ni yo misma lo sé, así que no pierdas el tiempo —contesté aburrida.

—Esta tarde no hay entrenamiento, así que iremos a buscar tu uniforme al centro comercial. La tienda que nos lo personaliza está allí. Ya hablé con ellos ayer. Lo tendrán listo para hoy —me informó mientras abría una de sus revistas.

—¡Qué ilusión! —dije con ironía y un gesto de desagrado que no pude ocultar. Ella se me quedó mirando.

—¡Gracias, Robin! Esto es muy importante para mí y sé que te va a resultar difícil hacerlo delante de la gente, pero encontraremos una solución —me animó.

—Eso espero, o temo por vuestra seguridad. No me gustaría dejar caer a nadie —suspiré.

—No seas idiota, lo harás bien. Para eso entrenamos —me contestó y siguió desayunando su barrita.

—Te espero fuera. —No quería hablar del tema. Eso me hacía sentirme más nerviosa.

Cogí mi mochila y me la colgué al hombro. Salí al porche y al mirar hacia la casa de Liam, vi que también salía.

Vaya momento más incómodo.

Pero era necesario que habláramos de lo que pasó el día anterior. Quería saber qué era lo que mi vecino sentía por mí. Llegamos los dos al mismo tiempo a su coche.

—¡Buenos días, Robin! —Se rascó el cuello, nervioso. No quería mirarme a los ojos—. ¿Hoy también os habéis peleado?

—¿Por qué lo dices? —Levanté la ceja. Estaba esperando a que me dijera algo de lo del beso.

—Porque hoy sales más temprano que ella. Es raro… —Cogió su móvil del bolsillo—. Voy a ver cuánto le queda.

Y se puso a enviar un mensaje a mi hermana.

¿En serio? ¿Te estás quedando conmigo?

No podía creer que estuviera haciendo como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Tragué el nudo en mi garganta y un extraño sentimiento de pena se instaló en mi pecho. Liam me acababa de hacer daño y no era la primera vez. Él sabía lo que sentía, se lo demostré correspondiendo a su beso.

Me di la vuelta despacio y, sin decir nada, me metí en la parte de atrás del coche. Me hubiera gustado haberle gritado que de qué mierda iba, pero sabía que las lágrimas podrían salir en cualquier momento. El nudo en mi garganta seguía sin desaparecer.

Hasta que mi hermana no salió de mi casa y se acercó, mi vecino no entró. Se notaba que le incomodaba estar a solas conmigo. Tenía unas ganas tremendas de llorar. ¿Por qué tenía que estar tan sensible ese día?

Llegamos al aparcamiento, los populares ya estaban allí. Nada más estacionar, me bajé antes de que lo hicieran Liam y mi hermana, y sin saludar ni mirar a nadie, comencé a andar rápido hasta la entrada del instituto. Cuando estaba apunto de entrar, una mano me agarró del brazo. Era Mason. Giró mi cuerpo para que quedara frente a él.

—¿Qué demonios te pasa, Robin? ¿Estás llorando? —Cuando me miró a la cara, pudo percibir las lágrimas aún sin derramar.

—Suéltame, Mason ¡Por favor, necesito irme!

Su expresión pasó de la incomprensión a la rabia. Me soltó sin decir ni una palabra. Entré corriendo en el instituto y ni siquiera me paré a buscar a Alice. Me metí en los baños y me encerré en uno de los cubículos. Comencé a llorar. Volvía a tener el corazón roto y es que, ¿quién era tan tonta como para caer otra vez en lo mismo? Me había hecho ilusiones de nuevo con un amor que no era para mí. Había sido una idiota. Creo que lloraba más por mi orgullo herido.

¿Liam se había burlado de mí? Cada vez que recordaba su expresión incómoda mientras agarraba el teléfono me entraban ganas de vomitar.

Ahogué mi llanto para que no me escucharan las chicas que también se encontraban en el servicio. No pude desahogarme como quería hasta que se marcharon. Después de un rato, volví a escuchar la puerta y me quedé en silencio; solo se escuchaba mi nariz al sorber.

—Robin, soy yo. Abre la puerta, no hay nadie fuera. —Era la voz de Alice.

Volví a romper a llorar, pero está vez más fuerte y al abrir la puerta me tiré sobre ella para que me abrazara. Necesitaba el calor de mi amiga.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —pregunté con la voz entrecortada.

—Mason fue a buscarme a las taquillas. Me dijo que te encontrabas mal y que te habías encerrado en el baño. Deberías haberme llamado, ¿qué ha pasado?

Por mi culpa, Alice y yo nos perdimos la primera hora de clase. Le conté todo lo que había pasado esa mañana, nada sería el resumen de todo, ya que no había sido lo que esperaba. Liam había pasado de mí como de la mierda.

Tras dar las primeras clases de la mañana, llegó la hora del almuerzo; intentaría olvidarme de todo y disfrutar de la compañía de Alice. Desde la cola del comedor divisé la mesa del grupo de mi hermana. Todos estaban allí menos Mason y Loren. Por casualidad, unas mesas más allá, vi una figura que me resultaba familiar. Era Peter, el chico de la fiesta que me ayudó con las bebidas. Se encontraba comiendo solo. Al terminar de poner mi ración en la bandeja, me dirigí hacia nuestro lugar y pasé cerca de él. Sin avisar a Alice, me paré un momento para saludar.

—¡Hola, Peter! —Él levantó la cabeza de su móvil y yo le sonreí.

—¡Ey, Robin! ¿Qué tal? —Me devolvió el gesto.

—¿Comes solo? —pregunte. Me pareció raro.

—Suelo comer con un colega, pero está enfermo y no ha venido hoy —respondió.

—Puedes sentarte con nosotras si quieres. Te presentaré a una amiga.

Lo vi dudar, pero finalmente decidió agarrar su bandeja y seguirme. Cuando llegamos a la mesa, Alice me miraba sin entender.

—¡Este es Peter! —lo presenté—. Y esta es mi amiga Alice.

—¡Oh, ya sé! Eres el chico de las bebidas. Robin me ha hablado de ti —exclamó ella mirándolo mientras se sentaba a mi lado. Él comenzó a reír al saber el mote que le habíamos puesto.

—Sí, soy el chico de las bebidas y el héroe de Robin —bromeó. Me encantaba, era muy divertido hablar con él.

—Pues gracias, Peter. No sé qué hubiese pasado si Robin se hubiera servido sola. Me da pánico solo de pensarlo —exageró Alice.

—¡Muy graciosa! —exclamé.

Ambos empezaron a reír, pero una voz a mi lado los cortó.

—¡Robin! ¿Qué haces aquí? Deberías sentarte con nosotros. —Era Loren. Acababa de recoger su bandeja con la comida. Me agarró del brazo de forma amigable para que la acompañara.

—Estoy con mis amigos —contesté.

—Ellos pueden sentarse también en nuestra mesa. Tienes que estar allí, ¡eres parte del equipo! —exclamó emocionada.

No entendía por qué me trataba tan bien. Se comportaba como una hermana mayor cuando se trataba de mí. Sospechaba que después de tantos años siendo amiga de Less me tenía cariño. Loren siempre había sido muy afectuosa conmigo.

—Por mí no hay problema —dijo Alice levantándose de su sitio.

Agarró su bandeja para seguirnos. Si no la conociera tan bien, creería que no tenía ninguna razón para querer sentarse allí, pero como no era el caso, sabía que su interés tenía una sonrisa dulce y una melena rizada.

—Vente con nosotras, Peter —dije, esperándolo.

Seguimos a Loren hasta la mesa. Alice se situó en un espacio que había cerca de Leo y yo lo hice con Peter en otro, justo enfrente de mi hermana. Liam se quedó extrañado al vernos allí. Tenía a Sarah a su lado, bastante pegada a él. Para desgracia de Alice, Jake estaba sentado lejos de ella.

—Le he dicho a Robin que se siente con nosotros —explicó Loren—. Así podrá enterarse si hablamos algo sobre la coreo.

—¡Yo soy Alice! —soltó ella tan pancha. No le hacía falta portavoz. Mi amiga era lo suficiente capaz como para presentarse sola.

—Ya te conocemos, pelirroja —se carcajeó Leo.

—Pues si me conoces, llámame por mi nombre, mastodonte. Pelirrojas hay muchas y yo soy única —le contestó ella levantando las cejas. Todos comenzamos a reír. Le había dado bien duro.

En la mesa faltaban Tiffany y Mason. La rubia de bote faltaría a clase, lo sabía por mi hermana, pero… ¿Dónde se encontraba el Capitán Capullo?

—¡Este es Peter! —lo presenté.

—Sí, eres Peter Davis, te conozco. Estás en nuestra clase —contestó Less mientras pinchaba su ensalada con el tenedor.

Peter comenzó a ponerse rojo como un tomate.

¡Madre mía! A Peter le gusta mi hermana…

Capítulo 27

Comencé a comer pensando en que Peter me encantaba para mi hermana. Less, después de terminar su ensalada a toda prisa, desapareció con la excusa de ir al baño. ¿Adiviináis dónde estaba? Pues sí: en la mesa de los de rugby tampoco estaba *Mister Esteroides.* No sé cómo no me había dado cuenta antes. Quizá nunca pensé que mi hermana saldría con tremendo capullo, aunque en ese momento yo me sentía igual de idiota por fijarme en quien no debía.

—¿Otra vez va Less al baño? —preguntó Leo —. ¿Tiene cistitis o algo así?

—No, idiota —contestó Loren—. ¿Nunca te entran ganas de ir al baño después de comer o qué? —mintió para encubrir a mi hermana.

—¿Entonces tiene la hora cogida para echar el zurullo? —rio.

—¡Qué asco! Eres un cerdo. Estamos comiendo —le recriminó Alice arrugando la boca.

Me sentía súper incómoda. Sarah se pegaba bastante a Liam y coqueteaba con él sin importarle que hubiera más gente en la mesa. Él la apartaba molesto y a veces me miraba de reojo. Leo se divertía picando a Alice, que discutía con él por cualquier tema que sacaran. Los demás comíamos y Peter, a veces, charlaba con los chicos del equipo.

—Ahí está por fin nuestro capitán, ¿dónde se había metido? —dijo uno de ellos mirando hacia donde se ubicaban las bandejas.

Miré detrás de mí y ahí estaba Mason, cogiendo con rapidez la poca comida que quedaba en el mostrador. Una sensación de alivio invadió mi cuerpo. No supe por qué, pero suspiré como si me hubiese quitado un peso de encima. Necesitaba distraerme, y hablar con él me resultaba divertido y tranquilizador al mismo tiempo.

Se acercó y se sentó en el lugar que antes ocupaba mi hermana frente a mí. Si se extrañaba de verme allí, no hizo ningún gesto que lo delatara.

—¡Hola, Friki! —Clavó sus ojos verdes en los míos.

—¡Hola, Capitán Capullo! —Sonreí.

No me había fijado esa mañana, pero estaba más guapo. ¿Se habría hecho algo diferente en el pelo? No, no podía ser eso. Lo llevaba igual que siempre. Entonces, ¿qué era?

—¿Dónde estabas, tío? —preguntó Jake—. Ya casi no te queda tiempo para comer.

—He ido a buscar una cosa a mi coche, se me había olvidado —respondió dando el primer bocado rápido a su almuerzo.

Mientras los demás charlaban de sus cosas, Mason sacó algo de su bolsillo y lo dejó cerca de mi bandeja. Al observar, me di cuenta de que se trataba de una de sus chocolatinas. Lo miré sin entender y me hizo un gesto de silencio. Sonreí; no entendía cómo un chico que parecía ser el típico chulo y malote podía ser a la vez tan dulce.

—¡Ey! Yo también quiero —se quejó Alice.

¿No estaba hablando con Leo? Mi amiga podía estar en varios sitios al mismo tiempo.

—Tranquila, pelirroja, que tengo más —le contestó Mason. Lanzó la chocolatina cerca de ella.

—No la llames así, que por lo visto es única y pelirrojas hay muchas —saltó Leo con ironía.

—Veo que lo has pillado, grandullón —contestó ella. Sí, mi amiga era única.

—¿Y para mí no hay, capitán? —La voz de Sarah me sacaba de quicio. Era una mezcla de coqueteo con pijerío. Miró de reojo a Liam, ¿pretendía ponerlo celoso?

¡Madre mía! A esta le falta un hervor.

—Tiene muchas calorías, Sarah. Tú no comes estas cosas. —Para decepción de la pijotera, Mason ni siquiera la miró al contestar.

Ya casi había acabado la hora del almuerzo. El Capitán Capullo comía lo más rápido posible mientras yo disfrutaba de mi chocolate.

—Te recojo a última hora en clase —me informó después de tragar la última parte de su ración. Se lo había terminado en tiempo récord.

—¿Piensas recogerme delante de mis compañeros? —pregunté alarmada.

—¿No deberías empezar a acostumbrarte? Vamos a pasar mucho tiempo juntos y tengo que darte clases. De todas formas, ya piensan que estamos saliendo —soltó delante de todos.

—¿No te molesta que piensen que sales con ella? —preguntó Sarah con segundas.

—¡Sarah! —le llamó la atención Liam.

—¡¿Qué?! Lo digo porque las tías van a creer que ya no está soltero. ¿No es eso un problema? —se excusó.

—Para mí no lo es —contestó Mason—. Me siento halagado. La gente pensará que tengo buen gusto. Estoy saliendo con una friki preciosa. —Me miró con una sonrisa burlona y levantó las cejas, picarón.

—¡Idiota! —Le tiré un trozo de algo que estaba en la mesa, no supe muy bien qué.

Mientras lo insultaba, sonreí. Puede que reaccionara así para que no se me notara que había enrojecido por sus palabras.

—No puedo ir contigo —recordé—. He quedado con Less para ir al centro comercial, tenemos que recoger el uniforme. Además, ¿dónde daremos las clases?

—En mi casa. Nadie nos molestará, así podrás concentrarte mejor. Y por lo del centro comercial no hay problema, te recojo allí cuando termines —planeó.

—No sabía que te tomaras tan en serio unas simples clases particulares —murmuró Liam. Mason giró la cabeza en su dirección y se quedó mirándolo.

—Y yo no sabía que, aparte de interesarte con quién duermo en mi cama, también lo hacías por cómo doy unas simples clases —vaciló—. ¡Cuidado, amigo! Voy a pensar que te gusto y, ¡lo siento mucho! Voy a tener que rechazarte. No eres mi tipo.

Todos comenzaron a reír y a seguirle el juego a los dos, como si de una broma se tratara. Liam apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante observando fijamente al Capitán Capullo.

—¿Y cuál es tu tipo, amigo? Me encantaría saberlo. —Sonrió con chulería. Mason hizo lo mismo y también se inclinó, fulminándolo.

—No tengo un tipo concreto. Me van las personas transparentes, que hablan claro. No me gustan nada las que juegan a dos bandas y no muestran su verdadera cara. —Todo el mundo se quedó en silencio. Ni siquiera Liam respondió a eso.

La campana avisó de que se había terminado el descanso.

—¡Venga, chicos! Que llegaremos tarde a clase. —Loren se levantó y cortó el momento incómodo.

—Mándame un mensaje cuando termines. Iré a recogerte donde estés —me pidió el Capitán Capullo a la vez que se ponía de pie.

El resto hicimos lo mismo. Antes de que saliéramos del comedor, llamé su atención:

—¡Mason! —Me miró—. ¡Gracias! —Sonreí.

Él me la devolvió. Sabía por qué le estaba agradeciendo. La chocolatina me había sentado genial.

—¡No hay de qué, Friki! —Me guiñó un ojo y desapareció por la puerta.

(ʚ♡♡ɞ)

Después de salir del instituto, Loren nos llevó en su coche al centro comercial. Me hicieron probarme el uniforme para cerciorarse de que me quedara perfecto. Yo, por el contrario, no estaba tan cómoda con esa visión; gritaba mentalmente. Era demasiado estrecho para mi gusto. No quería salir del probador, así que Less entró para verme.

—¡Esto no va así! —Se puso frente a mí y se dispuso a ajustarme la falda.

Al remangarse antes de hacerlo, pude ver algo en su brazo a través del espejo.

—¿Qué es esto? —Terminé de levantar la manga del jersey. Un moretón marcaba su piel.

Con un movimiento brusco, se la volvió a bajar.

—¡No es nada! Me he dado un golpe con un mueble —respondió sin mirarme y salió del probador.

Me había parecido ver una marca de dedos, pero no estaba segura. La reacción de Less me olía muy raro. Esperaba que no fuera lo que estaba pensando.

Después de eso, no me quedó más remedio que ir con ellas a mirar algo de ropa en varias tiendas. Querían aprovechar dado que ya estaban allí. Ya casi habíamos terminado con las compras y mi hermana solo se había decidido por un vestido blanco parecido al que yo llevé en la fiesta. Loren había terminado de comprar y se encontraba fuera comiéndose un helado. Cuando ya casi nos tocaba, Less recibió una llamada.

—¡Toma! —Me entregó su bolso—. Paga el vestido y espérame fuera con Loren. Ahora mismo voy —me ordenó.

—¡Sí, señora! —Levanté la mano con un saludo militar a modo de burla.

Ella ni me miró. Se marchó a hablar con *Míster Esteroides*. Cada vez me caía peor. Parecía tenerla absorbida.

Por fin llegó mi turno y me acerqué a la caja. Estaba tan alucinada por la pantalla de cobro que, al posar el bolso en un pequeño espacio que había, no miré lo que se encontraba debajo.

Esa tienda era nueva y, como tal, su modo de cobro era muy moderno. Tú mismo pasabas los productos y pagabas. Tenía un cajón para meter la ropa y una pistola para escanear el código de barras. La pantalla táctil que habían puesto era flipante. Era súper grande.

Pasé el vestido y cogí la cartera.

¿Dónde está la tarjeta?

Por mucho que buscaba no la encontraba, pero como el vestido no costaba mucho decidí pagar con efectivo. Cogí las monedas para introducirlas, pero solo había una abertura para tarjetas y otra parecida a la de los billetes. Después de un rato buscando y sin ver a ninguna dependienta, llegué a la conclusión de que la zona de los billetes era la de las monedas. Había un pequeño hueco que parecía ser para eso. ¡Sí que me pareció moderno! Introduje una, pero no la absorbió, así que metí otra para empujarla. Estaba siendo muy complicado. Resoplé y cogí el bolso para buscar a alguna chica que trabajara allí, y entonces lo vi.

¡Mierda!

La zona de las monedas había estado debajo de este todo el tiempo. ¿Se podía ser más burra?

Llamé a la encargada para comentarle mi problema. Resultado: varios minutos intentando sacar las monedas del espacio donde debían entrar los billetes. La gente nos miraba sin entender lo que pasaba mientras yo intentaba ocultar mi cara con una de mis manos. Mi hermana decidió ir a hacer otra llamada para quitarse de en medio y no pasar vergüenza. Y es que, si no hacía una de las mías, no era yo. Solo faltaba que sucediera algo que se saliera de mi zona de confort para liarla a lo grande. Mi despiste fue alucinante.

Cuando ya casi habíamos arreglado el problema y la última moneda estaba a punto de salir, apareció el Capitán Capullo. ¿Por qué? No lo sé. Yo no lo había llamado.

—¡Hola, Friki! —Se puso a mi lado. Miraba cómo la encargada sacaba la moneda con un gesto de diversión en la cara.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, avergonzada por la situación.

—Vi que tardabas mucho y decidí venir a buscarte. Me he encontrado a Loren en la puerta y me ha contado lo que pasaba. Aunque ya me imagino por qué no me has avisado. —Su cara de diversión me estaba poniendo de los nervios. ¿Se estaba cachondeando de mí?

—Has adivinado bien. Quería evitar esto —resoplé molesta.

Al cabo de unos minutos, la encargada terminó de sacar la moneda y me dijo que la acompañara a pagar el vestido. Seguramente no se atrevía a dejarme sola, no fuera a liarla de nuevo.

Mientras me cobraba, la chica me dijo que había faltado muy poco para que la máquina se rompiese y que costaba mucho dinero arreglarla. Eso me hizo sentir como una idiota, pero en ese momento Mason, que se había mantenido callado, habló:

—¡Disculpe, señorita! Pero eso no hubiera pasado si hubiese alguien atendiendo a los clientes. No todo el mundo sabe cómo utilizar estas formas de pago tan modernas. Deberían poner a alguien en ese puesto para ayudar a los que tengan alguna duda —se explicó de forma súper educada.

Quién lo ha visto y quién lo ve. El Capitán Capullo cada vez me sorprende más.

—¡Lleva razón! Lo tendré en cuenta —fue su respuesta.

Después de pagar el vestido nos despedimos de mi hermana y de Loren y nos montamos en el todoterreno de Mason.

—¡Qué vergüenza! —suspiré.

—A mí me ha parecido divertido. —Se carcajeó el muy idiota—. Nadie podría aburrirse contigo, Friki.

—¡Claro! No has sido tú el que se ha equivocado. —Lo miré frunciendo el ceño.

—Eso es lo divertido. Todos los días aprendemos cosas nuevas. —No le faltaba razón. Estaba segura de que no volvería a pasarme otra vez.

En la radio estaba sonando *Tattoo* de Loreen.

—¿Hoy escuchas música moderna? —pregunté.

—Hoy no necesito relajarme. Se me ha ido todo el estrés en el centro comercial. Las risas que provocan tus ideas podrían calmar a cualquiera. —Me miró de reojo y con una sonrisa mientras conducía.

—¡Qué gracioso! —No sabía cómo dos personas podían parecerse tanto. Alice y Mason eran clavados.

—¿Quieres cambiarla? —preguntó.

—¿Qué? —No sabía a qué se refería.

—Que si quieres cambiar la música —aclaró.

—Ahora que lo dices, me encantaría escuchar a *Ne-yo.*

—Mi tío se va a poner muy contento si se entera de que te has vuelto fan —sonrió—. ¿Cuál quieres?

—*One in a Million* —contesté.

—Buena elección.

—No te emociones. No tiene nada que ver con que sea tu canción favorita. Solo me gustan la letra y la melodía —contesté seria, pero cuando Mason volvió a mirar hacia la carretera, sonreí.

Ahora tocaban las dichosas clases de matemáticas. ¡Cómo las odiaba!

Capítulo 28

Aunque había estado allí el día de la fiesta, me seguía impresionando la zona en la que vivía Mason. Sabía que tenía una vida acomodada, pero nunca me imaginé a qué nivel. Sin embargo, no parecía ser un chico que se aprovechara de ello.

Aparcamos en la entrada. Su casa era gigantesca en comparación con la mía. Al entrar no se escuchaba ningún ruido, aun así, todo estaba impecable. ¿Quiénes venían a limpiar? ¿Los duendes? Creí que el personal que se encontraba allí el día de la fiesta solo había ido a recoger el desastre. No me imaginé que fuera su rutina diaria.

De un momento a otro, una bola de pelo apareció corriendo por el pasillo. Me escondí detrás de Mason, encogida y con la mano en el pecho por el susto. El animal se le echó encima de un salto.

—¡Hola, chico! —lo saludó mientras le rascaba las orejas.

—Es un Yorkshire, ¿verdad? O algo parecido —pregunté mientras miraba los gestos de cariño que se hacían el uno al otro. El perro ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia o me había ignorado sin más.

—Es una mezcla de Yorkshire con Pomerania, por eso tiene el doble de pelo.

La verdad es que era adorable, parecía un pompón.

Salí de detrás de su cuerpo para acariciarlo. No sabía cómo recibiría a una desconocida, así que me acerqué con cuidado.

—¡Hola, guapo! —Me agaché. La bola de pelo me lamió toda la cara y comencé a reír intentando quitármelo de encima.

Al levantar la cabeza y mirar a Mason, este sonreía mirándome pensativo.

—¿Te gustan los perros? —preguntó.

—¡Me encantan!

—A Less no le gustan, pensé que a ti tampoco dado que no tenéis animales en casa.

—Mis padres nunca me han dejado y mi hermana, como le da igual, tampoco me ha ayudado a convencerlos —le expliqué con cara de pena. Me hubiese encantado tener uno.

—Se llama Buddy —me informó—. Tiene nueve años, pero sigue con las mismas ganas de jugar que cuando era un cachorro. Aparte es muy inteligente. Sabe hacerse el muerto a cambio de una salchicha. —Comencé a reír.

—¿Por qué no lo vi el día de la fiesta? No sabía que tuvieras un perro.

—Se lo llevó mi tío. Con tanta gente, no puedo tenerlo controlado.

Se notaba el cariño que Mason le tenía. La sonrisa que mostraba era de las de verdad, esa que me empezaba a gustar tanto.

Tras saludar a Buddy, seguí a Mason hasta el salón. Allí se encontraba la inmensa televisión colgada en la pared y, justo enfrente, el gran sofá blanco con forma de L. Algunos ruidos en la cocina me revelaron que no estábamos solos.

Al entrar en ella, una mujer bastante más mayor que mi madre se encontraba ordenando algunos cubiertos. Llevaba un moño muy repeinado y un delantal para no mancharse la ropa.

—¿Ya estás de vuelta, hijo? —preguntó sin mirarnos, muy concentrada guardando las cosas que se encontraban limpias en el lavavajillas.

—¡Rebecca! Quiero presentarte a alguien —dijo Mason acercándose a ella y besando su mejilla como si de una madre se tratara.

Porque no lo era, ¿no? Supuse que, de serlo, no la habría llamado por su nombre. Además, no se parecían en nada. Ella se volvió y me miró sorprendida. No esperaba que alguien más estuviese en la cocina.

—¡Oh, lo siento! No te había visto. Creí que Mason había llegado solo. —La mujer me sonrió.

—Esta es Robin. Es la hermana pequeña de Less —me presentó—. Y ella es Rebecca. Es como una madre para mí. Ha sido mi cuidadora desde que tengo uso de razón. Ella se encarga prácticamente de todo en esta casa —me informó.

—Encantada —la saludé.

—Yo ya me tengo que ir. ¡Encantada de conocerte, Robin! —Me sonrió de vuelta a la vez que se quitaba el delantal—. Te he dejado la cena en la nevera, Mason. Solo tienes que calentarla.

—¿Ya te vas? —preguntó él con cara de perro abandonado.

—No te quejes, Mason. Tengo tres hijos más que me esperan para hacerles la cena. Por suerte, tu ya estás más grandecito.

Lo cogió por los mofletes como si fuese un niño pequeño y luego lo beso en la mejilla. Yo me reí, divertida.

—Pórtate bien y acuéstate temprano, que mañana tienes instituto. Te veo en el desayuno. —Cogió su bolso y se marchó.

Rebecca salió de la casa. Lo supe por el sonido de la puerta. Buddy se acomodó en su camita sin dejar de mirarme.

—¿Quieres empezar con las clases en mi habitación o estarás más cómoda en la sala?

Eso ha sonado bastante mal. ¡Robin, no seas malpensada!

Creo que mi cara se tornó más roja de lo normal, porque Mason se dio cuenta.

—Me refiero a las matemáticas, Friki. Tienes la mente muy sucia. Otras cosas te las podría enseñar en cualquier parte si tú quisieras. —Sonrió burlón moviendo las cejas de arriba abajo.

—No seas idiota. —Le lancé un trapo que se encontraba en la encimera. En ese momento, Buddy comenzó a ladrarme.

—¡¿Pero qué…?! —Abrí los ojos como platos mirando al perro.

—¡Cuidado, Friki! Tengo un fiel protector —se carcajeó.

—Ni que fuese un pitbull —ironicé.

—No lo subestimes. Es pequeño, pero tiene mucho carácter y muy mala leche. Me recuerda a alguien…

Para no variar las costumbres, Mason seguía burlándose de mí.

—¡Muy gracioso! ¿Podemos empezar ya? Se está haciendo tarde. Pronto oscurecerá y tendré que volver a mi casa.

—¿Sala o habitación? —volvió a preguntar.

—La sala está bien —contesté dirigiéndome hacia allí—. ¡Oh, mierda! Me he dejado la mochila en el coche —suspiré. Si seguía así de despistada, pronto me dejaría hasta la cabeza. Menos mal que la llevaba puesta.

—Voy a por ella. Ahora mismo vuelvo. —Cogió las llaves y se dirigió a la salida.

Mientras lo esperaba, me fijé en los cuadros que adornaban el salón. Había uno grande,

donde Mason salía posando con sus padres. El típico retrato familiar de postureo. A su padre ya lo conocía por fotos, dado que era un famoso entrenador y a su madre era la primera vez que la veía. Era una mujer hermosa y con estilo. Sin embargo, lo que en realidad llamó mi atención fueron unos cuantos cuadros colocados en una repisa. Eran más pequeños, aunque se veían lo suficiente como para darse cuenta de que se trataba de los cumpleaños de Mason con su familia. En todos era lo mismo: una tarta grande y bonita, pero solo dos personas, él y su tío. Los últimos años los acompañaba Buddy, ambos con gorros de fiesta. Supuse que sería Rebecca quien haría la foto.

—Aquí tienes la mochila. —La voz de Mason me sobresaltó—. ¿Qué haces, Friki? Era adorable de pequeño, ¿verdad?

—Yo te recuerdo más bien de otra manera… Te veía como un demonio. —Levanté una ceja.

No era mentira, tenía una carpeta dedicada a mi infierno personal. Solía desquitarme con él dibujando lo peor que se me ocurriera en ese momento.

—¡Qué exagerada! Solo estaba bromeando. Siempre ha sido muy divertido verte cabreada. —Se carcajeó recordando. Yo no pensaba lo mismo.

Mason me hizo sentarme en la mesa del salón y sacar mis apuntes de matemáticas.

—Estaba mirando las fotos de tu cumpleaños. ¿Por qué solo sale tu tío? —pregunté curiosa.

—También sale Buddy —me recordó.

—Me refiero a tu familia, ¿por qué no salen?

—Porque no están. Los únicos que celebran mi cumpleaños desde que tengo uso de razón son Rebecca y mi tío. También lo suelo festejar otro día con mis amigos. Mis padres siempre han estado muy ocupados. Pero no pasa nada, Friki, estoy acostumbrado. —Mason sonreía, aunque esa vez se notaba que era forzada. ¿Qué tan solo debía haberse sentido de pequeño?

Buddy se subió en una de las sillas cerca de mí. Me miraba con sus orejas puntiagudas demasiado tiesas. Me daban ganas de reír, era todo un personaje.

—A Buddy le caes bien —dijo Mason al ver que me quedaba mirando a su perro.

—Yo creo que más bien quiere tenerme vigilada. Por si acaso se me ocurriera atentar contra tu integridad física —bromeé.

—¡Vamos! Enséñame lo que te cuesta más en matemáticas. Tienes que sacar sobresaliente. Tienes un buen profesor.

También sacó algo de su mochila. No pude fijarme en qué era porque estaba buscando en el cuaderno los ejercicios que más se me complicaban. Al volver a levantar la vista, me quedé en shock.

¡Oh, my God!

Se había puesto unas gafas que en vez de hacerlo parecer más feo resaltaban el *sex appeal* que ya tenía. ¿Cómo quería que me concentrara en los apuntes? ¡Me había matado!

—¡¿Desde cuándo usas gafas?! —pregunté sobresaltada.

—Desde siempre. Solo me las pongo en las clases y para estudiar —contestó extrañado, sin entender mi sobresalto.

Normal que tuviese a tantas chicas detrás de él en el insti. Mason era súper atractivo y con eso puesto…

¡Céntrate, Robin!

Buddy me miraba moviendo las orejas de arriba abajo, ¿sabría lo que estaba pensando?

Dicen que los perros tienen un sexto sentido. Quizá podía notar esas cosas. Menos mal que no podía hablar, que si no…

Le enseñé a Mason uno de los ejercicios que se me daban peor. Se incorporó hacia delante mientras me explicaba cómo debía resolverlo. Su cara estaba demasiado cerca de la mía. Mientras me explicaba, me quedé mirando sus labios gruesos y sus pestañas oscuras. Me había dado cuenta de que me encantaba su expresión al estar concentrado en algo, parecía mucho más maduro.

—¿Lo has entendido? —Conectó sus impactantes ojos verdes con los míos. Aún con las gafas puestas, su color resaltaba.

—¡No! Digo… ¡Sí!

¿Qué mierda estás diciendo, Robin?

Aparté la mirada, nerviosa.

—¿Las gafas te suponen un problema? Puedo quitármelas si quieres. —Sonrió burlón—. Sigo viendo sin ellas puestas.

¡Será cretino!

¿Cómo podía saber lo que estaba pensando? ¿Tanto se notaba? Parecía una colegiala enamorada de su profesor. ¡Por dios! ¿Qué me pasaba? Tanto juntarme últimamente con populares me estaba dejando sin neuronas.

—¿Podrías explicarlo de nuevo? El perro me desconcentra —le eché la culpa al pobre Buddy—. Mi atención se pierde en el movimiento de sus orejas.

Este hizo un ruido como si se estuviese quejando a la vez que volvía a moverlas. ¿Podía haber un perro más inteligente?

Mason comenzó a reír a carcajadas y volvió a explicarme el ejercicio. A veces, cuando no prestaba atención y se daba cuenta, me atizaba con el lápiz en la cabeza. Estuvimos así hasta que conseguí hacerlo por mí misma. Al Capitán Capullo se le daba genial explicar y tenía mucha paciencia conmigo.

Después de casi una hora de clase, por fin terminamos.

—¿Te apetece quedarte a cenar? —me preguntó.

—¡No, gracias! Estoy cansada y me apetece llegar a mi casa. Tampoco quiero dejar a Less cenando sola.

—Lo entiendo —contestó.

Recogimos mis apuntes y antes de salir me despedí de Buddy, que se puso muy contento. Después de todo, le caía bien.

Ya en el coche, Mason volvió a ponerme el repertorio de Ne-yo. Creo que lo hizo sabiendo que yo se lo pediría. De su casa a la mía nos pasamos todo el tiempo picándonos como críos y bromeando. Cuanto más tiempo pasaba con él, más me daba cuenta de lo divertido que era.

Aparcó cerca de mi casa sin apagar el motor, esperando a que me bajara. Pero yo no quería hacerlo. No quería despedirme de él.

—Ha sido un día muy intenso —dijo sonriendo. Su mirada era esquiva. ¿Estaba nervioso?

—¿Lo dices porque soy muy cansina? —Arrugué el gesto como si estuviera enfadada, en modo bromista. Él rio.

—Lo digo porque me duele la barriga de reír. Eres muy divertida, Friki —Clavó sus ojos en los míos de una forma muy intensa.

El corazón comenzó a bombearme demasiado deprisa. Tuve que apartar la mirada.

—¡Ya ves! Puedo crear verdaderos desastres cuando me lo propongo. A Alice también le hacen gracia.

Nos quedamos en silencio. Ninguno de los dos hacía el amago de despedirse.

—¡Robin! —Su voz hizo que levantara la vista y lo mirase.

—Eres una chica poco común. Divertida y especial. No dejes que un capullo como Liam te haga creer lo contrario.

¿Por qué tenía que ser tan adorable? ¿Dónde se había quedado el tremendo Capitán Capullo? Me entraron unas ganas locas de probar de nuevo sus labios.

—¡Gracias, Mason! Pero solo soy una chica a la que nada le sale bien. Ya me he acostumbrado. Tengo que irme. Mañana nos vemos en clase.

Esta vez fui yo la que me acerqué y le di un suave beso en la mejilla. Al apartarme, pude ver su expresión sorprendida. Apuesto a que no se lo esperaba.

—Hasta mañana, Mason. —Abrí la puerta del coche.

—Hasta mañana, Robin. —Lo escuché decir antes de cerrar.

Mientras caminaba hacia mi casa miré en su dirección. Me observaba muy atento. No se marcharía hasta que entrase.

Cerré la puerta y pegué mi espalda a la pared, suspirando. El corazón no dejaba de latir con velocidad.

—¡Hombre, menos mal! Creí que no cenarías aquí. —La voz de mi hermana me sobresaltó. Se encontraba asomada en el marco del pasillo.

—¡Joder, Less! Me has asustado. —Me puse la mano en el pecho.

—¡Qué exagerada! —resopló echando su cabello hacia atrás.

—¿Qué hay de comer? —pregunté siguiéndola hasta la cocina.

Al entrar ya sabía lo que comeríamos. Liam se encontraba poniendo los platos en la mesa.

¡Genial!

El día se estaba tornando demasiado intenso para mi corazón de friki, poco acostumbrado a estos sobresaltos.

—¡Hola, Robin! —Liam me saludó con una sonrisa.

Hola, capullo.

Me gustaría haber dicho eso, pero sería demasiado obvio hacerlo delante de mi hermana, que haría preguntas que no quería contestar. ¿Habéis escuchado eso de que del amor al odio hay un paso? Pues creo que eso me estaba pasando a mí. Un sentimiento de rabia y repulsa se instaló en mi cuerpo.

—Hola —contesté sin más. Seca y directa. Su sonrisa se borró al instante.

—¡Lo siento, Less! Comeré en mi habitación, tengo deberes que terminar. —Cogí una bandeja y aparté mi parte de la lasaña en un plato. Sin duda la había hecho la madre de Liam.

Lo preparé todo sin mirarlo siquiera. Por el rabillo del ojo pude ver como no me quitaba la vista de encima. ¿Me daba un poco de pena? Para nada. Se lo tenía merecido por cretino. ¿Él no quería hablar de nuestro beso? ¡Bien! Yo también haría como si no hubiese pasado.

Subí las escaleras hasta mi habitación. Mi hermana no se había quejado al decirle que era para estudiar. A ella le convenía más que a mí el que yo sacara buenas notas.

Comí mi cena y me tiré en la cama, exhausta. Había sido un día intenso, como había dicho Mason. Demasiadas sensaciones.

Me puse de fondo a Ne-yo para relajarme y cerré los ojos, suspirando. La canción *One in a Million* sonaba en ese momento. Mi favorita desde la primera vez que la escuché. Sin pretenderlo, las imágenes de Mason llegaron a mis pensamientos. Las bromas, las miradas y, sobre todo, sus numerosas sonrisas me hicieron levantar las comisuras de los labios…

Capítulo 29

Me levanté sobresaltada. Era súper tarde. Pronto, Less subiría a despertarme y ni siquiera me había duchado. Me olí los brazos de forma exagerada y arrugué la nariz. Como ya sabéis, era muy meticulosa con esas cosas, sobre todo con el sudor. La noche anterior me había quedado frita escuchando música. La verdad era que *Ne–yo* conseguía relajarme tanto como para hacerme dormir del tirón con tan solo oír su voz.

Corrí al baño y me di una ducha rápida antes de que los gritos de Less reventaran mis tímpanos. Al bajar al comedor, ya estaba desayunando y metiéndome prisa para que me terminara rápido los cereales. Se me había echado el tiempo encima.

—No te olvides del uniforme. Hoy nos toca entrenamiento —me recordó.

No me había olvidado. Temía el momento de ponerme ese trozo de tela tan estrecho y corto. ¿Por qué nuestro uniforme tenía que tener falda? Había visto otros institutos donde las animadoras llevaban pantalones cortos. Ya podría el nuestro modernizarse un poco. Me parecía un poco sexista, la verdad.

Recibimos, como siempre, la llamada de nuestros padres. Según nos contaron, estaban aprovechando para tener un viaje romántico a la vez que mi madre recopilaba información para su novela. Todo muy bonito, vamos. No sabían que estaba a punto de pegarme un chocazo en la cabeza por el estrés que me causaba tener que bailar en público. Y es que le hice prometer a Less que no les diría nada. De momento.

Nos montamos en el coche de Liam y lo saludé como cada mañana. Durante el trayecto ni siquiera desvié la vista en su dirección. Si me había mirado alguna vez, tampoco me importaba saberlo. Siempre lo había intentado ignorar para que no se diera cuenta de mis sentimientos, y esa vez me salió natural. Todo lo que pensaba de Liam se iba desmoronando poco a poco. Como cuando le hechas trocitos de galleta a un gran helado y ni de coña se quedan en la cima. Pues así, un gran desengaño.

Llegamos al aparcamiento del insti y mis ojos buscaron a Mason. ¿Por qué? No lo sabía. Durante los últimos días había cogido ese hábito. Quizá ya no me caía tan mal como antes.

—¡Buenos días, Friki! —me sonrió. Su sonrisa no era para nada burlona.

—¡Buenos días Capitán Capullo! —Se la devolví.

Me dirigí hacia la puerta del instituto *sola.* Aunque había comenzado a sentarme en la mesa de los populares durante el almuerzo, por lo menos quería mantener algunas de mis costumbres. Me gustaba entrar por las puertas y no ser el centro de atención, aunque ya no pasaba tan desapercibida como antes. Según los cotilleos, estaba teniendo un romance con el capitán del equipo de baloncesto, Mason Brown, quien casi se había peleado con Nick por mi causa. Pero la razón por la que no estábamos juntos todo el tiempo se debía a que queríamos mantenerlo en secreto. Según ellos, era que nos daba morbo eso de escondernos. ¡La gente estaba realmente aburrida! ¿No tenían suficiente con tener que estudiar? No entendía cómo todavía no habían pillado a mi hermana y a *Míster Esteroides.*

—¡Buenos días, hermosa! —le susurré a Alice.

—¡Buenos días! —me devolvió el saludo demasiado seca.

—¿Buenos días y ya está? ¿Qué pasa con lo de «bombón»? —Levanté una ceja.

—Todavía estoy esperando que me cuentes lo que pasó ayer en las clases con Mason —se indignó—. Te mandé mensajes, pero no contestaste.

—No hay mucho que contar. Y no te contesté porque me quedé frita —resoplé. Abrí mi taquilla y comencé a intercambiar algunos libros.

—Te voy a perdonar porque te conozco y sé que eres un lirón, pero quiero detalles. Me he dado cuenta de que algo ha cambiado entre vosotros. Cuando estáis juntos, ahora se respira otra clase de tensión. Ya no es solo sexual, es algo más… más… No sé cómo decirlo. ¡Profundo! Eso es.

Creo que me reí tan fuerte que mi risa se escuchó hasta en el aparcamiento.

—No te rías. Estoy hablando en serio. Deberías admitir que ahora ves con otros ojos a tu infierno personal. —Cerró su taquilla y me miró con sonrisa pícara.

—¡Vale! Quizá ya no me parece tan capullo, pero como tú has dicho, ha sido siempre mi infierno personal y eso no va a cambiar, Alice. No veas cosas dónde no las hay.

De pronto se levantó el típico revuelo en los pasillos, señal de que los populares hacían su aparición.

—No me digas que sigues empecinada con Liam. ¡Qué cabezona eres! —Alice suspiró.

—¡No! Paso de los tíos. Me voy a quedar sola. Prefiero tener en mi cabeza a mi adorado Damon. No me da tantos problemas.

—¡Normal! Es un personaje, no un tío de verdad. —Alice comenzó a reír por mis absurdas ideas.

—¡Vamos, que llegaremos tarde! —le metí prisa.

(ɞ♡♡ɞ)

Después de las primeras clases, llegó la hora del almuerzo y con ello el sentarnos con mi hermana y los demás. Tiffany acudió , pero con muletas. Se le daba muy bien eso de hacerse la víctima. Tendría que ir con mil ojos con ella, dado que su objetivo, tal como escuché en los baños, éramos mi hermana y yo. No le sentó nada bien enterarse de que yo sería su suplente mientras le durase el esguince. Pero qué se le iba a hacer. Por una vez, el *karma* había jugado a mi favor. De momento. Puede que el día del partido la cagara en la coreo y tuviese que cambiar de insti a causa del bochorno.

Peter volvió a sentarse con nosotros, ya que su amigo seguía enfermo. Él y Less se pasaron todo el rato hablando de sus clases y de las asignaturas, claro que eso fue antes de que ella desapareciese para encontrarse con el idiota de su novio secreto. Me encantaba el *feeling* que tenían, y me gustaba mucho Peter para mi hermana. Lástima que ella no pudiese verlo, estaba demasiado ciega con tanto músculo de jugador de rugby.

Por otro lado estaba Alice, que volvió a sentarse cerca de Leo, quien le había guardado un sitio. ¡Madre mía! Esto me olía a algo. Aunque luego discutiesen por cualquier tontería, se notaba que disfrutaban el uno del otro en el proceso. Y luego estaba yo, que aparte de estar pendiente de lo que pasaba a mi alrededor, también tenía que estar alerta protegiendo mi fuerte, o sea, mis patatas. ¡Qué obsesión tenía el Capitán Capullo con robarlas de mi bandeja, por Dios! Aunque, por otro lado, se lo agradecía. Conseguía distraerme de las múltiples muestras de afecto que Sarah solía dedicarle a Liam delante de mis narices. Por sus muecas de incomodidad, a este no le hacían ninguna gracia.

(ง♡♡ง)

La rubia de bote me interceptó al salir del comedor. Según comentó, tenía algo muy importante que hablar conmigo. La expresión de Alice me dejó claro que no quería dejarnos a solas, pero con una mirada le hice entender que no había de qué preocuparse. No le tenía miedo a Tiffany, sabía cómo plantarle cara a tipejas como ella.

Entramos en el baño y esperamos hasta quedarnos a solas.

—¿Y bien? —pregunté cruzando los brazos a la espera de eso tan importante que tenía que decirme.

—Por lo que veo estás muy tranquila, friki del demonio. —Sus ojos me fulminaron con odio y la expresión de asco que intentaba disimular en el pasado salió a flote. Por fin la rubia mostraba su verdadera cara.

—¿Por qué no debería estarlo? —Me hice la tonta.

—Alguien boicoteó mis deportivas para que resbalaran en el entrenamiento. Qué casualidad que seas precisamente tú la que va a sustituirme.

—¿Me estás acusando? —solté de forma aburrida. Conociéndola, sabía que le molestaría más.

—No soy tonta, friki. Me han contado que te vieron entrar en los vestuarios acompañada de Mason ese mismo día.

—¿Tienes pruebas? —sonreí.

—Si las tuviera, ya estarías en el despacho del director.

—Una pena, porque yo sí tengo una grabación donde le cuentas a Sarah que habías puesto un poco de vaselina en las deportivas de Less. Y mi idea no es enseñársela al director, sino a todo el instituto para que vean qué clase de persona eres y lo que estás dispuesta a hacerle a una de tus mejores amigas solo por celos.

Era mentira, no tenía nada grabado, pero de momento me serviría para meterle un poco de miedo. ¿Colaría?

—¡¿Qué has dicho?! —Su cara horrorizada me dijo lo asustada que estaba.

—Creo que me has escuchado bien. Si algo llega a pasarnos a mí o a mi hermana por cualquier idea que se te haya ocurrido, no dudes de que sacaré la grabación. No soy la única que la tiene así que, si fuera tú, me lo pensaría antes de volver a hacer cualquier tontería.

Su cara comenzó a ponerse roja. No me extrañaría nada que reventase como un globo.

—¡Tú, estúpida friki! ¡¿Me estás chantajeando?! —gritó fuera de sí.

—Nos vemos luego, Tiffany.

Le sonreí muy tranquila y moví mi mano en un gesto de despedida. Una vez salí del baño, expulsé todo el aire contenido. En realidad, había estado muy nerviosa. Me sentía culpable por el estado de su tobillo, pero eso no borraba lo que quiso hacerle a mi hermana. Era necesario asustarla para protegernos de ella. A Less solo le quedaban unos meses para irse a la universidad y entonces tomarían caminos diferentes.

(ง♡♡ง)

Llegó la hora de entrenar y tener que ponerme el uniforme de animadora.

—¡Te sienta genial, Robin! Eres un pibón. —Para Loren, todo me sentaba bien. Yo me sentía un poco incómoda con aquello puesto.

Comenzamos a prepararnos mientras Tiffany me miraba desde las gradas con la nariz arrugada.

Los chicos aparecieron en la pista para empezar con el calentamiento. Justo cuando Mason y Liam pasaban a nuestro lado, yo estaba bebiendo un poco de agua. El Capitán Capullo se quedó mirándome de arriba abajo sin disimulo ninguno. Su mirada me recorrió de tal manera que me hizo ruborizarme.

—¡Creo que a partir de ahora el entrenamiento será mi parte favorita del día! —soltó sin más. Su sonrisa se convirtió en una burlona—. Me encanta cómo te queda el uniforme, Friki. —Apuntó con el dedo recorriendo mi cuerpo.

Cuando se giró, le estampé la botella de agua en la cabeza, a lo que él contestó riendo a carcajadas. La cogió del suelo y vino a devolvérmela.

—¡Qué carácter! Menos mal que ha sido un piropo. Solo te he dicho lo que pienso. —Seguía con su mueca socarrona.

—Pues guárdate tus pensamientos para ti, Capitán Capullo. —Le arrebaté la botella de la mano—. No quiero saberlo. Bastante tengo ya con ponerme esta cosa tan corta y embutida. Me siento como una sardina en una lata de conservas.

Liam nos observaba desde la pista. No se perdía nada de lo que hablábamos y Mason se dio la vuelta y se fue desternillándose. ¿Qué le hacía tanta gracia?

La coreografía me salía a la perfección junto a los demás. No hacía nada más que recibir buenas palabras por parte de mis compañeros. A veces, daba vistazos hacia el equipo de baloncesto y pillaba a Mason mirando en mi dirección. Eso me ponía muy nerviosa ¿Qué le interesaba tanto? ¿No tendría que estar pendiente de la pelota?

Al cabo de un buen rato, escuchamos los gritos del entrenador amonestando a Liam y a Mason. Llevaba ya bastante tiempo oyendo cómo les echaba la bronca. No sabía por qué, dado que yo había estado concentrada en la coreografía.

De pronto, mis compañeros de baile se detuvieron para cotillear lo que pasaba en la cancha. Las voces altas de ambos chicos se escuchaban por todo el gimnasio.

—Sigues sin pasarme la pelota bien. ¿Cómo crees que puedo cogerla a esa distancia? ¿Ves que me hayan salido alas? —exclamó Mason.

Estaban los dos demasiado cerca. El resto del equipo intentaba que siguieran con el partido. El entrenador no estaba por ningún lado. No me extrañaría que hubiese salido a recibir alguna llamada, como solía hacer.

—Si estuvieras pendiente de la pelota en vez de en cómo las animadoras menean la falda, la cogerías sin problema —le soltó Liam pegándose más a su cuerpo.

—¿Qué es lo que tanto te molesta? —preguntó el Capitán Capullo, burlón. Sus caras estaban pegadas de forma amenazante.

—¡Ya vale! —medió Leo y agarró a Mason para separarlo de Liam—. Parecéis críos peleando por chorradas, ¿no os parece?

Mason le dio la espalda a mi vecino. Menos mal que le había hecho caso a Leo. No entendía por qué se llevaban tan mal los últimos días si siempre habían sido amigos. Sin embargo, Liam tuvo que abrir la boca para decir algo que me dejó atónita:

—Te lo tienes muy creído. Lástima que puedo quitarte lo que quieres de un plumazo. Podría haber llegado a tercera base si hubiese querido. La tengo en la palma de mi mano.

Mason se giró e hizo algo que no nos esperábamos ninguno: le borró la sonrisa de un puñetazo. El otro se lo devolvió y así comenzaron una pelea a golpes en medio de la pista.

¿Pero qué leches…?

El grupo de animadores y yo nos quedamos impactados al no esperar los acontecimientos. Los del equipo de baloncesto comenzaron a separarlos antes de que llegara el entrenador, pero para entonces ya era demasiado tarde.

—¡¿Qué mierda pasa aquí?! —soltó muy cabreado. Daba hasta miedo—. ¡Los dos, a mi despacho ahora mismo!

Mason tenía un corte en la ceja y Liam se limpiaba la nariz, que no dejaba de sangrar. Desaparecieron junto al entrenador por una de las puertas del gimnasio. Se avecinaba una gran bronca.

—¿Se puede saber qué les pasa a esos dos? —resopló Loren.

—Lo que pasa es que Mason es un bruto. Él ha empezado la pelea. —Sarah defendió a Liam.

—Han sido los dos, no le eches la culpa de todo a Mason. —Me sorprendí a mí misma defendiéndolo.

—¡Ya vale! Hemos tenido suficiente con una pelea —Mi hermana puso orden. Sarah y yo dejamos de mirarnos de forma desafiante.

Por un momento, se me pasó por la cabeza que Liam estuviese hablando de mí, pero no tenía sentido. ¿O sí? Sus palabras no dejaban de reproducirse en mi cabeza: *la tengo en la palma de mi mano.* ¿A quién se refería? Esperaba que no fuera lo que estaba pensando, porque si no, sería yo quien le daría una patada en las pelotas…

(ʚ♡♡ɞ)

Después de ducharme y vestirme me di cuenta de que había quedado la última. Era normal, ya que las demás estaban acostumbradas a hacerlo en tiempo récord; yo tendría que adaptarme. Al salir al pasillo, me encontré de frente con Leo. Él salía también del de los chicos.

—¡Hola, Robin! —Se paró frente a mí.

—¿Cómo están Mason y Liam? —fue lo primero que salió por mi boca.

—Acaban de salir del despacho. Suerte que son importantes en el equipo, si no, los habrían expulsado.

—¿Dónde están? —pregunté.

—Liam acaba de irse sin ducharse siquiera y Mason está en el vestuario. Quería estar solo. He insistido en curarle la ceja, tiene mala pinta, pero ya sabes cómo es de cabezón. Me ha echado —resopló.

En ese momento mi móvil comenzó a sonar. Era Less.

—Nos vemos, Robin —se despidió Leo. Le dije adiós con la mano mientras respondía a mi hermana.

—¿Robin?, ¿dónde estás? Te estamos esperando en el coche.

—Podéis iros sin mí. Mason me acercará a casa. —Esperaba que así fuera. No sabía qué estado de ánimo tendría el Capitán Capullo.

—No tardes en llegar —fue su respuesta.

Colgué el móvil y me dirigí a los vestuarios de los chicos. Antes, me asomé un poco para prevenir encontrarme a alguien en bolas. En vez de eso, vi que Mason se encontraba sentado en uno de los bancos vestido solo con unos pantalones cortos. Acababa de ducharse y tenía el pelo húmedo y echado hacia atrás. Las gotas de agua seguían cayendo por sus perfectos pectorales.

Intentaba curarse la herida de la ceja solo. Era de risa; no estaba hecho para ser enfermero.

Tragué saliva y me convencí de que no pasaba nada porque estuviese desnudo de cintura para arriba. Era el Capitán Capullo. Lo había visto demasiadas veces en la piscina de mi casa como para sentirme nerviosa por ello.

¡Vamos, Robin! No eres tan mala como para salir corriendo y no ayudar a un herido.

¡Vale! Estaba exagerando, pero mi taxi personal de todos los días se había ido sin mí por petición propia. Alguien tenía que llevarme, ¿no? Esperaba que Mason no me mandara de vuelta a casa andando…

Capítulo 30

—¿Sabes que eres bastante deprimente como enfermero? —Entré en el vestuario con las cejas alzadas.

Mason miró en mi dirección, sorprendido. Apostaba a que no se esperaba mi aparición.

—No soy perfecto, Friki. Tengo muchos defectos. —Sonrió e hizo una mueca de dolor.

La de la ceja no era la única herida que tenía. Un pequeño rasguño adornaba la comisura de sus labios. Me acerqué hasta el banco donde se encontraba.

—Hazme sitio, anda. Voy a curarte antes de que se infecten.

Me senté a su lado y cogí una de las gasas del pequeño botiquín que había cerca de él. Con la otra mano, agarré el bote de agua oxigenada para desinfectar. El muy bruto se estaba curando con alcohol.

Levanté los brazos, pero no estábamos bien situados.

—¿Puedes... girarte un poco? —pregunté nerviosa.

Mason pasó una de las piernas por encima del banco para colocarse a horcajadas frente a mí, mientras yo quedaba sentada justo entre sus piernas y muy pegada a ese pecho que…

¡Robin! No mires. Mira su cara, su cara…

Giré mi cuerpo para acceder mejor a su rostro. No sé qué fue peor, porque sus ojos verdes me miraban esperando mi próximo movimiento.

—Estás hecho un cuadro. —Arrugué la nariz al verlo de cerca. Tenía que disimular.

¿Por qué estás tan nerviosa? Solo es el Capitán Capullo.

—Eso es lo que suele pasar cuando te peleas con alguien, Friki. No son caricias, como puedes ver. Y él tampoco ha salido bien parado. Por cierto, ¿no te habrás equivocado de herido?

—Sí, ya veo. A brutos no os gana nadie. ¡Estate quieto!

Puse un poco de agua oxigenada en la gasa y comencé a limpiar la herida de la ceja. No contesté a su pregunta.

—¡Auch! —exclamó—. ¿Podrías ser un poco más delicada? Voy a pensar que te estás vengando por pegarle a tu amor platónico. Y conozco tu vena vengativa muy bien. —Puso cara de horror. Yo resoplé con molestia.

—No sabía que eras tan quejica. Debo desinfectar bien la herida, idiota. Y no vuelvas a decir eso otra vez; lo de Liam se acabó para mí. —Mason me miró sin entender—. ¿Puedes estarte quieto de una vez? Pareces un niño pequeño.

—Lo siento, Friki. Menudo carácter te gastas a veces…

Por fin dejó de moverse. Nuestros rostros estaban a poca distancia, lo que hacía que me temblara el pulso. Decidí hablar de algo, así no me afectaría tanto su cercanía.

—¿Por qué os habéis peleado? ¿No se supone que sois amigos?

—¿De verdad que no lo sabes? Creí que todos habían escuchado nuestra conversación. Digamos que tu vecino me ha tocado un poco los cojones.

Su sonrisa pasó de una socarrona a otra más seria en la que apretó los labios en una fina línea; me di cuenta de que estaba recordando las últimas palabras de Liam, las que acabaron con su paciencia. Sabía que Mason debía haber estado muy cabreado para llegar a las manos. Era un chico que no se molestaba por cualquier cosa, podía dar fe de ello. Muchos años intentando

cabrearlo y lo único que había conseguido era su típica risa burlona. Al final, yo era la que acababa fuera de mis casillas, más por sus palabras y su mueca petulante, que por la broma que me hubiese hecho en ese momento.

—Mientras venía hacia aquí he podido pensar en una teoría. Estábais discutiendo por una chica, ¿verdad? —Cogí otra gasa y me dispuse a empezar con el corte cerca de sus labios—. Por lo que entendí en la fiesta, te gustaba una chica, pero esa chica no te hacía caso. He llegado a la conclusión de que ella podría ser Sarah, por eso te fastidia tanto cómo Liam se comporta con ella. Hay veces que la trata como a una molestia y luego se enrollan como si nada, ¿me equivoco?

Mason comenzó a carcajearse y volvió a quejarse del dolor que le producía hacerlo. Me encantaba el sonido de su risa. Creo que no me había dado cuenta hasta ahora.

—Veo que eres muy observadora —siguió riendo y lamentándose al mismo tiempo. Como yo decía, el Capitán Capullo era masoquista.

—¿Te estás riendo de mí? ¡Yo no le veo la gracia! Tiene sentido.

Le puse la gasa de nuevo en la herida a traición, empapada de desinfectante, lo que hizo que se quedara quieto.

—¡Auch! ¡Vale vale! No te enfades. Deberías verte la cara cuando piensas en algo. Es muy graciosa.

—¡Si no te estás quieto, terminaré de curarte el año que viene! —le reproché.

—Bueno, ¿y qué piensas según tus conclusiones? ¿Algún consejo? Eso de leer tanto y ver tantas series de romance tiene que haberte hecho una experta en el amor. —Su sonrisa burlona volvió a aparecer.

—Creo que Sarah no merece la pena, eres mucho mejor que ella como persona. No sé cómo puede gustarte esa arpía. —Una sensación amarga se instaló en mi pecho—. Pero para gustos los colores. —Suspiré.

—Yo tampoco sé cómo te puede gustar Liam desde hace tanto tiempo. A veces se comporta como si fuera tu padre. —Le pegué un golpe en el hombro.

—¡No seas cruel! Solo se preocupa por la hermana pequeña de su mejor amiga. —Aunque protesté, no dejaba de troncharme. De un momento a otro, mi sonrisa se esfumó—. Eso ya se ha acabado, Liam no es como yo creía. Por fin me he dado cuenta de que lo que sentía por él era un enamoramiento de niña sin sentido. Ni siquiera sabía cómo era en realidad.

Mason me miraba serio. No volvió a abrir la boca mientras cogía los apósitos para colocarlos en las heridas.

Puse el primero en su ceja mientras él cerraba los ojos y respiraba profundo. Cuando comencé a colocar el de la comisura de su boca, me observaba con tanta intensidad que me di cuenta de lo cerca que estábamos. Su mirada se situó en mis labios y mis dedos dejaron de moverse por unos segundos en los que Mason se acercó a mí aún más. Mi corazón comenzó a latir descontrolado. Por un momento me olvidé de respirar. Sus labios estaban tan cerca de los míos que creí que iba a morir de un infarto, pero entonces un ruido en el pasillo nos hizo despegarnos del susto.

—¡Ey, vosotros! ¿Todavía estáis aquí? ¡Venga que tengo que cerrar con llave! —El conserje nos llamó la atención.

Ambos nos levantamos a toda prisa. Estábamos muy nerviosos.

—Voy a terminar de vestirme —me informó desviando la mirada y echándose el pelo hacia atrás.

—Te espero fuera, tienes que llevarme a casa —dije antes de salir por la puerta.

—Enseguida salgo —lo escuché decir desde el pasillo.

¡Madre mía! Mason iba a besarme. Y yo estaba deseando que lo hiciera. ¿Pero no le gustaba Sarah? Bueno, a mí supuestamente también me gustaba Liam y no lo habría rechazado, así que no tenía excusa. Creo que estábamos en un momento tan deprimente que nos hubiésemos dado consuelo de cualquier manera.

Y allí estaba yo, esperando a mi tormento personal, que se estaba convirtiendo en mi confidente sin darme apenas cuenta. ¿Desde cuándo comenzamos a desahogarnos de nuestros problemas? Cada vez estaba más a gusto con él; eso hacía que me abriera para contarle mis secretos e inquietudes.

Antes de llevarme a casa, Mason paró en la heladería de Jessica para invitarme a un helado. Según él, en agradecimiento por haberlo curado. Aunque me reí muchísimo con sus muecas de dolor cada vez que intentaba comerlo, debía admitir que, en el fondo, me daba un poco de pena.

Conversamos un rato con Jessica, quien le echó tremenda bronca por haberse peleado con uno de sus amigos. Se notaba que lo veía como una hermana mayor y se preocupaba por él. Mason le hizo prometer que no le diría nada a su tío, aunque de todas maneras se daría cuenta nada más viera el estado de su cara. Los apósitos no es que disimularan mucho que digamos.

Pasamos todo el camino como siempre, picándonos y escuchando de fondo a *Ne-yo*. Ya se había vuelto una costumbre, así que cada vez me iba adaptando más. A decir verdad, estaba demasiado cómoda a pesar de todos los cambios en mi vida estas dos últimas semanas. Podría decirse que Mason, aunque no lo hubiese creído un año antes, era lo que menos me molestaba de ese cambio.

—¿Ese no es el coche de Bruce Spencer? —preguntó Mason, extrañado.

Un deportivo azul eléctrico se encontraba aparcado al principio de mi calle. ¿Por qué a Míster Esteroides le gustaba tanto llamar la atención? ¿No podría haberse comprado otro coche que diera menos el cante? Tuve que sacar mis dotes de actriz, que para algo serviría ver tantos dramas, ¿no?

—¡Ahh, qué dolor! —Me agarré la pierna como si estuviesen a punto de cortármela.

—¡¿Qué te pasa?! —La cara de preocupación de Mason y su nerviosismo casi me hicieron reír y estar a punto de estropear mi gran actuación.

—¡La pierna! ¡Me duele la pierna!

Mi plan había funcionado. Mason ya no miraba hacia el coche de Bruce.

—¡Tranquila, paro aquí mismo! —soltó mientras se disponía a aparcar.

¡Mierda! Va a ver a Less.

—¡No! ¡No! Sigue hasta mi casa. —Me miró con cara de no entender nada.

¡No te rías, Robin! Pero es que su cara es todo un poema.

—Mejor paramos aquí. Debe ser un músculo que se te ha quedado agarrotado. —Hizo otra vez el amago de aparcar.

¡Pero qué cabezón, Dios!

—¡Que no, joder! Sigue hasta mi casa. —Creo que mi cara debió darle hasta miedo, porque de un momento a otro se acopló de nuevo a la carretera.

Suspiré para mis adentros porque por fuera tenía que seguir fingiendo que me dolía la pierna. Mason casi había pillado a mi hermana con Bruce.

Después de pasar por delante de varias casas de la misma calle, llegamos a la mía. El

Capitán Capullo se bajó del coche con rapidez y abrió la puerta de mi asiento.

—Saca las piernas —me ordenó.

¿Y ahora qué?

Las saqué como me había dicho y seguí arrugando el gesto de dolor. Puede que ya fuese hora de dejar de fingir.

—Es la izquierda, ¿verdad?

Se puso en cuclillas a mi lado y me cogió la pantorrilla para comenzar a estirarla y a masajear los músculos. Noté el calor de sus dedos traspasar la tela de mis mallas.

¡Ay, madre mía!

Me quedé tan quieta que debió de notarlo, porque levantó su mirada para ver qué ocurría.

—¿Se te ha pasado? —preguntó sonriendo.

—Sí, se me está pasando…

—¿Segura? —Sonrió burlón mientras seguía masajeando mi pierna y mi muslo. Yo comenzaba a tener más calor.

¿Qué le iba a hacer? Era una adolescente con las hormonas revolucionadas. No ayudaba nada tener a un chico tan sexi como Mason Brown haciéndome un masaje muscular.

Me puse roja.

—¡Ya vale, Mason! ¡Ya… ya se me ha pasado! —exclamé tartamudeando. ¡Por Dios! Parecía una idiota.

Mason empezó a reír.

—¿Sabes? Yo soy un pésimo enfermero, pero tú eres una pésima actriz —me soltó sin parar de carcajearse.

—¿De qué hablas? —Me hice la tonta.

—Sé lo de tu hermana con Bruce, no hacía falta todo el numerito para que no los viese. —Dio vueltas con el dedo refiriéndose a mi pierna.

—¡¿Y por qué no lo has dicho antes?! ¡Me hubiera ahorrado hacer la idiota!

—Porque, como ya te he dicho, me río mucho contigo, Robin. Eres muy divertida. —Resoplé indignada. El muy cretino me tenía por un mono de feria.

—Qué gracioso. ¿Y cómo es que lo sabes? —me extrañé.

—Los pillé una vez en los baños del insti. Tu hermana no quiere que le diga nada a Liam. Creo que debería decírselo ella misma, pero es su decisión. Yo no puedo meterme entre ellos.

—¿Y te da igual que salga con ese idiota? —pregunté.

—Ella ya es bastante grandecita para saber lo que hace. Si es lo que quiere, tampoco puedo meterme. —Me miró y suspiró—. ¡Vamos, Robin Hood, es tarde! Deberías entrar en casa y descansar. Mañana tendrás agujetas por tu primer día de entrenamiento. Quizá no tengas que fingir y el tirón de músculos te dé de verdad, ¡ya sabes! El *karma*.

—¡Sí, ya! Lo que me faltaba —suspiré. La verdad es que estaba agotada.

Él seguía en cuclillas, así que se levantó para dejarme espacio. Cuando estuve fuera del coche, cogí mi mochila y me giré para quedar frente a él.

—¡Hasta mañana, Friki! Gracias por curarme. Cuando tenga alguna herida ya sabré a quién llamar. —Me dio un beso de despedida en la mejilla, de esos que a Mason le gustaban.

—No te acostumbres, Capitán Capullo. No soy tu enfermera personal. —Le devolví el beso—. Hasta mañana.

Al pasar por su lado vi cómo se quedaba pensativo y, cuando estaba a punto de pisar el porche, me llamó.

—¡Robin! —Me volví para ver qué quería—. ¿Lo que has dicho antes era cierto? —me preguntó.

—¿Puedes ser más específico?

—Lo de que ya no te interesa. ¡Que vas a superar tu tonto enamoramiento de niña de una vez! —me gritó para que lo escuchara.

—¡Muy cierto! —afirmé.

—Me alegro. —Sonrió de tal manera que me quedé por un segundo embobada.

—Yo también —dije antes de darme la vuelta y llegar hasta la puerta de mi casa.

Al entrar y cerrar, escuché su coche alejarse. Me apoyé en la entrada suspirando y temiendo una cosa que me rondaba la cabeza durante todo el día: el Capitán Capullo estaba comenzando a gustarme. No como amigo, sino como algo más…

¡Tierra, trágame!

(๑♡♡๑)

Después de subir a mi cuarto y cambiarme, estuve lista para cenar. Entonces, unas voces desde debajo de mi ventana me alertaron. Me asomé a ver qué pasaba.

—¡Déjame, Bruce! No tengo ganas de discutir. Solo quiero que te vayas. Mi amigo podría vernos. —Mi hermana intentaba rodear la casa para entrar, pero ese cretino no la dejaba. La agarraba con brutalidad de los brazos para impedírselo.

—¡Ya estoy cansado de esconderme, Less! Parece que Liam no es solo tu amigo, ¿tenéis algo más?

—¿Te has vuelto loco? No vuelvas a insinuar eso, Liam es como mi hermano. Baja la voz. Mañana hablamos.

Él la volvió a zarandear y ahí se acabó mi paciencia. Cerré la ventana con fuerza, lo cual hizo un ruido estrepitoso. Me resultó raro que no lo hubiesen escuchado.

Me calcé las deportivas con rapidez; le patearía las pelotas a ese capullo con ellas puestas. ¿Quién se creía que era para tratar así a mi hermana? Antes tendría que pasar por encima de mí.

Muy cabreada, me dispuse a bajar las escaleras.

Capítulo 31

Bajé las escaleras como si me hubiese poseído un demonio. Casi tropecé en el último escalón.

¡Mierda! Te hacen falta las piernas en este momento, Robin.

Estaba dispuesta a patear sus pelotas hasta que, al llegar a la puerta, me encontré a mi hermana entrando por ella.

—¿Dónde está? —grité fuera de mí.

Creo que Less se dio cuenta de mis intenciones, porque cerró con llave por dentro.

—¿Adónde te crees que vas? —Se cruzó de brazos.

—¿Tú qué crees? A poner en su sitio a ese cretino. ¡Dame las llaves!

—¡No vas a ir a ningún lado, Robin! Ya estará camino de su casa.

—¿En serio, Less? ¿Vas a defenderlo? Creía que tenías más carácter, que nunca te dejarías tratar así por un tío, pero veo que me he equivocado. —La miré con decepción.

—Bruce solo está molesto porque no le gusta mantener esto en secreto, eso es todo —intentó excusarlo.

—Eso no le da derecho a tratarte así. ¡Por Dios, Less! Lo que he visto ahora mismo es maltrato físico —grité cabreada. No podía creer que estuviese tan ciega—. Incluso te deja marcas en los brazos. ¿Qué clase de tipo hace algo así? Y por no hablar de sus celos. Todos sabemos que Liam y tú sois como hermanos. Lo que te ha dicho es absurdo. Ese tío no está bien de la cabeza.

—¡No seas exagerada! Bruce puede ser un poco bruto, pero jamás me pegaría, así que no te metas en mis cosas. No quieras hacer el papel de hermana mayor porque no lo eres.

—¡¿Que no me meta?! —No podía creer lo que estaba escuchando. Un sentimiento de impotencia me aprisionó el pecho—. La próxima vez que lo vea ponerte un dedo encima… No sé lo que haré ni lo quiero pensar, pero que sepas que, si esto sigue así, tendré que hablar con nuestros padres. Esto es una cosa muy seria, Less.

—¡He dicho que no te metas! Ni se te ocurra decir nada a nuestros padres, si no… Olvida que tienes una hermana, ¿me oyes? —Se dio la vuelta y se marchó cabreada a su habitación pegando un portazo en el proceso.

¿En serio?

Estaba flipando con su reacción. ¿Tan ciega y enamorada estaba que no veía que su relación era tóxica? No lo podía creer. No sabía cómo debía actuar en esta situación ni a quién contárselo. ¡Dios! Estaba muy perdida. Pero ¿cuántas víctimas morían por culpa de la violencia de género? Me daba miedo pensarlo. Esperaba que esto no llegara a más y que mi hermana se diera cuenta de la clase de persona que era Bruce Spencer. No entendía cómo ninguna chica lo había denunciado hasta ahora. Aunque, sabiendo que su padre era juez, no había que darle muchas vueltas para saber el motivo.

(๑♡♡๑)

La semana había transcurrido igual que siempre: el instituto, los entrenamientos y las clases particulares de matemáticas que me estaba dando Mason. Cada vez se me hacía más difícil estar cerca de él. Poco a poco, me fijaba más en sus gestos, sus muecas y su sonrisa. Lo peor de

todo era que el Capitán Capullo no me gustaba solo físicamente, como me había pasado con Liam. Era algo más, algo mucho más… profundo. Me gustaba su forma de ser, de comportarse con los demás; cómo me hacía reír y cómo, con un simple gesto, conseguía que me sintiera especial. Si esto seguía así, acabaría sufriendo más de lo que lo había hecho con Liam.

En cuanto a ellos dos, al día siguiente ya estaban hablando otra vez como si no hubiese pasado nada. ¿Quién entendía a los chicos? Cualquier discusión que Alice y yo tuviéramos la arreglábamos hablando. Ellos, sin embargo, lo hacían a golpes… Cosas de tíos, supongo.

Era viernes y por fin había llegado la hora del examen de matemáticas, para el que me había estado preparando durante toda la semana con ayuda de Mason. Según él lo aprobaría, ya que tenía «un profesor fabuloso». Eran sus palabras, no las mías.

Al hacerlo, me di cuenta de que me estaba resultando más fácil que las veces anteriores. Había cosas que entendía mejor. Sin duda, todo gracias al Capitán Capullo.

A la hora del almuerzo, nos sentamos con mi hermana y los demás. La costumbre de Alice era sentarse cerca de Leo, y la de él guardarle un sitio a su lado para cuando ella apareciera. Me parecía todo muy adorable por parte del grandullón, aunque cuando le preguntaba a Alice qué es lo que pasaba entre ellos, me contestaba con un simple «¡Nada!» Que le caía bien la bola de billar, pero nada más. Me hacía mucha gracia la de motes que podía inventar para una sola persona.

Liam, sin embargo, no dejaba de mirarme cada vez que tenía oportunidad. No entendía por qué le molestaba tanto mi relación de amistad con Mason. Además, seguía enrollándose con Sarah cada vez que le daba la gana. Lo que tampoco entendía era lo bien que el Capitán Capullo llevaba ese último detalle. Ni siquiera se le notaba molesto. Al parecer, sabía disimular muy bien sus sentimientos. Cada vez que pensaba en ello me ardían las tripas de celos.

¿Podía un corazón sentir tanto por una persona en tan poco tiempo? No sabía cómo, ni de qué manera, el Capitán Capullo se había metido en el mío. Me daba miedo hasta de pensarlo.

—¿Qué tal el examen? —me preguntó mientras me robaba cosas de mi almuerzo. Se había convertido en una costumbre.

—Mejor que los anteriores. No sé qué nota sacaré, pero estoy segura de que he aprobado —balbuceé mientras tragaba la comida.

—Esto es para ti. —Colocó una chocolatina cerca de mi bandeja. Su sonrisa cada vez me hipnotizaba más.

—Todavía no sé el resultado, el lunes nos darán la nota —le informé.

—Eso es una recompensa por el esfuerzo. En las clases lo has hecho muy bien. —Su mirada de ojos verdes conseguía acelerar mi corazón. ¡Madre mía! Sí que estaba perdiendo la cabeza.

—¡Gracias! Creo que cuando lleguen mis padres habré engordado al menos diez kilos. —Él rio con mi chiste.

—Si no la quieres se la daré a Alice. Sé que le gustan mucho —me amenazó con quitármela.

—¡Shsss! De eso nada. Baja la voz, si no, tendré que compartirla.

Ella se encontraba discutiendo con Leo y algunos chicos del equipo. El día anterior, Peter dejó de almorzar con nosotros para sentarse de nuevo con su amigo, quien ya estaba mejor.

—Hoy no daremos clase, hemos quedado todos para ir a un *pub*. —Mason devoraba su almuerzo como si fuese el último.

No entendía cómo todo su cuerpo podía ser puro músculo después de engullir tanta

comida.

—¿Qué clase de *pub*? —pregunté extrañada.

—Ya lo verás, Friki. No seas tan curiosa, es una sorpresa.

(ɞ♡♡ɞ)

Alice vino con nosotras a mi casa para arreglarnos. Mi hermana se había empecinado en que me pusiera un vestido, pero como no era una fiesta, ni loca me ponía algo que llamara la atención. Así que, al contrario de ellas, me coloqué un vaquero de color marrón de talle alto, una sudadera beige donde estaba escrito «Team Damon Salvatore» —¡cómo no!— y mi típico moño despeinado.

Alice iba muy guapa con un vestido azul claro. Se había maquillado un poco con la ayuda de Less. No me extrañaría nada que se hubiese puesto guapa para que Leo se fijara en ella. Aunque, por lo que veía esta última semana, el grandullón ya lo hacía sin que ella se diera cuenta; o quizás sí. La muy petarda no me contaba nada. Puede que no quisiera hacerse ilusiones o yo qué sé. Era difícil entrar en la mente tan retorcida de mi amiga.

Nos fuimos con Liam en su coche a ese *pub* misterioso al que se había referido Mason. Aparcamos y andamos por una calle repleta de locales. Al ser viernes, estaba todo bastante ambientado y lleno de gente.

Cuando vi a Liam y a mi hermana pararse en la puerta del local al que íbamos, no me lo podía creer. Se trataba de un karaoke. Una sensación de ansiedad comenzó a instalarse en mi pecho de tan solo pensar en un micrófono y un escenario, por no hablar de la multitud mirándote desde abajo.

Me quedé un poco reacia a pasar.

—¡Vamos, Robin, que es para hoy! —me metió prisa mi hermana.

Alice entrelazó su brazo con el mío para entrar juntas

Al acceder al local, vi que varios jugadores del equipo se encontraban sentados en una mesa. Entre ellos estaba Mason, conversando con Leo. Loren se hallaba con Tiffany en uno de los sillones. Las muletas estaban apoyadas cerca de esta última.

El Capitán Capullo, tras verme, se levantó. Saludó a Less y a Liam y se acercó a nosotras.

—¡Hola, Capitán! —exclamó Alice—. Voy a pedir algo de beber, ¿qué quieres, Robin?

—Cualquier refresco —le contesté. Mi amiga se perdió camino hacia la barra.

—¡Hola, Friki! —Me sonrió burlón, como siempre.

—¿Este es el *pub* misterioso? Me parece una encerrona en toda regla. —Arrugué el gesto, molesta.

—¡Vamos, Friki! Mañana es el partido y hay que conseguir que no te tiemblen las piernas delante de la multitud. ¿Qué mejor que empezar en un karaoke?

—¿De quién ha sido la idea? ¿Sabes lo mal que canto? Si lo supieras, te aseguro que no me habríais traído aquí ¿Quieres que todos se rían de mí? ¡Ni loca me subo ahí arriba! —Me crucé de brazos, cabreada.

—Ese es el plan, hacer reír a la gente. Ya lo hemos trabajado esta semana. Piensa que solo lo hacemos por diversión, nada de pensar en los demás. Confía en mí, te lo pasarás bien. Ahora relájate y disfruta, todavía no nos toca.

¡Genial! Voy a hacer el ridículo más grande de toda mi vida.

La gente cantaba una detrás de otra en el escenario. Algunos lo hacían bien; con otros,

tenías que taparte los oídos. ¡Por dios! ¿Les gustaba torturar a los demás? Aunque tenía que admitir que sus caras eran de felicidad. No les importaba para nada hacer el ridículo.

Me encontraba sentada en los sillones charlando con el equipo y pendiente de las actuaciones. Esta vez, me dio por hablar más con Loren, ya que Alice me había sustituido por Leo. Él acaparaba toda su atención.

—¡Vamos, Friki, nos toca! —Mason se levantó de su asiento.

—¡¿Qué?! —Un grito agudo salió de mi garganta sin pretenderlo. ¡Si ni siquiera sabía cuál canción íbamos a cantar! ¿Se había vuelto loco?

—¡Vamos! —Se acercó a mí esperando a que me levantara.

—¡Ni hablar! No pienso subir.

Me agarré al sillón como si fuese mi bote salvavidas. Los demás me animaban para que lo hiciera, pero no serviría para nada. Jamás subiría al escenario, y menos a cantar. Nos miraba todo el mundo. Estábamos dando el espectáculo incluso antes de empezar.

—¡Tú lo has querido! —exclamó Mason. Me agarró de la cintura tirando de mi cuerpo para que me soltara de mi agarre. Por más que quise permanecer en mi sitio, éramos yo y un sillón, contra sus musculosos brazos. Como ya habréis imaginado, ganó él. Me subió a su hombro y me llevó hasta el escenario como si fuese un saco de patatas. Ese fue uno de los numerosos momentos en los que agradecí haberme puesto unos pantalones y no un vestido.

La gente se reía de nosotros por el tremendo escándalo que estábamos formando. A Mason le daba igual, ya estaba acostumbrado, pero yo me moría de la vergüenza.

Al subir al escenario, el Capitán Capullo me bajó de su hombro como si fuese una pluma. En ese momento me sentí tan enana como Frodo en *El señor de los anillos.*

El chico que se encargaba de poner la música le entregó los dos micrófonos. Mason se acercó y me dio el mío, el cual me resistí a aceptar. Cuando miré a mi alrededor, muchas personas me observaban desde abajo. Comenzó a faltarme el aire. Sentía que pronto empezaría a sudar.

—No puedo hacerlo —susurré. Mason tuvo que escucharme o vio mi cara de pánico, porque le pidió al chico que esperase un poco.

—¡Robin! No los mires. Recuerda que es para divertirnos, da igual lo que piensen. Solo mírame a mí. —Giró mi cara en una suave caricia para que lo observara. Mis ojos conectaron con los suyos—. Solo mírame a mí, ¿de acuerdo? —repitió.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza. Agarraba el micro con las dos manos, tanto que si fuese Hulk ya lo habría partido en dos.

Mason se acercó al chico para decirle que podía empezar, y este le entregó algo.

¿Una peluca rubia?

Fruncí las cejas sin entender, hasta que Mason se la colocó en la cabeza y la música comenzó a sonar.

Hi, Barbie
(Hola, Barbie)

Hi, Ken!
(¡Hola, Ken!)

Do you wanna go for a ride?
(¿Quieres ir a dar un paseo?)

Sure, Ken!
(¡Claro, Ken!)

Jump in…
(Sube…)

¡¿Pero qué mierda?!

No sabía si eso era una visión creada por mi miedo escénico o en realidad Mason se encontraba cantando la canción del grupo Aqua, *Barbie girl.* El tío lo estaba dando todo en el escenario imitando a la Barbie de aquel videoclip tan famoso que había triunfado hacía años.

Aunque no lo creáis, lo que mis ojos estaban presenciando era tan gracioso que no pude parar de reír. Toda la tensión abandonó mi cuerpo de un plumazo. Me olvidé de todo el mundo que se encontraba allí. El Capitán Capullo ponía la voz aguda y chillona de Barbie y, en conjunto con esa peluca, estaba segura que recordaría ese momento durante toda mi vida. ¿Se podía tener menos sentido del ridículo que Mason? No lo creía.

Las personas del local reían y aplaudían a la par que la música. No quise mirar abajo. Hubo un momento en que la euforia de la gente y la melodía hicieron que comenzara a mover mi cuerpo, y entonces Mason me invitó a cantar con él. Y lo hice. No sabía quién cantaba peor de los dos, pero de lo que sí estaba segura es de que me lo estaba pasando pipa.

Cuando la canción terminó, todos nos vitoreaban. Un sentimiento de felicidad me recorrió. Por una vez desde mi mala experiencia en el pasado había disfrutado de estar encima de un escenario. Y todo era gracias a Mason. Antes de bajar, besó mi mejilla.

—¡Lo has hecho muy bien, Robin! Eres muy valiente. —Y esas palabras hicieron temblar mi corazón.

Ya podía estar segura de que me había enamorado perdidamente del Capitán Capullo…

Capítulo 32

Llegó el sábado, día del partido y mi primer baile con las porristas. Si me imaginaba que era como el día anterior, me sentía más tranquila y segura. No fue tan malo el estar en un escenario con Mason, aunque esta vez no sería para hacer el tonto. Debía de seguir sus consejos: disfrutar del baile, no tomármelo demasiado en serio, ignorar al público y no mirar en su dirección; intentar hacer caso a sus indicaciones, no me quedaba otra. Cada vez que pensaba en ello, la ansiedad se instalaba en mi pecho. Aun así, era una batalla que tenía que combatir yo sola.

—¡Estate quieta, Robin! —Less resoplaba molesta.

—¿Por qué tengo que hacerme tirabuzones? De todas formas lo llevaré recogido. —No hacía más que quejarme por todo desde que había comenzado a prepararme para el partido.

—Porque así estarás más mona —me explicó.

Cuando llegó el momento de hacerme la coleta —¡os lo juro!— creía que me dejaría calva ¿Tanto se podía estirar el pelo? Tenía la sensación de que me habían hecho un lifting facial. Y cuando llegó el momento de ponerme la dichosa purpurina, solo me faltó gritar. Odiaba el brillibrilli. ¡Dios! Iba a morir por estrés y lo único que había hecho era vestirme y prepararme. Pensé que más me valía que todo me saliera bien después de pasar por este infierno.

¿Me oyes, karma? ¡Una tregua, por favor!

Al salir de mi casa, Liam ya nos esperaba cerca de su coche.

—¡Joder, Robin! Estás… —A mi vecino no le salían las palabras. Lo miré con cara de pocos amigos.

—Ni se te ocurra decir nada… Parezco un unicornio salido de una película Disney. —Él comenzó a reír cuando señalé con el dedo la purpurina que llevaba en la cabeza.

—Los unicornios molan. Son seres místicos y especiales. —Hasta mi hermana lo miró con el ceño fruncido. ¿Liam haciendo un chiste? Para nada pegaba con él. Más bien era su amigo, el Capitán Capullo, el que solía hacerse el gracioso. ¡Y otra vez Mason en mi cabeza! Me iba a volver loca.

Me puse mis cascos y comencé a escuchar a *Ne-yo*. Para mí, había sido todo un descubrimiento.

Al llegar al aparcamiento, Alice se encontraba con los demás, o mejor dicho con Leo. Estaban tan entretenidos enfrascados en una conversación que ni siquiera reparó en mi presencia. Solo cuando llamé su atención se acercó a darme ánimos. Yo alentaría a los jugadores y ella a mí. No podía quejarme de la gran amiga que tenía; siempre estaba ahí para apoyarme en todo.

Mason se acercó a nosotras. Por su cara, sabía que me soltaría cualquier broma de las suyas.

—¡Ni se te ocurra abrir la boca! —Lo apunté con el dedo y él comenzó a reír.

—Solo quería decirte que estás brillante —se carcajeó. Sus palabras iban con segundas.

—¡Muy gracioso! Odio esta purpurina.

—Lo sé. Estarías más cómoda llevando un arco y unas flechas encima, Robin Hood. —Me sonrió.

—Supongo que sí, va más conmigo. —También le sonreí. No entendía cómo Mason podía conocerme tan bien.

—¡Vamos, Robin! Tenemos que practicar antes de que comience el partido. —Less me metió prisa.

Mason esperaba a Leo para entrar, quien se encontraba hablando con mi vecino.

—Nos vemos dentro —le solté antes de darme la vuelta. Sin embargo, en ese momento, Mason me agarró del brazo.

—Lo harás bien, no te preocupes. Confía en ti misma —me animó.

—Ese es el problema, que no confío en mí y menos en mi mala suerte. —Corrí para alcanzar a mi hermana y a las demás.

(ʚ♡♡ɞ)

Después de practicar varias veces la coreografía, nos metimos en los vestuarios a descansar mientras los espectadores iban ocupando sus asientos. Los primeros en salir serían los jugadores y mientras ellos calentaban, nosotros tendríamos que entretener al público con nuestro numerito.

Desde los vestuarios, escuchamos el revuelo que se formó en la pista cuando los jugadores de ambos equipos aparecieron; pronto nos tocaría a nosotros.

—¡Vamos! Tenemos que salir. —Mi hermana se colocó en mitad del vestuario y extendió su brazo con la palma hacia abajo. Todos la imitamos tocando nuestras manos.

—¡Vamos, equipo! —gritamos todos a la vez.

Agarramos nuestros pompones y comenzamos a salir en fila hacia el gimnasio. Al escuchar los aplausos de la gente, mi cuerpo empezó a temblar. Justo antes de traspasar la puerta, mis pies frenaron de golpe.

—¿Qué te ocurre, Robin? —preguntó Lara. Era la última de la fila, iba justo detrás de mí.

—Sal tú primero. No te preocupes, solo necesito un minuto. Ahora mismo voy. —Ella me miró con preocupación.

—No tardes, Robin, pronto empezaremos con la coreo. —Asentí.

Ella salió por la puerta y me quedé escondida en el pasillo. La ansiedad comenzaba a apretar mi pecho y a robar el aire de mis pulmones. Cerré los ojos y traté de calmarme, pero no lo conseguí.

¡Robin, tienes que salir!

Intenté ordenarle a mi cuerpo que se moviera, pero este no respondía. El miedo me estaba dominando, otra vez.

De pronto, Mason apareció en el pasillo donde me mantenía oculta.

—¡¿Pero qué?¡ ¿Tú qué haces aquí? —Lo miré con los ojos abiertos de par en par.

—Creo que eso lo tengo que preguntar yo —me contestó con las cejas alzadas.

—¿No deberías estar calentando? —¿Es que estaba loco? El entrenador iba a matarlo.

—Recuerda que si me da un tirón será solo por tu culpa, así que vamos, tienes que salir ahí ahora mismo. Todos te están esperando.

Agaché la cabeza; me sentía como una cobarde.

—No puedo —susurré sin mirarlo. Mi voz sonó temblorosa. Hasta yo misma me daba pena. Me sentía ridícula.

De pronto, el entrenador apareció también por la puerta. Su mirada furiosa podría haber espantado a cualquiera.

¡Madre mía!

—¿Se puede saber qué coño haces aquí, Brown? Si no sales ahora mismo, te quedas sin jugar este partido, ¿me oyes?

—Solo será un minuto, entrenador. ¡Por favor! —La mirada de Mason mientras le rogaba hizo que mi corazón se agitara.

¿Por qué? ¿Por qué se preocupaba tanto por mí? ¿Desde cuándo se había convertido en mi bote salvavidas?

—¡Un minuto, Brown! Si no apareces, te quedas sin jugar —contestó antes de darse la vuelta y desaparecer.

—¡¿Estás loco?! —alcé la voz—. ¿Quieres que te echen del equipo?

—No saldré sin ti, Friki. Escúchame bien. —Puso ambas manos en mis mejillas para que lo mirase—. Puedes hacerlo, piensa en todo lo que hemos trabajado. Tienes que intentarlo. Confío en ti, Robin.

—¿Y si vuelvo a caer? —Alcé la vista a sus ojos con miedo. En mi cabeza se repetían una y otra vez las imágenes del pasado.

—Si te caes, te levantas y lo vuelves a intentar. ¿Eres una cobarde, Robin Hood? —Me sonrió, burlón.

—¡No lo soy!

Creo que mis palabras eran más para convencerme a mí misma.

—Pues entonces demuéstramelo. —Mason me agarró de la mano y juntos traspasamos por fin la puerta.

Me lanzó una mirada de apoyo antes de soltarme para reunirse con sus compañeros.

Llegué hasta mi hermana; tras ver su cara de preocupación, descifré que había estado a punto de ir a buscarme.

—Vamos, Robin, nos toca ya —me susurró.

Suerte que el público estaba pendiente de los jugadores y no se había percatado de que una de las animadoras llegaba tarde.

Todos nos pusimos en nuestras posiciones y la música comenzó a sonar. Intenté no mirar a las gradas, pero aun así estaba muy nerviosa. Solo tenía que concentrarme en la coreografía.

Después de hacer una de las piruetas, mi pie resbaló. De nuevo, volví a caer como en mis peores pesadillas. Pero eso no me detuvo. Por una milésima de segundo, en mi mente se repitieron las palabras de Mason: *si te caes, te levantas y lo vuelves a intentar*. Y eso hice. Me levanté sin mirar a las gradas y conseguí adaptarme de nuevo al compás de los demás sin que se notara mucho. ¡Lo había logrado! ¡Había conseguido levantarme y no salir corriendo! Me sentía orgullosa de mí misma.

En uno de los giros, se me escapó un pompón de las manos, con tan mala suerte que acabó estrellándose contra la cabeza de Sarah. ¿No podía haberle dado a otra? ¡Claro que no! Si fuese así, no estaríamos hablando de mí. Más tarde me tocaría escuchar sus quejas de pija revenida, pero, por suerte, pude recuperarlo sin que nada grave pasara.

El partido comenzó y, durante ese tiempo, todas las coreos que habíamos practicado me salieron perfectas. Las últimas veces ya casi no me daba miedo mirar a las gradas. Mi confianza iba aumentando por momentos. Me sentía pletórica. Era una sensación que no podía describir. Por fin estaba superando mi estúpido trauma.

Cuando el árbitro pitó el fin del encuentro, nuestros jugadores saltaron de alegría. ¡Habíamos ganado!

En ese instante, divisé a Mason corriendo hacia mí. No me dio tiempo a reaccionar cuando me cogió en volandas y comenzó a dar vueltas conmigo. Los dos reímos por la emoción. Nuestras miradas conectaron y mi corazón saltó de alegría. Solo con ver su sonrisa, una extraña felicidad que nunca había sentido se instalaba en mi pecho.

Me dejó suavemente en el suelo sin despegar su cuerpo del mío. Toda la gente del gimnasio desapareció a mi alrededor. Solo éramos Mason y yo.

—Has sido muy valiente. Estoy muy orgulloso de ti —susurró conectando sus ojos con los míos.

¡Ay, dios! Mi corazón latía a más de mil por hora. Sin duda estaba súper pillada por el Capitán Adorable.

¡Mierda, Robin! La que has liado, hasta le has cambiado el mote.

—Mason, tengo que decirte algo…

—¡Mason! —La voz de Liam interrumpió mi confesión.

¡¿Estaba a punto de decirle que me gusta? ¿Pero me he vuelto loca?!

—El entrenador te está buscando. —Liam nos miraba molesto.

—Nos vemos después en el aparcamiento. Lo celebraremos con un helado. —El Capitán Capullo movió sus cejas y me sonrió.

—¡Bien! —contesté emocionada.

Se fue a buscar al entrenador y Liam se quedó a mi lado.

—¡Felicidades, Robin! Has conseguido superar tu miedo.

Aunque sus palabras me habrían hecho feliz unas semanas antes, ahora no significan nada para mí. Me había dado cuenta de que, en realidad, mis sentimientos por mi vecino solo eran un capricho. Nunca llegué a sentir por nadie lo que sentía por Mason. Eso me daba un poco de miedo.

—Gracias, Liam.

Intuí que estaba a punto de decirme algo, pero no me quedé a escucharlo. Me di la vuelta y me marché a los vestuarios. Quería terminar lo antes posible para ir a buscar con Mason el helado que le había prometido.

Sin embargo, antes de ir a cambiarme, vi a Alice bajar de las gradas y acercarse a mí. Nada más llegar a mi lado, me abrazó.

—Estoy muy orgullosa. —Esas palabras me sonaban, ¿cómo podían dos personas parecerse tanto?—. Lo has hecho muy bien, me alegro por ti.

—¡Gracias, Alice, eres una gran amiga! Gracias por estar siempre a mi lado —dije las palabras tal como las sentía.

—¡Anda! Deja las ñoñerías. Las dos estamos demasiado sensibles y no me extrañaría nada que de un momento a otro nos pongamos a llorar. —Hizo aspavientos con la mano.

—Voy a la ducha, te veo fuera —me despedí.

(ɞ♡♡ɞ)

Tras una ducha rápida, salí de los vestuarios en dirección al aparcamiento. Nada más llegar me enteré de que Mason y yo no estaríamos solos. Gracias a Liam, los demás se habían enterado de que íbamos a la heladería y se unieron para celebrar la victoria en el partido. Por un lado, no me sentó nada bien la noticia, pero dados los sentimientos que tenía por el Capitán Capullo, quizá sería lo mejor. No quería cagarla, a él le gustaba otra y yo no podía hacer nada

contra eso. Ahora sí que me apetecía un helado de esos de vainilla con triple de chocolate…

Capítulo 33

Me encontraba en el coche con Mason, ya que me pidió que fuese con él a la heladería y no me pude negar. Liam llevaba a mi hermana y a Loren. Alice se había tenido que marchar. Una llamada de su padre en el último momento impidió que viniera con nosotros. Leo se ofreció a llevarla a su casa, así que nos veríamos en el local después de que la dejara.

Pensaba que lo pasaríamos bien comiendo helado y celebrando la victoria, pero no fue así. Las cosas pasaban por algo y las casualidades no existían. Quizá debíamos estar ahí, justo en ese instante, para que mi hermana por fin abriera los ojos.

Mason entró, luego lo seguí yo y me encontré con el panorama: Bruce estaba en una de las mesas dándose el lote con una tía. Me di la vuelta para volver a salir y que mi hermana no pasara, pero fue tarde. Ella se encontraba detrás de mí, mirando fijamente al que supuestamente era su novio disfrutando de comerse las babas de otra tía en sus narices.

Su cara lo dijo todo. No era la chica de hielo sin sentimientos, como quería hacer creer a los demás. Su expresión de dolor hizo que mi pecho se encogiera y antes de que pudiera decir algo, se dio la vuelta y se marchó del local corriendo.

—¡Less! —Loren fue tras ella al darse cuenta de por qué mi hermana había salido corriendo. El único que no entendía nada era Liam.

—¿Qué le pasa? —comentó preocupado.

Me giré y miré a Míster Esteroides. Seguía entretenido con la otra sin percatarse de nada a su alrededor. ¡Os lo juro! Ni siquiera el día en que me enteré de lo de Nick había conseguido cabrearme tanto. La rabia que sentía en mi interior por ver a Less dolida cegó mi sentido de pensar antes de actuar.

Caminé hacia la mesa de ese capullo descerebrado y cuando levantó la vista hacia mí ni siquiera lo pensé. Tenía ganas de arrancarle la cabeza a ese cretino. Le había dejado marcas en los brazos a Leslie y, por si fuera poco, también le había puesto los cuernos.

—¡Esto es por mi hermana, gilipollas! —mi voz salió llena de ira.

Apreté los dientes y estampé mi puño en su cara.

—¡Auchss! —Moví mi mano para zarandearla.

¡Joder! ¿De qué está hecho este tío? ¡Parece que le acabo de pegar a una piedra!

Si pensáis que quedé como una heroína triunfante, estáis equivocados. Lo primero que hice fue encogerme del dolor. Me había roto la mano, no me cabía duda. Bueno, quizá estaba exagerando, pero me dolía un huevo.

Todo el mundo del local se quedó atónito. La chica que estaba con él me miraba sin entender a qué había venido aquello. Se acercó a ayudar a Míster Esteroides, que se agarraba la nariz con cara de horror.

—¡Esta salvaje me ha roto la nariz! —comenzó a gritar, sorprendido por la sangre.

Mason se acercó a toda velocidad para interponerse entre Bruce y yo.

—¡¿Pero qué…?! —soltó Liam, flipando.

Si en ese momento no hubiese sentido que mi mano tenía un corazón extra palpitando, me habría reído de la cara de mi vecino. Pobre, era el único que no se enteraba de nada, aunque eso iba a durar poco tiempo.

—¡Me ha roto la nariz! —Ese cretino seguía repitiendo lo mismo como si fuese un niño pequeño con un berrinche.

En ese instante apareció Jessica. Traía un trapo en las manos, que le entregó para que se lo pusiera en la cara. No dejaba de sangrar.

—¡¿Qué ha pasado?! —preguntó muy asustada sin entender el revuelo.

—¡Que esta loca me acaba de romper la nariz! —¿Se podía ser más ridículo?

—Creo que es hora de que te vayas, Spencer. —Mason lo observó desafiante.

Su mirada pasó de Mason a Liam y después a mí. Con su nariz cubierta por el trapo, su cara parecía todo un poema.

—Esto no quedará así —me amenazó y me apuntó con el dedo sin dejar de fulminarme mientras pasaba por nuestro lado.

Mason seguía protegiéndome con su cuerpo. La chica que acompañaba a Spencer, que se mantuvo callada en todo momento durante el intercambio, me miró con cara de odio antes de salir corriendo tras él.

Al mirar a mi alrededor, me di cuenta del espectáculo que habíamos dado. ¡Qué vergüenza! Para no querer llamar la atención, hacia todo lo contrario.

—Jessica, ¿puedes prestarme algo de hielo? —le pidió Mason, agarrando mi brazo e inspeccionando mi mano.

—¡Vamos a la cocina, luego hablaremos de esto! —Jessica nos miró molesta. La había liado parda en su lugar de trabajo.

—Ve a buscar a Less, Liam. Tendremos que llevar a Robin al hospital.

—¡¿A qué ha venido eso?! ¡Es de locos, Robin! —Liam me observaba con horror. Me sentía como una delincuente.

—Ve a buscar a Less, Liam, luego te lo explico —volvió a repetir muy tranquilo mientras movía los dedos de mis manos para comprobar que no estuvieran rotos.

Mi vecino se dio la vuelta tras resoplar y salió del local. Mason me llevó hasta la parte de la cocina detrás de la barra. Allí estaríamos ocultos de la gente curiosa.

Jesica rebuscó en el congelador y le pasó una pequeña bolsa de hielo picado.

—Ahora tengo que trabajar, pero luego vais a explicarme qué ha pasado ahí fuera. —Nos apuntó con el dedo—. Y no se te ocurra decirme que no le cuente nada a tu tío, Mason. ¿En qué andáis metidos? ¿Estáis locos? Ese chico es hijo de un juez importante. ¿Qué vais a hacer si os denuncia?

—¡Ha sido culpa mía! —exclamé avergonzada. Jessica suspiró y se fue a atender las mesas.

Mason retiró las cosas que había en la encimera y me ayudó a sentarme sobre ella. Colocó el hielo en mis dedos con delicadeza.

—¡Auch! —me quejé.

—¿Qué dijimos de no hacer caso a tu vena vengativa? —me preguntó con las cejas alzadas.

—¡Ese cretino ha engañado a mi hermana!

—Pues con más razón. Es un cretino, todos lo sabemos. ¿Qué crees que habría pasado si no estuviésemos ahí contigo? Si estuvieras sola. Es un tío grande, Robin. No puedes meterte con un jugador de rugby tú sola.

—Le habría pateado las pelotas también, te lo aseguro —dije muy convencida.

—No me cabe duda, pero deberías pensar antes en las consecuencias.

—No es solo por eso. —Suspiré—. ¡Mi hermana tiene marcas en los brazos por su culpa! No puedo apartarme sin hacer nada.

—Deberías haberme dicho lo que pasaba. Podría haber hecho algo. Bruce es un cobarde, solo se atreve con las tías porque sabe que es más fuerte que ellas.

—Pues por eso mismo. Se le quitarán las ganas de hacerlo. Creo que le he demostrado que no somos tan débiles como él piensa.

Mason suspiró. Estaba claro que no tenía ganas de discutir conmigo.

—No tienes nada roto; aun así, tendremos que llevarte al hospital. —Su mirada seguía puesta en mi mano a la par que sujetaba el hielo con delicadeza. ¿Se podía ser más adorable?

—No puedo ir sin un adulto. Llamarán a mis padres. Me da miedo imaginar qué harán si se enteran. —Él cogió mi otra mano y la colocó sobre el hielo para que lo aguantara yo.

—Llamaré a mi tío, él puede ayudarnos. —Sacó su móvil del bolsillo y se lo colocó en la oreja—. Necesito que me ayudes en algo… —fue lo último que escuché antes de que saliera de la cocina para hablar con él.

No habían pasado ni cinco minutos cuando reapareció.

—Ya se lo he explicado todo. Va a terminar lo que le queda de trabajo y se va para el hospital. —Mason me cogió por la cintura con mucha delicadeza y me dejó en el suelo—. ¡Vamos! Como todavía no han aparecido, le dejaré un mensaje a Liam.. Hay que mirarte esa mano cuanto antes. Sigue sosteniendo el hielo hasta que lleguemos.

Nos despedimos de Jessica con la promesa de que después, Mason o su tío la llamarían para contarle lo sucedido. No me podía creer cómo mi mala leche había creado tantos problemas.

El Capitán Capullo apenas hablaba mientras conducía. Solo dijo unas cuantas palabras:

—La próxima vez que tengáis problemas, espero que me pidas ayuda. Less también es mi amiga, Robin. Para eso están los amigos.

—¿Less también es tu amiga? ¿Esa frase qué significa? ¿Que yo también lo soy? —Alcé las cejas.

—¿Tú qué crees? ¿Qué piensas entonces que somos, Friki? —Por un momento, desvió la mirada de la carretera para observarme. Otra vez esa sonrisa picarona.

—No sé, esa palabra suena rara entre nosotros.

—Porque tú me ves como el enemigo.

—Tú te lo has buscado, Capitán Capullo. Siempre te ha encantado cabrearme.

—Es divertido —Sonrió burlón. ¡Ains, cómo me gustaba esa sonrisa, Dios!

Y así, sin nada más que hablar, llegamos al hospital. El dolor de la mano era cada vez peor.

(ɞ♡♡ɞ)

Después de que un médico inspeccionara mi mano, determinó que no tenía nada roto, pero que estaba bastante lastimada. Necesitaría reposo, calmantes y no podría moverla durante un tiempo. Mason mintió diciendo que me había hecho daño golpeando la pared en vez de a él y que estábamos bromeando. Cosas de adolescentes.

El médico dijo que esperara en la habitación; una enfermera vendría a colocar una venda. Mason y yo nos quedamos solos.

—Por suerte solo ha sido eso. Pensé que tendrías un esguince. En menos de una semana ya no te dolerá tanto.

—No sé cómo podré ayudar a las animadoras así. —Suspiré.

—No te preocupes. El próximo partido no es hasta dentro de dos semanas, quizá Tiffany ya esté recuperada para entonces —intentó animarme.

La puerta de la habitación se abrió y apareció un chico alto y atractivo. Su pelo era rubio y sus ojos del mismo color que los de Mason. Era su tío, lo reconocí por las fotos, pero me lo imaginaba más mayor. Por su aspecto, parecía mucho más joven.

—Ya he hablado con el médico y he arreglado los papeles. Cuando le venden la mano, podréis iros —informó a su sobrino.

Su forma de vestir era elegante y acompañado de su maletín semejaba un prestigioso abogado.

—¡Hola, Robin! Yo soy Benjamin Brown, tío de Mason. —Me dio la mano y se la estreché con la izquierda. La derecha la tenía inservible.

—¡Gracias por venir a ayudarme, señor Brown! Mis padres están de viaje y no quiero molestarlos por una tontería.

—No ha sido ningún problema para mí, y no me llames señor, soy joven y eso me hace parecer viejo. —Fruncí el gesto. De un momento a otro sonrió y me recordó a Mason—. Así que…, un derechazo a un jugador de rugby, ¿no? —comentó divertido. Mi cara ardía de vergüenza—. Si quieres romperle la nariz a alguien, no vale si tú también te haces daño. Debes aprender a que el puño debe estar bien cerrado y … —me explicaba de qué forma debía poner los dedos.

—¡Joder, Ben! ¿En serio? ¿Le estás enseñando cómo dar un puñetazo? Tú eres mayor que nosotros. Deberías dar ejemplo, no enseñarnos a dar palizas. —Mason lo regañó. ¿Cuándo habían cambiado las tornas? Reí viendo el panorama. Ya sabía de quién había sacado ese lado pícaro y divertido que lo caracterizaba.

—Liam quiere saber dónde estamos, ahora mismo vuelvo. —Mason salió de la habitación. Yo me quedé a solas con su tío.

—Así que tú eres la famosa Robin. —Me sonrió. No era la primera vez que escuchaba eso, ¿qué es lo que Mason contaba de mí a mis espaldas?—. Mi sobrino me ha hablado mucho de ti.

—Supongo que no habrá sido nada bueno, ¿verdad? —Arrugué la nariz.

—¿Por qué lo dices? —se extrañó.

—Porque para él siempre he sido la hermana friki de su amiga. —Ben comenzó a reír. Tenía una risa tan bonita como la de su sobrino.

—Lo de friki lo he escuchado antes.

—¿Ves? Lo sabía. —No entendía por qué, pero hablar con el tío de Mason no era para nada incómodo. Puede que su aspecto juvenil me diera la confianza y el valor necesarios para decirle todo aquello.

—Aunque también me ha dicho que eres una chica con mucha personalidad y carácter, y ya veo por qué. —No dejaba de sonreír.

—Si lo dice por lo de hoy, no estoy orgullosa. No suelo ser violenta, pero Míster Esteroides se lo tenía merecido —me excusé.

—¿Le acabas de llamar Míster Esteroides? —Abrió los ojos de par en par y luego rompió a reír a carcajadas—. Ya veo por qué Mason dice que eres muy divertida.

Resoplé.

—Sí, por lo visto soy el mono de feria de su sobrino —se me escapó

¡Madre mía, Robin! No digas esas cosas, que es su tío. Un poco de respeto.

De pronto, Benjamin se puso serio.

—Robin, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro, adelante.

—¿Qué piensas de mi sobrino? —Me miró pensativo.

—¿A qué se refiere? No le he entendido.

—Él me ha hablado mucho de ti. Solo quería saber qué pensabas tú sobre él. Aunque Mason aparente que no le importa nada de lo que pasa a su alrededor, en el fondo es un buen chico y es más sensible de lo que parece. Siempre le ha resultado difícil expresar sus sentimientos. Desde pequeño se ha sentido muy solo y, aun así, nunca lo ha dicho. Su manera de exteriorizar sus sentimientos siempre ha sido intentar llamar la atención —Suspiró y se sentó a mi lado—. Sus padres nunca han sabido cómo se sentía en realidad. Una ventana rota, mal comportamiento e incluso comenzar a jugar *basket* en vez de *rugby* han sido las cosas que ha tenido que hacer para que sus padres se fijaran en él. Sin embargo, no han sabido ver qué es lo que lo ha llevado a esas decisiones. Creo que con el tiempo se fue acostumbrando a estar solo y lo aceptó.

»Te cuento esto porque sé que para él eres muy especial. Siempre me habla de ti con mucho cariño. Necesitaba explicar cómo es mi sobrino en realidad y que merece la pena tenerle cerca. Te dará todo lo que tenga sin pedir nada a cambio.

Gracias a las palabras de Benjamin ahora entendía mejor a Mason. Que llamar la atención era un mecanismo de defensa contra la soledad. Me daba pena que sus padres no se hubieran dado cuenta de eso antes. Tenían un hijo increíble y ni siquiera lo conocían. Pude comprender que sus muestras de cariño, como los besos en la mejilla o la manera tan tierna que tenía de coger mi mano eran cosas que le hacían falta y de las que carecía.

De pronto, la enfermera entró en la habitación.

—Bueno, Robin, yo ya me voy —dijo Ben tras levantarse.

—Puede quedarse si quiere, solo voy a vendar su mano —comentó la chica.

—Debo irme, tengo mucho trabajo. —Se acercó a la puerta.

—¡Gracias, Benjamin! —le agradecí. Él me guiñó un ojo antes de marcharse.

Una vez la enfermera me vendó y me dio varios calmantes, salí de la habitación. Less me esperaba fuera. Apostaba a que estaba ahí para echarme la culpa de que Liam se hubiese enterado de todo…

Capítulo 34

Al salir, me encontré a mi hermana apoyada en la pared justo al lado de la puerta. Su mirada se desvió hacia el vendaje. No tenía cara de estar cabreada, ¿sería que Mason no le había contado nada?

—Ya podemos irnos —rompí el silencio antes de que ella lo hiciera.

—¿Cómo está la mano? —preguntó preocupada.

—Solo está lesionada. Me han mandado analgésicos para el dolor y un poco de reposo. Siento no poder entrenar, tendréis que hacerlo sin mí hasta que Tiffany se recupere. —Suspiré—. Ya sabes que soy muy torpe, no sé cómo he podido pillarme la mano con la puerta de la heladería.

¡Lo sabía no estaba siendo sincera! Me había vuelto una embustera de primera, pero si mi hermana no sabía nada, mejor que siguiera siendo así.

—No mientas, Robin. —Arrugó el gesto y se cruzó de brazos—. Acabo de ver a Bruce saliendo del hospital con una férula en la nariz.

¡Vale! ¿Sabéis ese dicho de que se coje antes a un mentiroso que a un cojo? Pues eso me pasó a mí. Me sentí fatal en ese momento.

—¡Mira, Less! Siento que Liam se haya enterado de todo y siento haberle pegado a tu novio. ¡Bueno, eso no! Lo volvería a hacer sin dudar. Sé que no soy la hermana que querrías tener, pero es lo que hay. Esta soy yo y no puedo mirar hacia otro lado cuando te hacen daño. —Me senté con la cabeza gacha en uno de los asientos de la sala de espera, esperando su reprimenda.

—Te equivocas. Eres la mejor hermana que podría haber tenido. —Levanté la cabeza y la miré sorprendida—. Eso es lo que siempre he envidiado de ti.

—¿Qué dices, Less? ¿Se te ha ido la cabeza? —Levanté las cejas—. Tu vida es perfecta. Eres guapa, popular y todos te admiran. Yo siempre he sido el desastre de la familia. Hasta nuestros padres lo piensan.

Mi hermana se sentó a mi lado y me agarró de las manos.

—¡Lo siento, Robin! Perdóname por haber sido una hermana mayor de mierda. Si me distancié de ti fue porque te culpaba de mi situación. Me sentía asfixiada debido a nuestros padres. Ya sé que no tienes la culpa de eso, pero…

—¿Asfixiada? —pregunté sin entender. Escucharla decir aquello era nuevo para mí—. ¿Por qué te sientes así?

—A veces envidio tu vida. Eres tú misma, no te da miedo decir lo que piensas en cada momento sin importar lo que los demás digan de ti.

No podía creer lo que Less acababa de decir. Era la primera vez que hablaba de sus sentimientos.

—¿Crees que no me habría gustado ser yo la que le rompiera la nariz a Bruce? —Su expresión cambió y se transformó en rabia

—¿Y por qué no lo hiciste? —pregunté.

—Porque Less siempre debe comportarse frente a los demás. Eso es lo que llevo escuchando desde que naciste. «¡Leslie, debes ser un ejemplo para tu hermana! ¡Leslie, no

puedes ser mal educada, Robin podría imitarte!» ¿Sabes lo difícil que es llevar ese peso? ¿Tener que cargar con la responsabilidad de ser la mayor? Nunca puedo hacer lo que quiero. Siempre debo pensar qué paso tengo que dar en cada momento para que sea perfecto, con miedo de hacer algo mal. Me he acostumbrado tanto a que sea así, que no sé cuándo dejé de ser yo misma.

Al escuchar tanto dolor y culpa en sus palabras, mis lágrimas se desbordaron.

—¡Lo siento, Less! No sabía que te sintieras así. —Ella me las limpió.

—Tú no tienes la culpa. Sin darme cuenta comencé a envidiar tu vida; tu forma de pasar los días, despreocupada y disfrutando de las cosas que te gustan y te hacen feliz; la manera en que eres tú misma sin importar nada más. ¡Perdóname, Robin! Debería haber sido mejor como hermana.

—¡No digas eso! Te quiero, aunque nunca te lo diga. Siempre estaré ahí para ti. —Entre sollozos, ambas nos fundimos en un fuerte abrazo. Quien nos viera en ese momento no lo entendería. Parecíamos dos magdalenas.

De repente escuchamos a alguien toser cerca de nosotras. Las dos nos separamos como un resorte y nos limpiamos las mejillas con disimulo.

—Debes estar tranquila, Bruce no va a denunciarte. Le ha dicho a los médicos que se ha golpeado la nariz con una puerta —informó Mason. Liam se encontraba a su lado sin decir ni una palabra. Su cara era todo un poema—. No me extraña nada. Conociendo lo machista que es, preferiría quedar como un idiota antes de confesar que una chica le ha roto la nariz.

—¿Cómo puedes saber eso? ¿No se supone que los médicos no pueden contar esas cosas sobre sus pacientes? —pregunté extrañada.

—Tengo mis contactos, Friki —contestó burlón—. Deberíamos irnos ya. Tienes que descansar e intentar no forzar la mano; quizá te haga falta para un futuro, pienso contratarte como guardaespaldas —rio. Hasta mi hermana sonrió debido a su broma. Liam era el único que parecía haber salido de un funeral. Estaba muy cabreado.

—No seas idiota. Tampoco ha sido para tanto —le resté importancia.

Salimos del hospital los cuatro. Liam nos llevaría a casa. Loren y Leo nos esperaban fuera apoyados en el coche. Este último me miró sonriendo.

—Recuérdame no hacerte enfadar nunca —bromeó.

—No suelo ser tan violenta. Menuda fama me estáis dando. —Suspiré.

—Es un cumplido, Robin —soltó Loren—. Ese tío es un capullo. Ya era hora de que una chica lo pusiera en su sitio.

—¡Gracias! Pero yo tampoco he salido muy bien parada —dije mirando mi mano lastimada—. Aunque ha merecido la pena.

—Ya es hora de irnos. Podéis hablar mañana, ahora Robin querrá descansar —nos cortó Mason.

—¡Vale, tíos! ¡Mañana nos vemos! —Leo chocó los puños con Liam y el capitán capullo —. ¿Te llevo, Loren? Así Liam no tendrá que desviarse para acercarte.

—Me voy con Mason. Mi casa le coge de camino —dijo ella mientras nos abrazaba a mí y a mi hermana para despedirse—. Nos vemos mañana, chicas.

Mi vecino se metió en su coche. Su enfado aún se podía notar a un kilómetro de distancia. Mi hermana lo siguió y se metió en el asiento del copiloto. Loren se marchó a esperar a Mason cerca de su todoterreno, así que nos quedamos solos.

—Bueno, Friki. Mañana es domingo. Si quieres puedo recogerte temprano y podemos hacer algo. —Sonrió.

—¿Quieres darme clases? —Arrugué el gesto.

—No me refería a eso. Podemos ir a la playa a pasear y tomarnos algo en el paseo marítimo. Hay una sala de recreativos por allí. Quizá te apetezca cambiar un poco de aires.

—¿Los dos solos? —pregunté extrañada.

—Sí, ¿qué problema hay? ¿Me tienes miedo? Prometo portarme bien y cuidar de ti. Además, me debes un favor, si mal no recuerdo. Tengo ganas de hacer algo diferente. Podríamos pasarlo bien.

¿Mason me estaba pidiendo una cita? Mi corazón cada vez iba más rápido. Su mirada esperaba impaciente por una respuesta.

—Está bien. A mí también me vendría bien despejarme un poco. —Intenté que no se me notara lo emocionada que estaba.

—¡Robin, te estamos esperando! —La voz de mi hermana desde el interior del coche rompió el momento.

—Mañana te recojo a las diez. —Mason se agachó y me dio un dulce beso en la mejilla antes de darse la vuelta y dirigirse a su automóvil. Loren lo estaba esperando.

Ahora podía entender mejor sus muestras de afecto. Era un chico al que le hacía falta mucho cariño y, si quisiera, yo sin duda se lo daría. Sabía que podría salir herida de todo esto. Él ahora me veía como una amiga, pero yo… Estaba perdidamente enamorada. Sin embargo, aunque fuera así, quería disfrutar de todo el tiempo que pudiera pasar a su lado. No quería arrepentirme en un futuro de las cosas que podría haber hecho y no hice.

Me metí en el coche de Liam y este lo arrancó sin decir nada. La tensión se palpaba en el ambiente. Mi hermana miraba por la ventana, perdida en sus pensamientos.

Le mandé un mensaje a Alice. La llamaría cuando llegase a casa. Leo le había contado todo y estaba muy preocupada por mí, dada la infinidad de mensajes que aparecían en mi móvil.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —La voz de mi vecino interrumpió el silencio.

—Intentaba evitar esto —contestó Less sin mirarlo.

¿Por qué tenían que hablar delante de mí? ¿Se habían olvidado de que me encontraba allí con ellos?

—¿Desde cuándo me ocultas las cosas? Pensé que eras mi mejor amiga.

—Y lo soy, pero sabía que te pondrías así.

No me habría gustado ser Less en ese momento. Mi vecino sujetaba el volante con fuerza.

—¿Sabes lo imbécil que me he sentido al ver que era el único que no sabía nada?

Holaaa. Estoy aquí.

—¡No exageres, Li! No eres el único que no lo sabía. —Less resopló.

—¡Hasta Mason entendía de qué iba el tema! No me puedo creer que hayas mantenido una relación a escondidas con ese tipo. —Su cabeza se movía en negativa sin poder creerlo—. ¡Y con Spencer! ¿No hay más tíos en el insti, Less? ¿Tenía que ser con él?

—¡Sí, Li! Quería estar con él. Siento haberlo ocultado, pero te conozco y sabía que te pondrías así. Eso es todo, no hay más. —Suspiró.

—¡¿Y qué hay de lo que yo quiero, Less?! He renunciado a cosas por ti y por nuestra amistad, aunque veo que para ti no es lo más importante.

—¿Qué quieres decir? —Mi hermana lo miró sin entender.

Liam aparcó y la observó.

—Que a partir de ahora iré a por lo que quiero sin importarme nada más.

Salió dando un portazo sin esperarnos y entró en su casa de igual manera.

—¿Sabes lo que es la intimidad? —dije, mirando a Less con las cejas alzadas—. Creo que yo sobraba en esta conversación.

—Ya se le pasará —fue su respuesta.

Ambas salimos del coche y entramos en casa. Tenía ganas de hablar con Alice de todo lo que había pasado. Sin embargo, había una cosa que no dejaba de repetirse en mi cabeza. ¿A qué se refería Liam? ¿A qué había renunciado por su amistad con Less?

(ɞ♡♡ɞ)

Me di una ducha relajante después de llegar. Tuve que ponerme una bolsa de plástico para no mojar la venda.

Cuando llegué a mi habitación, me tiré en la cama y llamé a Alice.

—¡Por fin contestas! Estaba preocupada. —Su voz se escuchó antes de que pudiese hablar—. Si no llega a ser por el grandullón no me hubiese enterado de nada. ¿Qué tal está la mano?

—Iba a llamarte, petarda. Necesitaba darme una ducha y tomar los analgésicos para el dolor. Solo está lastimada, no te preocupes —la tranquilicé.

—No puedo creer que le partieras la nariz a Bruce Spencer. Y que no me hayas contado lo de él y tu hermana. —Su voz sonaba a reproche.

—Sabes que si fuera algo mío lo sabrías la primera, pero era el secreto de Less. No podía contártelo —me excusé.

—Lo sé, por eso eres mi mejor amiga. Sé que mis secretos están a salvo contigo. Y te aplaudo por lo del Capullo ese. Yo habría hecho lo mismo.

No me resultaría raro que Alice hubiese reaccionado igual si se tratara de mí. Tenía mucho carácter y nunca dejaría que me hicieran daño.

—¿Y tú? ¿Tienes que contarme algo sobre Leo? —pregunté curiosa y con voz pícara.

—El mastodonte no me cae tan mal. Es divertido meterme con él, eso es todo. —La muy petarda no soltaba prenda.

—¿Seguro? —volví a preguntar.

—Seguro. —Resopló—. ¿Y tú? ¿Qué tal con el Capitán Capullo? ¿Habrá un próximo beso? —Suspiré—. ¡Ay, madre! Es la primera vez que no respondes con evasivas. ¿Tienes algo que contarme, Robin?

—No sé cómo decirlo… Me gusta Mason, pero no como me solía gustar Liam —confesé.

—¡Lo sabía! Era de esperar y… ¡Un momento! ¿Acabas de hablar de Liam en pasado? —preguntó sorprendida.

—Sí. Es algo raro de explicar. Lo que me hace sentir el Capitán Capullo es mucho más fuerte de lo que he sentido nunca por nadie. No sé, Alice. Últimamente no hay nada en él que no me guste. Es raro, ¿verdad?

—Eso es estar enamorada, Robin. Lo has conocido más a fondo y te has dado cuenta de que te gusta todo lo que has encontrado. Aposté por él desde un principio. ¡He ganado! Sabía que no me equivocaba. —Alice me hizo reír.

—Es que me he dado cuenta de que Mason no es lo que parecía desde un principio. Es un chico muy divertido, me hace reír y en el fondo es muy dulce. —Volví a suspirar recordando los momentos que había pasado con él.

—¿Y a qué estás esperando para decírselo? —preguntó.

—No puedo decirle que me gusta.

—¿Ah, no? ¿Cuál es el problema? —Alice no lo entendía.

—A Mason le gusta Sarah. A mí solo me ve como su nueva amiga. Tenemos una especie de tregua entre los dos.

—¿Él te ha dicho eso? Porque me parece que el Capitán Capullo no es la clase de tío que se fijaría en Sarah. Lo veo más inteligente que eso.

—No me lo ha dicho, pero tampoco lo ha negado.

—Entonces no saques tus propias conclusiones. Deberías hablar con él —se exasperó.

—Me lo pensaré. He quedado con él mañana para ir a la playa a pasear.

—¿Tenéis una cita? —Su voz sonó sorprendida.

—¡Nooo! Él no ha dicho precisamente eso. Quiere despejarse un poco de la rutina, así que me ha pedido que lo acompañe.

—Eso es lo mismo que pedirte una cita, Robin. Sigo pensando que lo de Sarah no es cierto. Deberías contarle lo que sientes, no pierdes nada por intentarlo —me animó.

—No quiero arruinar la relación que tenemos ahora mismo. Es divertido compartir tiempo con él.

—Está bien, no intentaré convencerte. Tú eres la que tiene que dar el paso. Siempre te apoyaré en lo que decidas.

—¡Gracias, Alice! Te quiero. Ahora tengo que colgar. Necesito dormir, los ojos se me caen de cansancio.

—Yo también te quiero, Robin. Que descanses. Mañana, cuando vuelvas, me cuentas todo.

—Sabes que lo haré. ¡Adiós, preciosa! —Le mandé un beso.

—¡Adiós, bombón! —Ella me lo devolvió.

Me tiré en la cama pensando en Mason. Estaba muy nerviosa e ilusionada a la vez. Esperaba disfrutar de su compañía todo lo que me fuera posible, aunque era consciente de que había alguna posibilidad de terminar herida. Él pronto se iría a la universidad y no lo volvería a ver. Nuestros caminos se separarían.

Capítulo 35

Me levanté muy temprano. Aunque no lo creáis, estaba muy nerviosa por pasar el día con Mason.

Me entretuve toda la mañana en dejar mi cabello mejor de como solía llevarlo. Al ser ondulado, lo sequé despacio con el secador y lo peiné con los dedos para que mis ondas se quedaran lo más naturales posible.

Eran las nueve y media. No quedaba mucho para que el Capitán Capullo me recogiera. Me faltaba vestirme y todavía no sabía qué demonios ponerme. ¿Desde cuándo me había importado eso? ¡Pues sí! Quería estar un poco más presentable para mi *no cita.* Aunque no lo fuera, estaba igual de emocionada. De ilusiones se vive la vida, ¿no?

Por fin, me decidí por unos vaqueros cortos de talle alto. Mi madre solía comprarnos las mismas prendas a Less y a mí aunque, dado que salía poco, había cosas que ni siquiera había estrenado. Para complementar los vaqueros, me puse un top con rayas de colores y mis deportivas. Era la primera vez que me arreglaba para gustar a alguien. Con Nick nunca había sentido esa necesidad.

Cuando me di los últimos retoques en el espejo (brillo de labios y un poco de colorete), un mensaje sonó en mi móvil. Mason me esperaba enfrente de mi casa.

Cogí el bolso a toda prisa y metí dentro los analgésicos para la mano. Estaba segura de que me empezaría a doler cuando pasara el efecto del anterior.

Corrí escaleras abajo y me despedí de Less, a quien ya había avisado de mi ausencia durante todo el día. Al abrir la puerta divisé a Mason cerca de su todoterreno. No estaba solo, Liam hablaba con él. Solo podía verle la espalda, pero mi atención iba dirigida a mi Capitán Capullo favorito. Parecía que nos habíamos puesto de acuerdo en qué clase de ropa vestiríamos. Él llevaba unas bermudas vaqueras y un jersey de manga corta de un color amarillo chillón.

Me detuve a observar sus gestos, la manera de mover sus manos explicándole algo a mi vecino, el movimiento de sus cejas al hablar. No podía parar de mirarlo, supuse que a eso se refería Alice cuando habló de estar enamorada de verdad.

De pronto, sus ojos conectaron con los míos y una sonrisa asomó a sus labios. La misma que alertó a su amigo sobre mi presencia.

Me acerqué a ellos para entrar en el coche.

—¡Buenos días, chicos! —saludé. Mason y Liam se quedaron mirando mi ropa.

—¡Hola, Friki! No sabía que tenías algo así en el armario. Buena elección para la playa. ¿Me has copiado? —El Capitán Capullo sonrió divertido. Coloqué un dedo en mi barbilla para hacer como que lo pensaba.

—Podría ser. Tengo telepatía, ¿no lo sabías? —reí.

—Eres una caja de sorpresas. —Él me siguió el juego—. ¿Lista para irnos? —preguntó rodeando el automóvil para sentarse en su asiento.

—Estás muy guapa, Robin. —Liam me sorprendió con sus palabras. Meses atrás hubiera saltado de emoción por escuchar aquello, pero ahora… todo había cambiado.

—¡Gracias! —contesté como si nada y entré en el coche.

Mason puso en marcha el motor mientras yo intentaba ponerme el cinturón de seguridad

con mucho esfuerzo, ya que trataba de hacerlo con la mano izquierda.

—¡Espera! —El Capitán Capullo se pegó tanto a mí, que mi corazón dio un pequeño salto. Su cara estaba a centímetros de la mía mientras anclaba el cinturón por mí—. ¡Ya está!

Liam debió intuir mi nerviosismo, porque de repente se apoyó en el lado de mi ventana y miró a su amigo.

—Deberías haber avisado, podríamos haber ido todos juntos y lo hubiésemos pasado bien. Puedo decírselo a los demás y reunirnos un poco más tarde.

¡No, no, no!

Temía su contestación. Quería disfrutar el día a solas con él. Suspiré internamente.

—Mejor lo dejamos para otro día. Hoy solo seremos Robin y yo. Nos vemos mañana, tío. —Tras despedirse con un movimiento de cabeza, Mason avanzó con el coche y dejó a mi vecino atrás. Su cara era de sorpresa. Apostaba lo que fuera a que no se esperaba esa respuesta. Yo aplaudí para mí. Pensaba pasármelo genial con él y olvidarme de todo lo demás.

(ɑ♡♡ɑ)

Fue un trayecto divertido donde escuchamos varias canciones de nuestro cantante favorito. Cantamos juntos las letras o al menos hicimos el intento, ya que nos salía fatal. No me extrañaría nada que comenzara a llover tras aquello. Éramos pésimos dando el tono acertado a la melodía.

Al fin, llegamos a la playa.

—¿Te apetece ir a los recreativos? Todavía tenemos tiempo antes de almorzar. Hay un juego de baloncesto —informó Mason tras bajarse del coche—. Te reto a encestar las pelotas en la red —comentó divertido.

—¡Qué gracioso! Ya sé cómo terminaría. —Levanté las cejas.

—¿Cómo terminaría, señorita Miller? —Su sonrisa traviesa salió a flote.

—Tú dándome una buena paliza, señor Brown. Además, tengo la mano lesionada. —Para qué engañarnos. Debía de ser realista, ese era terreno de Mason.

—¡Está bien! Puedo darte ventaja, Friki.

Se acercó a mí y, con un gesto inocente, puso un mechón de pelo detrás de mi oreja. Por su expresión relajada, supe que lo había hecho sin ser consciente de lo que causaba en mí. Mi cuerpo se estremeció tras el contacto, pero intenté disimular.

—No me gusta que me dejen ganar, así que te devolveré la paliza en el juego de baile. —Hice una mueca que imitó su sonrisa canalla.

—¡Acepto! —contestó enérgico.

Estando con Mason, sentía esa química entre los dos. Era como dar vueltas bajo la lluvia. Relajante pero divertido. Una sensación difícil de describir.

—¿A qué esperas? ¡Vamos a divertirnos!

Se colgó mi bolso en el hombro, cosa que me hizo reír, y entrelazó su mano con la mía antes de salir corriendo hacia el local de los recreativos.

El paseo marítimo estaba atestado de gente que recorría las tiendecitas de los alrededores y, aunque todavía no era verano, se notaba que la temperatura había aumentado en los últimos días. La playa, a nuestra derecha, ya estaba llena de personas que se atrevían a darse el primer chapuzón del año. A lo lejos divisé un pequeño restaurante que estaba a rebosar, y no me extrañaba nada, pues con el calor que hacía se agradecía cualquier bebida fresquita. Pero el

refresco tendría que esperar; el Capitán Capullo me había retado y yo no podía negarme.

(ง♡♡ง)

Nos lo pasamos genial. Como sospeché, perdí en el juego de baloncesto; sin embargo, salí vencedora del de baile. Y es que el Capitán Capullo tenía menos coordinación que un borracho. No entendía cómo podía ser tan bueno en la cancha. Incluso pude ganarle con una mano menos. Lo importante fue que nos reímos y nos divertimos muchísimo.

A la hora del almuerzo pedimos hamburguesas. Mason insistió en invitarme antes de hacer el pedido. El resultado: terminó por decir que la próxima vez prefería comprarme un traje antes que invitarme a comer, y es que pedí la más grande del menú. Me observaba entre divertido y embelesado mientras mis ojos se perdían en la preciosa vista de las olas del mar.

—¿Qué ocurre? —pregunté tras darme cuenta de su escrutinio.

—¿A qué te refieres? —Dio un bocado a su hamburguesa sin dejar de mirarme.

—No dejas de observar cómo engullo como si fuera lo más emocionante del mundo. —Arrugué las cejas.

—Es que a veces me pregunto cómo puedes comer tanto con ese cuerpo tan pequeñito que tienes. —Sonrió divertido.

—¿Me estás llamando enana, Capitán Capullo? —Levanté las cejas, desafiante.

—Seamos realistas, Friki. Muy alta no eres, pero… ¿Qué hay de malo en ser bajita? A mí me encanta tu cuerpo.

Lo soltó como si hablara del tiempo, pero su comentario hizo que casi me atragantara con la comida. Comencé a toser tanto que Mason tuvo que darme un par de toquecitos en la espalda. ¿Es que quería matarme? ¿Cómo se le ocurría decirme esas cosas? No creía que fuera a salir con vida de esa *no cita* con él. Aunque volvería a repetirlo sin dudar.

Al terminar de comer, dimos un paseo por las tiendas de regalos. En una de ellas encontré un llavero con un pequeño demonio que me recordó mucho a cómo solía dibujar a Mason en nuestra niñez. Sacaba mis dotes de artista cuando estaba cabreada por sus típicas bromas pesadas. Me encantó, pero me desilusioné al mirar el precio y ver que era bastante caro y no llevaba suficiente dinero encima. Lo dejé en su sitio y seguí mirando cosas. Mason también recorría los pasillos observando collares de chicos y pulseras que se encontraban en los expositores giratorios.

Seguí dando vueltas y me paré frente al cristal que daba al exterior de la tienda. Había unos bikinis preciosos y me entretuve un rato mirándolos hasta que algo en la calle llamó mi atención.

¿Qué hace Liam aquí?

Caminaba por el paseo marítimo acompañado de Sarah, pero por su actitud estaba buscando algo o a alguien. Movía su cabeza de un lado a otro sin parar. ¿Nos estaría buscando?

Cuando estaba a punto de entrar en la tienda, sentí que me agarraban del brazo y tiraban de mí hacia un lado. Mason me metió con él en uno de los probadores cerca de donde me encontraba.

¿¡Pero qué…!?

Cerró la cortina a toda prisa y me pegó a la pared acercando su cuerpo al mío.

—¿Te has vuelto loco? —pregunté sin entender.

Una de sus manos agarraba mi hombro para que no me moviera y con la otra hacía un

gesto de silencio. El tenerlo tan cerca hizo que mi corazón se acelerara. Mason olía realmente bien, era algo que nunca me había pasado desapercibido. Tragué saliva e intenté hablar.

—¿Se puede saber por qué nos escondemos? —pregunté bajito. Sabía que era por Liam, aunque no entendía la razón.

—Solo será un momento —susurró muy cerca de mi oído. Su cercanía y su respiración cerca de mi cuello hicieron que todos los vellos de mi cuerpo se erizaran.

Mientras se asomaba por un pequeño hueco de la cortina, yo tragaba saliva observando sus labios. Solo tenía ganas de besarlo. Estar tan cerca de él estaba nublando todos mis sentidos. Incluso se me olvidó por qué estábamos allí.

—Ya podemos salir. —Su voz me sacó del trance. Sin embargo, ninguno de los dos se movió.

Por un segundo, su expresión cambió a una más seria y sus ojos se desviaron a mi boca. Creí que iba a besarme, pero debí equivocarme, porque en vez de eso se distanció de mí y, sin decir nada más, abrió la cortina para salir. ¿Podía ser más idiota? ¿En qué estaba pensando? Mason solo me veía como una amiga. Cuanto antes me hiciera a la idea, mejor. Intenté cambiar mi cara de desilusión y salí del probador detrás de él.

—¿Por qué nos escondemos de Liam y Sarah? —Me quedé esperando su respuesta. Enseguida, cambió su expresión por una más burlona.

—Pensé que sería divertido y que querías un día para despejarte, no para comerte más la cabeza —contestó.

—Si lo dices por Liam, ya me es indiferente. No debes preocuparte por eso —me sinceré.

—Mira, Robin, hoy quería pasar el día a solas contigo y eso es lo que haré. Prefiero que no esté aquí Liam ni nadie del equipo ahora mismo. Hemos venido para escapar de la rutina y de todo lo que nos rodea. ¿No es eso lo que quieres? —Me miró muy serio, tanto que me dejó sin palabras. Su forma de decirlo me hizo creer, por un breve instante, que quería estar solo conmigo, como si fuese una cita.

—¿Qué me dices? —Sonrió tras preguntarlo—. ¿Quieres que nos encuentren o escapamos sin ser vistos?

Me tendió la mano para que la cogiera y mi sonrisa se agrandó.

—Escapémonos —dije tras entrelazar nuestros dedos.

Tiró de mí hacia la salida, no sin antes asomarnos fuera y ver que todo estaba despejado. Comenzamos a correr en la dirección opuesta en la que, según Mason, Liam se había dirigido con Sarah.

Corrimos por el paseo marítimo hasta que nos faltó el aire. ¿Cómo podía hacerme tan feliz el simple hecho de estar agarrada a su mano? Me estaba volviendo una boba romántica.

Cuando nos detuvimos, estábamos cerca de la puerta de una heladería. Le dije al Capitán Capullo que me esperara con la excusa de entrar al baño, pero antes de salir del local pedí un helado para cada uno; esta vez sería yo la que invitara. Al salir, le entregué a Mason el suyo. Jamás olvidaría su cara de sorpresa cuando vio el helado de fresa que tanto le gustaba. Su rostro se transformó en el de un niño pequeño que acabase de recibir un regalo. No entendía cómo él, un chico con tanto dinero y comodidades, podía sorprenderse tanto con esos pequeños detalles.

—Te has acordado —susurró, tan bajito que casi no lo escuché.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

—Que te has acordado de mi sabor favorito. —Me miró a los ojos con una expresión que no supe descifrar.

—¡Claro que me acuerdo! Sé que soy un poco desastre y despistada, pero aún sigo teniendo bien la memoria. Espero que por muchos años más.

—Sentémonos en la playa. Ya está anocheciendo y la vista es impresionante. —Mason me agarró de la mano y me llevó hacia la arena.

Ambos nos quitamos las deportivas para poder sentirla bajo nuestros pies. Nos sentamos disfrutando del paisaje mientras nos comíamos el helado. Hubo un momento en el que ninguno de los dos habló. Los dos contemplamos cómo el sol caía y se escondía tras el inmenso mar que teníamos delante. La panorámica era preciosa y el ruido de las olas transmitía paz.

Sentí los ojos de Mason observando mi perfil y conecté mi mirada con la suya. En ese instante, él carraspeó y metió la mano en el bolsillo de su pantalón.

—Esto es para ti. —Sacó un pequeño llavero con un demonio.

—¿Cómo…? ¿Cuándo…? —me sorprendí.

—Te vi muy interesada en esta cosa. Aproveché para comprarlo mientras mirabas los bikinis. Aunque es feo de narices y me resulta familiar. —Frunció el gesto mientras le daba vueltas—. Se parece a uno de esos dibujos que solías hacer de pequeña.

—¿Has visto mis dibujos? —Abrí los ojos sorprendida.

—Una vez. Encontré la carpeta en el salón de tu casa y me entretuve viendo algunos. —Sonrió burlón recordando ese momento—. Desde ese día, supe que dibujar no sería una profesión para ti. Si te soy sincero, eran horrorosos. —El muy idiota rompió a carcajadas.

—¿No sabes lo que es la intimidad? Nadie te dio permiso para verlos —le solté, molesta.

—Los dejaste tirados allí. No sería tan íntimo cuando estaban al alcance de cualquiera —debatió.

—Los dejé en mi salón, en mi casa. ¡Dios! ¡A veces me dan ganas de matarte! —Resoplé.

—Lo sé, estoy acostumbrado a eso. —Seguía riendo. El Capitán Capullo siempre se divertía sacándome de mis casillas, eso no era nuevo para mí.

—Pues no te rías tanto. Esos dibujos son retratos que hacía de ti cuando estaba cabreada por alguna broma pesada.

—¿En serio? —Frunció el ceño y volvió a mirar el llavero—. Pues yo no me veo parecido. Es feo de cojones.

Su cara me hizo reír. La suya se unió a la mía hasta que por fin paramos. Mason cambió su expresión por una más seria.

—Si en algún momento te hice daño con mis bromas, ¡Lo siento, Robin! Jamás fue mi intención. Nunca quise que me vieras así. —Sus palabras hicieron temblar mi corazón. Seguía observando al pequeño demonio, perdido en sus pensamientos.

—Ya no importa, Mason. El pasado es pasado. —Se lo quité de las manos para hacer que me mirara—. ¡Gracias! Lo guardaré como una ofrenda de paz.

Pasamos un rato más hablando hasta que la playa se volvió oscura y decidimos regresar. Al día siguiente teníamos clases y debíamos acostarnos temprano.

Al llegar a mi casa, el coche de Liam estaba aparcado en su puerta, señal de que había vuelto antes que nosotros.

—Nos vemos mañana, Friki. Me lo he pasado muy bien. Gracias por aceptar venir conmigo —dijo antes de que bajara de su todoterreno. Su mirada me indicaba que esperaba algo.

—Gracias a ti. Por el llavero y… por todo. Nos vemos mañana. —Le di un beso en la mejilla y sentí cómo aguantaba la respiración por un instante—. Que descanses, Mason.

Me bajé y me metí en casa. Tras cerrar la puerta, escuché el motor de su automóvil encenderse. Había esperado a que entrara para irse. Me pegué a la madera y suspiré. No sé si fue de ilusión por el día que habíamos pasado o por todo lo contrario. En ese momento, mis sentimientos eran contradictorios. Por un lado, estaba feliz por compartir tiempo con él,; sin embargo, por el otro, sabía que terminaría sufriendo…

¿Qué estás haciendo, Robin?

Capítulo 36

Al día siguiente me levanté para ir a las clases. Mi vecino estaba esperándonos como siempre para llevarnos. Todavía se notaba la tensión entre él y Less, lo que me hacía pensar que no habían arreglado nada entre ellos. Tampoco mencionó este último ni una sola palabra sobre el día anterior y el porqué había ido con Sarah a la playa. Supongo que le apetecía pasar un buen rato con ella y ya está.

El día en el instituto transcurrió con normalidad. Al contrario de lo que pensaba, Bruce me ignoraba cuando me veía por los pasillos entre clase y clase. Todos creían que se había golpeado la nariz con una puerta. Estaba claro que no quería que nadie se enterara de su pequeño incidente con una chica, la cual le había roto la nariz.

Sobre mi examen de matemáticas, tengo que decir que fue toda una sorpresa. ¡Síii! Había aprobado, y con un sobresaliente. Todo gracias al Capitán Capullo y a sus clases con gafas sexis incluidas. Nada más verlo me tiré encima de él y lo abracé. Puede que fuera por el furor del momento, o que quizá necesitaba tocarlo y sentir que estaba ahí, a mi lado, como en las últimas semanas. Me había acostumbrado tanto a su presencia, que ahora me costaba no tenerlo cerca. Nuestra relación se había convertido en una totalmente diferente. Una de amistad, de confianza, aunque en mi interior albergaba algo más, algo que nunca podría tener.

La semana pasó rápida, la última antes de que mis padres llegaran. Pronto todo cambiaría. Ya no tendría que seguir a Less a todas partes, ya no tendría que estar con sus amigos y eso incluía también a Mason. La verdad es que estaba aterrada de que llegara ese momento. No había excusa para seguir con ellos y eso dolía. Una sensación de angustia se apoderaba de mí cada vez que pensaba en ello.

Alice se cansó de decirme que estaba equivocada sobre el Capitán Capullo y que debía hablar con él. Confesarle mis sentimientos, pero tras varias negativas de mi parte, decidió no insistir más.

Llegó el viernes por la noche: todos habíamos quedado para cenar pizza en mi casa. Invité a Alice y a Peter. Este último me caía muy bien y para mí ya formaba parte de mi escaso grupo de amistades. Aunque también había una razón oculta: quería que Less pasara tiempo con él y se diera cuenta de que era un gran chico. A mi hermana no le vendría mal una persona así en su vida, alguien que no se mirara los musculitos cada cuarto de hora en el espejo como *Mister Esteroides*. ¡Lo sé! No tenía sentido que yo quisiera hacer de Cupido cuando mi vida amorosa era patética, pero tenía que intentarlo. Quizá se me diera mejor buscar el amor para los demás.

Y ahí estábamos todos, en el salón. Sentados en el sofá comiendo pizza y viendo una peli de comedia que se acababa de estrenar: *Sin Malos Rollos*. Hacía tiempo que quería verla, ya que la actriz protagonista era ni más ni menos que Katniss de *Los Juegos del Hambre*, personaje que me encantaba.

Del grupo de Less solo faltaba Tiffany. No había sido invitada, el por qué no lo sabía. Pero mi hermana no era para nada estúpida y no me extrañaría que se hubiese dado cuenta de cómo era su amiga en realidad.

Me estaba encantando la película. Tocaba un tema en el que solía pensar estas últimas semanas. De que nada es lo que parece y que, a veces, conocer el interior de las personas puede

hacernos cambiar la forma en que las veíamos al principio.

Estaba disfrutando de la peli, pero aun así, me sentía un poco incómoda con la actitud de Liam. Se había sentado entre Mason y yo a propósito, cortando una conversación que manteníamos muy animadamente. No le di mucha importancia al principio, dado que era el mejor sitio para ver la pantalla de frente. Pero a medida que transcurrían los minutos, me di cuenta de que mi vecino estaba actuando de forma muy extraña. Uno de sus brazos comenzó a ocupar parte de mi espacio personal a mi espalda en el sillón mientras con su otro brazo cogía una porción de pizza. Su mano a mi espalda casi tocaba mi hombro, algo que no me gustaba para nada. Puede que hubiese querido eso en el pasado, pero en ese momento ya estaba cansada de sus jueguecitos. Me apenaba ver que mi primer amor no era todo lo que yo había creído desde un principio. Liam no era mala persona, pero tampoco era lo que yo esperaba.

Después de un buen rato incómodo intentando no pensar en su brazo detrás de mi espalda, sentí sus dedos en mi hombro. Fue apenas una suave caricia, la cual no despertó ningún sentimiento en mí, solo rechazo. Lo miré sin comprender a qué mierda estaba jugando, pero Liam miraba la televisión como si nada.

¿Me está vacilando?

Me debatí entre doblarle la mano o estamparle mi porción en la cara, pero eso llamaría la atención de todos y después del incidente con Bruce no quería parecer aún más salvaje. Así que decidí poner distancia entre su mano y mi hombro. Fui arrastrándome cual gusano hacia abajo del sillón, pero su mano acortaba de nuevo el espacio que nos separaba. Los demás ni siquiera habían reparado en mi incomodidad, estaban demasiado concentrados comiendo y viendo la peli.

Resoplé molesta. Mi paciencia tenía un límite y ya estaba llegando a su fin. Pero antes de llegar a explotar, las manos de Mason en el otro extremo del sillón llamaron mi atención. Tenía un refresco sin abrir, el cual movía de arriba abajo. Me quedé mirando sin comprender qué hacía, pensando si estaba tan concentrado en la pantalla que no se daba cuenta. No podía verle la cara, porque Liam estaba entre los dos. Pero de pronto comprendí qué pretendía el Capitán Capullo, cuando tras el sonido de la lata al abrirse, Liam saltó del asiento empapado y maldiciendo.

—¡Joder, Mason! ¿A ti qué coño te pasa? ¿Estás mal de la cabeza o qué? —Liam tenía toda la camiseta empapada de refresco. Los demás comenzaron a reír, aunque a mi vecino no le hacía tanta gracia.

—¡Lo siento, tío! Debió moverse durante el camino en el coche. No soy adivino —se excusó Mason, aunque su sonrisa burlona decía todo lo contrario.

—¡Sí, ya! Qué casualidad. A ti ni siquiera te ha salpicado. —Liam lo miraba con expresión de reproche.

—¡Ey! ¡Los dos! —La voz de mi hermana se escuchó entre las risas de los demás—. Si habéis manchado el sofá, ya podéis limpiarlo. Si no, será a mis padres a quienes tendréis que dar explicaciones.

—Voy a por un trapo. —Me levanté incómoda tras la tensión entre Mason y Liam. Este último maldecía mientras se quitaba la camiseta empapada.

—¡Qué asco! Estoy todo pegajoso. Voy a mi casa a darme una ducha. Ahora mismo vuelvo. —Lo escuché mientras me agachaba a coger el trapo de uno de los cajones de la cocina.

—No tardes, que no pienso rebobinar la peli y volver a ver a ese flacucho en bolas —soltó Leo. Se refería a la peli.

—No le llames flacucho. El chico es adorable —lo defendió Alice.

—¡Sí, claro! Un osito de peluche —ironizó.

Ya empezábamos como siempre. Esos dos discutían por cualquier tontería a cada momento. Peter no dejaba de reír sabiendo lo que vendría ahora: dardos invisibles desde una punta a la otra.

La puerta de la calle se escuchó al cerrarse, señal de que Liam acababa de salir.

—¡Tú cállate, mastodonte! Normal que no entiendas de lo que trata la peli. Todo lo que te sobra de cuerpo te falta de cerebro. —Una carcajada salió de mis labios, y es que Alice era todo un personaje. Parecía que era la única que se atrevía a desafiar a Leo y a él, por el contrario, no le desagradaba para nada.

—¡Por Dios! ¿Podemos escuchar la peli de una vez? —exclamó Less molesta. Parece que puso orden, porque Leo ni siquiera contestó a los insultos de mi amiga.

Me acerqué a limpiar un poco el desastre del sofá. No se había manchado tanto, dado que casi todo había caído encima de mi vecino. Después le pasé el trapo a Mason, quien tenía algunos salpicones en el brazo.

—¡Gracias! —Me sonrió y comenzó a limpiar la manga de su camiseta.

De pronto, se levantó.

—¿A dónde vas? Vas a perderte la peli —susurré bajito para no molestar a los demás.

—Voy al baño. ¿Es que quieres venir conmigo, friki? —Movió sus cejas con picardía. Típico de Mason.

—¡Idiota! —Le saqué el dedo corazón. Este sonrió, levantándose del sofá y perdiéndose por el pasillo.

Suspiré. Me encantaban todas las facetas de él y me reí recordando a Liam saltando del sofá. Puede que el Capitán Capullo se pasara con las bromas, pero esta vez sabía que había sido para ayudarme. ¿Por qué me conocía tanto? Él sabía cómo me sentía en cada momento sin hacer falta palabras. ¿Por qué? ¿Por qué se había metido tan pronto debajo de mi piel de esa manera? Tanto, que dolía no poder tenerlo. Jamás había deseado a nadie de esa manera.

Me levanté de mi asiento sin hacer ruido y me dirigí al baño donde se encontraba Mason. Ya sabéis lo impulsiva que soy. Mis pies se movieron solos antes de pararme a pensar en lo que hacía.

Esperé en la puerta del baño, necesitaba sacar todo lo que tenía dentro. El ruido de la cisterna me indicó que estaba a punto de salir. La puerta se abrió y la expresión sorprendida de Mason me confirmó que no esperaba encontrarme allí.

—¿Has cambiado de opinión, friki? —Él sonrió esperando mi respuesta.

—Verás. Yo… —No sabía cómo decirlo.

Me gustas, Mason. Necesito besarte. Si no, moriré de ansiedad.

Sí. Parecía fácil, pero en realidad no lo era.

—¿Sí? —Mason levantó las cejas esperando a ver si arrancaba de una vez—. Déjame adivinar, ¿quieres pedirme una cita?

—¡¿Qué?! —pregunté muy alterada y abrí los ojos de par en par. Mason rompió a carcajadas.

¡Madre mía! ¡Casi me da un infarto!

—Tranquila, Friki. Era una broma. Si hubieses visto tu cara —siguió descojonándose a mi costa. Si él supiera que no iba tan mal encaminado…

—Yo…

¡Joder, Robin! No seas cobarde. ¡Dilo!

—No puedo —solté como si estuviese hablando conmigo misma.

¡Madre mía! ¿Pero qué leches hago pensando en alto?

—¡¿Qué?! ¿No puedes qué? —Mason arrugó la frente. El pobre estaba un poco perdido y no me extrañaba.

—Yo… quería darte las gracias por lo de antes.

¡Bien, Robin! Ahora serás la ganadora del premio a la más cobarde.

—No te sigo, friki. —Él seguía sin entender.

—¿Sabes qué? A la mierda todo —respiré hondo, lo agarré del cuello y lo besé.

¡Sí, Robin! A esto se le llama echarle un par de huevos al asunto.

Estampé mis labios con los suyos en un beso rápido e impulsivo, muy típico de mí.

La expresión de Mason y su silencio hicieron que me arrepintiera de la locura que acababa de hacer. Una cosa era decir "*Me gustas"* y otra muy distinta era estamparle todos los morros. Creo que lo había asustado. Se me pasó por la cabeza salir corriendo, pero uno: eso era de cobardes. Y dos: no tenía sitio al que salir corriendo, estaba en mi propia casa. Mi entorno seguro. Así que lo único que salió por mi boca fue:

—¡Lo siento! —susurré como una idiota sin ni siquiera mirarlo.

—¡Yo también lo siento! —susurró de vuelta.

—¿¡Qué!? —pregunté sin entender. Al levantar la cabeza pude ver su mirada, intensa y penetrante.

—Te pido perdón por adelantado. —Antes de intentar comprender a qué se refería, posó sus manos en mis mejillas y me besó.

Sus labios comenzaron a moverse lentamente, con toques suaves y cortos, hasta que poco a poco sentí su lengua invadiendo mi boca y le di permiso para pasar. Enredé la mía con la suya y el beso se volvió más salvaje, más hambriento. Cuando no nos quedaba más oxígeno nos dimos tiempo para coger aire, en el que nuestras respiraciones se escuchaban aceleradas.

El último beso con Mason me había encantado, pero este me había quemado desde dentro.

Su boca impactó otra vez con la mía, pero esta vez con urgencia, con ganas, como si llevara tiempo deseándolo al igual que yo. Sin perder el contacto, sus manos bajaron por mi espalda hasta las caderas, acariciándome con pasión. Me agarró por los muslos haciendo que enredara mis piernas en su cintura y poco a poco, nos metimos en el baño hasta que mi espalda quedó pegada a la pared. Mi cuerpo ardía deseando más y más de él. Tanto, que mi cabeza dejó de pensar por un momento y di paso a mi instinto. Lo deseaba, lo quería todo de él. Pero, de pronto, la voz de Alice nos sobresaltó.

—Bombón, ¿te queda mucho en el baño? —La cara de mi amiga se transformó en sorpresa al asomarse y vernos en aquella postura. Yo pegada a la pared y mis piernas enredadas en la cintura de Mason.

—¡No os preocupéis, chicos! Vosotros seguid. Yo iré al baño de arriba. Deberíais cerrar la puerta. Bueno, da igual, ya la cierro yo. —Y con una sonrisilla traviesa, se fue.

No tuve tiempo de distanciarme de Mason cuando la puerta de entrada se escuchó abrirse y cerrarse.

—¡Ya he vuelto, chicos! —La voz de Liam se escuchó desde el salón—. ¿Y Robin?

—No sé si jugando al amor o a la guerra —soltó mi amiga. Todo se escuchaba desde el baño.

—¡Madre mía! Voy a matar a Alice —resoplé mientras me tapaba la cara por la vergüenza. Mason comenzó a reír y me bajó hasta que mis pies tocaron el suelo.

—¿Qué? —Se escuchó a Liam preguntar.

—¡Déjalo! No lo entenderías —contestó de vuelta mi amiga.

—¿Podéis ir a hablar a otra parte? Quiero enterarme del final. ¡Por favor! —El mal humor de Less salió a flote.

Mason y yo reímos a la misma vez.

—Creo que deberíamos salir —dije. Aún no había apartado su cuerpo del mío. Sus manos seguían en mis caderas.

—Sal tú primero. Necesito un momento. —Su sonrisa burlona me indicó a qué se refería sin tener que explicarlo.

—Te espero fuera. —Le di un tierno beso en la mejilla.

Antes de salir, me miré al espejo y me avergoncé todavía más. Parecía haber corrido una maratón. Mi pelo estaba todo revuelto y mis mejillas podían competir con las de Heidi. Si antes estaba aterrada, ahora estaba confusa. Mason me había devuelto el beso. ¿Eso significaba que le gustaba? ¿O solo había sido un simple lío?

Me arreglé un poco el cabello y salí del baño. Me coloqué en la alfombra a los pies de Alice; no estaba dispuesta a sentarme de nuevo cerca de Liam.

A los cinco minutos, Mason apareció en la sala y se sentó en el sitio que ocupaba antes. Me lanzaba miradas furtivas desde el otro extremo del salón y Liam miraba extrañado en ambas direcciones. Era normal que los demás se olieran que algo había pasado entre nosotros, dado que éramos los únicos que parecíamos haber salido de una sauna. La sonrisilla de Leo no me pasó desapercibida y la risa de Alice tras sentarme a su lado no se debía a la película precisamente.

¡Dios, qué vergüenza! Estaba deseando que la maldita peli acabara de una vez. De todas formas, me había perdido casi la mitad.

Capítulo 37

—¿Por qué siempre te ríes de lo que te cuento? —le reproché a Alice. Las dos estábamos sentadas en mi cama. Ella se apoyaba en el cabecero y yo abrazaba un cojín justo frente a ella.

Después de que terminara la película todos se habían marchado excepto mi amiga. Llamó a su padre para decirle que se quedaba en mi casa a dormir. Prefería recibir una bronca de su progenitor por no avisar antes que perderse los detalles jugosos que pretendía sonsacarme.

Sobre Mason, no pude hablar nada con él. No nos dejaron ni un solo momento a solas y sus únicas palabras tras despedirse y salir con los demás fueron:

Te veo mañana, Friki. Tenemos una conversación pendiente.

¡Y tan pendiente! Nos habíamos liado. Bueno, yo me tiré a su cuello y le pedí perdón, luego él me lo pidió a mí y se tiró al mío.

Alice me sacó de mis pensamientos:

—¡No me lo puedo creer! Jamás hubiera imaginado que os pillaría en mitad de… —Hizo un gesto con la mano—. ¡Ya sabes! —Su risa estridente se escuchaba por toda la habitación.

—No te rías. ¡Qué vergüenza! No sé cómo pude lanzarme a su cuello como un guepardo. —Suspiré—. ¿Y ahora qué? —pregunté. Tenía muchas dudas a partir de ese momento.

—Pues ahora, tú te confiesas, él te dice que le gustas y comiendo perdices, seréis felices. Fin del asunto —contestó ella.

—No es tan fácil, Alice. Tengo miedo de que para él esto solo haya sido un calentón del momento. Mira lo que pasó con Liam.

—No seas boba, Robin. A Mason le gustas de verdad, no sé cómo todavía después de lo que ha pasado entre vosotros sigues pensando en esa absurdez de que está enamorado de Sarah. ¿Tú lo estás de Liam? —preguntó con las cejas alzadas.

—¡Claro que no! —exclamé muy segura.

—Pues es lo mismo que él pensará. Es un malentendido que debéis solucionar y tenéis que hablar de una vez por todas. Hay una química especial entre vosotros. Esto se veía venir, era cuestión de tiempo.

—Tienes razón. No puedo aguantar más esta situación. Necesito decirle lo que siento. Que Liam es pasado y que estoy enamorada de él. —Ya estaba decidido. Tenía que hacerlo—. Mi hermana ha decidido hacer mañana una fiesta en mi casa, antes de que vengan mis padres. Será el momento perfecto para hablar con Mason. Nadie nos molestará en mi habitación. Así podremos aclarar las cosas.

—¡Esa es mi chica! —Alice aplaudió a la vez que comenzaba a reír de nuevo.

—¿Y ahora qué? —Arrugué el gesto—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada. —No paraba de reír—. Solo estaba recordando el momento de la explosión del refresco. —Alice se agarraba el estómago y lloraba de la risa—. ¡En serio! Soy súper fan de Mason. Ya me hizo gracia ver saltar a Liam del sofá, pero ahora que sé la razón…

—Sí. El Capitán Capullo es todo un personaje. No sé de dónde saca esas ideas tan retorcidas. —Fruncí las cejas pensando.

—¡Me encanta! La manera en que decidió boicotear el momento a Culito Apretado. La diferencia es que Mason defiende su terreno de una forma muy sutil y Liam lo hace como un

tremendo invécil.

—Si te digo la verdad, no sé en qué demonios piensa Liam. ¿Qué es lo que quiere ahora de mí? —resoplé molesta—. Ya me dejó claro tras el beso que para él no había sido nada.

—¿En serio te lo estás preguntando, Robin? —Alice puso cara de incredulidad—. Los tíos son así. Su ego masculino está por los suelos desde que te fijaste en Mason.

—Espero que no sea cierto. Yo ya he pasado página. —Me tiré en la cama apoyando mi cabeza a su lado.

—¿Y Jack? Ya no me dices nada sobre él —pregunté mirándola de reojo.

—No sé… —Se quedó pensando—. Creo que no eres la única que se equivocó con el chico que le gustaba. Las pocas veces que hemos coincidido me ha parecido un poco soso.

—Tampoco te he visto hablar mucho con él. Te pasas el rato discutiendo con Leo —sonreí. Ella me devolvió el gesto.

—Me resulta más divertido pelear con la bola de billar —rompió a reír.

—Me acabas de recordar a alguien. —Suspiré—. ¿Por qué sois tan parecidos?

—¿A qué te refieres? —preguntó sin entender.

—Nada —contesté, colocando mi almohada en su sitio—. Deberíamos dormir. No quiero parecer la novia cadáver cuando hable con Mason.

Alice se carcajeó.

—Siempre tendremos el corrector para ojeras de Less. —Ahuecó su lado de la almohada.

—Bien pensado. El maquillaje hace milagros. —Apagué las luces—. ¡Por dios! ¡Parezco una animadora hablando!

Lo último que se escuchó, fueron las risas de ambas antes de quedarnos dormidas. A mí me costó un poco más. Seguía dándole vueltas a qué le diría a Mason cuando lo viera. Estaba dispuesta a todo. No perdía nada por intentarlo.

(ʚ♡♡ɞ)

Alice y yo pasamos la mañana viendo una peli como en los viejos tiempos. Después de almorzar su padre vino a recogerla y ella se despidió de mí con la promesa de vernos más tarde. Se arreglaría en su casa y Leo pasaría a por ella para traerla. Ella no paraba de decir que solo eran amigos, pero no me extrañaba nada que pronto acabaran liándose.

Ese día, Less y yo nos ahorramos la limpieza, dado que todo quedaría hecho un asco después de la fiesta y nos tocaría dejarlo todo impecable al día siguiente. Aunque se pretendía que fuera en la piscina (dado que ya hacía mejor tiempo), ya se sabía que la gente andaría por todos sitios sin permiso. ¡Nota importante! No podía olvidarme de poner un cartel en la puerta de mi habitación como había hecho Mason. No quería que nadie ocupara mi espacio personal y menos aún mi cama.

Tras la marcha de Alice llamé a Loren. Ella vendría a ayudar a mi hermana a prepararlo todo y traería las bebidas que hacían falta para los invitados. Su voz sonó tras el móvil.

—¿Robin? ¿Ocurre algo? —Loren se extrañaba por mi llamada.

—Quiero pedirte un favor —le contesté.

—¿Y bien?

—Necesito un vestido para la fiesta. Ya sabes que mi hermana es más alta que yo, así que…, quería que me arreglaras como la última vez.

—Ya había pensado en eso. Llevo un vestido que te encantará. Es de tu estilo, no tiene

escote y no es nada recargado. Estaba a punto de salir para allá. Ya tengo todas las bebidas cargadas en el maletero.

—¡Gracias, Loren! —le agradecí. La amiga de mi hermana cada día me caía mejor. Me extrañó que no mencionara a Tiffany para nada.

Mi móvil sonó con la entrada de un mensaje. Era Mason:

Tenemos una conversación pendiente, Friki.

Después de leerlo, le contesté:

Lo sé. También tengo algo que decirte.

¿Quieres que pase a recogerte?
Prometo no llevarte al karaoke. Cantas fatal

Me reí. Se notaba que Mason no estaba nervioso por hablar conmigo.

No. Mejor nos vemos esta noche, en la fiesta.

Ok. T*e veo esta noche entonces.*
Adiós, Friki. No te pongas tacones.
No quiero tener que recogerte de nuevo de la piscina.
No me apetece un baño y no llevo ropa de recambio.
A no ser que quieras verme desnudo.

Adiós, Capitán Capullo

Sigue soñando.

Hasta hablar con Mason por mensaje era divertido. ¡Dios, cómo me gustaba!

Al cabo de un rato, llegó Loren con las bebidas. También traía un *pendrive* preparado con la música que habían utilizado para otras fiestas. Las tres organizamos el jardín con luces, una gran mesa con cosas para picar y vasos de plástico para las bebidas.

Decidimos cenar más temprano de lo habitual para que nos diera tiempo a arreglarnos. Sabía que tardaríamos al menos dos horas como la última vez. En ese momento me encontraba sentada en mi sillón frente a un pequeño espejo viendo cómo Loren hacía su magia. Ya me había maquillado. Casi me salta un ojo con el lápiz y no la culpo, yo no dejaba de moverme.

—¿Dónde está Less? —Hacía un buen rato que no la veía aparecer.

—Está en el baño arreglándose el cabello —respondió mientras me cepillaba.

—¿No se metió hace media hora en la ducha? —me extrañé.

—No. Fui yo la que me metí mientras ella hablaba por teléfono.

—¿Por teléfono? ¿Con quién? —El color abandonó mi cara.

—¡Tranquila, Robin! No es con quien estás pensando. Últimamente habla mucho con Peter.

Suspiré aliviada.

—Al final se me va a dar bien eso de hacer de Cupido. —Sonreí de oreja a oreja—. ¿Quién te gusta, Loren? Nunca te he escuchado hablar sobre eso.

—Porque yo ya tengo pareja —sonrió.

—¿En serio? No sabía nada. Nunca te he visto con nadie. ¿Es del instituto al que vamos? —Parecía una cotilla, pero me mataba la curiosidad.

—Tú ya la conoces. Es Lara, de primer curso. Nos has visto poco juntas porque sus padres no suelen dejarla salir mucho. Son un poco… de pensamiento antiguo y muy estrictos, diría yo. En el instituto nadie sabe que le gustan las chicas. Soy la primera con la que sale —me explicó—. Todavía tiene miedo de que sus padres no lo entiendan —suspiró.

No sabía que a Loren le gustaran las chicas, pero eso era normal, ya que no estaba en su grupo de amigos. Aparte, casi nunca me enteraba de nada de lo que pasaba en el insti. Siempre intentaba apartarme de todo lo que tuviera que ver con los populares.

—No te preocupes, Loren. Estoy segura de que cuando Lara decida dar el paso y conozcas a sus padres, verán la persona tan estupenda que eres. Eres una chica fantástica —intenté animarla.

—¡Tú también! Y además estás guapísima. Mason no te quitará el ojo en toda la noche, ya verás. Lo tendrás babeando por todos los rincones de la casa —sonrió.

Me conformaba con escuchar de sus labios que también le gustaba. Estaba muy nerviosa. Ya quedaba menos para armarme de valor y decirle lo que sentía.

Al cabo de una hora, comenzó a llegar gente. A los pocos minutos, mi casa y el jardín estaban repleto de estudiantes con vasos de plástico en la mano y bailando al son de la música que Loren había preparado.

Subí al baño a mirarme por última vez en el espejo. Tuve que esperar que una chica saliese de él para poder entrar. Si os digo la verdad, era un poco quisquillosa con eso de que gente a la que no conocía de nada estuviese andando por mi casa como si fuese suya. Me miré al espejo para darme seguridad, quería impresionar al Capitán Capullo con mi vestido. Era negro, con un escote de palabra de honor. Se pegaba a mi cuerpo hasta llegar a las rodillas. Era muy simple, pero me hacía sentir guapa. Lo había combinado con unas deportivas blancas. ¿Qué queréis que os diga? Después de mi caída de la última vez no pensaba volver a ponerme tacones mientras me acordase.

Me acerqué al jardín después de dar un par de vueltas buscando a los demás. Esperaba encontrar a Mason allí, pero solo estaban Leo y Alice. Esta última vestía pantalones cortos de color negro y un top a juego que dejaba a la vista parte de su cintura. Estaba guapísima.

—¿Dónde estabas? Te he buscado por todas partes —preguntó mi amiga.

—Necesitaba ir al baño. ¿Y los demás?

—Liam y algunos del equipo están ya en la fiesta, acaban de llegar. Loren y Less han ido a por nuestras bebidas a la cocina y Mason ha ido a recoger a Peter. Por lo visto faltaban bebidas y ellos se harían cargo de traerlas. Estarán al llegar —contestó Leo.

—¿Más bebidas? Si Loren ha traído suficiente —me sobresalté.

—Nunca es suficiente. —Leo comenzó a reír. En vez de estudiantes parecían esponjas absorbentes de alcohol.

—Voy a buscar a Less —los avisé. Quería quitarme de en medio y dejarlos a solas.

Recorrí el jardín para entrar en la casa, pero antes de llegar a la puerta alguien me agarró del brazo. Al volverme me encontré de frente con Liam.

—Tengo que hablar contigo, Robin. —Su mano seguía agarrada a mi brazo.

—¿Tiene que ser ahora? Tengo un poco de prisa. —Me solté de su agarre. Presentía que lo que iba a decirme no me iba a gustar.

—Le he dicho a Sarah que se acabó. Que no volveré a tener nada más con ella. Hay una persona que me importa y a la que no quiero renunciar. —Liam me miraba a los ojos, su mirada era decidida. ¿Qué quería? ¿Que le regalara un pin?

—Eso no tiene nada que ver conmigo, Liam. Es tu vida y puedes liarte con quien quieras. Creo que esas cosas deberías hablarlas con Less. Ella es tu mejor amiga, no yo.

Me giré para irme. No quería escuchar lo que vendría ahora.

Él me volvió a agarrar del brazo y se puso frente a mí.

—¿No lo entiendes, Robin?

¡No! ¡No! ¡No lo digas!

—Tú eres esa persona, Robin. Solo quiero estar contigo.

¡Mierda!

—¿En serio, Liam? ¿Te estás quedando conmigo? —Me solté de su agarre de un tirón—. ¡¿Cómo puedes decirme esto ahora?! ¡¿Después de besarme y pisotear mis sentimientos?!

—Nunca quise hacerte daño, Robin. Llevo años enamorado de ti. Si no te lo he dicho antes ha sido por Less y nuestra amistad. Para mí ha sido difícil.

—¡¿Y esto qué es?! —Levanté los brazos exasperada—. ¿Una forma de vengarte por la traición de mi hermana? ¿Qué crees que soy? ¿Un pañuelo de usar y tirar? ¿Una muñeca esperando sentada a que quieras usarla para jugar?

—¡No, te equivocas, Robin! Déjame demostrarte que voy en serio. Que solo quiero estar contigo. —Sabía que Liam no estaba mintiendo, pero mis sentimientos habían cambiado.

Respiré hondo e intenté tranquilizarme. Suspiré y hablé de forma más calmada.

—¿Sabes lo que me da pena, Liam? Que llevo años deseando escuchar esas palabras. Y sin embargo, todo ha cambiado. Yo ya no siento lo mismo por ti. ¡Lo siento! —Debía ser sincera y acabar con esto cuanto antes.

Llevó sus manos a la cabeza y comenzó a reír. De sus labios salieron risas de amargura. ¿Es que se había vuelto loco?

—No me lo puedo creer. Esto no está pasando. —Hablaba consigo mismo—. No puedes hacerme esto, Robin. No ahora —dijo en una súplica.

—¡Lo siento, Liam! Mi intención no es hacerte daño. —Después de todo me disculpé. No podía soportar su expresión de dolor.

—Solo dame una oportunidad —me rogó.

—¡No puedo! —No sabía qué más decirle. ¿Por qué no lo entendía?

Me agarró de los hombros y me hizo que lo mirara.

—Solo te estoy pidiendo una oportunidad. Solo una. Puedo hacer que vuelvas a confiar en mí.

¿Por qué dolía tanto rechazar a una persona? Mi pecho se apretaba al verlo así.

—No puedo, Liam ¡Lo siento! No ahora. Yo estoy… —Su cara pasó de la angustia a la rabia.

—¡¿Es por Mason?! —Creo que mi silencio y mi expresión se lo dijeron todo.

De un momento a otro, su mirada pasó de mí a algo a mi espalda, sentí su rabia antes de que me diera tiempo a girarme. Y sin darme tiempo a reaccionar, me pegó a su cuerpo y me besó. Un mal presentimiento se instaló en mi pecho.

¡No, no, no!

Empujé a Liam para apartarlo de mí y giré mi cuerpo a toda prisa, pero ya era tarde. La espalda de Mason se perdía entre la gente saliendo del jardín. Me volví y encaré a mi vecino sorprendida. No podía creer lo que acababa de hacer. Lo apunté con el dedo:

—¡Tú! Tu sabías que él estaba ahí. ¿Por qué? —susurré dolida—. Mason tenía razón. ¡Eres un cobarde! —fue lo último que dije antes de salir corriendo tras el chico del que estaba enamorada.

Corrí y corrí esquivando a la gente que se encontraba en la fiesta. Aunque llamaba a Mason a voces, él no se detenía.

¿Por qué…? Esto no tenía que pasar así.

Capítulo 38

Corrí tras Mason como si se me fuera la vida en ello y salí de la casa a la vez que gritaba su nombre. Aunque solo veía su espalda, sabía que su intención era marcharse. En ningún momento se giró para mirarme.

—¡Mason! ¡Espera! Déjame explicarte. ¡Por favor! —Alcé la voz antes de que llegara a su todoterreno.

Cuando estaba a un metro de él, se dio la vuelta y me encaró.

—¡No tienes que explicarme nada, Robin! Ahórrate las palabras. ¡Felicidades! Por fin tienes lo que querías, ¿no? —Su mirada dolida se clavó en mi pecho como un puñal.

—¡Te equivocas, Mason! —Mi voz se rompió.

—En eso llevas razón, Robin. Me he equivocado. Soy un tremendo idiota. Tan idiota —Levantó un dedo y rio amargamente—, que por un solo segundo pensé que al fin me veías. —Jamás había visto a Mason hacer una expresión igual. Eso me partió el corazón.

—¿Y quieres saber la verdad, Robin? ¡Pues bien! Te la voy a decir: llevo años intentando llamar tu atención. ¡Llevo años queriendo conseguir, que al menos, me dediques una mirada que no sea de odio! Llevo tanto tiempo viendo cómo solo tienes ojos para mi mejor amigo, que ya he perdido la cuenta. Al igual que las veces que me inunda la rabia al ver que a él no le importa en absoluto.

Me quedé en *shock* tras sus palabras, las cuales pronunciaba con dolor y rabia.

—¿Y sabes por qué soy aún más idiota, Robin? Porque llegué a pensar que tras la marcha de tus padres podría tener alguna posibilidad de que me conocieras de verdad. —Suspiró y agachó la cabeza negando—. Porque mi canción favorita es para ti. Porque cada vez que la escucho, eres tú la que aparece en mi cabeza. —Levantó la vista y me miró a los ojos—. Porque tú eres una entre un millón. Podría encontrarte con los ojos cerrados entre la multitud sin ningún problema. ¡Porque yo sí te veo, Robin! ¡*Esa* es la diferencia! No importa si llevas un vestido, vaqueros o sudaderas anchas. Para mí, siempre has sido perfecta.

—¿Por qué…? —Negué con la cabeza—. ¿Por qué no me lo dijiste? —Susurré.

—¿Me habrías creído? ¿Habrías tomado en serio al Capitán Capullo que tanto odias?

Me quedé callada. Él llevaba razón. Si me hubiese dicho esto hace semanas, hubiera creído que quería burlarse de mí.

—Quería que esta vez fueses tú la que me vieras, pero ya me he acostumbrado a estar en segunda fila. —Me sonrió con tristeza.

Se dio la vuelta y se acercó a su coche. Tenía que decirle lo que sentía. No podía dejarlo ir. Mi cuerpo se movió por fin. Él entró y arrancó el motor. Me paré justo en su ventana, rogando que me escuchara.

—¡Mason! ¡No te vayas, por favor! ¡Escúchame! —Golpeé el cristal con los puños.

Bajó un poco la ventanilla y ni siquiera me miró, pero sus palabras hicieron que desistiera:

—¡Lo siento, Robin! No es por ti, sino por mí. Quizá podamos ser amigos más adelante. Pero necesito tiempo. Ahora mismo tengo que irme. ¡Necesito que me dejes ir! ¡Por favor! Deja que me vaya —susurró con dolor.

Mis lágrimas recorrían mis mejillas cuando me aparté del cristal. Y como él me había pedido, dejé que se marchara.

Me dejé caer en la carretera agarrándome las rodillas, y lloré. Lloré por Mason, por mí, y por no haberme dado cuenta antes de esos pequeños detalles. ¿Por qué había estado tan ciega?

No me moví. Me quedé ahí. Llorando. Pensando en una noche diferente. En cómo podría haber sido. Donde Mason llega y ambos confesamos nuestros sentimientos. Luego nos besamos y nos contamos todas las cosas que queríamos decirnos.

—¿Robin? ¿Qué ocurre? —La voz de Peter me hizo girar la cabeza en su dirección.

Corrió hacia mí recorriendo la calzada y me miró, sorprendido y con preocupación.

—¿Y Mason? Su coche no está. —Me agarró de los hombros y me cogió de la barbilla para que lo mirara.

—¡Robin! ¿Qué te pasa? No llores, por favor. —Me limpió las lágrimas con los dedos.

—Se ha ido, Peter. Mason se ha ido. —Rompí a llorar todavía más fuerte.

—¡Ven aquí! —Peter me rodeó con los brazos y me abrazó.

Me llevó hasta un sitio algo más escondido entre las casas del vecindario. No se apartó de mí hasta que dejé de llorar.

No sé cuánto tiempo pasé en sus brazos. Peter no decía nada, solo me abrazaba. Me consoló que, al menos, nadie hubiese podido grabar ese momento tan deprimente de mi vida.

—¡Espera aquí un momento! ¡Ahora mismo vuelvo! —exclamó antes de salir corriendo en dirección a mi casa.

¿A dónde creía que iría? Con las pintas que tenía en ese momento podría asustar a alguien. Me pareció un poco cómico el recordar mis palabras de la noche anterior. Al final terminé pareciéndome a la novia cadáver. No sabía si reír o volver a llorar.

No pasó mucho tiempo cuando Peter apareció con una chaqueta en sus manos…

—¡Peter al rescate! —soltó a la vez que me enseñaba el trozo de tela—. No he encontrado toallitas desmaquillantes, lo siento, pero esto puede servir.

—¡Gracias, Peter! Pero no tengo frío. El problema es mi cara. No me he visto, pero apuesto a que parezco un mapache. —Suspiré.

—Esto es para taparte la cabeza —dijo muy convencido. —Arrugué la nariz—. ¿Qué prefieres? ¿Esto… —Lo puso frente a mis ojos— o que tu cara salga mañana en todas las redes sociales de los estudiantes?

—¿Tan mal está? —Hice un puchero. Tras mi pregunta, Peter miró hacia otro lado.

—¡Vale! Lo he captado. Me quedo con la chaqueta.

Me cubrí la parte superior de la cabeza con ella y recorrimos desde la entrada hasta mi habitación a paso ligero. Por suerte, conocía mi casa lo bastante bien para no tropezar con nada. Peter también me hacía de escudo para apartar a la gente que nos encontrábamos de frente. Por el camino solo veía zapatos y tacones en movimiento.

Llegamos por fin a la puerta de mi habitación y suspiré aliviada cuando abrí y no había nadie en ella. El cartel había funcionado.

—¿Me ha visto mucha gente? —pregunté a Peter.

—Tranquila, están tan pedo que mañana no se acordarán ni siquiera de lo que han visto. Lo importante es que nadie sabrá que eres tú.

—¡Gracias por dejarme tu abrigo, Peter! También por todo. —Se lo entregué.

—Esta no es mi chaqueta, la cogí prestada de un rincón de la casa. Ahora la devuelvo. —Peter me hizo reír. Me encantaba para mi hermana. Ojalá ella viera lo mismo que yo: Peter era

un gran chico—. ¿Quieres que llame a Less? ¿Te traigo algo?

—No le digas nada a mi hermana, por favor —le rogué. No quería crear problemas entre Liam y ella.

—No quiero dejarte aquí sola. Buscaré a Alice entonces. —Cerró la puerta antes de que pudiera decir nada.

No quería molestar a mi amiga. Era su primera fiesta y yo iba a cortarle el rollo. Me tiré en la cama y me abracé a la almohada.

No pasaron ni cinco minutos cuando llamó a mi puerta.

—Abre la puerta, bombón. Estoy sola —la escuché decir.

Me levanté y, tras abrir, su cara de sorpresa me dijo que Peter no le había contado nada.

—¡¿Qué ha pasado?! ¿A quién tengo que asesinar? —Su voz sonó cabreada al verme así. La abracé y comencé a llorar de nuevo.

¿Habéis visto eso de que cuando un niño pequeño se cae y no llora, pero sí lo hace cuando su madre le pregunta si se ha hecho daño? Pues eso me pasaba a mí. Alice era como mi sitio seguro. Mi paño de lágrimas y mi bote salvavidas en los peores momentos. Y os preguntaréis… ¿Cómo puede pasar del llanto a la risa y de la risa al llanto? ¡Fácil! Os recuerdo que soy Géminis. Doy fe de que tenemos tantos cambios de humor, que parecemos embarazadas durante los trescientos sesenta y cinco días del año.

Le conté a Alice todo lo que había pasado y ella se sintió mal por no haberse dado cuenta antes. Pensaba que me encontraba con Mason en mi habitación y no se imaginaba para nada lo que había sucedido. Las primeras palabras que salieron de su boca después de escucharme fueron:

—Deberías haberle dicho lo que sentías. No debiste dejar que se marchara.

Bueno, eso fue después de maldecir varias veces a Liam y decir que intentaba entenderlo, pero que no tenía excusa. Agregando que si se lo encontrara en ese mismo momento, se haría unas bolas chinas con… ¡Ya sabéis! O quizá os hagáis una idea.

Cuando la fiesta casi se había acabado, Alice se marchó con Leo para que la dejara en su casa. Muy a su pesar y aun queriendo quedarse a mi lado, no había avisado a su padre y tenía que dormir allí. Le prometí que la llamaría al despertar.

(ɞ♡♡ɞ)

El domingo fue un día horrible. El dolor de cabeza al despertar fue una tortura, sin contar con la mierda que Less y yo tuvimos que limpiar para que mi casa pareciera decente. Al día siguiente llegarían mis padres y no creo que les hiciera mucha gracia encontrarse la casa así después de un largo viaje. Creerían que ya había hecho alguna de las mías.

Le mandé una infinidad de mensajes a Mason. No hubo contestación. Lo llamé tantas veces que después de la décima llamada me salió apagado. No me extrañaba nada haberlo dejado sin batería o que lo hubiese hecho aposta.

Me pasé el resto del día tirada en la cama con mis cascos. Melancólica, escuchando la canción de Ne-Yo *"So Sick"* y comiendo chocolate ¿Se podía ser más masoquista y melodramática que yo? Apostaba a que de tanto escucharla ya sabría dar hasta el tono acertado a la melodía. Y no había nadie que cantara peor que yo, ¡os lo aseguro!

Temía que llegara el día siguiente. Volvería a ver a Mason en el instituto y hablaría con él, o eso intentaría. ¿Por qué estar enamorada dolía tanto?

Capítulo 39

Por fin lunes. Estaba ansiosa por hablar con Mason y, a la vez, temerosa de lo que pudiera pasar. Nunca me salían las cosas como quería. Eso ya era normal en mi día a día. ¡Asco de Karma! La mala suerte siempre me perseguía. ¡En serio! Estaba dispuesta a buscar un amuleto.

Me tomé un café para espabilarme un poco. Había pasado una noche de mierda y apenas me apetecía comer nada.

—¿Tú qué haces levantada tan temprano? —Less apareció en el comedor—. ¿No has podido dormir?

Aunque no lo creáis, desde que pasó lo de Bruce, mi hermana y yo nos llevábamos mejor. Por lo menos podíamos mantener una conversación sin lanzarnos dardos en el proceso. Aunque no sé por qué, pero esa mañana me hablaba en un tono más delicado.

—No mucho —contesté.

—¿Y tus cereales? —Se extrañó al ver solo el café.

—No tengo hambre.

Me levanté de la silla y cogí mi mochila para marcharme.

—¿A dónde vas? Liam no nos ha avisado todavía. —Arrugó la nariz mientras abría su barrita para desayunar.

—Tengo que salir ya si quiero coger el bus y llegar a buena hora al insti. Si cojo el siguiente llegaré tarde.

—¿Me puedes explicar por qué vas a coger el bus? —resopló.

—Hoy me apetece hacerlo.

Less me miró entornando los ojos.

—No mientas, Robin. Sé que estás molesta con Li, pero hasta que nuestros padres no estén aquí, no te dejaré sola. Si no quieres hablar con él, no lo hagas. Pero tú te vienes conmigo.

—¿Y tú de dónde sacas eso? ¿Quién dice que sea por Liam? —Me crucé de brazos.

—Li estuvo aquí ayer mientras te encontrabas en tu habitación. Me contó lo que pasó el sábado entre vosotros y estuvimos hablando de todo. —Less se detuvo un momento y suspiró—. Está muy arrepentido, Robin. Sabe que no estuvo bien lo que hizo.

—¡¿Y por qué no vino y me lo dijo él mismo?! —solté cabreada. Tenía las emociones a flor de piel—. No sabía que podía llegar a ser tan cobarde incluso para eso.

—Yo no le dejé. Le dije que te diera tiempo a calmarte. Te conozco y sé que no lo habrías dejado hablar. Incluso hoy es un mal día para eso.

Solté la mochila de mala gana en la mesa y me volví a sentar. Sabía que no me dejaría ir en bus, así que ¿para qué discutir más?

—¿Ahora lo defiendes? ¡No me lo puedo creer! —Me tapé la cara con las manos en un gesto de exasperación—. ¿Dónde quedó eso de…? —imité a mi hermana—. *No te quiero cerca de Liam, Robin. Él solo jugará contigo. No eres su clase de chica.*

—¡Vale! Me equivoqué. Creo que me pasé un poco. Él no tiene la culpa. He sido la que siempre ha intentado mantenerlo lejos de ti. No me había dado cuenta de cómo se sentía en realidad —suspiró—. Si lo hubiese sabido antes, nada de esto habría pasado.

—Mira, Less. No digo que nunca vaya a perdonarle, pero no debió besarme sin mi

consentimiento y mucho menos después de haberle dicho que yo no sentía lo mismo por él.

—No voy a meterme en eso. Ni voy a decirte lo que tienes que hacer. Solo que Li está arrepentido. Creo que deberías hablar con él. Ahora mismo me encuentro en medio de los dos —resopló cansada.

Para que Less hablara de esa manera tan profunda, debía haberse golpeado la cabeza. Pero no le dije nada. Dejé que su día de conversaciones sensibles siguiera su curso. ¿Quién era esta y qué había hecho con mi hermana?

—¡Vale! Hablaré con él. Pero no hoy, estoy demasiado molesta para eso.

¡Sí! Soy un poco rencorosa, ¿para qué negarlo?

Less recibió un mensaje de Liam. Nos esperaba fuera como siempre.

Me puse los cascos antes de salir de casa. Los ojos rasgados de mi vecino no me quitaron la vista de encima hasta que me introduje en la parte trasera de su coche. Durante todo el camino, permanecí callada escuchando música. Aunque no se me pasó por alto las numerosas miradas que Liam me dedicaba a través del espejo retrovisor.

El corazón se me paró de golpe cuando al llegar a los aparcamientos divisé el todoterreno rojo de Mason. Se encontraba con los demás del equipo y animadoras, charlando y esperando la hora de entrar a clases.

Liam aparcó cerca y los tres nos bajamos.

—¡Buenos días! —Loren me sonrió.

—¡Hola! —Le devolví el saludo y miré hacia delante. Mason hablaba de algo con los demás, pero su expresión y su sonrisa eran la misma de siempre.

Me acerqué a ellos y llamé la atención de Mason.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —Su mirada al verme no cambió en absoluto.

—¡Lo siento, Friki! No hay tiempo. Tenemos que entrar ya a las clases —me sonrió burlón.

No sé qué me impactó más, que se negara a hablar conmigo o que lo hiciera como si no hubiese pasado nada.

—Solo será un… —intenté decir, pero me cortó mirando la hora en su reloj.

—¡Vamos, chicos! Se hace tarde. —Se volvió para coger la mochila de su coche y comenzó a caminar con los demás hacia la entrada.

¡¿Pero qué mierda?!

¿Estaba cabreada? ¡Sí! ¿Sorprendida? También. El Capitán Capullo me había dejado más tirada que una colilla y hablando con el aire. Me extrañó el hecho de no haberlo encontrado molesto o dolido. Más bien, todo lo contrario. Había pasado de mí como de la mierda. Eso me había hecho sentir aún peor. Pero no me iba a rendir. Tenía que decirle lo que sentía pasara lo que pasara.

Divisé la melena pelirroja de Alice en las taquillas y me acerqué a ella.

—¡Buenos días, bombón! He visto a Mason. ¿Has podido hablar con él? —preguntó curiosa. Yo suspiré cansada.

—No me ha dejado. Prácticamente ha salido corriendo. —Rodé los ojos.

—Es normal, Robin. Piensa que sigues enamorada de Liam y que tenéis algo. Es lógico que quiera apartarse.

—¡Ni siquiera ha dejado que me explique! ¿Por qué es tan tozudo y cabezón? —pregunté cabreada.

—No existen tíos perfectos, Robin. Algún defecto tendrá que tener el pobre, ¿no? —Levantó las cejas mientras cogía los libros de la taquilla—. Mejor que sea eso a que le huelan los pies. —Me hizo reír.

—No creo que le huelan. Ni siquiera su sudor huele mal, ¿eso es normal? —Arrugué la nariz.

—Eso es porque estás tan embobada con él que solo te funciona el sentido de la vista. —Ambas comenzamos a reír hasta que entramos en clase.

Esa era una de las cosas que me gustaba de Alice. Por muy triste que estuviera, siempre me sacaba una sonrisa con sus bromas.

Me pasé las primeras horas comiéndome la cabeza. No descansaría hasta hablar con Mason. Probaría suerte en el almuerzo. No siempre podría escapar de mí, ¿no…? O eso creía.

Hora del almuerzo: me encontraba sentada frente a él mientras charlaba muy animado con los demás como si yo no estuviese allí. Como si fuera invisible.

No voy a mentir, cada minuto que pasaba tenía más ganas de llorar. Me sentía impotente ante su ignorancia. Estaban hablando de la próxima fiesta que se haría en casa de Loren. Era su cumpleaños número dieciocho y quería celebrarlo por todo lo alto. Sus padres le habían dado vía libre para organizarla a su antojo.

Antes de terminar el almuerzo, Mason se levantó de su asiento para irse. Según él, tenía que hacer algo. Según mi intuición, salía corriendo para evitarme. Pero lo que no sabía el Capitán Capullo es que a veces yo podía ser más cabezota que él.

Me levanté a toda prisa antes de que saliera del comedor y lo intercepté en el pasillo. Lo agarré del brazo para que me mirara.

—¡¿Hasta cuándo piensas ignorarme?! —le solté.

—¿Quién dice que lo haga, Friki? —me sonrió burlón.

—¿En serio, Mason? ¿Te estás riendo de mí? —Lo miré incrédula—. Solo quiero hablar contigo, nada más.

—¡Lo siento! Pero me pillas en un mal momento. Tengo que irme.

¡Será tozudo!

Se giró y siguió recorriendo el pasillo. Lo alcancé y me puse a su lado.

—¿Y ahora qué? —soltó molesto.

—Te seguiré hasta que me escuches. ¿Cómo puedes ser tan terco y tan infantil? —resoplé.

—¡Mira por dónde! Yo estaba pensando lo mismo. ¿Quieres venir conmigo? ¡Adelante! —Fue a meterse en el baño de los chicos, pero antes de eso se giró y me sonrió—. Aunque tengo que avisar que tardaré un poco. Quizá quieras entrar a esperarme.

¿¡Pero qué!?

Me quedé como una idiota en la puerta. Hasta que decidí volver al comedor. Con las prisas había dejado allí todas mis cosas. En resumen, me iba a ser más difícil de lo que creía aclarar las cosas con él.

Cuando las clases terminaron, no me extrañó nada saber que Mason ya se había marchado. Hoy no tenían entrenamiento, así que monté con Less en el coche de Liam para volver a mi casa. Pensé en cómo podían cambiar las cosas en unas simples semanas. Odiaba los días de entrenamiento donde tenía que seguir a mi hermana y permanecer sentada a esperarla. Ahora echaba de menos eso. Ver a Mason encestar el balón y tener una oportunidad para hablar con él. Mi día se estaba convirtiendo en un tremendo asco.

Al llegar, me encontré con la sorpresa de que mis padres habían vuelto de su viaje mientras nos encontrábamos en el insti. Después de un encuentro efusivo donde no faltaron besos y abrazos, Less y yo pasamos la tarde escuchando anécdotas del romántico viaje que habían vivido nuestros progenitores. Se les veía ilusionados y más cariñosos que nunca. Les había sentado genial ese descanso.

Yo los escuchaba sentada e intentando poner atención, pero mi cabeza estaba en otro lado. Un chico de pelo oscuro y despeinado con ojos verdes no dejaba de aparecer en mi cabeza. Al cabo de unas horas, subí a mi habitación a seguir autocompadeciéndome de mí misma. Apenas tenía ganas de comer. Estaba echada en la cama abrazada a mi almohada escuchando canciones tristes de amor, cuando la puerta se abrió.

—¡Mamá! ¿Cuántas veces tengo que decir que llames antes de entrar? —resoplé a la vez que me quitaba los cascos.

—Lo he hecho. Pero con esa cosa que tienes puesta en los oídos no te habrás enterado —contestó ella. Se acercó a mi cama y se sentó a mi lado—. ¿Qué ocurre, Robin?

Su mirada preocupada hizo que apartara la mía.

—¿A qué te refieres? —Me hice la tonta.

—¡Vamos, Robin! Soy tu madre. Te conozco y sé que te ocurre algo. Desde que hemos llegado apenas has comido nada y eso me parece muy extraño. Por no hablar de que subo y te encuentro tirada en la cama en vez de estar viendo esas series a las que estás enganchada ¿Es por un chico, verdad? —Ella sonrió.

—¡¿Un chico?! —comencé a reír—. El cambio de aires ha tenido que trastornarte y ver cosas donde no las hay. ¡En serio, mamá! No miento. Dicen que visitar las tumbas egipcias trae maldiciones y deja a la gente un poco loca. Deberías mirártelo. —Mi madre comenzó a reír.

—También se dice que estar rodeada de chicos guapos y atléticos puede hacer que una pierda la cabeza y acabe enamorada. —Levanté la cabeza sorprendida.

¡Madre mía! Espero que esta conversación no termine en clases de sexo y prevención del embarazo para adolescentes.

—Mira, Robin. Yo también he sido joven y lo he pasado mal alguna vez por algún chico. Si no quieres contármelo, adelante. Pero quiero que sepas que estoy aquí por si me necesitas para hablar o darte algún consejo. Sé que no soy Alice, pero tengo más experiencia —suspiró—. Echo de menos cuando eras pequeña y solías contarme tus cosas. Al menos sentía que podía ayudarte de alguna manera y que confiabas en mí. Después del concurso y aquella actuación, te cerraste a los demás. Solo quiero que sepas que siempre he estado muy orgullosa de ti. Aunque pienses lo contrario. —Después de decir aquello, se levantó dispuesta a marcharse.

—¡Espera, mamá! —Ella se volvió y me miró—. Quizá me venga bien algo de tu experiencia —Sonreí a la vez que señalaba el colchón para que se sentara a mi lado.

Le conté todo como solía hacer en los viejos tiempos, excepto el tema de Less y Bruce. Eso era algo que le pertenecía a mi hermana. No me correspondía a mí contar sus cosas. Mi madre no me interrumpió en ningún momento, solo escuchaba atenta a mis explicaciones.

—Ya sabía yo que el pequeño Mason intentaba llamar tu atención demasiado. —Ella reía al recordar—. No sé por qué pero ya lo veía venir.

—¡Vale, mamá! Soy una idiota. Creo que soy la única que no se ha dado cuenta de esos pequeños detalles —resoplé. Ella se acercó a mí y me acarició la mejilla.

—No eres una idiota, hija. Es normal no darte cuenta cuando estás mirando hacia otra parte. Ya sabía que te gustaba Liam desde hacía mucho tiempo. No dejabas de repetirlo. Según

tú sería tu futuro marido. Lo perseguías a todas partes —rio.

—No me recuerdes eso. —Me tapé la cara—. ¡Qué vergüenza!

Las dos terminamos riendo por anécdotas del pasado. Se sentía muy bien volver a hablar con ella de mis cosas. No recordaba la última vez que lo hicimos.

—Ahora no sé qué hacer —me lamenté.

—Lo único que puedo decirte, Robin, es que luches siempre por lo que quieres.

—¡Lo he intentado! ¡No quiere escucharme!

—¿Seguro que lo has intentado todo? —Levantó las cejas.

—¿Qué más puedo hacer?

—Yo intentaría hablar con él en un sitio donde no pudiese escapar. ¿Su casa tal vez? —Mi madre sonrió.

—¡En serio, mamá! A veces das miedo —Comencé a reír.

—Si te importa de verdad ese chico, tendrás que ir a por todas, ¿no? Yo no te he enseñado a rendirte tan pronto. Y si te digo la verdad, me parece preciosa esa declaración de amor. Es muy bonito saber que eres tan especial para alguien.

Mi madre tenía razón. Mason me había demostrado mucho en estas últimas semanas, sin embargo yo no lo había intentado todo por él.

—¿Sabes qué? —Me levanté de la cama—. Que lo voy a intentar. Me voy a su casa.

Cogí el móvil muy decidida y me encaminé hacia la puerta.

—¿Robin? —Escuché la voz de mi madre a mi espalda. Me volví y me acerqué a ella.

—¡Lo siento, mamá! Gracias por todo —Le di un beso en la mejilla.

—No era eso lo que quería decirte —rio burlona—. ¿Vas a cambiarte o piensas ir en pijama?

¡Dios! Qué idiota soy.

—Creo que me cambiaré antes —Me reí de mí misma.

—Ya hablamos cuando vuelvas. ¡Suerte! —dijo mientras salía de mi habitación.

—¡Gracias, mamá! Te quiero —grité para que me oyera.

Me cambié rápido y llamé a Loren. Era la única con la que podía contar para que me llevara a casa de Mason, ya que a mi taxi personal de todos los días, no creo que le hiciera gracia mi petición.

Y ahí me encontraba yo. A punto de hacer una locura por amor. ¿Se podía estar más chiflada?

Capítulo 40

—¿Seguro que no quieres que me quede? —preguntó Loren preocupada.

Me había traído a la casa de Mason, pero su coche no estaba.

—No te preocupes, voy a esperarlo aquí. No creo que tarde mucho en llegar —contesté para tranquilizarla.

—Puedo llamarlo si quieres. Me preocupa dejarte tanto tiempo aquí sola, Robin.

—Si lo sabe, no va a aparecer. Ese es el plan, emboscarlo para que no pueda huir. —Sonreí y moví mis cejas de arriba abajo. Loren se carcajeó.

—No sé quién es más terco y loco de los dos. —Negó con la cabeza—. Me voy a marchar, pero si no vuelve pronto me avisas y vengo a recogerte, ¿entendido? —Me apuntó con el dedo. Yo levanté el brazo y me puse la mano en la frente.

—¡Sí, mi Capitán! —La amiga de mi hermana siguió riendo. Me acerqué a ella y la abracé antes de salir del coche—. ¡Gracias, Loren!

Me senté a esperarlo en la acera de la magnífica residencia de pijos y me entretuve viendo los lujosos coches que pasaban de un lado a otro. Apostaba a que alguno de ellos costaba incluso más que mi casa entera.

Media hora después, todavía no había llegado. A los diez minutos de estar allí, la señora Rebecca salió por la puerta. Supongo que ya había terminado de trabajar. Se sorprendió al verme allí, por lo que puse la excusa de que habíamos quedado justo en la puerta. Me propuso esperarlo dentro, cosa que rechacé. No veía bien irrumpir en su casa sin su consentimiento.

Después de esperar tres largos cuartos de hora, tiempo que se me hizo eterno, por cierto, comencé a pensar que había sido una terrible idea. Pero lo mejor estaba por llegar. ¡Empezó a llover! ¿Cuántas probabilidades había de que lloviera ese día? ¡Pocas! Pero como era yo la que estaba ahí, en ese mismo momento, sin paraguas, sin vehículo y sin un lugar en el que refugiarme, tenía todas las papeletas.

¡Mierda!

La tormenta comenzó a apretar y corrí hacia un árbol para resguardarme de la lluvia. Justo al coger el móvil para llamar a Loren, un coche negro y lujoso paró cerca de la entrada. No supe de quién se trataba hasta que de su interior bajó un chico rubio muy guapo con un paraguas en la mano. Se trataba de Benjamin Brown, el tío de Mason. Su cara fue de sorpresa al encontrarme allí, aunque se acercó a paso ligero hasta llegar a donde me encontraba.

—¡¿Robin?! ¿Puedo saber qué haces aquí sola y en mitad de una tormenta? —Arrugó el entrecejo y su expresión me recordó a la de Mason como tantas otras. Se colocó cerca de mí para que el paraguas me resguardara también de la lluvia.

—Es una historia muy larga —suspiré, abrazando mi cuerpo. Comenzaba a tener un poco de frío.

—En primer lugar, deberíamos entrar. Si sigues aquí vas a pillar un resfriado. —Me rodeó con el brazo para que lo siguiera —. Tienes que secarte el cabello, lo tienes todo empapado. ¿Cómo es que mi sobrino no te ha avisado de que no se encontraba aquí?

—No es culpa de Mason. Él no lo sabe —le expliqué.

Tras refugiarnos en la casa y nada más cruzar la puerta, Buddy se acercó a saludarnos.

Luego volvió a su camita como si nada. Ben fue a buscarme una toalla y un café para que entrara en calor. Hizo que me sentara en el sofá a esperarlo. Al final, sin quererlo, había acabado en su casa sin su consentimiento. ¡Qué bien!

La voz de Ben me sacó de mis pensamientos…

—He venido a recoger unos papeles que me dejé ayer. Mason está en casa de un amigo y me ha dicho que pasara a por ellos yo mismo. Por lo que sé llegará tarde. ¿Por qué no lo has llamado antes de venir? —Me entregó el café y se sentó frente a mí esperando una explicación.

—Si te lo cuento te vas a reír. Ha sido una idea absurda y es una historia muy larga —suspiré.

—Tengo tiempo de escucharla. Por hoy no hay más trabajo, así que me encantaría que me la contaras.

No sabía si decirle a Ben todo lo que había pasado. O si me odiaría por hacerle daño a su sobrino, aunque no fuese intencionado. Pero él era el que mejor lo conocía. Quizá pudiese decirme cómo debería de actuar.

Le conté todo al tío de Mason. Desde el principio, cuando nos llevábamos mal, hasta lo que vino después de pasar tiempo juntos. Creo que no me dejé nada por el camino. Era muy fácil hablar con él. De vez en cuando lanzaba alguna bromilla como solía hacer Mason y hacía que me sintiera menos nerviosa y más cómoda. Cuando terminé de contarle todo, él suspiró antes de decidirse a hablar.

—Verás, Robin, sé que mi sobrino puede llegar a ser bastante testarudo, pero su método de defensa contra el dolor suele ser ese: apartarse y mantener las distancias. Y eso puedo entenderlo perfectamente. Cree que te vas a disculpar con él por estar enamorada de otro y no quiere tener esa conversación porque piensa que no es necesaria.

—¡Pero no es eso lo que quiero decirle! —resoplé exasperada.

—Por lo que habrás conocido de Mason, sabrás que es un chico de pocas palabras. Él prefiere demostrar las cosas con hechos. No suele decirme que me quiere pero, sin embargo, es el que ha estado cuidando de mí cuando he estado enfermo.

—Lo sé. —Agaché la cabeza y miré el contenido de la taza de café—. Por eso estoy aquí.

—Mira, Robin. Voy a contarte por qué Mason no suele creer en las explicaciones ni en las promesas de nadie. ¿Recuerdas lo que te expliqué de sus padres?

—¡Sí, claro! Pero no entiendo qué tiene que ver eso con esto.

—Tiene que ver todo. Debes saber el porqué Mason reacciona así ahora mismo. Es su mecanismo de defensa. Actúa así para que no le hagan daño. —Ben suspiró y su expresión cambió a una más triste—. Mi sobrino lleva mucho tiempo escuchando promesas vacías que nunca se cumplen. ¿Sabes lo que es esperar a tus padres todos los días en tu cumpleaños con la promesa de que vendrán y que luego no aparezcan? Llega un momento en que no quieres escuchar. —Sus ojos verdes tan parecidos a los de su sobrino me miraron—. Si de verdad te importa Mason, Robin, debes demostrarlo con hechos. Haz que de verdad lo crea.

—¡¿Y cómo puedo hacer eso?! ¿Cómo se lo demuestro sin decirlo? —solté exasperada —. ¡No sé qué más hacer!

—Eso tienes que averiguarlo tú. Haz algo que nunca, por nada del mundo, esperaría que hicieras.

Me quedé pensando en sus palabras por un segundo. Algo que yo nunca haría. Algo que jamás esperaría… Pero ¿qué?

—Piensa en ello y luego actúa. Es lo que yo haría tratándose de Mason —me sonrió—. Y

ahora te llevo a tu casa, se está haciendo tarde.

Me negué a que Ben me acercara. Bastante había hecho ya por mí, escuchándome y dándome consejo sobre su propio sobrino. Así que llamé a Loren para que viniera a recogerme.

—Yo veo todo eso muy enrevesado, ¿no? Hablas con él y ya está. No creo que sea tan difícil —comentó Loren mientras conducía.

—Créeme, está siendo más difícil de lo que creía —suspiré.

Loren intentó animarme.

—Vamos a cambiar de tema, ¿vale? ¿Por qué no hablamos de buscarte un vestido para mi fiesta de cumpleaños? Va a ser como un baile de fin de curso adelantado. ¡Qué ilusión! Chicos en traje y nosotras con vestidos de gala para la ocasión. También pondré en la invitación que la chica que quiera puede llevar traje.

—¿Puedo ser yo una de ellas?

—No sé por qué, pero sabía que ibas a preguntar eso. No te preocupes, te buscaré lo que quieras de aquí al sábado. No tendrás excusa para no venir. —Me guiñó un ojo.

Tras llegar a casa, me metí en la habitación. Mi madre no preguntó nada dado que no estaba sola cuando entré. Veía una peli con papá mientras Less se encontraba en la isla de la cocina dándole vueltas a la lista de cumpleaños de Loren. Tenía que encargarse de algunas cosas para ayudarla.

Me tiré en la cama e hice justo lo que estaba haciendo antes de ir a la casa de Mason. Me puse los cascos y comencé a escuchar música mientras le daba vueltas a lo que me había dicho Ben.

Pasé de una canción a otra, hasta que la favorita de Mason comenzó a sonar: *One in a Million.* Me concentré en la letra, en su significado y el que él le había dado para mí y…

¡Lo tengo! ¡Eso es!

Ya sabía lo que tenía que hacer y lo que el Capitán Capullo jamás esperaría.

Llamé por teléfono…

—Necesito tu ayuda y la de Less, Loren. Ya sé que es lo que voy a ponerme para la fiesta…

(ʚ♡♡ɞ)

El resto de la semana pasó rápido. Tenía mucho trabajo que hacer. Por la mañana en el instituto, Mason seguía intentando mantener las distancias. Yo dejé que así fuera, dado que lo que tenía preparado era la forma en la que le diría lo que sentía. Como dijo Ben: demuéstralo con hechos, en vez de con palabras.

Por las tardes, después de hacer los deberes, trabajaba muy duro para lo que tenía pensado hacer en la fiesta. Si tenía algo que se me diera bien, tenía que sacarle provecho. Sabía que en pocos días podría conseguirlo. Que me saliese bien en el momento y no la cagara, ya era otra cosa, pero lo intentaría.

El sábado llegó antes de que me diera cuenta y mis nervios estaban a flor de piel. Me encontraba en la habitación de Loren, esperando a que Less y ella me prepararan. Hasta que llegara el momento, tendría que estar escondida sin que nadie supiera que estaba allí.

Todo el tiempo que pasé en la habitación intenté tranquilizarme y respirar hondo. Todo era por Mason y tenía que salir perfecto. No estaba dispuesta a arruinarlo después de tanto trabajo y ayuda de los demás.

Desde arriba escuchaba el sonido de la música y cómo, poco a poco, la casa se iba llenando de gente. Hasta que la puerta de la habitación se abrió y apareció mi hermana.

—¡Vamos, Robin! Los chicos han llegado. Es la hora de salir. Loren ya lo tiene todo preparado.

Capítulo 41

Era de esperar que la casa estuviera a rebosar de estudiantes siendo el cumpleaños de Loren. La gente no se perdería una de sus fiestas, ya que solía sorprendernos con cualquier locura que se le pasara por la cabeza. Esta vez, un baile de fin de curso adelantado. Una oportunidad para aquellos que querían estrenar antes sus trajes o vestidos.

Me quedé en una esquina de la sala observando, a la vez que bebía pequeños sorbos de mi *Gintonic*.

—No busques más, tío. No ha venido. Me lo ha dicho la pelirroja —soltó Leo a mi lado.

—No estoy buscando a nadie —mentí.

Sin quererlo, mi mirada bailaba por todo el salón intentando encontrarla. Al saber que no había venido, un sentimiento de nostalgia se apoderó de mí. Aunque quería guardar las distancias, me conformaba con solo mirarla. Para mí eso era suficiente.

—No mientas, Mason. Aunque intentes hacerte el gracioso, sé que no estás bien, tío. —Leo colocó su mano en mi hombro—. Sabes que puedes hablar conmigo. Para eso están los amigos, ¿no?

Lo miré y puse mi mejor sonrisa.

—Sé que eres mi amigo, pero estoy perfectamente. No sé por qué dices eso. Y por cierto, ¿dónde está Alice? Como te escuche llamarla pelirroja… —Cambié de tema. Leo rio por mi comentario.

—Está con Loren. Quería que la ayudara en algo que está preparando para la fiesta —contestó—. Conociéndola, no me extrañaría nada de que se tratara de una tarta gigante o algo por el estilo —se carcajeó.

—Tampoco me extrañaría —contesté uniéndome a su risa—. Voy a por bebida. ¿Quieres algo? —Necesitaba distraerme.

—Sí, tráeme otro igual que este. —Me enseñó su vaso de plástico.

Me acerqué a la zona de bebidas, aunque me costó llegar más de la cuenta. La gente solía detenerse para saludarme, puro postureo y falsedad. Ser el capitán del equipo me gustaba al principio, pero después de bajar de la nube, me di cuenta de que no merecía la pena. Nadie te admiraba por tu esfuerzo en la pista o por las numerosas horas que pasabas entrenando. Lo que realmente importaba era el título que te asignaban. Como todo en esta vida, la sociedad estaba podrida.

Las chicas que se encontraban cerca de la mesa se ofrecieron a servir las bebidas. Tampoco podía quejarme, a veces ser popular no era tan malo. También tenía sus privilegios, para qué mentir.

Volví al sitio donde se encontraba Leo y le entregué la bebida. Por desgracia, no estaba solo.

—¿Qué tal, tío? —Liam me saludó con nuestro típico choque de puños. Lo hacíamos desde que éramos niños.

Últimamente me molestaba la presencia de mi amigo. La imagen de ellos besándose me retorcía las tripas. Era un sentimiento que no podía controlar. No entendía qué hacía él aquí sin Robin. Yo jamás habría venido sin ella. No me cabía duda que una fiesta sería más divertida en

su compañía.

—¿Y las chicas? —preguntó, extrañado al no vernos con ellas.

—Loren está por ahí organizando algo. Nos da miedo pensar qué será esta vez —contestó Leo—. Less lleva un buen rato desaparecida.

Yo ni siquiera hablé. Me quedé de nuevo mirando cómo la gente bailaba en la sala. Liam se acercó un poco más a mí para que lo escuchara por encima de la música.

—¿Hasta cuándo vas a seguir ignorándome? Es peor que cuando rompí tus deportivas favoritas. Parecemos críos.

—¿Qué quieres? ¿Un beso de reconciliación? —le sonreí burlón.

Liam resopló.

—Solo quiero que me entiendas. Los dos queremos lo mismo, Mason.

—Yo quiero terminar con buenas notas el insti y jugar basket en la universidad. No sé qué quieres tú, Liam.

—No salgas con tus respuestas sarcásticas como siempre haces. Sabes que hablo de Robin.

—No quiero hablar del tema, ¿vale? —suspiré. No quería pagar con él ni con nadie la rabia y la frustración que se acumulaban en mi interior.

—Yo creo que me voy a ir a dar una vuelta por la fiesta —soltó Leo—. Creo que estorbo aquí. Portaros bien, chicos. No quiero tener que volver a separaros como si fueseis niños de Primaria.

Leo se marchó para que Liam pudiera hablar conmigo. Creo que no le había quedado claro que yo no quería hacerlo.

—Yo solo fui a por lo que quería. ¿Eso es lo que te ha molestado tanto? —me recriminó.

Es ahí donde todo lo que estaba guardando durante toda la semana explotó. Lo miré a la cara y sonreí con sarcasmo.

—¿Lo que querías? Llevas años pasando de ella, Liam. Y ahora que por fin había conseguido que no me viera como a su tormento personal, resulta que cambias de opinión y ya no te es tan indiferente —resoplé molesto.

—Porque ahora he decidido ir a por ello. Ya no me importa lo que piense Less. Sabes que Robin siempre me ha importado, Mason —se excusó.

—Si te importara de verdad no te habrías liado con otra en sus narices. Lo que realmente te molesta es que pueda fijarse en otro tío que no seas tú —suspiré cansado—. ¡Mira! Eso ya no importa. ¡Felicidades! Por fin tienes lo que querías. Solo necesito tiempo. Eso es todo. —Me eché el flequillo hacia atrás intentando hacerme el indiferente.

Me sentía un poco estresado. No quería pelear con Liam. Éramos amigos. Los dos queríamos a la misma chica y yo había perdido. No había más. Fin del asunto.

—¿Me estás felicitando? —Él arrugó la frente sin entender.

—¿Y qué quieres? ¿Que te dé ya el regalo de bodas? ¿O que te vuelva a romper la nariz? —ironicé—. No hay quien te entienda, tío.

—¿No has hablado con Robin? —Abrió los ojos sorprendido.

—¿De qué quieres que hable? No quiero que se sienta mal por mí. No quiero hablar de esto con ella.

—¡¿Por qué eres tan gilipollas?! —me insultó.

—¿Y ahora qué? ¿Por qué carajos me insultas? Tú estás mal de la cabeza. En serio, tío.

—Robin me rechazó. Me dijo que ya no sentía lo mismo por mí.

—¡¿Qué has dicho?! —No sabía si había escuchado bien.

—Me rechazó por ti, Mason. Eso acabo de decir.

—No puede ser. Yo vi cómo la besabas en la fiesta —comencé a ponerme nervioso.

—Fui yo quién la besó. Desde entonces apenas me habla. Si no fueras tan capullo y orgulloso te habrías dado cuenta antes —me recriminó.

No podía creer lo que estaba escuchando. Me quedé pensando en lo idiota que había sido pasando de ella. ¿Cómo podía haber estado tan ciego?

Me acerqué rápido a una de las mesas que había en la sala. Liam me seguía por detrás.

—¡¿Qué haces?! —me preguntó sin entender.

—Me voy —le contesté mientras soltaba mi vaso de plástico.

Leo apareció también cerca de nosotros.

—¿Que te vas? ¿Adónde? —Liam me miraba sin entender.

Leo, que acababa de llegar a nuestro lado, arrugó las cejas sin comprender a qué me refería. No podía pasar ni un minuto más sin hablar con ella.

—Voy a buscarla —solté con determinación y me di la vuelta para salir de la sala.

Antes de cruzar la puerta, las luces y la música se apagaron de golpe. Lo único que se escuchaba era el susurro de la gente preguntándose qué había pasado. Entonces, una melodía comenzó a sonar. Una melodía que conocía lo suficiente como para hacer que me volviera…

Jet setter
(Jet set)

Go getter
(Ve por ella)

Nothing better
(Nada mejor)

Una luz iluminó de golpe el centro del salón y dos chicos del grupo de animadoras aparecieron vestidos con pantalones negros, camisa blanca con corbata y tirantes. Parecían haber salido del videoclip original de *One in a Million.*

Call me Mr. been there done that
(Llámame señor, he estado allí y he hecho eso)

Top model chick to your every day hood rat
(Chica top model para tu rata de barrio de todos los días)

Less than all but more than a few
(Menos que todos, pero más que unos pocos)

But I've never met one like you
(Pero nunca he conocido a una como tú)

Dos chicas del grupo de animadoras, incluidas Less y Loren, se encontraban con sus vestidos puestos detrás de los chicos que bailaban la coreografía del videoclip. Pero lo que llamó mi atención es que arrastraban una caja gigante negra y blanca con ruedas. La gente miraba

sorprendida el espectáculo sin saber lo que vendría después.

Levantaron los brazos para quitar la tapa y, antes de que los laterales de la caja cayeran, supe quién saldría de allí. Pero ni en mis mejores sueños me habría imaginado algo tan hermoso.

Robin salió del interior, vestida de bailarina de ballet. Un body blanco se pegaba a su cuerpo hasta la cintura, en la que llevaba un tutú del mismo color. Sus preciosas piernas podían apreciarse mejor con esas mallas tan apretadas. La melena revuelta que tanto me gustaba, estaba recogida en un moño muy repeinado. Mi hermoso desastre parecía una de esas muñecas que salían de las cajas de música si hacías girar una llave. Un cisne, extraurdinario y hermoso.

Comenzó a seguir los pasos de los chicos antes de que se apartaran para dejarla seguir sola. Era impresionante. Mezclaba los movimientos de un baile clásico con una melodía más moderna. Su cuerpo y sus pies se movían al compás por todo el salón. Robin era única y especial. Todos los estudiantes miraban embelesados sus movimientos. Parecía como si volara. No sabía cómo había podido dejar de bailar así. Sin duda, era un don y ella había nacido para eso.

Poco a poco, fue haciéndose un camino hacia mí sin dejar de bailar. Cuando llegó hasta donde me encontraba, rodeó mi cuerpo dando vueltas, dejándome en el centro. Las manos me picaban por el deseo de poder tocarla, pero, de pronto, se sacó una rosa que llevaba escondida en la falda y me la entregó. Después volvió al centro a terminar la actuación.

Mi corazón se encogió de emoción al saber que la función era para mí. Ella, la chica que tanto miedo tenía de volver a bailar frente al público, se arriesgó a hacerlo con nuestra canción, porque de algo estaba seguro: esta se convirtió en nuestra canción desde el primer momento en que la escuchamos juntos.

Cuando la música paró, su mirada se conectó con la mía a la vez que los aplausos de la gente llenaban la sala. Loren se acercó a ella y la felicitó antes de entregarle un micrófono. Ella lo agarró nerviosa y volvió a mirar en mi dirección. Sus labios se movieron para hablar, pero…

—¡Robin! El micro. Ponlo derecho. —Se escuchó la voz de Loren.

Como esperaba, la gente comenzó a reír. Y es que mi hermoso desastre no pasaba desapercibida para nadie.

—¡Lo siento! Estoy un… Un poco nerviosa.

Su voz se notaba insegura, pero tras respirar hondo, todo eso se esfumó.

—En primer lugar, quiero dar las gracias al equipo de animadores y animadoras por ayudarme. En especial a Loren, por ser su cumpleaños. ¡Felicidades, Loren! Eres la mejor. —Todos los presentes corearon a la cumpleañera—. Aunque sea su cumpleaños esto no es para ella. Es para alguien que se encuentra entre nosotros.

Su mirada se posó en la mía antes de seguir hablando. Yo cogí aire al ver la intensidad con la que me miraba. Esto era un sueño del que temía despertar.

—¡Mason Brown! Eres un gran Capitán Capullo. —La gente comenzó a reír—. Ahora tendrás que escucharme. Ya no puedes escapar.

Su sonrisa burlona hizo que levantara las comisuras de mis labios.

—Mason Brown, me pareces un gran tozudo y orgulloso. Y no te puedo negar que hay momentos en los que disfrutaría con matarte. —La gente seguía riendo—. Pero… —suspiró—. Pero luego hay momentos en los que lucho contra mí misma para no besarte. Porque lo que me gusta de ti no es que seas el capitán del equipo de baloncesto, que seas popular o que estés como un tren. Lo que me importa y lo que más me gusta de ti es lo que hay debajo de ese envoltorio. En estas tres semanas he podido conocer a un chico dulce, divertido y especial. Contigo, Mason

Brown, me siento valiente, indestructible. Capaz de superar todos mis miedos. Si voy agarrada de tu mano, siento que soy capaz de todo. Y por esa razón estoy justo aquí, ahora, por ti. Porque me enfrentaría a todo hasta llegar a donde estés. No te veo ahora, Mason. Te he visto desde que llegaste aquí. —Puso la mano en su corazón—. Y para mí tú también eres ese chico entre un millón. Porque yo solo te veo a ti, Mason Brown. Por eso, déjame que llegue hasta ti.

Tras despegar el micrófono de sus labios, el salón quedó en silencio hasta que por fin rompió en aplausos y silbidos.

Me había quedado sin palabras y mi corazón latía a toda velocidad de la emoción.

Me acerqué a ella en dos zancadas hasta que la tuve frente a mí. Toda la sala esperaba por mi respuesta.

—Siento no haberte escuchado antes. A veces soy un gran Capitán Capullo.

Ella rio.

—Lo eres. Pero también tienes otras cosas buenas —contestó.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son esas cosas? —Moví mis cejas, picarón, a la vez que me agachaba a su altura.

—No voy a repetirlas, así que olvídalo —sonrió avergonzada.

—¿Has hecho otra versión de la canción? —pregunté con sonrisa burlona.

—¿Tan mal lo he hecho? —Arrugó su pequeña nariz.

—Ha sido perfecto. Ahora déjame besarte, ese body es una tortura. —Y así, puse mis manos en sus mejillas y la besé.

Aunque la gente no dejaba de aplaudir a nuestro alrededor, para mí dejaron de existir en el momento en que nuestros labios se fundieron.

La besé con ganas, con pasión y lo hice por todas esas veces que deseé hacerlo en el pasado…

Epílogo

Después de la fiesta de Loren y aclarar nuestros sentimientos, comenzamos a salir. Terminamos ese año de instituto como pareja y siendo la comidilla por los pasillos de todos los estudiantes. ¡Y sí! Mi actuación dio para eso y mucho más. El vídeo del baile se hizo viral en las redes, quedando la primera en el ránking de las declaraciones de amor más bonitas y emocionantes de la historia. Yo, la que intentaba evitar ser el centro de atención, sin querer me había convertido en una de las personas más conocidas de la Secundaria. Ya no era la friki, ni la novia de Mason Brown, capitán del equipo de baloncesto, ahora era la *bailarina de ballet.* ¡Nada original, por cierto! Pero había que aguantarse, era lo que me había buscado. Aunque eso no me importaba. Habría hecho eso mismo una y mil veces más para conseguir llegar hasta Mason.

Sobre los demás, nada cambió demasiado.

Liam y yo aclaramos las cosas. Ambos olvidamos todo lo demás y seguimos como amigos. Él quería que yo fuera feliz. Yo quería que encontrara una chica que lo hiciera sentir tan especial como Mason me hacía sentir a mí. Jamás me olvidaría de mi primer amor, pero eso quedaría en un bonito recuerdo del pasado.

Alice y Leo seguían con sus mismos piques. No me extrañaba nada que estos dos terminaran juntos. Sobre todo, después de saber que mi amiga iría el siguiente año a la misma universidad que él y Liam. Yo aún no lo sabía, no tenía claro que quería estudiar. ¡Tarde, lo sé! Pero aún me quedaba un año para pensarlo.

Less y Peter se veían más a menudo estos últimos meses. De momento eran amigos, pero yo no perdía la esperanza de que algún día se convirtieran en algo más. Y es que Peter molaría demasiado como cuñado.

Lara por fin se armó de valor y le contó todo a sus padres. Para su sorpresa, se lo tomaron mejor de lo que esperaba y querían conocer a Loren.

Sobre Tifanny Rubia de Bote, Fue expulsada por mi hermana del equipo de animadoras lo que quedaba de año. No sé cómo, pero Less se enteró de todo el tema deportivas y vaselina. Puede que Sarah se fuera de la lengua tras tener una discusión con ella. Y, como víboras que eran, no dudaban en echarse tierra la una a la otra a la primera de cambio.

Estábamos en el mes de junio. Siendo más concreta, 7 de junio, mi cumpleaños. Less quería preparar una fiesta pero, como ya sabéis, soy más bien de las que les gusta algo íntimo y familiar. Algo que no fuese en el jardín y con piscina cerca. Ya sabemos cómo podría acabar aquello. Así que decidí celebrarlo con mis padres y nuestros amigos más cercanos. Solo sería una tarde de merienda y soplar las velas como cada año.

Me arreglé un poco más de la cuenta y me puse un vestido blanco que se pegaba hasta mi cintura y acababa en una falda de vuelo. Ya tenía planes para esa noche: Mason me tenía preparada una cita sorpresa, así que quería estar guapa para él. La razón de que mi vestido fuese de ese color, era que al Capitán Capullo le encantaba cómo me quedaba. Después de haberme visto con el traje de ballet en la fiesta de Loren solía repetirlo muy a menudo.

(ง♡♡ง)

Tras celebrar mi cumpleaños con los demás y pasarlo genial, Mason me llevó a mi cita sorpresa.

Recorrimos un camino de tierra hasta llegar a un lago.

—Dime que no piensas asesinarme y tirar mi cuerpo al agua —bromeé y lo miré de reojo.

—Si lo fuera a hacer no te lo diría, ¿no crees? —sonrió.

—También es cierto —contesté. Estaba muy nerviosa, no sabía qué me podía tener preparado en un lugar así—. ¿Queda mucho para llegar? —pregunté nerviosa.

—Tranquila, Friki. Ya casi hemos llegado.

De un momento a otro, frenó de golpe. El corazón casi se me salió del susto.

—¡¿Es que piensas matarme antes de llegar?! —exclamé con la mano en el pecho.

—¡Casi se me olvida algo! —Agarró una cinta de tela de debajo de su asiento y comenzó a taparme los ojos.

—¡¿Has visto?! Ya sabía yo que eras un poco pervertido. Incluso guardas cintas en el coche para la ocasión. —Mason rio a carcajadas.

—Ya queda poco. No quiero que veas nada hasta que lleguemos.

Cuando pasaron unos cinco minutos o eso creía, ya que no podía ver nada, Mason paró el coche.

—Espera un momento. Ahora mismo vuelvo, no tardo nada.

La puerta de su asiento se escuchó al abrirse y al cerrarse. Luego escuché cómo trasteaba en su maletero. A esto le siguió el silencio.

No sabía qué me tenía preparado ni porqué tardaba tanto. Cuando mi pierna izquierda comenzó a moverse de los nervios, por fin la puerta de mi asiento se abrió.

—¡Ya está! Ven, te ayudo a salir. —Mason me agarró de la mano e hizo que saliera del coche antes de quitarme la cinta. Me ayudó a dar un par de pasos al frente antes de detenerse.

Se colocó detrás de mí y de una forma dulce y delicada comenzó a desenredar el nudo. Cuando mis ojos por fin pudieron ver, escuché su voz cerca de mi oído:

—¡Feliz cumpleaños, Robin! Espero que te guste mi regalo.

¡Todo era precioso! Nos encontrábamos cerca de la orilla del lago. Una manta decoraba parte del suelo, la cual estaba rodeada por pequeñas velas y cubierta por pétalos de flores de muchos colores. Pero lo que más me impresionó de todo fueron las vistas. Era hermoso ver cómo la luna y las estrellas se reflejaban en el agua.

Por un momento, me quedé sin palabras. Solo él podía causar esa reacción en mí.

—Esto es…

—¿Te gusta? Si no, podemos ir a otro sitio si quieres —preguntó nervioso.

—No me gusta, Mason. ¡Me encanta! Es… Todo esto es perfecto —exclamé emocionada a la misma vez que me tiraba a sus brazos—. ¡Gracias! Es el mejor regalo de cumpleaños que he tenido.

Jamás podría olvidar ese día. Para mí fue hermoso y especial.

Cenamos bocadillos que Mason había preparado para la ocasión y de postre una tableta de chocolate. Luego, nos recostamos viendo las estrellas a la vez que hablábamos y reíamos juntos por cualquier cosa. Comenzamos con besos dulces, pero poco a poco se volvieron más salvajes y llenos de necesidad. Mis manos recorrieron su espalda y las suyas levantaron mi vestido acariciando la piel de mis muslos. Hasta que de un momento a otro, ya no había más tela entre nosotros, solo piel con piel. Hicimos el amor bajo las estrellas y Mason me amó como muchas veces antes lo había hecho desde que empezamos a salir, haciéndome sentir hermosa,

deseada y especial.

Dos meses más tarde…

—¿Me echarás de menos, Friki? —preguntó sonriendo. Sus brazos rodeaban mis hombros.

—Solo un poquito —mentí. Por dentro quería gritar que no se fuera—. Así podré dedicarle más tiempo a mi *Crush*. Todavía no he terminado la serie. Me has tenido todo el verano secuestrada —reí.

—Yo pensé que era al revés y el secuestrado era yo. Ahora me cambias por un vampiro. —Mason hizo su típica mueca de molestia, esa que tanto me hacía reír.

—Que más quisieras —me burlé.

—Te llamaré por videollamada todos los días para verte. —Me dio un beso corto y dulce en los labios.

—Siento como si todo fuera a cambiar después de irte. Conocerás gente nueva y luego ya no tendrás tiempo para llamarme —dije preocupada. Tenía miedo de que Mason cambiara después de entrar a la universidad.

—Siempre tendré tiempo para ti, Friki. No voy a cagarla después de lo que me ha costado que te des cuenta de que no soy tan capullo —me hizo reír—. Solo serán unos meses hasta Navidad. Después podrás tocarme y hacerme todas esas cosas indecentes que te gustan. —Movió las cejas picarón.

—¡Anda, cállate! —Lo atraje hasta mí y lo besé con ganas. Ya habían dado el aviso de que su avión tenía que salir. Era la hora de despedirnos.

Mason me abrazó fuerte y respiró profundo en mi cuello. No quería llorar. No quería parecer una cría, pero el nudo en mi estómago no me dejaba respirar. Cuando nos separamos del abrazo, él me miró a los ojos.

—Te quiero, Friki. Te llamaré cuando llegue.

—Yo también te quiero, Capitán Capullo. Te veré en Navidad. Pásalo bien y disfruta de la universidad.

Mason se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras mecánicas. No apartaba sus ojos de mí mientras ascendía.

Quería convencerme de que todo iría bien, de que ambos podríamos superar la distancia. Eso era cuestión del destino.

Aún así, podía estar feliz. Supongo que cada vivencia es un aprendizaje y Mason me había enseñado muchas cosas: mirar más allá del envoltorio. Conocer de verdad a las personas y su interior. Y, lo más importante, luchar contra tus propios miedos. Si te caes, te levantas y lo vuelves a intentar. Esa frase se había grabado en mi cabeza y en mi corazón. Porque no podía echarle la culpa a la suerte. La suerte había que buscarla y eso dependía de nosotros. Por eso y por todo:

¡Gracias, Karma!

Agradecimientos

Esta historia surgió en un día de mucho estrés para mí. Necesitaba reírme y desconectar un poco de todo lo demás. Así que comencé a escribir algo nuevo, con humor y con una protagonista un poco desastre que cree que el karma la odia, pero que no por eso deja de ser ella misma. He disfrutado y me he reído mucho escribiéndola. Espero dejar en los demás la misma sensación que me dejó a mí.

En primer lugar, quiero agradecer a mi marido y a mi peque por darme fuerzas cada día y compartirme con los libros. A mis tías y primas, que me dieron una gran sorpresa al visitarme en mi primera feria de libros. Nunca olvidaré ese momento. Y sobre todo, quiero agradecer a mi madre, por ser la persona que me anima a perseguir mis sueños y la primera en leer todo lo que escribo. Te quiero y sé que este año ha sido duro. Pero siempre nos quedaremos con el amor y el recuerdo de los que nos han dejado. Te quiero.

A Paquito. Gracias por llevarme a mi primera feria del libro y darme ánimos cuando estaba tan nerviosa sin saber lo que iba a encontrarme. Si algo me has enseñado ha sido que a veces el roce puede llegar a ser más fuerte que la sangre.

A Espe (la tocaya) por tus palabras de apoyo y sinceridad. Eres una luchadora.

A Sora, una de las primeras en leer los primeros capítulos de este libro y animarme a seguir con él. Gracias por amar tanto a mis personajes. Para mí ha significado mucho.

A ti, Kress, nunca me cansaré de agradecerte el que me dieras ese empujoncito para empezar a escribir. Gracias a ti he descubierto una cosa que me apasiona. Siempre eres la luz que me ilumina cuando estoy perdida.

A Esther, gracias a ti y a tus consejos siento que aprendo más cada día. Gracias por tu apoyo y por estar ahí siempre, aunque mis audios sean un poco largos jajaja.

A Veca, porque siempre logra diseñar lo que tengo en la cabeza e incluso lo mejora aún más. Gracias por crear mis portadas y aguantarme en el proceso.

A mis demás compañeras de Alas Negras y muchas de ellas, mis cero:

A Merce, por sus consejos y ánimos cuando me han hecho falta.
A Gara, por querer hacer de cero aunque le mande el libro un poco tarde. Culpa mía.

A Amaya, por sus bonitas palabras cuando leyó mi primer libro.

A Estefi, por todas sus opiniones sinceras. Se la he robado a Kress como cero, pero no la pienso soltar jajaja.

A Mara, por leer todo lo que escribo.

A Asun y a Estrella por sus maravillosas entrevistas. Asun por hacerme reír tanto con sus locuras y sus comentarios en cada capítulo y a Estrella por sus consejos y sus ánimos.

Quiero agradecer también a todas las personas que me siguen en las redes y a las que me hablan en privado para saber cuándo saldrá mi próximo libro. Muchas gracias por ello, eso hace que cada día tenga más ganas de escribir.

Y por último a ti, lector, que te has quedado hasta los agradecimientos. Espero que hayas disfrutado y reído del libro como yo lo he hecho al escribirlo.

Gracias.

Sobre la autora

Soy andaluza. Nací en un pueblecito de Sevilla un 20 de Junio de 1987.

Crecí rodeada de libros y cuentos gracias a mi madre, una apasionante lectora que disfruta de la lectura tanto como yo.

Desde pequeña, la música ha sido parte de mi vida, otra de mis grandes aficiones en el presente.

A los quince años comencé a leer historias basadas en el antiguo Egipto, ya que siempre me ha llamado mucho la atención. Años después, la curiosidad me llevó a coger un libro de la habitación de mi hermana. Quería saber qué es lo que solía leer con sus amigas y cuando comencé a leerlo no pude apartar mis ojos de sus páginas hasta terminarlo. Ese libro era *Lazos de sangre*, de Amanda Hocking. Desde ese día, la fantasía con romance y paranormal se ha convertido en mi género favorito.

Para mí la lectura es como una vía de escape de la vida rutinaria, un método para disipar el estrés, donde viajo a través de mundos de aventuras y fantasía.

Si leer me apasiona, he descubierto que escribir y crear historias lo hace aún más.

Mis libros publicados hasta la fecha

-*El dominio de la sangre*. Trilogía Dominios, #1

-*Fuera de mi zona de confort*

Próximamente

-*Navidad cuquiterrorífica*

-*Elegidas: La marca*. Saga Elegidas, #1

Puedes ponerte en contacto conmigo por email:
maquialcalama@gmail.com

O estar al día de mis novedades en mi perfil de Instagram:
@macaentrelibros